



*Sophie Saint Rose*  
*Serie época*

*Dulces sueños,*  
*milady*

Dulces sueños, milady

Sophie Saint Rose

## Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Epílogo](#)

## Capítulo 1

Eathelyn se volvió para darle la espalda a Nona y que así la ayudara a desvestirse. —¿Y cómo ha ido la cena, niña?

—Aburrida. —Se encogió de hombros. —Como todas cuando vienen invitados.

Su criada sonrió. —Me han dicho que esta noche había un invitado muy atractivo en la mesa y que estaba sentado cerca de ti.

Se mordió el labio inferior antes de disimular. —¿Atractivo?

Terminó de desabrochar su vestido y lo dejó caer por su cadera. Eathelyn dio un paso a un lado procurando no pisarlo. —Se dice por la casa que es heredero del título de Vizconde y que es tan apuesto que hace suspirar a cada dama que se acerca a cien millas.

—Seguro que hablas de Lord Hoswell —dijo entre dientes—. Es un prepotente y un estúpido. Casi tan estúpido como mi padre.

—Shusss, niña... Como alguien te oiga, te van a poner el trasero como un tomate con esa vara que hay al lado de la chimenea. Lo que pasa es que sigues enfadada porque no ha permitido que te vayas a Londres para la temporada.

Se quitó los faldones furiosa. —Puñetero tacaño.

—¡Niña!

—¿Qué? ¡Es la verdad! ¡Pero para sus amantes sí que tiene dinero! Y mientras tanto yo tendré que conformarme con alguien de por aquí y morirme del aburrimiento el resto de mi vida sin un candidato adecuado.

—Tienes uno a pocos metros de aquí y no le has hecho ni caso.

Hizo un gesto con la mano sin dar importancia a sus palabras. —¿Con ese? —preguntó con desprecio—. Se ha pasado toda la noche cortejando a Lady Ingham.

Nona la miró escandalizada. —No puede ser. ¡Si está casada!

—Por eso, Nona. Precisamente por eso —dijo mirándola irónica con sus preciosos ojos azules. Se quitó la ropa interior y fue hasta el aguamanil como todas las noches. Le gustaba acostarse aseada y no pedía un baño porque era muy tarde. Cuando terminó se puso el camisón y caminó hacia el banquito—. Y no solo la halagó a ella toda la noche. Varias ladys amigas de madre perdieron los calzones persiguiéndole por todo el salón —dijo con rabia empezando a quitarse las horquillas de sus rizos castaño-rojizos—. Es vergonzoso como se han rebajado por ese petimetre que cree que con una sonrisa puede conquistar el mundo. ¿Te lo puedes creer?

—Pero es muy apuesto.

—Estoy deseando que se largue de mis tierras.

Nona cogió el cepillo. —No serán tus tierras mucho tiempo.

Apretó el puño con rabia mirándola a través del espejo. —Malditos hombres. Siempre fastidiando con herencias y títulos.

—Hoy estás especialmente molesta, cielo. ¿No tendrá ese hombre algo que ver?

—No, creo que tiene más que ver que mi querido padre me ha prohibido ir al pueblo a ver a la modista mañana como hago cada dos años. Al parecer no tengo derecho ni a un par de vestidos nuevos. —Nona dejó caer la mandíbula del asombro. —Dice que así me dará prisa en buscar un marido que pague mis caprichos. A partir de ahora debo conservar lo que tengo porque

no habrá más. Nada de nada. Se echó a reír y después me dijo que tenía que haberlo pensado mucho antes, que así se hubiera ahorrado los seis vestidos que me hice hace dos años.

—¡Pero si tenías dieciséis! ¡Y los anteriores no te valían de pecho! ¡De hecho los que tienes ahora no son nada favorecedores para una chica de tu edad! —Nona estaba escandalizada. —Ya no tienes medias de tanto zurcirlas.

—Y mi ropa interior ya no me vale ni de trasero ni de torso y está casi transparente de tanto lavarla. Menos mal que eso no se ve.

—Niña, tienes que hablar con tu madre. Ella podrá ayudarte.

—¡Ella no quiere ayudarme, no seas ingenua! ¡Fui un estorbo para los dos en cuanto nací y que no fuera varón nunca me lo perdonaron! Se pasan en Londres casi todo el año y ella sí que va adecuadamente vestida. —Furiosa se volvió para mirarla de frente. —¿Sabes lo que me ha dicho? ¡Qué estoy hecha una pena! ¡Encima! Mi vestido me quedaba corto y es infantil comparado con los bellos vestidos que llevaban las demás. Parecía la sirvienta de Lady Hobson que estaba sentada a mi lado llena de bordados y piedras cosidas a su seda verde.

Nona apretó los labios. —¿Qué vas a hacer?

—¿Hacer? Pues buscar marido. A ver si tengo suerte y hay una epidemia en Londres que obligue a los solteros a mudarse al campo, porque si no se me caerá la tela a jirones dentro de nada y entonces sí que iba a ser el hazmerreír de todo el que me conoce.

La miró con pena. —No digas eso. —Se sentó a su lado y acarició la sonrojada piel de su mejilla. —Eres la muchacha más hermosa de los contornos. Nunca serías un hazmerreír porque tú no has hecho nada malo. Los únicos que hacen el ridículo son tus padres que quedan ante todos como unos tacaños. ¿Crees que no corren rumores por la aldea sobre cómo te tratan? Todo el mundo conoce su proceder y serán juzgados por ello.

Desilusionada bajó la cabeza. —Creía que me dejaría ir a Londres porque así sería más rápido conseguir marido.

—Lo siento, mi niña.

—Me he hecho ilusiones para nada. —Nona sonrió con tristeza y acarició uno de sus gruesos rizos. La vio pasar la mano por su viejo tocador.

—Estás triste porque ese joven no te hizo mucho caso, ¿verdad? —Negó con la cabeza sin mirarla directamente. —A mí no me mientas. Las doncellas dicen que es tan guapo que quita el aliento y habla a las mujeres como si las cortejara. A ti nunca te han hablado así.

—Me da igual.

Cogió su barbilla para que la mirara. —Esta tarde vi cómo te ilusionabas porque había invitados. Estabas radiante y estoy segura de que ya habías hablado con tu padre, lo que en otras circunstancias haría que estuvieras furiosa. Pero para la cena querías estar muy hermosa y...

—¡Vale! —Molesta se levantó para ir hacia la cama. —Le vi al llegar, ¿contenta?

Nona reprimió la risa. —¿Y qué te pareció?

—No le conocía.

—Y ahora tampoco le conoces. ¿Acaso has hablado con él? —Gruñó tapándose con las mantas y Nona rio. —Así que no.

—No, no he hablado con él. ¡Ni lo haré!

—¿Porque no te hizo caso?

—Sí. —Se sentó de golpe. —¡Exacto! ¡Mira que fijarse en esa vieja de Lady Ingham!

—Debe tener treinta años.

—¡Pues eso! ¡Una vieja!

Nona no pudo más y se echó a reír. —Entonces yo soy un carcamal.

Se sonrojó con fuerza. —No, tienes cuarenta años muy bien llevados.

—Lady Ingham es hermosa y debe tener más o menos su edad.

Gruñó tumbándose de nuevo y tapándose con las mantas. —Quiero dormir.

Nona se levantó y empezó a recoger su ropa. —Antes cuéntame qué sentiste cuando le viste.

Suspiró apartando las sábanas y miró el techo. —Yo llegaba de mi paseo a caballo, ¿sabes?

—Supongo que estabas enfadada, siempre sales a caballo si estás enfadada.

—Sí. Daba la vuelta a la esquina desde el establo y vi el carruaje ante la casa. Sabía que padre esperaba invitados y como no estaba arreglada me escondí tras el seto. Y fue cuando John abrió su puerta y descendió del coche. Padre debía estar en la escalera porque al salir sonrió y...

—¿Y? —preguntó impaciente dando un paso hacia ella.

—Me quedé sin aliento. No creía que eso fuera posible. Todo en él me impactó. Su porte, su elegancia, es alto y fuerte. Sus cabellos negros se rizan en su nuca y tiene la sonrisa más hermosa del mundo. Antes de subir los escalones miró hacia mí y asustada me agaché, pero pude ver unos hermosos ojos grises. Jamás había visto un color así y están rodeados de largas pestañas negras. —A Nona se le cortó el aliento escuchando cada detalle que salía de su boca. —Camina con seguridad y viste lo mejor de lo mejor. Con temor a que me regañaran saqué la cabeza de nuevo, pero solo vi su perfil mientras subía los escalones. —Apretó los labios. —Cuando padre me presentó antes de la cena ni me miró haciendo una ligera reverencia.

—¿Qué te dijo?

La miró sorprendida. —¿A mí?

—Sí, algo te diría. Se suele decir un ligero cumplido.

—Pues a mí no me dijo ni pío. ¿No te digo que ni me miró? Pasó directamente hacia mi madre, cogió su mano y se la besó diciendo que agradecía mucho su invitación.

—¿Y no besó la tuya?

—No. —Frunció el ceño. —Ahora que lo pienso besó las manos de todas excepto la mía.

—Madre mía.

—¿Qué?

—¡Cree que eres una cría!

Se sentó de golpe. —¿Cómo de cría?

—¿De catorce?

—¡No!

—¡Pues se empieza a besar la mano de una dama en la adolescencia y no besó la tuya!

La miró con horror. —Sé que con esos vestidos aparento menos, ¿pero tanto?

Nona tiró el vestido sobre la cama viendo la angustia en su rostro. —No pasa nada.

—¡Claro que pasa!

—Tienes diez días para convencerle de que no eres ninguna niña. Es lo que se quedarán los invitados más o menos.

—¡Teniendo a Lady Ingham no me hará caso!

Su sirvienta entrecerró los ojos. —Mira, estás en una situación muy delicada, niña. No vas a encontrar por los contornos hombres como ese. Y vive en Londres, tu oportunidad de escapar del campo. —Eathelyn entrecerró los ojos. —Tienes que cazarle, niña. ¡Espabila o acabarás con un hombre como Lord Clayton! —Casi grita del horror por las palabras de su doncella. —Sí, ¿porque crees que tu padre va a permitir que te cases con algo menos de un Barón? Ni hablar. Tiene que ser noble y por aquí solo hay viejos porque todos los jóvenes se van a Londres a disfrutar de las diversiones que ofrece la ciudad. Tienes que pillar a uno de los invitados de tu padre y has tenido la suerte de que uno te agrada. ¡A por él!

—A por él.

—Exacto. Lo que no entiendo es como le ha invitado a él. No son de la misma edad.

—Se conocieron en uno de esos clubs que frecuenta padre en la ciudad —dijo con cinismo.

—¿Cómo lo sabes?

—Después de la cena fui hasta la terraza sin que madre se diera cuenta y escuché hablar a los hombres. Estaban felicitando a Lord Hoswell por llevarse al catre a Lady Corton, que al parecer en Londres la conoce todo el mundo porque está casada con un estirado del parlamento. —Frunció el ceño. —Debe ser un disoluto.

Nona se puso como un tomate. —Sí, tiene toda la pinta. Pero ya le enderezarás tú.

Entrecerró los ojos. —Yo no comparto lo mío.

—Menuda mentira, a mí siempre me lo dejas todo.

—¡A mi marido no te lo dejaría! —Nona se echó a reír. Gimió tapándose la cara con las manos. —¿Qué voy a hacer?

Se abrió la puerta de golpe y Dalia entró en la habitación cerrando la puerta y pegando la oreja. Su madre parpadeó y Eathelyn miró interesada sacando las piernas de la cama. —Dalia, ¿qué pasa?

—Shussss... —Abrió la puerta lentamente y solo miró con un ojo por la rendija. —Ha entrado en la habitación de la bruja.

Gruñó corriendo hacia la puerta y miró el pasillo sabiendo perfectamente a quien se refería porque su mejor amiga la había interrogado hacía horas y a ella nunca se le escapaba nada. —¿Estás segura?

—Sí. —Le echó una mirada de reojo antes de atravesar el pasillo y pegar la oreja a la puerta. Al escuchar una risita asintió antes de caminar hacia su ama que por la expresión de su rostro parecía que le acababan de matar a su gato. Dalia cerró la puerta. —Es un pendón, milady. Ese hombre no tiene vergüenza. ¡Si su marido duerme al lado!

—Hija... —dijo Nona exasperada—. ¿Qué te he dicho de espiar a los señores?

—Ya, ya. —Se apartó un mechón rubio de la sien para pasárselo tras la oreja antes de poner los brazos en jarras. —¿Provoco un pequeño fuego? Eso le hará salir.

Entrecerró los ojos. —¿Y si se te va la mano?

Su amiga de la infancia sonrió. —Así nos iremos a Londres. Si no hay casa aquí...

—¡Ni hablar! —exclamó su madre indignada—. ¿Estás loca?

—Mamá, así conocerá a más hombres como él que no se metan en la cama de las mujeres de alcurnia —dijo con ironía.

—Todos los hombres son así. —La miraron asombrada. —Bueno, casi todos.

—¿De veras? ¿Todos son como mi padre? —preguntó desilusionada.

Nona apretó los labios sentándose en la cama. —Mi marido me fue infiel muchas veces antes de que Dios se lo llevara.

—Nunca me lo habías contado. —Miró a Dalia que suspiró. —¿Tú lo sabías?

—Claro. Una vez lo pillé con una vecina en el corral. Y eso no se cuenta. Me daba vergüenza.

—Pues bien que me cuentas lo de mi padre con la doncella de mi madre.

—Es que eso lo sabe todo el mundo.

Gruñó mirando la puerta cerrada. —Dalia llama a la puerta de Lord Ingham y pregúntale si tiene láudano.

Dalia sonrió maliciosa. —¿A quién le duele la cabeza, milady?

—A la Condesa. Antes de llamar al médico quieren preguntar a los invitados para no hacerle recorrer el trayecto desde el pueblo.

—Perfecto.

—¡Un momento! ¿Qué queréis conseguir con eso?

—Él no tendrá. Los hombres nunca tienen. Y escuché decir a Lady Ingham que tiene jaquecas cuando está muy cansada. Seguro que lleva un frasquito con ella.

—Dirá que le pregunte a su esposa. ¿De qué servirá?

—Pues al menos la pondrá nerviosa. A ver cómo reacciona. Igual le echa.

Dalia salió decidida de la habitación y fue hasta la puerta de al lado de Lady Ingham. Llamó dos veces mientras ellas observaban por una rendija. —Adelante —dijeron desde dentro.

Su amiga decidida abrió la puerta y sin entrar dijo —Milord, ¿usted tendrá láudano? La Condesa tiene dolor de cabeza y no disponemos en este momento de él. Si usted tuviera no iríamos a buscar el médico hasta el pueblo.

—Mi esposa seguro que tiene.

—Oh... —Dalia sonrió. —Pues le pediré a ella.

—Espera que lo hago yo.

Dalia se quedó de piedra y antes de que pudiera reaccionar el Barón salió de la habitación con un batín verde de terciopelo y abrió la puerta de su esposa. Dalia con los ojos como platos estiró el cuello, pero no se escuchó ningún grito. Lord Ingham salió de la habitación y le tendió el frasquito mientras Dalia se quedaba con la boca abierta. El hombre sonrió. —Espero que la Condesa se reponga pronto.

—Gracias, milord. Buenas noches.

El hombre entró en su habitación y Dalia miró hacia allí atónita antes de correr hacia ellas. Nona chasqueó la lengua. —Te has equivocado. Estaba sola.

—Que no. ¡Qué entró allí! ¡Mamá, estas cosas no se me escapan! ¡Lord Hoswell está ahí!

—Pues se escondería debajo de la cama.

Escucharon que se abría una puerta y las tres se miraron reteniendo el aliento antes de correr hacia la puerta. Nona abrió sin hacer ruido y vieron como Lord Ingham entraba en la habitación de su esposa y decía en voz alta —Por favor, continuad. Solo vengo a observar. Espero que no le importe, Orwell.

—Cariño, esto es fantástico. Tiene unas manos...

Las tres dejaron caer la mandíbula del pasmo mientras el hombre cerraba la puerta tras él con una sonrisa de satisfacción en la cara. —Cómo me alegro, querida.

Nona cerró la puerta de golpe y se puso como un tomate. —Esto es...

—Un puterío, mamá.

Aún en shock su doncella asintió. —Madre mía, nunca había oído algo así. —Fulminó a su hija con la mirada. —¡Y esa boca!

—Qué ganas tengo de irme a Londres —dijo ilusionada—. Allí sí que debe haber tomate.

—Dios mío. —Eathelyn aún estaba impresionada. Nunca creyó que alguien pudiera comportarse así. Compartía a su mujer con otros hombres y miraba. Y lo que era más increíble para ella es que Orwell no le importaba que miraran.

Nona preocupada carraspeó como si nada. —Mejor nos olvidamos de lo que hablamos antes. Ya encontraremos a alguien. Seguro que el hijo de Lord Clayton llega en algún momento de Europa y bah... solo le faltaba una pierna. Puedes pasarlo por alto.

Preocupada fue hasta la cama y se subió mientras ellas la observaban. —No te preocupes, Eathelyn —dijo Dalia acercándose a los pies de la cama—. Es que no se ha fijado en ti, pero cuando lo haga, se enamorará y se olvidará de todas.

—¿Tú crees? —Levantó una de sus cejas. —Un hombre que hace algo así no tiene principios de ningún tipo y no respeta nada —dijo totalmente decepcionada—. No puedo casarme con alguien así. Yo quiero que me amen. ¿Y si consigo casarme con él y después hace esas cosas?

Me moriría de la pena.

—Di que sí, cielo. Aún puedes enamorarte de otro. Alguien encontraremos —dijo Nona mientras su hija la miraba como si hubiera dicho un disparate—. Alguien encontraremos.

—¡Seamos francas! ¡En un año no ha pasado nadie por aquí! ¡Y cuando sus padres no están no la invitan a ningún sitio por los contornos porque no tiene carabina ni ha sido presentada en sociedad! Solo ve a los de su estatus en la iglesia y de esos viejales no se va a enamorar. ¡Únicamente cuando sus padres hacen estas fiestas tiene la ocasión de conocer a alguien! ¿Qué futuro crees que le espera si deja pasar esta oportunidad? He oído hablar al Conde y le ha dicho a su valet que en un mes volverán a Londres.

Nona jadeó impresionada. —¿Ni se van a quedar para las Navidades?

—No. Al parecer hay una fiesta en Londres que no se quieren perder.

Intentó contener su desilusión, aunque no sabía de qué se extrañaba porque sus padres nunca le hacían ni caso a no ser que fuera para regañarla. Eso lo hacían estupendamente.

Nona dio un paso hacia ella. —Tienes que ponerte en contacto con tu abuela.

—¡No! —exclamó con horror.

—¡Es lo único que puedes hacer! Ella vive en Londres y hará lo que sea necesario para casarte con un hombre en condiciones, no como tu madre que se escapó para casarse con ese... Bueno, mejor me callo.

—Es muy rígida, mamá. La última vez que estuvo aquí hace cinco años la castigó por darle un beso en la mejilla nada más verla. Y no dejó que se le acercara en el mes que permaneció en la casa. Es más, dijo que no aparecería de nuevo por aquí hasta el afortunado día en que se casara y al fin la perdiera de vista para siempre.

Intentando no recordar ese momento apretó los puños porque la pena había sido devastadora al escuchar esas palabras. Había esperado el momento de conocer a su abuela años y cuando

había llegado no había podido disimular su ilusión, pero aquella zorra la trató como si ni siquiera fuera de la familia. Es más, no soportaba su presencia y lo hacía saber cada vez que tenía oportunidad. Odiaba a esa mujer. Era una bruja de primera y aún recordaba la risa irónica de su madre cuando vio la reacción de la Baronesa al darle el beso. No le extrañaba que su madre hubiera salido así, porque no había recibido amor jamás. Ni por sus padres ni por su marido y Eathelyn se negaba a tener la misma vida.

Una risa femenina al otro lado del pasillo la tensó y miró hacia la chimenea abrazándose las piernas. —No pienso pedir ayuda a esa vieja amargada entre otras cosas porque no me la dará. —La miraron con pena porque las opciones se reducían. Sus preciosos ojos azules observaron el fuego. —Lo han hecho a propósito.

—¿De qué hablas, cielo? —Nona se sentó a su lado.

—Quieren que me case con él.

Su doncella miró asombrada a su hija que asintió. —Eso pensé yo también. Tu padre te dice que no te va a comprar nada más ni que va a llevarte a Londres y de repente aparece ese hombre aquí que es como ellos. Todo es una trampa.

—¿Pero por qué?

Miró a Nona. —¿Por qué? No soportarían que les superara con un matrimonio ventajoso. Son egoístas y dañinos. Quieren que sea infeliz. Padre me conoce muy bien y sabe que un matrimonio como el suyo me haría muy desdichada.

—Dios mío, son unos monstruos.

—No me van a dar más opciones, os lo digo yo. Si dejo pasar esta oportunidad... —Negó con la cabeza sin imaginarse las consecuencias.

—¿Y por qué no te compromete con él sin más?

Ella sonrió irónica. —Porque Lord Hoswell no se casaría conmigo ni por todo el oro del

mundo. Es un conquistador y un sinvergüenza. Apenas lleva aquí unas horas y todas nos hemos dado cuenta. Disfruta de la vida sin importarle nada y no se imagina la trampa que le ha tendido mi padre.

—Están jugando contigo —dijo Dalia preocupada.

—Sí, soy otro de sus juegos y si en estos días no reacciono puede que me comprometan incluso con alguien mucho peor porque mi padre no es nada paciente. Esta misma tarde me ha dicho claramente que es hora de que me case. —Miró la puerta decidida. —Tengo que hacer algo.

—¿Con él?

—Dios mío... —Tembló sin darse cuenta y Nona la abrazó por los hombros. —Me agradaba.

—Estás impresionada por lo que has visto porque aún eres muy inocente.

—Se ha impresionado hasta mi madre que ha visto de todo.

Se apartó para mirar a Nona a los ojos. —¿De verdad?

—Sí, niña. En esta vida he visto de todo y mucho gracias a tus padres y a mi marido que era para darle de comer aparte.

—Nunca me hablas de tu matrimonio.

Sonrió con tristeza apartando un rizo de su frente. —Porque no fue dichoso. Nada de lo que sentirse orgullosa.

—Fue una mierda, mamá. Habla claro.

Exasperada miró a su hija. —¡Esa boca! ¿No tendrías que estar terminando de recoger el comedor?

—Ya he terminado mi trabajo. El señor Breen me ha dicho que me vaya a la cama. —Se cruzó de brazos. —Deja de lamentarte. Tienes a un hombre guapísimo que es un poco ligero de

cascos. ¿Y qué? Tienes carácter. Retuércele los...

—¡Dalia!

—Bueno, retuércelos hasta conseguir lo que quieres.

Eathelyn entrecerró los ojos. —¿Hasta conseguir lo que quiero?

—Claro. Serás su esposa. Puedes torturarlo hasta que te ame. Lo dice la iglesia.

—¿Y dónde dice eso? —preguntó su madre divertida.

—¡Ante el Pastor él debe prometer que la amará y la cuidará! ¡Tiene derecho a ello a los ojos de Dios! ¡Así que nadie se lo puede echar en cara si le tortura hasta conseguirlo! —Su amiga la miró con malicia. —Y estoy segura de que tú no permitirías lo que está pasando ahí en frente si tienes un anillo en el dedo que diga que es tuyo.

—¡Claro que no!

—Pues eso. Después de casarse tendrá que cambiar. Quiera él o no.

Se levantó pensativa y fue hasta el tocador. Cogió el cepillo y se lo pasó por su cabello. Observó su imagen y cogiendo un largo mechón que le llegaba a la cadera se lo cepilló mirándose atentamente. —Nona, mi bata.

—¿Qué vas a hacer?

—Dalia, quema el despacho de mi padre. Mi madre se pondrá de los nervios cuando se queme su precioso retrato.

Su amiga sonrió maliciosa. —Enseguida, milady.

Nona observó impotente como su hija salía de la habitación. —Como la pillen...

—Es demasiado lista para que la pillen. Lo sabes muy bien. —Metió los brazos en las mangas y se ató la bata volviéndose. —¿Cómo estoy?

—Eres un sueño.

—¿Parezco mayor?

—Nadie puede dudar que eres toda una mujer viéndote así.

—Bien, sigamos el juego a mis padres. A ver quién sale vencedor al final.

Se observaron a los ojos y de repente escucharon el grito de un hombre —¡Fuego! ¡Fuego!  
¡Conde hay fuego!

—¡Fuego! —gritó Dalia desde el piso de arriba y en ese momento escucharon como se abrían varias de las habitaciones.

—¿Qué ocurre?

—Fuego, milord. ¡Hay que salir de la casa!

Nona levantó una ceja antes de abrir la puerta a su señora, que salió de la habitación justo en el momento en que se abría la puerta frente a ella. Los Barones salieron en bata corriendo mientras soltaban unos gritos bastante chillones. Se detuvo para verles pasar. Al ver los labios hinchados de la Baronesa casi se tira sobre ella, pero simplemente alargó el pie y esta tropezó cayendo al suelo justo antes de que su marido la pisara en la espalda corriendo hacia la escalera. Vio un movimiento a su derecha y miró hacia allí para ver como Lord Hoswell salía de la habitación con los pantalones puestos y la camisa por fuera de su cinturilla. Sus ojos se encontraron durante unos segundos mientras los invitados pasaban entre ellos y Eathelyn sintió que se le detenía el corazón, pero un grito de su madre llamándola la sorprendió y la vio en las escaleras. —¡Corre, estúpida! ¡Hay que salir de la casa!

Fue hasta ella tranquilamente y una mujer la empujó por la espalda tirándola contra uno de los aparadores del pasillo. —¡Milady! —gritó Nona preocupada.

—Permítame ayudarla, milady.

Su voz grave hizo que levantara la vista y vio su mano, pero ella siguió elevando la vista hacia sus ojos y se enderezó. —No será necesario, milord. No me gustaría que me impregnara el

aroma de Lady Ingham. Me repugna. —Orwell se tensó y perdió su sonrisa para ver como su doncella la cogía del brazo y empezaban a descender las escaleras.

—¿Qué has hecho? —preguntó Nona por lo bajo.

—Por lo que oí en la terraza esa mujer de Londres era inaccesible. Le gustan que sus conquistas sean retos.

—Te acabas de convertir en su objetivo.

—Eso espero. Tengo que mantener su interés —susurró.

Llegaron al jardín y vieron como varios lacayos empezaban a sacar los muebles intentando salvarlos, mientras otros entraban en la casa con cubos de agua para sofocar el fuego.

—Dios mío, espero que consigan detenerlo. ¡Tengo todas mis joyas ahí! —dijo Lady Hobson preocupadísima.

Sintió que la observaban y miró hacia su derecha para ver a su lord mirándola fijamente. Ella levantó una ceja con desprecio antes de mirar la casa de nuevo. Su padre daba órdenes a diestro y siniestro mientras su madre les decía a los criados donde colocar los muebles. —Debería ayudar —dijo Nona preocupada.

Ella la cogió por la muñeca. —No te mueves de aquí. No quiero que te pase nada. —Se acercó a ella disimuladamente. —Además, no quiero quedarme sola.

Dalia llegó corriendo en ese momento y dijo en voz alta —Ya lo están apagando. Debí saltar una chispa desde la chimenea del despacho, pero ya casi está, milady.

—Menos mal —dijo aliviada—. ¿Todos están bien?

—Sí, no hay heridos.

—Muy bien. —Cogió el bajo de su bata y caminó hacia sus padres. El viento agitó su cabello y se estremeció de frío. Tenía que haber cogido otra bata que abrigara más, pero no era tan tentadora como la que llevaba ahora. Haciéndose la preocupada se acercó a su madre. —¿Todo

está arreglado?

—Sí. —La fulminó con la mirada. —¿Dónde estabas? Se podía haber quemado la casa y no has hecho nada.

—¿Y qué querías que hiciera, madre? —preguntó aparentando asombro por un reproche que sabía que llegaría—. ¿Cargar cubos? Eso no lo hace una dama como bien me has enseñado.

La Condesa se sonrojó. —Espera en el jardín hasta que yo te lo diga.

Lo veía en sus ojos porque era como su abuela. Era un castigo. La tendría allí hasta que no le quedara más remedio que dejarla entrar sin importarle que pasara frío. Asintió volviéndose y regresó hasta donde estaba Nona hablando con una de las invitadas que estaba preocupada por sus cosas. —Eso no debe preocuparle, milady. Enseguida regresarán a sus habitaciones.

Se acercó a ellas sintiéndose observada y sabía por quién, así que le ignoró completamente. No porque no estuviera deseando mirar esos ojos de nuevo, sino porque algo en su interior estaba realmente decepcionada con él. Sonrió a su invitada. —Enseguida podremos volver a la casa, ya verá.

—Oh querida, menudo susto. Creo que te hice daño al ir hacia la escalera. Lo siento. ¿Estás bien?

—Sí, por supuesto.

—Milady, está sangrando.

Sorprendida miró a Orwell que observaba la manga de su bata. Nona asustada cogió su muñeca para elevar la manga y vio que tenía un corte bajo el codo. Ni se había dado cuenta. —Sangra mucho.

—No es nada, Nona. No te preocupes. —Apretó los labios mirando la manga de la bata. Era la única decente que tenía y Nona al mirar sus ojos supo lo que pensaba.

—Eso es lo de menos.

—Tienes razón.

Un pañuelo apareció ante ella con una O y una H entrelazadas. Al levantar sus ojos vio que era de Orwell que estaba a su lado. Alargó la mano cogiendo el pañuelo. —Gracias, Lord Hoswell. —Se puso el pañuelo en la herida apartando la vista de él porque la inquietaba su manera de mirarla. Se había propuesto que se fijara en ella, pero la miraba tan intensamente que le alteraba la respiración.

—Ya está dejando de sangrar —dijo su doncella.

—Ya te he dicho que no es nada.

—¡Nona! —gritó su madre—. ¡Ayuda a meter las cosas en la casa!

Se tensó al escuchar la orden de su madre, pero Nona la advirtió con la mirada antes de alejarse.

Se revisó la herida sintiendo su presencia a su lado, pero hizo que no estaba ahí. —Los vestidos no le hacen justicia, milady —dijo él irónico—. Esos harapos ocultan una belleza que me deja sin aliento.

Aunque no podía negar que le agradaban sus lisonjeras palabras, algo en su interior le dijo que no se creyera nada porque estaba acostumbrado a encandilar a las mujeres. Chasqueó la lengua antes de mirarle. —No se canse, milord. Aquí va a pinchar en hueso. Yo no compartiré lecho con más hombre que mi marido. Sus perversiones déjelas para usted. —Los ojos grises del futuro Vizconde brillaron y ella supo que había captado totalmente su interés. Algo le subió por el vientre haciendo que su sangre corriera veloz por sus venas. —Buenas noches —dijo yendo hacia la casa con ganas de huir

—Dulces sueños, milady —dijo con voz ronca.

Ignorando la orden de su madre, entró en la casa sin que la vieran sus padres y Nona la vio subir las escaleras a toda prisa. Su doncella la siguió y Dalia disimuladamente también. En

cuanto las tres entraron en la habitación sonrió triunfante.

—¿Qué, niña? ¿Te ha dicho algo?

—Que los harapos que llevo no me hacen justicia.

Dalia chilló de la alegría. —Perfecto. Se ha fijado en ti como querías.

—¿Y cuál es el siguiente paso? —preguntó su madre.

—¿El siguiente? —Tomó aire profundamente. —Intentar no acabar en su cama y eso va a ser realmente difícil porque esos ojos grises prometen maravillas.

—¡Eathelyn! ¿Pero qué dices?

—Seamos claras. Intentará levantarme las faldas antes de que me dé cuenta. Y no es por nada, pero no sé si podre evitarlo porque es un hombre muy atractivo y mi corazón se acelera cuando se acerca. —Se sonrojó con fuerza. —Nunca he conocido un hombre tan atractivo como él y tiene malas artes para seducir. Soy un cervatillo a la espera de que la cacen y él tiene una escopeta gordísima que me apunta directamente.

—¿Crees que su escopeta es muy gorda? —preguntó Dalia intrigadísima.

Eathelyn la miró sin comprender y sus sirvientas rieron por lo bajo. —¿De qué os reís?

—Ya lo entenderás.

Pasándolo por alto se sentó en la cama y pensó en ello. —Tengo que seguir manteniendo su interés y que termine pidiendo mi mano. Y después ya puede reformarse porque si no es así, seré yo la que le pegue un tiro. Si cree que voy a unirme a sus correrías está muy equivocado. ¡Mi casa será una casa decente!

—Eso, niña. Así se habla. Ahora a dormir que mañana tienes que estar radiante.

Pensando en su vestuario precisamente radiante no iba a estar, pero ya lo pensaría al día siguiente. Se tumbó en la cama y se dio cuenta que llevaba el pañuelo de su libertino en la mano.

Nona la arropó como cuando era una niña y sonrió con ternura al ver como preocupada acariciaba el bordado de su tela. —Ahora duerme.

—Me parecía tan atractivo... —dijo con pena.

—Es soltero. Se le tienen permitidas ciertas licencias. Igual más adelante cambia.

—Más le vale —dijo con rencor antes de dejar el pañuelo sobre la mesilla—. Buenas noches. Os quiero.

—Y nosotras a ti. —Dalia se subió a la cama por el otro lado y le dio un beso en la mejilla. —Que descanses.

Sonrió mientras Nona la besaba en la frente y sin poder evitarlo se emocionó porque todo el amor que debían haberle dado sus padres se lo habían dado ellas. —Sois mi familia.

Nona asintió. —Por supuesto, cariño. Como si fueras mi hija.

—Hermanas de sangre, ¿recuerdas? —Su amiga le guiñó el ojo yendo hacia la puerta. —Hasta mañana, milady —dijo en alto por si la escuchaba alguien.

—Hasta mañana. —Se tumbó de costado y Nona le guiñó un ojo antes de cerrar la puerta. Se quedó mirando la suave luz de la chimenea durante varios segundos antes de que sus ojos fueran a parar al pañuelo que había sobre la mesilla de noche. Lo cogió de nuevo y lo abrió mostrando la pequeña mancha de su sangre cerca de las iniciales de Orwell. Al escuchar como los invitados regresaban a sus habitaciones se sentó agudizando el oído. No se le ocurriría regresar a la habitación de los Ingham, ¿verdad? Muy tensa intentó escuchar, pero a no ser que echara un vistazo no se iba a enterar de nada y no pensaba abrir la puerta por si la pillaban. Y sobre todo si la pillaba su madre porque no había cumplido su castigo y eso seguramente lo pagaría mañana. Pero mañana era otro día. Se tumbó en la cama y se giró dando la espalda a la puerta para ver que tenía el pañuelo en el puño. Sin poder evitarlo llevó el pañuelo a su nariz y aspiró. Olía a tabaco y a jabón. Sonrió cerrando los ojos mientras metía el pañuelo bajo la almohada.



## Capítulo 2

Cabalgando saltó el seto del jardín de atrás y el jardinero silbó saludándola con la mano. —  
¡Buenos días, Tim!

—¡Buenos días, milady! ¡Tenga cuidado!

Azuzó las riendas de Centauro, el pura sangre de su padre. Este cabalgó más deprisa y rio cuando saltó el pequeño riachuelo que rodeaba la finca. Subió la colina y detuvo su montura para observar el pueblo. A pesar de que acababa de amanecer ya había actividad. Era día de mercado y los comerciantes ya empezaban a sacar cajas de sus carros con frutas, verduras, telas o zapatos. Emocionada porque era uno de sus días favoritos del año agitó las riendas galopando hacia el pueblo sin ser consciente de como el viento hacía volar su hermoso cabello suelto. Detuvo su caballo frente a la Iglesia y lo ató a un árbol. Sacó el paquete de la alforja antes de correr hacia allí. Rodeó el edificio y entró por la puerta de atrás. —¡Pastor Higgins, soy yo! ¡Le he traído la miel!

Entró en la sacristía e hizo una mueca decepcionada porque todavía no había llegado. Decidió dejársela sobre la mesa de la sacristía y salir a dar una vuelta por el pueblo. Caminó entre los puestos donde aún estaban colocando la mercancía y fascinada vio que el hombre que vendía las telas dejaba un rollo enorme de un hermoso terciopelo azul oscuro. Sería perfecto para un traje de montar o para uno de viaje y resaltaría el color de sus ojos.

—¿Quiere tocarla, señorita?

—Milady —dijo el del puesto de al lado molesto—. Es Lady Hainsworth. La única hija del Conde Raughley.

—Es un honor, milady. Disculpe mi ignorancia —dijo el hombre sonrojado mirando de reojo su modesto vestido azul que había visto momentos mejores. —Es de lo más exquisito que tengo. Traída de Italia.

Se echó a reír. —Sí, por supuesto. Así que de Italia.

—Créame, milady.

La verdad es que la tela era realmente hermosa y ya se imaginaba vestida así. El mejor vestido que hubiera tenido nunca. Pero no tenía dinero, así que forzó una sonrisa. —No, gracias.

—Tengo este mismo terciopelo en un color granate rojizo que es la envidia de todo Londres. —Se detuvo en seco y se volvió ligeramente. Él sonrió como si ya la hubiera convencido. —Con su color de cabello sería espectacular... como una llama en la oscuridad. Espere que se lo saco.

—No estoy casada. No puedo... —Se sonrojó porque varios la miraban y le dio vergüenza molestar cuando nunca compraba nada.

—Me muero por ver si tiene razón, buen hombre.

Se le cortó el aliento volviéndose para encontrarse a Lord Hoswell tras ella. Llevaba una chaqueta azul oscuro con unos impecables cuellos de ante que conjuntaban con los pantalones que llevaba ese día. Sus botas altas relucían diciendo que eran de calidad. No se podía estar más apuesto. Se sonrojó con fuerza al ver sus ojos que parecían divertidos. Estaba tan guapo que robaría el aliento hasta a su abuela, que era una bruja que no había mirado a un hombre en cuarenta años. Y ella con aquellas pintas. —Milord...

—Buenos días, preciosa. —Jadeó por el apelativo que estaba totalmente fuera de lugar y apretó los puños cuando se acercó al puesto y acarició la tela. —Sí que es de calidad.

—Por supuesto, milord. Lo mejor de lo mejor. A milady le quedaría maravillosamente. Y con unos encajes de Bruselas estaría divina. La belleza de milady debe estar adornada de lo mejor.

—Estoy de acuerdo. —La miró interrogante. —¿Te agrada?

La pregunta la puso muy nerviosa. —¿Cuándo le he dado permiso para que me tutee, milord?

Orwell suspiró. —¿Te has levantado con el pie izquierdo, querida?

—¡Se toma muchas libertades! —Levantó la barbilla y se volvió mientras el tendero la miraba asombrado. Salió del mercado y fue hasta su caballo. Estaba desatando las riendas cuando le sintió tras ella. Miró sobre su hombro y gruñó antes de terminar de liberar a Centauro. —No me siga —dijo entre dientes.

Eso pareció divertirle y acarició el cuello del caballo acercándose demasiado para su paz mental. Llegó hasta ella el olor de su jabón y se dijo que aquel hombre era realmente peligroso porque la miraba como si fuera importante para él. Avergonzada porque no estaba acostumbrada a que un hombre la mirara agachó su rostro. —Apártese, tengo que irme.

Él acarició un mechón de su cabello dejándola atónita. Tanto que no supo cómo reaccionar quedándose muy quieta porque todo su cuerpo se tensó de placer. —Me preguntaba si puedes enseñarme los contornos —dijo con la voz enronquecida.

—¡Lady Hainsworth! —Se sobresaltó al escuchar la voz del Pastor Higgins y se volvió para verle ante la Iglesia. Orwell sonrió soltándole el mechón y el padre le miró fijamente acercándose. —No sabía que hoy bajaría al pueblo.

—He venido a dejarle la miel, Pastor. Sé que le viene muy bien para los resfriados. Se la he dejado en la sacristía.

—Muchas gracias, hija. Siempre tan atenta. —Fulminó a su lord libertino con la mirada. —¿Y usted es?

—Un invitado de la casa —dijo ella rápidamente—. Lord Hoswell, el Pastor Higgins ha

cuidado de mi alma desde mi nacimiento.

—Y lo haré hasta que Dios me lleve, niña —dijo con segundas—. Milord, espero que esté disfrutando de su estancia.

—Está siendo interesante. Tienen un pueblo precioso.

El Pastor la miró directamente. —Hija, le he dicho mil veces que debe ir escoltada. Hay mucho malhechor que no duraría en tomar su virtud con malas artes.

Eathelyn sonrió. —Lo sé, Pastor Higgins. Hay mucho aprovechado por ahí —dijo con cinismo—. De esos que creen que pueden tomar lo que quieran sin consecuencias. ¿No es una vergüenza?

—Al parecer ya ha venido el Conde y sabe que eso siempre atrae malhechores sin escrúpulos.

—Lo sé, Pastor. No debe preocuparse. A mí no me dan gato por liebre. Me ha enseñado bien a reconocer al diablo cuando lo tengo delante.

El hombre sonrió satisfecho. —Así me gusta. Ahora vaya directamente a casa y si sale que sea con nuestra querida Nona.

—Sí, Pastor. —Encantada subió a su caballo y sonrió radiante. —Le veré mañana para la misa.

—Por supuesto. Como siempre, mi niña.

Volvió su caballo y lo azuzó. Cuando salía del pueblo miró hacia atrás para ver como Orwell la observaba fijamente mientras el Pastor hablaba de manera muy seria con él. Pero no parecía afectado en absoluto. Entrecerrando los ojos miró al frente y sonrió. Sí, estaba pero que muy interesado.

Y lo confirmó antes de bajar a comer con los invitados. Nona estaba haciéndole el recogido cuando la puerta se abrió y Dalia entró en la habitación con un paquete enorme que con esfuerzo dejó sobre la cama. Se volvió para mirar el paquete. —¿Qué es eso?

—Te lo han traído del pueblo. Y pesa un montón.

Se le cortó el aliento levantándose y corrió hacia el paquete sin poder creérselo. No podía haberse atrevido.

—¿Crees que será...? —preguntó Nona tan intrigada como su hija.

—¿Será qué? —preguntó Dalia.

—Ahora lo averiguaremos. —Tiró del cordel para empezar a rasgar el papel.

—No me entero. Habéis hablado de algo sin mí. Ya sabéis lo que me molesta... —protestó su amiga antes de jadear al ver la tela de terciopelo granate—. Dios mío. Es mejor que el terciopelo de tu madre.

Soltó una risita abriendo el paquete del todo. También había terciopelo azul y un encaje hermoso para los cuellos y los puños. —Lord Hoswell se ha gastado un buen dinero.

—¿Lo ha enviado él? —Dalia se sentó en la cama acariciando el terciopelo. —No hay duda de que tiene buen gusto.

Impresionada porque no se esperaba tanto apartó la tela para dejarla a un lado mostrando el encaje que era tan delicado que parecía un sueño. Emocionada miró a Nona. —¿No puedo aceptarlo?

—No deberías. No es tu prometido ni tu marido...

—Todavía —dijo Dalia divertida.

—Pero él no lo sabe —dijo Nona muy seria—. Debes devolverlo.

Suspiró acariciando la tela. —Lo sé.

—¿Estáis locas? Casi no tiene vestidos decentes. ¡La necesita!

—No es decente. Debe dejarle claro desde el principio que ella no quiere ser su amante y ese es el regalo que se haría a una amante. A una debutante puede regalarle flores, un poema, ¿pero telas? No.

Suspiró tocando la tela. —Devuélvelas.

—Enseguida.

Dalia gimió viendo como su madre rehacía el paquete de nuevo antes de salir de la habitación a toda prisa. Su amiga hizo una mueca por la decepción de su rostro. —A veces ser decente es una pesadez.

Eathelyn se echó a reír. —Pues tienes razón.

Su madre entró de nuevo en la habitación corriendo y dijo —Cierra, cierra.

Dalia corrió hacia la puerta cerrándole la puerta en las narices a la Condesa. Nona metió las telas bajo la cama justo antes de que la puerta se abriera de nuevo. Todas miraron a su madre que parecía furiosa. Lindsey dio un paso hacia ellas amenazante —¿Me has cerrado la puerta a propósito? —gritó a Dalia antes de darle un tortazo que le volvió la cara.

—¡Madre no!

—Condesa, seguro que no la había visto —dijo Nona pálida.

—¿Cómo te atreves? —gritó furiosa—. Debería echarte de esta casa ahora mismo.

Dalia con la mano en la mejilla la miró con lágrimas en los ojos. —Lo siento, Condesa. No la había visto. Le pido disculpas.

Su madre apretó los labios antes de mirarla. Eathelyn solo sentía ganas de tirarla de los pelos y sus ojos azules la miraron fríamente. —¿Querías algo, madre?

—¿Ayer no te dije que te quedaras en el jardín hasta que yo te dijera?

—Sí, madre. Pero tenía frío —dijo con descaro. El tortazo que le cruzó la cara lo veía venir y al levantar la vista vio a Orwell ante la puerta abierta.

—¡Ni se te ocurra llevarme la contraria de nuevo! ¡Quién te crees que eres para contradecirme en mi propia casa! ¡Eres mi hija y harás lo que yo te diga cuando te lo diga! —Miró esos fríos ojos azules tan parecidos a los suyos. De hecho todo en ella mostraba la belleza que tenía su madre en su juventud. Otra razón por la que la odiaba, porque esa juventud no volvería nunca. Su madre la señaló con el dedo. —Escúchame bien. Dame problemas y vas a saber lo que es sufrir. ¡Estoy harta de ti! ¡A ver si tu padre te casa pronto para perderte de vista!

Levantó la barbilla con orgullo. —Como si me aguantaras mucho —dijo con desprecio—. ¡Este último año no has pasado en casa ni dos semanas!

Roja de furia empezó a pegarla con los puños con saña y ella se cubrió con los brazos. —¡Serás zorra! ¡Te di la vida privilegiada que tienes! ¡Me debes respeto! —Siguió pegándola mientras Nona reprimía las lágrimas y su doncella se encogió cuando empezó a darle patadas. Intentando protegerse cayó de rodillas cubriéndose de los golpes. Cuando Lindsey se cansó se apartó varios rizos del rostro. —No comerás en todo el día. Así aprenderás. —Se volvió de golpe levantando sus voluminosas faldas para detenerse en seco. —Lord Hoswell... Está aquí. ¿Qué tal su paseo a caballo? ¿Ha sido de su agrado? —preguntó como la perfecta anfitriona mientras salía de la habitación.

Eathelyn levantó la vista para verlo ante la puerta abierta. La miraba fijamente con los puños apretados como si se sintiera impotente y avergonzada se volvió cubriéndose el rostro con las manos intentando evitar un sollozo.

—Condesa, ha sido vigorizante.

—Cómo me alegro. ¿Me acompaña al comedor? —preguntó coqueta como si le interesara de otro modo. A Eathelyn se le cortó el aliento. ¿Se habría equivocado y le interesaría ese joven?

—Por supuesto, será un placer.

Cerró los ojos por sus palabras. ¿Y qué esperaba? ¿Que la defendiera? ¿Que pidiera explicaciones al comportamiento de la Condesa? Le daba igual.

Nona y Dalia se acercaron de inmediato. —Hay personas que deberían ser ahogadas al nacer —dijo Dalia furiosa.

—No digas eso. Si hubiera sido así Eathelyn no estaría aquí. —Nona la cogió por los brazos con cuidado. —¿Estás bien?

Sollozó de pura impotencia y apartó las manos mostrando el arañazo que su madre le había hecho con uno de sus numerosos anillos. —Oh, cielo. Te ha herido.

—No es nada, mamá. Se curará. —Dalia la besó en la frente. —Vamos, levántate. Ya ha pasado. Ahora ya no te molestará más hasta que se vaya. —Se levantó y fue hasta el aguamanil para mojar una toalla y regresó a toda prisa para pasársela con suavidad por la mejilla. —Ni se nota.

Sabía que mentía y eso la hizo sonreír. —¿Te ha hecho daño?

—Qué va. Pega como una dama. Si se la devolviera... —dijo entre dientes—. Se iba a enterar.

—Te denunciaría —dijo su madre preocupada.

—Por eso se libra, esa zorra. —La ayudaron a levantarse y Dalia hizo una mueca al ver un roto en su axila. —Vaya.

Eathelyn estiró el brazo mirando hacia atrás y suspiró. —Estupendo.

—Lo coseré y no se notará nada de nada. Y por la comida no te preocupes que algo conseguiré traer de la cocina.

—No, es la excusa que está buscando para echaros. —Se encogió de hombros. —Seguro que va a hacer que alguien os vigile, así que ni se os ocurra, ¿me oís? Cuando nos vayamos de esta casa lo haremos juntas.

Sus amigas asintieron, pero parecían preocupadas. —¡Vendréis conmigo! —exclamó.

—Igual tu marido no quiere, niña —dijo Nona preocupada.

—Primero tengo que cazar marido. Bajad, que quiero saber lo que ocurre.

—Enseguida.

Dalia corrió hacia la puerta y su madre sonrió. —Lo que le gusta un chisme.

Fue hasta la cama y se sentó cogiendo el libro que tenía sobre la mesilla. —Síguela. Quiero saber a quién se acerca en mi ausencia —dijo entre dientes—. Mi madre siempre fastidiando.

Nona se detuvo en la puerta. —Niña...

—¿Uhhh...?

—Tu madre ha dicho que no puedes comer, no que no puedas salir de la habitación.

Sus preciosos ojos azules brillaron. —Pues tienes razón. Dame el vestido rosa.

Bajó las escaleras y en lugar de ir hacia el comedor donde estaban todos los invitados fue hasta la biblioteca donde sabía que su madre no entraría ni muerta. Tardó en elegir un libro que le apeteciera leer porque sabía que no se concentraría en nada. Al final por hacer algo sacó un atlas que tenía ilustraciones sobre los países que describía. Estaba viendo la gran pirámide de Keops en Egipto. Fascinada por los dibujos de la vida en el antiguo Egipto ni sintió que alguien se ponía tras ella. Dio la vuelta a la hoja para ver un dibujo de Cleopatra y Marco Antonio. Ella le miraba como si le adorara y el sujetaba su mano mientras arrodillaba una pierna ante la última reina de Egipto.

—Un romance convulso.

Sorprendida miró sobre su hombro para ver a su lord tras ella. Miró el dibujo de nuevo. —

¿Usted cree? Parece que se aman intensamente.

—Oh, veo que no conoces toda la historia. —Se sentó a su lado. —Cleopatra sentía amenazado su imperio por los Romanos y antes de Marco Antonio mantuvo un romance con el mismísimo Julio Cesar.

Abrió sus preciosos ojos como platos. —¿De veras?

—Hasta tuvieron un hijo, sí. Pero cuando Julio Cesar falleció enviaron a Egipto a su gallardo guerrero para poner orden. Marco Antonio no se fiaba de ella. —Sonrió divertido. —Creía que la reina le mataría en cualquier momento, pero aun así Cleopatra consiguió su amor y ese amor es lo que le llevó a la muerte.

—¿Le mató ella para proteger su país?

—Veo que eres una patriota, pero no. —Rio al ver que no entendía. —Intentó alejarse de ella, incluso se casó con otra, pero siempre regresaba a su lado. Tuvo tres hijos con ella no sin dificultades porque su pueblo llegó a considerarle un traidor.

—La amaba.

—Más que a su propia vida, por eso cuando le dijeron que ella había fallecido no dudó en traspasarse con su espada sin poder soportar la vida sin su reina. Pero Cleopatra no había muerto. Dicen que se suicidó al saber de la muerte de su amado.

—Como Romeo y Julieta.

Los ojos de Orwell brillaron. —Precisamente esta historia inspiró a Shakespeare.

—Me encanta esa tragedia. Siempre lloro cuando la leo. —Miró la ilustración de nuevo. —Pero en ellos fue real. —Orwell la observó y ella al sentir su mirada se sonrojó. —Pensará que soy una inculta por no saber su historia.

—No, preciosa. Lo que sí creo es que eres una romántica.

Levantó la barbilla. —Y eso es malo.

—Desgraciadamente no está de moda. —Pensativo preguntó —¿Tuviste educación?

Se sonrojó ligeramente. —Mi institutriz falleció cuando tenía doce años y mis padres consideraron que ya había aprendido bastante.

Él apretó los labios. —Pero veo que has sabido arreglarte. Has leído a Shakespeare. Conozco mujeres que no sabrían ni de quien estoy hablando.

—¿De veras? A mí me fascina. Ricardo tercero es mi obra favorita.

—Alguien ambicioso que no duda en deshacerse de todos los que le impedían llegar a su objetivo.

—Pero pierde —dijo triunfante haciéndole reír.

Fascinada por su risa ni se dio cuenta de que le miraba fijamente y él perdió la risa poco a poco. —Bella y con principios. —Incómoda se levantó cerrando el atlas y carraspeó yendo hasta la estantería. —¿No se fía de mí, milady?

—No.

Metió el libro en su sitio y se dio la vuelta sobresaltándose cuando vio que estaba detrás. Dio un paso alejándose de él y chocándose con la estantería. Su lord apoyó la mano en una de las baldas acercándose más a ella. —Pues es una pena, preciosa. Seguro que piensas así porque no me conoces. Si lo hicieras, te darías cuenta de que merece la pena pasar tiempo a mi lado.

Separó los labios mirando los suyos y Orwell agachó lentamente la cabeza. Ella le tapó la boca con la mano antes de que la tocara y se miraron a los ojos. —Lord Hoswell, eso no se hace. —Le dio dos palmaditas en la mejilla antes de pasar bajo su brazo y casi correr hacia la puerta.

—No me voy a dar por vencido.

Eathelyn se detuvo en seco y se volvió antes de llegar a la puerta. —¿Está insinuando que le intereso?

Comiéndosela con los ojos respondió —Mucho, preciosa.

Ignorando las mariposas que latían como locas en su estómago sonrió. —Muy bien. Si tanto le intereso podrá decirme cómo me llamo.

Orwell parpadeó como si le hubiera hecho una pregunta difícilísima. Ella levantó sus cejas castaño-rojizas y el incómodo carraspeó. —Bueno preciosa, es que siempre te llaman milady y...

—Mi padre se lo dijo cuando nos presentaron.

—¿De veras? —Dio un paso hacia ella. —¿Estás segura?

Disimulando que le sentaba como una patada en el estómago que no recordara su nombre, aunque se lo imaginaba, forzó una sonrisa inocente. —Sí, lo recuerdo muy bien. —Dio golpecitos en el suelo con su viejo botín cruzándose de brazos. —Si tan interesado está...

—Es que tu padre lo dijo muy rápido.

Tendría cara. Orgullosa levantó la barbilla y él sonrió. —Preciosa, seguro que no sabes cómo me llamo yo.

—¡Orwell! ¡Se llama Orwell!

Él sonrió triunfante. —Interesante. Al parecer te intereso mucho.

Jadeó indignada. —Menuda mentira.

—Según tu teoría...

Gruñó saliendo de la biblioteca mientras él reía a carcajadas. Eathelyn escuchó risas en el salón y fue hasta la puerta de atrás que daba al jardín cuando escuchó —Es una pena que su hija no se haya unido a nosotros. Me ha impresionado mucho. Conde, su hija cabalga que es una maravilla. Jamás había visto una jinete igual.

—¿Mi hija? Tiene que estar equivocado, amigo. Mi hija tiene una vieja yegua tan mansa y vieja que apenas se mueve cuatro pasos. —Se echó a reír de su propio chiste y Eathelyn abrió los

ojos como platos. Dios, el castigo por coger su caballo iba a ser de primera.

—¿Equivocado? No lo creo. Esta mañana al amanecer me levanté y la vi sobre un purasangre de pelo negro precioso. Y lo dominaba como nunca haya visto.

—¿Un purasangre?

Asustada intentó esconderse de nuevo en la biblioteca, pero Orwell tenso le susurró —Sube a tu habitación. Corre.

Corrió escaleras arriba e iba a cerrar la puerta cuando escuchó —¡Eathelyn! ¡Baja ahora mismo!

—¡Conde! Cómo me alegro de que esté aquí. Vengo del establo. Tiene allí un caballo que me interesa mucho. ¿Está en venta?

—¿En venta?

—Al parecer acaba de nacer, pero se le ve que apunta maneras. En mi finca cerca de Bath crío caballos, ¿sabe? Me interesa.

—Sí, por supuesto —dijo su padre dándose importancia. —Venga conmigo. Hablemos.

Suspiró del alivio porque su padre se alejaba con él. Sacó la cabeza y caminó hasta la barandilla de la escalera viéndoles salir de la casa hablando. Orwell miró hacia atrás como si nada y le guiñó un ojo haciendo que su corazón pegara un brinco en su pecho. Ilusionada se volvió para perder la sonrisa de golpe al ver ante ella a su madre que estaba furiosa. La agarró del cabello tirando de ella hacia la habitación. —Así que coges el carísimo caballo de tu padre cuando no miramos, ¿eh?

—¡No, madre!

Lindsey cerró la puerta a su paso con tal fuerza que tuvo que escucharse desde abajo. —Así que cuando no miramos haces lo que te da la gana.

—No. ¡No he cogido el caballo!

—¡Mientes, te han visto! ¿Acaso estás llamando mentiroso al amigo de tu padre? —Cogió la vara que había al lado de la chimenea. —Súbete el vestido.

—No, madre —dijo asustada porque ese castigo siempre era el más doloroso—. Por favor, madre.

—¡Contra la cama!

Sus ojos se llenaron de lágrimas caminando hacia los pies de la cama. Una lágrima de rabia recorrió su mejilla y se inclinó hacia adelante levantando sus faldas hasta su cintura. Ni le dio tiempo a apoyar las manos antes de recibir el primer azote. Gimió cerrando los ojos por el latigazo que la fina tela del calzón no amortiguó en absoluto. —¡Todos los años igual! ¡Por tu culpa no venimos más! ¡Solo nos amargas la vida! —Siguió azotándola una y otra vez mientras ella se aferraba a la colcha intentando no quejarse para no darle satisfacción. —¡El día que llegaste a este mundo tenía que haberte ahogado con la almohada! —Las lágrimas corrían por sus mejillas. Siempre había sabido que no la querían, pero hasta esa visita jamás se habían mostrado tan hostiles. —¡Pero te vas a enterar! —Le dio un último golpe antes de echarse a reír. —¿Irte a Londres? ¡No tienes gracia ni estilo! ¡Jamás pisarás Londres para una presentación mientras yo viva! —Le dio un último azote y agotada dejó caer la vara al suelo. —¡Tienes prohibido salir de esta habitación hasta que yo te diga! Diré a los invitados que te has resfriado. —Temblando escuchó como se alejaba y abrió sus ojos. —No me des más problemas. Eathelyn me vas a hacer perder la paciencia.

Salió de la habitación. Sollozó tirando de la colcha para tapar su boca y amortiguar el gemido que salió de su boca sin poder entender por qué la odiaban tanto.

## Capítulo 3

Seis días después sentada ante su ventana aburridísima observaba como los invitados paseaban por el jardín delantero. Vio como su madre cogía del brazo a Orwell sonriéndole coqueta. Gruñó por dentro mientras Nona le ponía la bandeja del desayuno delante. —¿Aún te duele? —preguntó preocupada.

—No, ya no. Casi no tengo ni morado, no te preocupes. —Forzó una sonrisa antes de coger un bollo de jengibre comiendo hambrienta porque entre la paliza y el castigo de su delicada madre no había probado bocado.

Dalia entró en la habitación con la respiración agitada y la miró espantada.

—¿Qué pasa? ¿Viene mi padre?

—No. Está en el despacho con alguien que al parecer arreglará los daños.

Suspiró del alivio antes de darle un mordisco al bollo. —Menos mal porque mi trasero no lo resistiría —dijo con la boca llena.

—Pobrecita... —Nona la besó en la frente haciéndola sonreír.

—¿Entonces qué pasa? —Bebió de su té mientras su amiga se apretaba las manos. Levantó una ceja. —Dalia, habla de una vez. —Jadeó con los ojos como platos. —Orwell ha compartido el lecho con otra mujer. —Su amiga negó con la cabeza. —Con otra pareja. —Levantó la mano. —¡Con tres!

—Hala... —dijo Nona horrorizada—. Eso no puede ser.

—¡No, no es eso! ¡Estáis arruinados!

La miró sin entender. —¿De quién hablas?

—El Conde está en la ruina. Por eso no te vas a Londres, porque no tiene dinero para tu presentación. Se lo he oído a una de las invitadas que cotilleaba en el jardín con esa rubia que se ríe como una hiena y se lo escuché muy clarito. Todo Londres sabe que no tenéis dinero. Es más, ni dote tienes. La que dejó tu abuelo para la boda desapareció hace mucho. La muy bruja se reía porque te esperaba un futuro incierto con lo bella que eras.

Dejó caer el bollo de la mano de la impresión. —¿La dote de mi abuelo?

Su amiga asintió angustiada mientras perdía todo el color de la cara porque ahora Orwell no le pediría matrimonio y de repente aquello le pareció importantísimo. ¿Qué hombre de posición se casaría con alguien sin dote? No lo había escuchado jamás. —¡Pensad en algo! —chilló de los nervios.

—Y no solo me he enterado de eso. Orwell es rico. Pero muy, muy rico. —Nona y ella se inclinaron hacia adelante sin darse cuenta. —Es el único heredero de un tío excéntrico que le adora. De él va a heredar el título. Eso comentaban esas brujas, porque a una prima suya, que al parecer tenía un padre que acabó huyendo del país por las deudas, se le escapó en un baile.

—Se chivó en venganza porque Orwell no le había ayudado —dijo su madre.

—¡No! Al parecer le quiere muchísimo. Pero él estaba de viaje por Europa y no se enteró de nada hasta su regreso. Y ya no había nada que hacer. Pasaba dinero a su tía hasta que su prima se casó con un médico que tiene un futuro prometedor. Incluso asistió a la boda que al parecer fue preciosa...

—¡Dalia que te vas por las ramas!

—Es rico. —Levantó la barbilla. —Mucho. Su tío le consiente en todo.

Nona miró a una y después a la otra. —Vamos a ver... Así que los Condes están arruinados.

—Y no solo eso. Deben, mucho pero que mucho dinero.

—Pues vas a tener razón en que quieren que te cases con ese libertino.

Las miró a ambas. —Mi madre me ha prohibido salir de la habitación. Eso impediría que el romance fluyera, ¿no creéis?

—Tú dijiste...

—¡Sé lo que dije! —Se levantó asustadísima señalando la ventana. —Pero es todavía peor de lo que pensaba. ¡Era mi madre la que estaba interesada en Orwell!

—¿Qué dices?

—Tengo un horrible presentimiento.

En ese momento escucharon un carruaje subiendo por el camino y las tres se asomaron a la ventana para ver como su madre sujetándose el bajo del vestido corría hacia él apurando al servicio para que se preparara. Sin aliento vio como la portezuela se abría mostrando un guante de piel marrón y un puño de visón del mismo color. Al ver un sombrero con un pájaro en la cabeza las tres chillaron apartándose de la ventana. —¿Qué hace aquí mi abuela? —gritó histérica.

—¡Viene a tu boda! ¿Recuerdas? ¡La última vez antes de irse dijo que no pisaría Hainsworth Hall hasta el día de tu boda! —gritó Nona sin color en la cara.

—Dios mío. Dios mío...

—¡Por eso no quieren que salgas para que no te enteres de la encerrona! —dijo Dalia asomándose a la ventana de nuevo para dejar caer la mandíbula del asombro—. No viene sola.

Un hombre muy mayor con una enorme barriga rio abrazando a su padre como si fueran familia. —¿Quién es ese hombre? —preguntó sintiendo náuseas.

—No lo sé, pero parece que tiene un pie en la tumba.

Sintió que la bilis subía por su garganta y corrió hasta detrás del biombo para llegar al orinal.

Dalia hizo una mueca. —Tranquila, este igual se muere antes de la boda.

Nona rodeó el biombo preocupada. —No te preocupes, cielo. Nos escapamos. Voy haciendo las maletas.

La miró y bufando salió de detrás del biombo para ver que Dalia se había ido de la habitación. —Espero que se entere de algo más.

—Si hay algo de qué enterarse, mi hija lo descubrirá. Tú no te preocupes. Mientras tanto voy recogiendo lo que podamos necesitar.

—¿Y a dónde vamos, Nona? —preguntó desesperada—. ¡No tenemos ni dinero ni a nadie que nos ayude! Acabaremos en la calle. —Se llevó las manos a la cabeza y caminó de un lado a otro. —Ya no tengo más remedio.

—¿A qué te refieres?

—Tengo que atrapar a Orwell. —La sujetó por el brazo. —Avisa al Pastor Higgins y explícale la situación. Tiene que estar aquí esta noche.

—¿Qué vas a hacer?

—Meterme en su cama, ¿tengo otro remedio? Ya que tengo que casarme lo voy a hacer con uno que esté de buen ver —dijo indignada—. Luego ya le enmendaré. Que mi trabajo me costará.

—Y es rico —dijo Nona.

—Eso a mí no me importa.

—Pues es importante. Necesitaré hablar con el mayordomo. El señor Breen nos ayudará, estoy segura. Te adora. Estará tan horrorizado como nosotras de la situación.

—¿Y si mi padre se niega? —preguntó muerta de miedo por lo que iba a hacer. Como no saliera bien su padre la mataba.

—¿Y si él se niega y se reta a duelo con tu padre?

Se mordió su grueso labio inferior pensando en ello. —Igual le mata.

—Sí, el Conde dispara fatal.

—¡Yo hablaba de Orwell!

—Sí, sería una pena. Porque luego tendrías que casarte con el viejo. Eso si no te mata tu padre por dejarle en ridículo.

—Sí, aquí quien más probabilidades tiene de morir soy yo, ¿no? —Nona asintió. —Igual no es buena idea.

Dalia entró en ese momento en la habitación. —Están tomando un té. Se llama Lord Flatley. Creo que han dicho que es Marqués, pero no estoy segura. —Hizo una mueca de asco. —No tiene dientes.

—Dios mío. ¡Nona!

—Ya voy corriendo al pueblo. Tranquila. Tú relájate.

Nona salió de la habitación y Dalia la miró sin comprender. —¿A dónde va?

—A hablar con el Pastor.

—Por mucho que intente convencerle, el Pastor hará lo que quiera el Conde. Él le ha dado la parroquia. Puede que condene su manera de ser, pero siempre es sonrisas cuando el Conde está delante.

—Me ayudará. Confío en él.

—¿Crees que no te casará con el viejo?

—No, me casará con Orwell cuando me encuentre en su cama. —Su amiga dejó caer la

mandíbula del asombro y ella se apretó las manos angustiada. —¿Crees que seré capaz?

—Bueno, para meterse en la cama de ese hombre no hay que esforzarse mucho.

Entrecerró los ojos dando un paso hacia ella. —Tú ya no eres pura, ¿verdad?

—¿Yo? ¡Purísima!

—¡A mí no me mientas!

Dalia se puso como un tomate. —Bueno, con el lacayo del establo dos veces. Tres. —  
Entrecerró los ojos. —Igual fueron más veces. —Se miró la mano antes de mirarse la otra para volver a la primera y asintió. —Quince.

—¡Y no me lo habías dicho!

—Es que eso no es decente. El muy cabrito siempre me convence. —Entrecerró los ojos. —  
¿Debería hablar con el Pastor yo también? —Negó con la cabeza. —No, que igual quiere que me case y yo quiero irme a Londres.

—¡Dalia!

—Que no estoy preñada... Mi marido ni se enterará cuando llegue el momento.

—Dicen que se nota.

—Sí, porque duele y se sangra. Pero ya fingiré.

Perdió todo el color de la cara. —¿Duele?

Dalia la miró con pena y cogió su mano sentándola al lado de la ventana. —Ven, que te voy a explicar cómo es. Y tranquila. Si es hábil lo pasarás muy bien.

—¿Crees que Orwell será hábil?

—¿Con las amantes que seguramente ha tenido? Ese te va a hacer más feliz que en toda tu vida.

Muerta de miedo miró a Dalia que acababa de entrar en la habitación. —Vamos, ahora está solo. Y los invitados ya están todos en sus habitaciones. Date prisa antes de que empiecen a moverse de un sitio a otro buscando a sus amantes. Hay que adelantarse.

Se mordió el labio inferior y caminó descalza hacia la puerta. Vestida con un simple camisón blanco y su hermosa cabellera reluciente de tanto cepillarla de los nervios, sacó la cabeza al pasillo para ver que no había nadie. La luz de una lámpara de aceite sobre uno de los aparadores le permitía ver lo suficiente como para no necesitar una vela. Salió al pasillo y miró a Nona a los ojos antes de cerrar suavemente. De puntillas caminó hasta el final del pasillo y giró la esquina para ir a la primera puerta a la izquierda. Ante la puerta tomó aire y abrió sin pensarlo más, entrando en la habitación tan aprisa como pudo. Cuando cerró la puerta respiró de alivio porque lo más difícil estaba hecho. Levantó la vista para dejar caer la mandíbula de la impresión al ver a Orwell tan sorprendido como ella totalmente desnudo frente al fuego. —Uy... —Sus ojos bajaron por su fuerte pecho y se le secó la boca recreándose en sus abdominales. Siguió la línea de su vello hasta su ombligo y más abajo algo la apuntaba fijamente. La escopeta.

Su lord carraspeó. —Preciosa, ¿te has equivocado de habitación?

Sintiendo miedo de repente le miró a los ojos. —¿Qué?

Él sonrió como si estuviera encantado con su sorpresa. —Ven aquí. —Sintiéndose insegura caminó hasta él quedándose a unos centímetros de aquella cosa que parecía más dura que antes. Mirándola fijamente tragó saliva. Orwell la cogió por la barbilla y mirándola a los ojos susurró —¿Por qué has cambiado de opinión, preciosa?

Siempre había mentido fatal, así que decidió decir la verdad. Al menos parte. —Mi padre va a casarme con un viejo. —Orwell perdió algo la sonrisa. —Esto no me lo va a quitar. —Dándose valor acarició su antebrazo fascinada por el tacto de su vello. —Nunca me han besado. Quiero sentir...

—Yo te voy a hacer sentir, preciosa. —La cogió por la nuca pegándola a su cuerpo justo antes de sentir sus labios sobre los suyos. Fue como si todo su mundo se estremeciera y atónita por esos labios que no dejaban de acariciarla abrió su boca por puro instinto. Orwell la invadió apasionadamente y cuando la saboreó robándole el aliento ella gimió aferrándose a sus hombros sintiendo que sus piernas iban a doblarse de un momento a otro. Nunca había imaginado que experimentaría aquello. Era divino.

Cuando rozó su paladar Eathelyn se estremeció de arriba abajo y Orwell se apartó lentamente para mirar sus ojos. El roce de su sexo contra ella la sonrojó, pero sin poder evitarlo se apretó más a él algo insegura. —¿Te ha gustado?

Cogió su mano de su hombro y la bajó lentamente por su musculoso pecho robándole el aliento hasta que las yemas de sus dedos tocaron el vello de su sexo tensándola sin poder evitarlo. —Cuando un hombre se endurece ahí —dijo con voz ronca antes de besarla en el cuello—. Es que lo que haces está muy bien, preciosa.

—Ah... —Sin que la presionara bajó su mano y rozó su dureza. Él gruñó cuando sus dedos le rodearon y lo acarició de arriba abajo. —Es suave.

Orwell gimió antes de atrapar sus labios de nuevo y la abrazó por la cintura pegándola por completo a él. Eathelyn acarició la piel de su cintura antes de abrazarle sin darse cuenta ni de que levantaba su camisón para amasar la suave piel de su trasero caminando con ella como si fueran uno hacia la gran cama. Él apartó sus labios y besó su cuello hasta llegar al lóbulo de su oreja. El ligero mordisco la hizo gritar de placer, antes de que se apartara tirando de su camisón hacia arriba dejándola totalmente desnuda. La miró de arriba abajo de manera apasionada. —Eres muy hermosa.

—¿Eso cree, milord? —preguntó muy halagada.

Él tiró el camisón a un lado y la cogió por las caderas mirando sus firmes pechos, pasando por su vientre plano hasta llegar a su sexo para bajar a admirar sus torneadas piernas. —

Increíblemente hermosa. —Su voz ronca la estremeció y Orwell mirándola a los ojos se agachó para besar el hueso de su clavícula. —Es un crimen que tus padres intenten ocultar tanta belleza.

Enterró los dedos en su cabello y se lo sujetó deteniéndole cuando sus labios pretendían besarla entre los pechos. Él la miró sorprendido. —A mí no me digas lo que les dices a otras mujeres para complacerlas, por favor. A mí dime la verdad.

Orwell se enderezó apretando los labios y asintió antes de cogerla en brazos y tumbarla en la cama. Preocupada por si había estropeado el momento y algo avergonzada se mordió el labio inferior, pero Orwell se subió a la cama y sentado a su lado la contempló sin tocarla. La luz de la lámpara de aceite que tenía sobre la mesilla de noche iluminaba su suave piel. —Así que quieres la verdad.

—Sí —respondió tímidamente.

—Pues la verdad es que he estado con mujeres muy hermosas. —La miró a los ojos intensamente. —Pero ninguna como tú.

Esas palabras casi la hicieron estallar de la alegría. —¿Y qué tengo de distinto?

—No finges. Todo lo expresas con esos bonitos ojos azules que volverían loco a medio Londres. Eres espontánea y sí, preciosa... eres muy hermosa.

Se sonrojó de gusto. —Tú también eres muy apuesto, aunque un poco mentiroso y un disoluto.

Orwell se echó a reír y se tumbó sobre ella robándole el aliento al sentir su peso. Era una sensación maravillosa. —Así que ese es el concepto que tienes de mí —dijo con voz ronca haciéndose espacio entre sus piernas—. Pero me has elegido para ser el primero.

Ella sintiendo que la necesidad la recorría se sujetó en sus hombros. Gimió al sentir su sexo en la entrada de su ser. —Es que no hay muchas opciones...

Su futuro marido levantó una ceja divertido. —Preciosa, eso no es muy halagador.

Acarició sus hombros hasta abrazar su cuello intentando atraer sus labios. —Y eres muy apuesto.

—Eso está mejor. —Sus labios se rozaron.

—Y me atraes. —Besó su labio inferior tímidamente.

—Tú también a mí, preciosa.

Entró en su boca de manera apasionada mientras su mano subía por el costado de su cuerpo para acunar su pecho. El roce en su pezón la hizo gritar de placer y ni se dio cuenta de que se estremecía cuando lo apretó entre sus dedos. Orwell apartó sus labios y se agachó para metérselo en la boca. Fue como si un rayo traspasara su alma y arqueó su espalda queriendo más. Él no la defraudó y elevó su otro pecho con la mano antes de empezar a torturarlo también. Se retorció bajo su cuerpo mientras el fuego recorría su vientre justo antes de que cogiera su pierna por el interior de su rodilla para elevársela abriéndola completamente. Mareada de placer ni sabía lo que pasaba y cuando sintió sus labios ahí abajo gritó de la sorpresa antes de incorporarse para mirar hacia abajo. —¿Qué haces? —preguntó sin aliento.

Él le dio un lametón que la hizo gemir. —Disfruta, preciosa. —La besó haciendo que cayera sobre la cama de la impresión.

—Oh, Dios mío. Sí que eres bueno en esto.

Orwell rio y hasta su aliento sobre ella la estremeció. Ella levantó la cabeza. —Continua, por favor.

—Enseguida, milady. —Un dedo la rozó y cuando entró en su ser Eathelyn abrió los ojos como platos antes de gemir de placer cerrándolos pues quería disfrutar del placer que la recorrió. —Estás muy mojada, milady —dijo con la voz ronca—. ¿Me deseas?

—Sí. —Estiró los brazos sintiendo la necesidad de besarle y Orwell subió hasta ella reclamando su boca. Ella acarició con la pierna su cadera y sin saber cómo le rodeó con sus

piernas. Su sexo entrando en el suyo fue tan natural como respirar y a pesar de la presión fue exquisito hasta llegar a la barrera de su virginidad. Él apartó su boca para mirarla a los ojos intensamente antes de mover las caderas con ímpetu, encajando como si fueran una sola persona. Sin aliento Eathelyn empezó a relajarse y separó las uñas de sus hombros. —Ahora soy tuya.

Orwell se tensó mientras la miraba como si lo fuera, pero únicamente movió la cadera para salir de ella y asustada apretó las piernas a su alrededor para no perderle. —No... —Gritó de placer cuando entró en ella de nuevo con fuerza haciendo que su interior se tensara como si buscara un placer mayor. Y ese placer no tardó en llegar en la siguiente embestida. Y en la siguiente y cuando creía que no podía más, el placer aumentaba como aumentaba el ritmo y el frenesí de sus movimientos. Creyendo que se volvería loca gritó llevando sus manos hacia atrás intentando sujetarse a algo que la mantuviera cuerda justo cuando con un último empujón hizo que todo su mundo cambiara para siempre. Jamás sería la misma después de ese momento porque Orwell le había mostrado el paraíso y jamás renunciaría a él.

El sonido de los pájaros la despertó entre sus brazos y agotada como estaba después de que no la hubiera dejado ni un momento en toda la noche y sintiendo su cuerpo muy dolorido, miró asustada hacia atrás hasta que le reconoció. Suspiró del alivio mirando de nuevo al frente. No pasaba nada, era Orwell. De repente abrió los ojos como platos y se sentó de golpe jadeando del horror antes de girar la cabeza hacia la ventana para ver que era de día. —¡Dios mío, Dios mío! —Saltó de la cama tropezándose y cayendo de rodillas antes de ir a gatas hasta su camisón.

Una risa la hizo sentarse sobre sus talones para ver a Orwell apoyado en su codo mirándola con el cabello revuelto. Qué guapo estaba. —Preciosa, ¿tienes prisa?

—Es de día. —Se levantó y se puso el camisón rápidamente. —Como me pillen aquí...

—Sí, pues ten cuidado al salir porque a esta hora ya suele haber servicio haciendo su trabajo.

Gruñó porque estaba claro que no tenía muchas intenciones de casarse con ella si les cogían. ¿Qué rayos había pasado? Corrió hasta la puerta y él carraspeó. —Eathelyn se te ve ese precioso trasero.

Jadeó llevándose la mano allí para descubrir que el camisón se había enrollado por detrás dejándola con el culo al aire. Se lo bajó mientras él reía. —No tiene gracia.

Él se levantó de la cama y como Dios lo trajo al mundo se acercó a ella. Cuando la cogió por la cintura no pudo evitar sonreír. —Tengo que irme...

Besó sus labios tiernamente haciendo que se sintiera especial. Se preguntó si haría eso con sus otras amantes. —Déjame que mire antes de salir.

Ah, que lo había hecho para que no la cogieran infraganti. Gruñó mientras él abría la puerta y sacaba la cabeza. —No hay nadie.

—Gracias, milord —dijo con ironía pasando ante él.

Divertido le dio un azote en el trasero y ella gruñó saliendo de la habitación. Antes de darse cuenta le cerró la puerta y suspiró corriendo por el pasillo. Al llegar a la esquina vio a una de las doncellas al fondo con un paño limpiando uno de los aparadores. Rayos. Pues no tenía más remedio si no quería que alguno de los invitados la pillara en ropa interior en medio del pasillo. Corrió hasta su habitación y abrió la puerta justo cuando la doncella miró hacia ella. Esta se enderezó. —Buenos días, milady.

—No sé qué pasa con mi llamador. ¡Qué venga Nona!

—Enseguida, milady.

Se había librado. Se volvió para ver a sus amigas mirándola con cara de susto mientras se apretaban las manos con pinta de que no habían pegado ojo. Entró en la habitación y cerró la puerta. —¿Qué diablos ha pasado?

—El Pastor no ha venido.

Palideció mirando a una y luego a la otra. —¿Por qué?

—Creo que se ha arrepentido. Cuando ayer fui a verle parecía muy dispuesto a ayudarte, pero...

—Dios mío... —Se llevó las manos a la cabeza apartando su cabello. —¿Qué voy a hacer ahora? —Las miró asustada. —¿Se lo dirá a mi padre?

—No creo que se acerque a tu padre para delatarte. No es mala persona. Tiene miedo de que el Conde le eche si estropea sus planes. Seguro que su mujer le convenció. Ella no estaba de acuerdo.

—¿Se lo dijiste ante su mujer?

Nona hizo una mueca. —Lo siento, pero es que no se iba.

En ese momento se abrió la puerta y apareció su madre con su lujosa bata de terciopelo verde. Hizo un movimiento de cabeza para indicarle al servicio que saliera de la habitación. Preocupada se apretó las manos mientras sus amigas se iban. —Buenos días, madre.

La miró de arriba abajo como si fuera un desastre. —¿Y tu bata?

—Es que me acabo de levantar y... —Corrió hacia los pies de la cama y se puso la bata gimiendo interiormente porque la cama aún estaba hecha. Se volvió hacia su madre y no dijo ni pío.

Lindsey caminó por la habitación y cogió una de las horquillas que había sobre su tocador. —He estado hablando con tu padre y hemos llegado a una resolución.

—¿Resolución? —preguntó asustada porque al parecer había llegado el momento.

—Debes casarte. —La miró fijamente con sus ojos azules. —Y cuanto antes para que se te quiten las tonterías, mucho mejor.

—Padre no quiere que vaya a la temporada.

—¿Una temporada en Londres? —Se echó a reír. —No seas ridícula. Allí no conseguirías nada. Tu padre ya ha elegido a tu futuro marido. Un hombre muy rico que está dispuesto a pasar por alto tus numerosos defectos.

Sería zorra. —¿Y puedo preguntar quién es? —preguntó intentando contener su rebeldía porque la única que sufriría sería ella.

—Un Marqués. No te quejarás... No tiene hijos y los quiere cuanto antes.

Reprimió una arcada que pugnaba por salir. —¿Su nombre?

—El Marqués de Elridge. —Sonrió maliciosa. —Un hombre de una gran reputación.

—Una reputación pésima si es amigo vuestro, ¿no, madre? —siseó con ganas de arrancarle los pelos—. Y supongo que será viejo. La abuela debe estar encantada al igual que tú. Por eso ha venido, ¿no es cierto? Para no perderse el momento.

—Exacto —respondió con burla acercándose—. Quiere ver tu caída al igual que yo. Llevo tanto tiempo esperando este momento...

—Jamás podrás hundirme, madre. Y si crees que casándome con un viejo vas a saldar tus deudas, estás muy equivocada.

Su madre se echó a reír como nunca. —¿Acaso crees que no hemos cobrado ya? Y ha pagado muy bien por ti. Le gustan las jóvenes lozanas y algo rebeldes para darles una lección de vez en cuando. Por eso se ha casado cinco veces. Varias de sus esposas no soportaron la vida a su lado. —Cogió uno de sus mechones y lo acarició. —Contigo va a disfrutar muchísimo.

Intentando no llorar preguntó —¿Por qué? ¿Por qué, madre? Nunca he sido una mala hija y siempre me habéis despreciado.

Lindsey sonrió. —Ahora que vas a irte puedo decírtelo. Ya no faltaré a mi promesa. —A Eathelyn se le cortó el aliento y su madre se acercó a su oído y susurró —No eres mi hija y nunca lo has sido. Eres mi hermana. —Estaba tan sorprendida que la miró con horror. —Yo tuve

que cargar contigo porque la estúpida de su amante se murió en el parto y tu abuelo me lo ordenó porque yo no podía tener hijos. —Se echó a reír apartándose. —Creyó que si formábamos una familia cambiaría. Que sería más responsable. ¿Crees que fue así? Yo creo que no. —Entrecerró los ojos. —Y tu abuela tampoco.

Se llevó una mano al vientre dando un paso atrás. —¿Por qué me acogiste si no me querías?

—¿Por qué iba a ser, estúpida? —preguntó con burla—. Por dinero. Me dio una buena suma para que te criara. No sabes las veces que he deseado tu muerte a lo largo de estos años.

Eathelyn siseó —Porque a mí me quería, zorra envidiosa.

Su madre se tensó antes de darle un bofetón que le volvió la cara. —Para lo que te va a servir su amor. —La agarró del cabello. —Te casarás dentro de dos horas, así que ponte tu mejor vestido y arréglate. Dirás que sí ante el Pastor y después desapareceremos de tu vida para siempre. Eso seguro que también te satisface.

—No sabes cuánto. —Su hermana la soltó con desprecio y sonriendo fue hasta la puerta. —Espero que hayas disfrutado muchísimo del dinero que mi padre te dio para mí —dijo con rabia—. Incluso de mi dote.

—Tranquila que lo hemos disfrutado. Y disfrutaremos de las cien mil libras que nos ha dado el Marqués. —Jadeó porque era una auténtica fortuna. —Te aseguro que te ganarás cada libra a pulso, hermanita. —Se echó a reír con malicia saliendo de la habitación.

Eathelyn cerró los ojos horrorizada y se llevó la mano al vientre. No era su hija, nunca lo había sido. Era hija del que siempre consideró que era su abuelo. Una lágrima corrió por su mejilla intentando encajarlo. Por eso la odiaban. Había sido una imposición para todos. Esa era la causa de que su abuela la despreciara tanto. Se sentó en el banquito ante el tocador y se preguntó cómo sería su madre. Miró su cabello con esos reflejos rojizos que no tenía nadie de su familia y se preguntó si sería pelirroja. Se preguntó si su padre la amaba y seguramente era así porque había intentado cuidarla, que estuviera bien atendida.

La puerta se abrió y Nona entró muy preocupada. —¿Qué ha pasado, niña?

La miró con sus ojos cuajados en lágrimas. —Prepara mi mejor vestido. Es el día de mi boda.

## Capítulo 4

Seguida de Nona que tenía los ojos rojos de tanto llorar, bajó los escalones con la mayor dignidad que podía mientras el servicio la observaba. El mayordomo se acercó a ella cuando llegó abajo y dijo por lo bajo —Lo siento muchísimo, milady.

—Gracias, señor Breen.

—La esperan en la biblioteca, milady.

Asintió antes de mirar a Dalia que parecía que quería gritar de la impotencia y sonrió emocionada antes de dirigirse a la biblioteca. Nona se quedó en la puerta mientras ella caminaba por el pasillo entre los invitados viendo por primera vez al que sería su marido. No solo era viejísimo, sino que estaba encorvado y tenía tres repugnantes pelos en lo alto de su calva. Sus ojitos castaños la miraban con lujuria mal disimulada y ella sintió que se desmayaba antes de que un movimiento la distrajera. Giró la cabeza por instinto y sus ojos se encontraron con los de Orwell que de pie ante la ventana estaba muy tenso. Se le rompió el corazón porque no pensaba detener aquella locura. Es más, desvió la mirada. Acercándose a su futuro marido sintió que iba a caer desmayada en cualquier momento de la impresión por su rechazo después de la maravillosa noche que habían pasado. Increíblemente eso le dolió mucho más que descubrir la verdad sobre su familia.

El Pastor Higgins carraspeó llamando su atención y le miró con odio mientras el hombre que

había dicho hacía unos días que la protegería hasta su muerte pronunciaba las palabras que cambiarían su vida.

Todo sucedió como en una neblina. Es más, cuando le tocó responder a las palabras del Pastor lo hizo sin ser consciente de ello. Al terminar su marido cogió su mano estremeciéndola del asco. Con los ojos como platos se volvió mientras los invitados tan estupefactos como ella forzaban sonrisas. Al ver la cara de satisfacción de su abuela y de la mujer que hasta ese día consideró su madre algo se removió en su interior, pero lo que la dejó estupefacta fue que el Conde se acercara con una sonrisa y la besara en la mejilla. —Felicidades, hija. Marqués bienvenido a la familia.

Mirando sus ojos negros ni se dio cuenta de que una lágrima caía por su mejilla.

—Gracias Irwing —contestó su marido encantado.

Entonces los invitados fueron levantándose y a regañadientes se acercaron para felicitarles. Los rostros se mezclaron los unos con los otros hasta que unos ojos grises se detuvieron ante ella. Orwell cogió su mano libre y se la besó. —Marquesa, felicidades.

La rabia la recorrió y apartó su mano con firmeza mirándole con odio. —Gracias, Lord Hoswell.

—Querida, vamos a sentarnos que me duelen las rodillas. —Tiró de ella por el pasillo mientras los invitados les observaban.

Nona se secaba las lágrimas al lado de la puerta y ella detuvo a su marido sujetándole del brazo con firmeza. —Esposo, ella es mi doncella. Nona.

—Muy bien.

—Se viene conmigo y su hija también.

Su marido se tensó por la orden, pero aun así forzó una sonrisa. —Por supuesto querida, quiero que estés muy cómoda en tu nueva casa.

Dalia se acercó a toda prisa y sonrió. Los ojos del Marqués demostraron que le gustaba lo que veía. —Serán muy bienvenidas.

Intentando reprimir el asco que le provocaba ese hombre, le siguió hasta el comedor donde el servicio estaba preparando la mesa. —¿Y dónde viviremos? Oh... disculpe Marqués, pero no sé cómo quiere que le llame. No me han dicho su nombre cuando me comunicaron lo que haría hoy.

—Mi nombre es Lewis. Lord Lewis Flatley. Me llamarás esposo.

Que tuviera que recordar en cada frase su horrible condena al lado de ese hombre le revolvió el estómago y al ver los manjares que estaban colocando sobre la mesa reprimió una arcada. —Entendido, esposo —dijo sin aire.

—Menudo banquete.

—Queremos celebrar como se merecen los esponsales de nuestra única hija —dijo el Conde tras ellos—. Hoy les cedo la cabecera, Marqués. Hija...

Le fulminó con la mirada. —Marquesa...

Irwing se detuvo en seco. Jamás le había corregido y en público menos, pero ahora ya no tenía poder sobre ella y sintió una satisfacción enorme cuando agachó la mirada. —Marquesa.

Se sentó al lado de su marido que reía por lo bajo. —Querida... Tienes unas uñas afiladas. —Cogió su mano y sonrió. —Nos llevaremos bien.

—Lo dudo.

El Marqués se echó a reír mostrando que sí que tenía dientes. Tenía dos muelas. Miró a su alrededor mientras los invitados se sentaban. Orwell al fondo porque era de todos los presentes el único que todavía no tenía título aunque fuera Lord. Él apretó los labios cogiendo la copa de vino y se la bebió de golpe. Al dejar la copa sobre la mesa miró hacia ella y Eathelyn apartó la vista asqueada. No sabía por qué había esperado que él cambiara su futuro. Era un egoísta que solo buscaba su satisfacción. Aunque no sabía por qué le criticaba cuando ella había intentado

utilizarle para huir de lo que estaba ocurriendo en ese momento. Pero esa huida la hubiera hecho inmensamente feliz, de eso estaba segura.

Mientras los invitados comían a dos carrillos los únicos que no probaban bocado eran Orwell que la miraba fijamente mientras Eathelyn estaba sumida en sus pensamientos y ella misma.

—Esposa, come.

Giró la cabeza hacia su marido que tenía la boca llena de carne. Cómo diablos la masticaba. —Se me ha cerrado el estómago.

Esa frase le tensó. —¿Y eso por qué?

Ahora él era quien podía matarla a palos si quería. Miró al mayordomo que se acercó de inmediato. —¿Marquesa?

—¿No hay cordero?

—No, Marquesa. Solo pescado y pollo.

—¿Mi padre no ha matado faisán para mis esponsales? —preguntó bien alto indignada con ganas de fastidiar todo lo que pudiera antes de largarse.

El mayordomo reprimió la sonrisa. —No, Marquesa. No lo ha solicitado.

Fulminó a su padre con la mirada antes de decir —Que me sirvan pescado.

Su esposo se había tensado con su conversación con el mayordomo. —No sabía que teníais faisanes.

—Oh sí, marido. Los hay por toda la finca. —Le sirvieron el pescado y sonrió. —Gracias señor Breen.

—Es un placer servirla, Marquesa.

—¿Y dónde viviremos, esposo? —preguntó casi con temor cogiendo el tenedor.

—¿Vivir? —preguntó sorprendido—. En Londres, por supuesto.

Sus preciosos ojos azules brillaron. —¿Londres?

—Mi hija nunca ha ido a Londres —dijo su hermana con burla.

—Válgame Dios, ¿eso es posible?

—Nunca me han llevado.

—Es increíble que nunca hayan llevado a la niña a Londres —dijo una de las invitadas antes de echarse a reír—. ¿Acaso querían esconder esta belleza?

Su hermana iba a decir algo, pero ella respondió —Hasta me negaron mi presentación.

Hubo varios rumores en la mesa mientras los Condes se sonrojaban. —¡Será porque no te la merecías, niña!

Giró la cabeza y entrecerró los ojos. —Abuela, ¿eres tú? ¡Esposo, es mi abuela! ¡Hacía cinco años que no la veía!

La Baronesa viuda se sonrojó con fuerza. —He estado muy ocupada.

—En Londres, claro. —Emocionada miró a su marido que parecía atónito. —Estoy deseando conocerlo. Pero allí se puede cabalgar, ¿no?

—¿Cabalgar? Por supuesto. Mi casa está muy cerca de High Park. Allí puedes cabalgar todo lo que quieras.

—Necesitaré un caballo.

—Diablos, tendrás el caballo más bonito de Londres. —Los invitados sonrieron encantados con su respuesta y eso le animó a decir. —Y el vestuario más excesivo. Y un carruaje para ti sola.

Jadeó llevándose la mano al pecho. —¿Carruaje también?

—Es Marquesa —dijo una invitada—. Debe tener uno, niña. Tendrá compromisos a los que debe asistir.

Rio sin ganas haciendo sonreír a su marido y los invitados asintieron. —Me gusta tu risa —dijo el Marqués satisfecho antes de seguir comiendo. Madre mía lo que comía aquel canijo. No le iba a durar mucho. Ese pensamiento le hizo levantar la vista y sus ojos coincidieron con Orwell que parecía furioso. ¿Qué quería? ¿Que estuviera llorando por las esquinas? Si estaba allí también era por su culpa. Podía haber interrumpido la boda y habérsela llevado, podía haberla reclamado, pero se había quedado en silencio contemplando el espectáculo como estaba haciendo en ese momento. Pues espectáculo iba a tener.

Durante toda la comida interrogó a su marido sobre como era su vida en Londres mientras dejaba en evidencia a su familia. Su padre estaba rojo de furia, pero ya no podía tocarla.

Cuando se trasladaron al salón, a propósito acompañó a su marido hasta el sillón de su padre y se sentó con las damas que con ganas de cotilleos estaban dispuestas a escuchar cada palabra que saliera de su boca. Y así se fueron enterando de toda su vida. De su vida en soledad en aquella enorme casa donde sus padres apenas la veían si tenía suerte dos veces al año. Cuando una invitada comentó que su vestido parecía que le quedaba algo pequeño ella no se cortó en decir que tenía dos años. Su madre estaba que se moría de la vergüenza y su abuela la fulminó con la mirada sin saber ni qué decir mientras sus invitadas la miraban atónitas.

—Tranquila, niña —dijo su marido empezando a molestarse de veras—. En cuanto llegues a Londres iremos a ver a Madame Blanchard. La mejor modista del país.

—Es muy generoso, Marqués.

—Mi esposa merece lo mejor.

—Si de algo se conoce al Marqués es que sus esposas han sido las más agasajadas de Londres —dijo una de las invitadas—. Esperemos que esta le dure algo más Marqués y le dé un hijo.

—Que Dios la oiga, milady. —Su marido estaba cansado y se notaba que empezaba a irritarse porque quería una siesta. Lógico con esas edades.

—Esposo, ¿quieres dormir una siesta?

Él suspiró. —Sí, creo que será lo mejor. ¿Me acompañas, esposa?

El pánico la invadió, pero no podía negarse. Se levantó en el acto y eso complació a su esposo que alargó la mano para que le ayudara a levantarse. Mientras los invitados les observaban ella le dijo a su marido —¿Sabe esposo? Estoy deseando irme a Londres.

—No me extraña nada. Nos iremos mañana mismo. Ya es hora de que conozcas mundo y yo te lo voy a enseñar.

Subió las escaleras siendo su apoyo y se preguntó si la fama de su marido era de cuando era joven porque cuanto más tiempo pasaba con él parecía más agradable. Cuando llegaron a su habitación ella abrió la puerta y su valet llegó en ese momento. —Él es Bob, esposa —dijo su marido agotado.

El hombre de la edad de su padre inclinó la cabeza. —Marquesa, es un placer.

—Gracias, Bob. ¿Necesita mi ayuda para algo?

—Todo lo contrario, Marquesa. Si usted necesita ayuda no dude en pedirla. —Cogió el brazo de su marido. —En cuanto duerma un poco, Marqués, volverá a ser el de siempre.

—Maldita vejez.

El valet sonrió y ella correspondió a su sonrisa antes de cerrar la puerta. Al volverse se sobresaltó al ver allí a Orwell. —Parece que no te desagrada tu marido en demasía, Marquesa —dijo entre dientes.

Levantó la barbilla. —¿Y qué quiere que haga, milord? —Furiosa dio un paso hacia él. —¿Qué querías que hiciera? ¿Crees que podía negarme?

La cogió por la muñeca y tiró de ella hasta su habitación. —¡No! —Él no le hizo caso forzándola a entrar y cerró la puerta. —¿Estás loco? ¿Qué haces? —La cogió por la nuca atrapando su boca y Eathelyn gimió golpeando sus hombros, pero la sujetó por la cintura

entrando en su boca y empezó a sentir resistiéndose mucho menos hasta que acarició sus hombros para llegar a su nuca. La cogió por la cintura y la elevó sentándola en el aparador para abrir sus piernas. Gritó en su boca cuando rompió su ropa interior para acariciarla y clavó las uñas en sus hombros al sentir como entraba en ella de un solo empujón. No fue tierno ni delicado como varias veces la noche anterior sino apasionado y exigente como si intentara marcarla con cada uno de sus envites hasta que todo estalló a su alrededor haciéndoles gritar de placer.

Se abrazaron el uno al otro durante varios minutos. Simplemente sintiendo los latidos del otro. Él acarició su nuca con ternura y sus ojos se llenaron de lágrimas necesítandole. —Me voy ahora mismo. —Eathelyn cerró los ojos sabiendo que era lo mejor. Aquello no estaba bien. Pero no quería perderle. Sentía que si se alejaba de ella perdería lo más hermoso que conocería nunca. —No soporto verte con él.

Su corazón saltó de esperanza en su pecho. —¿Por qué?

—Es repulsivo. Lo que han hecho tus padres por dinero es...

Se apartó para mirarla a los ojos y ella agarró sus manos. —No me dejes —suplicó sin poder evitarlo.

Él se tensó antes de besar sus labios como si estuviera forzado a ello. —Puede que nos veamos en Londres.

Incrédula vio cómo se apartaba cerrándose los pantalones. —¿Puede que nos veamos en Londres? —Se bajó del aparador y forzó una sonrisa. —Ya entiendo. Me estás diciendo que me arregle sola. —Intentando no llorar fue hasta la puerta.

—Eathelyn...

Se detuvo en seco rezando porque le dijera que estaría a su lado, aunque solo fuera de esa manera. Que la buscaría y se verían de vez en cuando. Que la necesitaba tanto como ella a él. —Ha sido un placer, milady.

Esa frase destrozó su maltratado corazón y le miró sobre su hombro sin poder creérselo, pero él solo la observaba como si nada. El orgullo le hizo decir —Lo mismo digo, milord. Gracias por sus servicios. —Reprimiendo un sollozo salió de la habitación sin mirar atrás y solo esperaba no volver a verle nunca porque con esa última frase le había demostrado que no merecía la pena y ya había llorado mucho en la vida como para derramar una sola lágrima más por él.

—Marquesa, su marido ha muerto.

Esa frase la dejó en shock mirando al doctor Curtis que estaba ante ella en su casa de Londres. —¿Cómo que ha muerto? ¡Si acabamos de llegar! —El pánico la invadió porque ahora no sabía qué sería de su futuro. Ni siquiera sabía si ese hombre tenía un heredero o si le dejaba algo en testamento. ¿Pero qué testamento? ¡Si había entrado en la casa ya con los pies por delante!

Nona tras ella gimió golpeándose la frente. —Vamos a ver —dijo sintiendo que le faltaba la respiración—. ¿Cómo se va a morir? ¡Estaba muy sano!

Él médico carraspeó. —Creo que las emociones del nuevo matrimonio... Han podido con él, Marquesa.

Jadeó indignada. —¿Está insinuando que le he matado yo?

—No, por Dios. Claro que no. El Marqués era muy mayor y seguramente la noche de bodas y el viaje le han... superado

Parpadeó con la boca abierta. ¿Qué noche de bodas? El viejo se había quedado dormido en el sofá después de la cena y su valet había tenido que subirle en brazos. Ella había dormido en su habitación tan ricamente. —Su valet me ha dicho la intensa actividad que ha tenido en estos días. Lo que ha pasado es normal, milady.

Se sonrojó. —Dios mío. —Se dejó caer en el sofá y el médico se acercó. —¿Qué debo hacer?

El médico miró a la joven viuda con tristeza. —No se preocupe. El servicio se pondrá en contacto con quien haga falta. —Miró al mayordomo, que estaba en la puerta como si aquello le importara un pito. —¿Verdad?

—Por supuesto. La Marquesa estará muy bien cuidada.

—Martin, ¿avisará a su familia? Oh por Dios, si no conozco a su familia. —Miró al médico interrogante. —Pero sabrán de mí, ¿no?

—No lo sé, Marquesa —dijo empezando a apurarse con la situación.

—No vinieron a la boda.

Todos miraron al mayordomo que negó con la cabeza. —El hermano del señor falleció hace dos años. Vivía aquí, milady. Ninguno de los dos tenía hijos. Heredaría el título un primo. —Frunció el ceño. —Si sigue vivo porque era mayor que el señor y los abogados no dieron con él ni con sus descendientes. Ese primo al parecer desapareció siendo muy joven por un problema con la ley, milady. Algo de un duelo en que sintió miedo y disparó antes de tiempo. Incluso había dudas sobre si podría heredar debido a esa situación. Temas legales que no entiendo muy bien, Marquesa.

—Madre mía, qué panorama —dijo Dalia tras ella.

Eathelyn la fulminó con la mirada y su amiga se encogió de hombros. El médico carraspeó. —Eso no debe preocuparla, milady. Seguro que el Marqués la ha dejado protegida.

—Por supuesto, Marquesa —dijo el mayordomo—. Su futuro estará asegurado y si hay la suerte de que tenga un hijo todo será suyo.

Se le cortó el aliento —¿Un hijo?

El doctor la miró fijamente. —¿Es posible, milady?

Se sonrojó con fuerza antes de mirar a Nona que asintió vehemente. —Bueno, sí. Creo que sí.

Nunca lo había... —Agachó la mirada. —Qué vergüenza.

—¿No sabe si ha ocurrido o no?

—Creo que sí ha ocurrido —dijo en voz baja.

El doctor apretó los labios. —¿Me permite examinarla, milady?

Le miró a los ojos. —¿Es necesario?

—Así si algún posible heredero aparece, deberá esperar a saber si hay resultados o no. No sé si me comprende.

—Quieren asegurarse de que ha perdido la flor —dijo Nona suavemente forzándola con la mirada—. Ande, milady. Yo la acompaño.

Roja como un tomate dejó que la cogiera del brazo. —No será necesario —dijo el valet entrando en el salón—. Milady fue desflorada la noche de su boda. Yo mismo vi la sangre en la sábana a la mañana siguiente y mi señor me lo confirmó orgulloso.

Se le cortó el aliento mirando esos ojos castaños que le dijeron que podía confiar en él, pero el médico negó con la cabeza. —Debo examinarla por si me interroga un juez.

—¿Un juez? —preguntó asustada.

—No se apure, es un trámite en casos así.

—Entiendo.

—Por favor, milady...

Muy asustada fue hasta la habitación de la Marquesa y el médico intentando ser delicado la examinó. Fue realmente incómodo y avergonzada cogió la mano de Nona hasta que terminó. —Efectivamente, milady. Ya no es virgen.

—¿Cree que es posible que un hombre de su edad me pueda dar un hijo? —preguntó disimulando como podía mientras se bajaba las faldas a toda prisa.

—Por supuesto, milady. Los hombres siempre pueden si... —Le hizo un gesto con la cabeza que ella no llegó a comprender y él sonrió. —Es muy inocente, Marquesa.

Sentada en la cama le miró a los ojos abrumada. —Siento que mi vida ha cambiado del todo en apenas unos días.

—Lo entiendo. Es muy joven y ha pasado de estar protegida en casa de sus padres a ser una mujer casada y ahora una viuda. Pero lo superará, ya verá.

—Gracias, doctor.

El cogió su maletín. —No hace falta que me acompañen. Si necesita algo Marquesa no dude en llamarme a cualquier hora. Buenas tardes.

—Gracias de nuevo, Doctor Curtis.

En cuanto se quedaron solas Dalia cerró la puerta y se acercó a la lujosa cama que ahora ocupaba. —Estupendo, tenía que palmarla el viejo justo ahora.

—¿Qué vamos a hacer como el nuevo heredero nos eche?

—Recemos para que Lord Hoswell haya atinado —dijo Nona por lo bajo.

—Eso sería indecente, ¿no?

—Más indecente es que nos dejen en la calle —dijo Dalia sentándose a su lado.

—¿Y si no pasa?

—Entonces tendremos que esperar a ver qué se decide de nuestro futuro. De momento tenemos que ir a la modista. —La miró asombrada. —Que te acabas de ganar dos años vestida de negro, guapa.

Gimió dejándose caer en la cama mientras Nona se acercaba al espejo y lo cubría como debían estar haciendo en toda la casa. Su doncella fue hasta la cortina y la cerró. Se volvió preocupada mirando a las chicas a través de la penumbra de la habitación. —Recemos porque

haya suerte. El luto será el menor de tus problemas como no estés embarazada.

—¿Por qué habrá mentido el valet? —preguntó Dalia preocupada.

—No lo sé.

—Pues es un problema que alguien fuera de aquí sepa esa mentira.

Angustiada miró a su amiga. —¿Tú crees? Parece un hombre de fiar.

—Yo no me fío de nadie. Aquí se mueven muchos intereses.

Llamaron a la puerta y las tres se tensaron. —¿Si? —preguntó Eathelyn asustada.

Se abrió la puerta y el valet entró en la habitación. Tensa se levantó de la cama y el hombre sonrió. —No se preocupe, milady. Nada me satisfaría más que tuviera un hijo de otro hombre que heredara el Marquesado.

—¿Por qué? ¿En qué le afecta a usted?

—El Marqués abusó de mi hermana hace unos años cuando trabajaba de doncella en la casa.  
—Jadeó llevándose la mano al pecho de la impresión. —Le odiaba por encima de todo.

—¿Y por qué se quedó? —preguntó Dalia desconfiando.

—Porque siempre he tenido la esperanza de que un día podría vengarme de él. Y ya he cumplido mi cometido. —Inclinó la cabeza. —Es hora de que me vaya, milady.

—¿Pero no se va a quedar? ¿Y si el juez...? Aquí siempre tendrá trabajo si depende de mí.

—Es muy amable Marquesa, pero odio este lugar. He visto cosas... Usted no le conocía como yo. Solo conoció a un anciano débil, pero hasta hace unos años que la enfermedad se lo impidió era un auténtico cabrón y sus esposas sufrieron lo indecible a su lado. —Apretó los labios. —Disculpe mis palabras, pero no he podido evitarlo. Y respecto al juez no debe preocuparse. La palabra del médico y la suya, milady, tiene mucho más peso que la mía. Nadie dudará ahora que si tiene un hijo sea del Marqués. —Sonrió malicioso. —En parte cumplí con

los deseos de su marido. Siempre quería que todos pensarán que era muy fogoso en la cama. — Parpadeó viendo como abría la puerta. —Le deseo suerte, milady.

—Gracias, Bob.

Él asintió antes de salir cerrando la puerta. Dalia y Nona la miraron con los ojos como platos. —Perfecto —dijo su doncella más tranquila.

—Pues yo sigo sin fiarme.

—No me ha pedido nada.

Dalia bufó. —Venga, hay mucho que hacer. Pero lo primero son los vestidos para los próximos días. Tienes que dar buena apariencia. Eres Marquesa y no puedes ir con esos harapos.

Sumida en sus pensamientos ni la escuchó. Había que ver cómo era el destino. Orwell se había cruzado en su camino antes de su matrimonio y puede que gracias a eso su futuro estuviera asegurado. Y esperaba que fuera así porque sus supuestos padres ni se habían despedido de ella cuando habían salido de la hacienda, así que no debía esperar nada de ellos. Pero si tuviera un hijo... Sería hijo de Orwell. Sabía que no estaba bien su proceder, pero debía pensar en su futuro, en el futuro de todas. Y Orwell no daría la cara como no la había dado en el pasado, así que tampoco debía esperar nada de él. Tomó aire por la nariz antes de mirar a Nona. —Encárgate de que hagan llamar a Madame Blanchard.

## Capítulo 5

A pesar de haberles avisado y que la noticia corría por todo Londres, sus padres no aparecieron por el velatorio ni el funeral, reafirmando los rumores sobre la relación con su hija. Muchos solo se acercaban a su casa al velatorio únicamente para cotillear y las matronas la seguían de un lado a otro para no perder cada una de sus palabras, esperando encontrar algo en lo que hincar el diente. Sorpresivamente nadie la juzgó. Su marido era bien conocido por todos, así que vieron normal que se muriera por el cúmulo de emociones después de sus esponsales porque ya no tenía edad. Pero tanta actividad era agobiante para ella acostumbrada a la vida en el campo.

Su administrador la acompañó a la casa después del entierro y estaba sentándose en el sofá agotada después de dos días de fingir que le importaba la muerte de su esposo cuando el mayordomo entró en el salón. —Marquesa, tiene una visita.

—La Marquesa no recibe a nadie —dijo el señor Armstrong con autoridad como si tuviera todo el derecho del mundo.

—Es Lady Rosalba Flatley.

El administrador, un hombre subido de peso que tenía la edad de su padre, apretó los labios pasándose la mano por su enorme bigote encanecido.

—¿Quién es, señor Amstrong?

—La madre del heredero.

Dejó caer la mandíbula del asombro. —Pero me habían dicho...

El mayordomo se sonrojó. —Lo siento, Marquesa... no tenía noticia de que el señor tenía un primo que al parecer tenía un nieto. Me he enterado esta mañana.

—Oh... —Se levantó de inmediato. —Hágala pasar.

La mujer llegó acompañada del mayordomo. Tenía unos treinta años y su cabello rubio estaba recogido en un pulcro moño en la nuca. Su fino abrigo indicaba que no tenía mucho dinero porque había decidido ponerse ese en lugar de uno más grueso que seguramente estaría más viejo. Estaba claro que quería causar buena impresión. Eathelyn sonrió alargando las manos. —Me alegro de que haya podido venir.

—Lo he hecho en cuanto me he enterado de la noticia. Lo siento muchísimo, Marquesa —dijo tímidamente antes de hacer una reverencia—. La acompaño en el sentimiento.

—Venga, venga... —dijo el administrador cogiéndola del brazo para enderezarla—. Quítese el abrigo y póngase cómoda. ¿Dónde está su hijo?

—No he querido sacarle del colegio para que se haga ilusiones para nada, señor Amstrong —dijo mirando disimuladamente su vientre mientras desabrochaba su abrigo mostrando un sencillo vestido gris.

Eathelyn se sonrojó porque si estaba en estado le robaría el futuro a ese chico que tenía todo el derecho a la herencia. Los remordimientos la recorrieron y se apretó las manos.

—Lo siento, pero no tenía nada de luto.

—Lo entendemos perfectamente —dijo el administrador—. Y lo de su hijo también. Mejor no decirle nada hasta que todo se haya aclarado.

—Por favor, tome asiento.

La mujer sonrió más tranquila y se sentó en el sofá. —Gracias, Marquesa.

—¿Por qué?

—Por no echarme a patadas.

La miró asombrada. —Jamás haría eso y mucho menos sin una razón de peso.

—La enorme fortuna de su marido es una razón de peso, Marquesa —dijo Amstrong yendo hasta el mueble de las bebidas llenando tres copas de jerez—. Desgraciadamente tendremos que esperar al resultado de esa noche de bodas para saber a qué atenernos. —Se volvió hacia ellas y les tendió una copita a cada una.

—¿Cuándo se leerá el testamento? —preguntó impaciente Lady Flatley.

—He hablado con el abogado. Hasta que no se solucione este tema no. Porque legalmente cambiaría todo lo estipulado. Un hijo varón sería el heredero total de la fortuna del Marqués.

—¿Todo? —preguntó la mujer decepcionada.

—No debe preocuparse por eso —dijo ella preocupada—. Jamás le faltaría de nada ni a usted ni a su hijo en caso de que tenga un niño. —La mujer chasqueó la lengua sorprendiéndola.

—Por supuesto todo cambiaría si esa noche no da frutos —añadió el administrador—. Quizás no debería decirlo, pero el Marqués hizo testamento después de su último matrimonio. Desgraciadamente a la Marquesa no le quedaría absolutamente nada. —Se quedó de piedra. —Lo siento Marquesa, pero su marido ha fallecido en un momento muy inoportuno porque ni siquiera me dio tiempo a hablar con él para que rectificara su testamento.

—Sí que se ha muerto en un momento inoportuno para la Marquesa. —Lady Flatley entrecerró los ojos mirando su vientre de nuevo y de repente dijo como si nada —Espero que la hayan vigilado para que no haya fornicado con hombres buscando quedarse en estado.

Con los ojos como platos miró a la mujer. —Perdón, ¿qué ha dicho?

—¿Una vez y con un viejo? —Sonrió satisfecha. —¡Esa herencia es de mi hijo!

—Mira con la mosquita muerta —dijo asombrada.

—¡Lady Flatley, contrólese!

—No, es que lo veo venir. Seguro que ya ha escogido a un lacayo hasta conseguir embarazarse.

No podía creer lo que esa mujer soltaba por la boca. Mira, ahora tenía muchos menos remordimientos. —¡Cómo se atreve a insultarme en mi propia casa!

—Su casa desde hace dos días.

—¡Exacto! ¡Mi casa! Amstrong no quiero ver más a esta mujer —dijo levantando la barbilla.

El administrador carraspeó. —Desgraciadamente hay rumores por la ciudad, Marquesa.

Perdió todo el color de la cara. —¿Rumores? ¿Qué rumores?

—La situación con su familia y la prematura muerte de su marido con su matrimonio tan recién estrenado... Crean dudas.

—¡Yo no le maté, se lo juro! ¡Pregúntele al médico! —exclamó con los ojos como platos.

—No, no es eso. Se sabe que es totalmente inocente en ese aspecto.

Se tensó mirando sus ojos castaños. —¿En ese aspecto?

—¡Las malas lenguas rumorean exactamente lo que le he exigido! —exclamó la mujer con firmeza—. Hay que garantizar que ahí no entra nada más hasta que se sepa si hay niño o no.

Dejó caer la mandíbula del asombro. —¿Creen que me conseguiré un amante para quedarme en cinta?

Amstrong asintió muy incómodo. —De hecho...

—¿De hecho qué? —Él miró a Lady Flatley que sonrió irónica. —¿Qué?

—Ella sería ideal para garantizar que no comparte lecho con otro hombre.

No salía de su estupefacción y Lady Flatley sonrió maliciosa. —Estaré encantada.

—Eso acallará los rumores porque todo el mundo sabe que ella protegerá el futuro de su hijo garantizando que si está en estado será del Marqués.

—¿Y estos dos días? —preguntó la dama—. ¿Y antes?

Amstrong apretó la copa entre sus dedos. —La virginidad de la Marquesa en el momento de su matrimonio está abalada por el mismo Marqués. ¡Él mismo se lo dijo a su valet! ¡Y estos dos días no me he separado de la Marquesa durante el día para guiarla en este penoso momento y por la noche su doncella ha dormido con ella! ¡Lo sabe toda la casa que velaban de noche el cuerpo del Marqués!

La mujer no se quedó muy tranquila con la explicación y miró su fino vestido negro que la modista le había vendido de segunda mano mientras le hacía todo su nuevo vestuario. —Muy bien. A partir de ahora y hasta que el médico confirme el embarazo no me separaré de ella.

Sintiendo que la rabia la recorría por haberse dejado engañar por esa cara tan dulce cuando llegó a esa casa, Eathelyn sonrió. —¿Lady Flatley?

—¿Si, Marquesa?

—Ya sé que va a rezar porque no esté en estado, pero ahora rece el doble porque como sí tenga un hijo del Marqués, he decidido que no recibirá nada.

La mujer sonrió cínica. —Eso sería un milagro, Marquesa.

—Los milagros existen.

Rosalba sonrió queriendo sacarla de quicio y casi lo consigue. Miró al administrador. —¿Qué ocurrirá si tengo una niña?

—Según el abogado la jurisprudencia dice que la niña heredaría todo lo que no está ligado al título. —Sonrió mirando a Lady Flatley. —Usted se quedaría las propiedades excepto esta casa y la Marquesa viuda cada libra.

La mujer jadeó. —¡Eso no puede ser!

—Sí.

—¡Pero será la ruina para mí! ¿Cómo mantendría las propiedades sin dinero?

—Creo que está adelantándose a los acontecimientos, ¿no cree? Todavía no ha heredado nada.

La mujer se sonrojó levantándose. —Voy a escribir una nota para que me envíen mi equipaje.

—Está claro que no quiere perderme de vista, milady —dijo con burla.

—Por supuesto que no. ¡Hasta pienso dormir con usted! ¡A mí no me van a tomar el pelo!

La fulminó con la mirada y la mujer tuvo la decencia de sonrojarse antes de alejarse hasta el escritorio que había al lado de la puerta. Les dio la espalda para escribir y ella miró a Armstrong. —Así que tengo que pasar por esto.

—Lo siento, milady. Pero es lo mejor para todos. Las dudas sobre la paternidad de su posible hijo se disiparán gracias a la presencia de su rival —dijo en voz baja—. Deberá tener paciencia. Será un mes.

Se puso como un tomate, pero asintió apartando la mirada. —Muy bien.

Al menos tenía un mes para decidir qué hacer en caso de que no hubiera embarazo que era lo más probable. Miró la espalda de la mujer. Cómo la había engañado. Al principio le había parecido dulce y tímida pero bien que se había tirado a su cuello en cuanto había tenido ocasión. Vale que no estaba nada herrada, ¿pero dudar de su conducta porque sí? ¿Sin pruebas? Eso era intolerable. Y encima ahora tenía que soportar su presencia. Esa se iba a enterar.

—Vamos Rosalba —dijo con burla acelerando el ritmo para caminar más aprisa. Después de tres horas caminando de un lado a otro de Bond Street tenía la lengua fuera.

—Marquesa vaya más despacio. —Cuando se puso a su altura susurró —Deberíamos estar en casa. Estamos de luto.

—¿Luto? Todo Londres sabe que me obligaron a casarme con un hombre que solo fue mi esposo un día. Que no esperen mucho luto de mí.

Los ojos de Rosalba brillaron de admiración. —Pero las normas...

—Las normas están hechas para saltárselas de vez en cuando. —Miró el sombrero del escaparate. Era azul de terciopelo y quedaría estupendamente con la tela que le había regalado Orwell que por cierto ya estaba en la modista para que le hiciera algo impresionante. —Entremos.

—Pero no hace más que comprar y no tiene dinero —dijo molesta.

—Claro que tengo. El dinero está en el banco y hasta que no se reparta es de mi difunto marido. Es bien sabido que él quería que tuviera todo lo que se me antojara. Hay testigos. Así que el administrador se hará cargo de mis cuentas —dijo con malicia.

Lady Flatley jadeó ofendidísima y la siguió al interior de la tienda. Bellos sombreros estaban colocados sobre sus soportes y dejó caer la mandíbula de la impresión. Eran todos bellísimos. Un hombre de edad salió de detrás del mostrador. —Milady, bienvenida a mi humilde establecimiento.

—Muchas gracias, buen hombre. —Se acercó al mostrador y ambas admiraron los delicados guantes. —Qué bonitos.

—Tiene un gusto exquisito, milady.

—Marquesa —le corrigió Rosalba—. Mira estos, Eathelyn.

Sorprendida miró a su nueva compañera que parecía enamorada de unos guantes de cabritilla y eso le recordó que debía tener frío con el abrigo que llevaba en ese momento. La miró de arriba abajo y fue muy consciente de que no tenía muchos recursos y ella le estaba privando del

momento más feliz de su vida porque si su hijo heredara podría comprarse toda la tienda. —  
Saque ese par. Milady se lo va a probar.

Levantó la vista sin entender y cuando el hombre le puso los guantes delante preguntó —  
¿Para mí?

—Sí. —Sonrió emocionada. —Vamos a comprarnos de todo.

—Pero no tienes que hacerlo.

—Buen hombre, quiero sombreros para nosotras y tengo dos amigas que necesitan dos  
sombreros para salir de paseo. —Miró uno negro que había al lado y chasqueó la lengua. —Yo  
me probaré ese.

—Enseguida, Marquesa.

Rosalba soltó una risita emocionada. —Debería ir de luto.

—Lo que me faltaba por oír. Si no le viste en tu vida.

—Pero debería ir, era de la familia. Eso dicen las cotillas. Nos van a poner verdes.

—Me importa muy poco. Aquí no conozco a nadie aparte de mis padres y ellos están como  
para echarme algo en cara cuando no han venido ni al funeral.

Rosalba la miró de reojo. —Siento que te traten así. —Se sonrojó ligeramente. —No soy una  
bruja, ¿sabes? Cuido del bienestar de mi hijo.

Sonrió sin poder evitarlo y los malditos remordimientos volvieron de nuevo. —Lo sé. Por eso  
no te tiro de los pelos.

Enderezó la espalda lista para defenderse. —No podrías.

Eathelyn se echó a reír. —Oh, sí. Sí que podría. —Cogió el sombrerito que le mostraba el  
tendero y se lo puso sobre la cabeza. Se acercó al espejo y cogió los gruesos lazos para atárselos  
en un primoroso lazo a un lado como marcaba la moda.

—Te queda maravilloso.

—Milady tiene razón, Marquesa. Resalta el color de sus ojos.

—Me lo llevo y los guantes también.

—Si no es indiscreción, Marquesa. ¿Hace mucho que lleva el luto?

—Desde antes de ayer.

El hombre parpadeó como si le hubiera dado la sorpresa de su vida. —¿Antes de ayer?

—Sí.

—¿Ves cómo teníamos que quedarnos en casa? —susurró Rosalba roja como un tomate.

—He enterrado a mi esposo esta mañana. —Entrecerró los ojos. —¿Por qué?

—Oh no, por nada. Era por si llevaba tiempo de luto porque he recibido unos sombreros en morado que son una maravilla. Para el medio luto, ¿sabe?

—¿Medio luto?

—Sí, Eathelyn. Cuando se lleva dos años se puede pasar al medio luto. Aunque hay mujeres que siguen de negro toda la vida. Mi abuela dejó el luto a los tres años.

—En el campo nunca me puse de luto. No me enteraba cuando se moría alguien de la familia... —Se encogió de hombros como si le diera igual. —¿Cuánto estuvo casada tu abuela?

—Veintiún años.

—Yo estuve casada un día. Así que le daré... Uff, ya me he pasado de tiempo. —El tendero no salía de su asombro. —Pero le he pedido a Madame que me hiciera tres vestidos y tampoco hay que desaprovecharlos. Bueno, estaré de luto un mes. Un mes por un día no está nada mal, ¿no? —Los dos asintieron como si estuviera loca y esta sonrió. —Enséñeme los sombreros morados. ¡Me encanta el morado!

Pero el hombre no le hizo caso y sacó un velo larguísimo, en negro como no. —¿Qué es eso?

—Debe llevarlo el mes, Marquesa.

—Oh, por Dios. Ni hablar. —Rosalba puso los ojos en blanco. —Cómo se nota que no tienes que llevarlo tú.

—Lo he llevado. ¿Te recuerdo que también soy viuda?

—Entonces para qué me hablas de tu madre. ¿Tú cuánto estuviste de luto?

Se sonrojó con fuerza y se giró un poco para que el tendero no la escuchara decir —Bueno, lo llevé en el funeral. Salía poco.

—¡Ja! —La señaló con el dedo. —No te lo ponías. —Miró al hombre. —Ni hablar. Soy joven, hermosa y al fin estoy en Londres. ¡No veré nada con eso puesto! Ni hablar.

Gruñó con aquello en la cabeza que casi le llegaba a los pies mientras caminaba al lado de Rosalba de vuelta a casa. Esta reprimió una risita. —No sé cómo he dejado que ese hombre me convenciera.

—¿Después del discurso que te ha soltado sobre lo que podían hacer las malas lenguas con una débil florecilla en la ciudad? Cualquiera se arriesga con las amenazas a cómo pueden destrozar tu reputación. Ese tipo es capaz de acabar con una rebelión él solo. Si le sigues comprando llevarás el luto dos años y medio. Sí, señor.

—Ni hablar. Yo en un mes... —Levantó la vista tras el velo y se le cortó el aliento al ver como Orwell salía de una casa vestido con un impecable abrigo gris y bajaba los escalones ágilmente para meterse en el coche que le estaba esperando. El lacayo cerró la puerta y el cochero azuzó las riendas como si tuviera prisa.

—¿Le conoces?

La pregunta la sorprendió y miró a Rosalba que observaba el coche que se alejaba. —Oh, no.

—Se sonrojó bajo el velo por la mentira. —Pero me ha recordado a alguien del pueblo.

—Pues es muy apuesto.

Bufó y siguió caminando, pero no pudo evitar echar un vistazo a la fachada de la casa. ¿Sería su vivienda? Se mordió el labio inferior y vio a través de la ventana a una doncella limpiando el cristal. Siguió su camino por la acera sin decir palabra.

—Vaya, parece que te ha comido la lengua el gato. —Rosalba levantó una ceja. —Es raro en ti que te quedes callada.

—No me conoces.

—En las horas que llevamos juntas no has cerrado el pico.

—Oye, bonita... Tú tampoco te quedas corta.

Rosalba se echó a reír. —Pues tienes razón. —Caminaron en silencio un rato. —Es que normalmente no tengo con quien hablar, ¿sabes? —La miró preocupada y esta hizo una mueca. —Llevo sola muchos años. Solo tengo una señora que viene a limpiar todos los días, pero no es muy habladora.

—¿Por qué no te has casado de nuevo?

—Mi marido era el tercer hijo del tercer hijo del Marqués. Recibió bien poco cuando heredó de su padre. De hecho nos mantenemos con las rentas de una hacienda que heredó de su abuela por parte de madre. No nos iba mal. Además se le daba bien la escritura y tenía el sueldo del periódico. Escribía noticias. Sucesos, le llaman.

—Vaya... me encanta esa parte del periódico.

—Y escribió varios libros, pero no se los publicaron.

—¿Por qué?

—Discutió con el editor y le pegó una patada en el trasero. Ya no lo intentó más porque dijo

que ese hombre tenía mucha influencia. —Sus ojos brillaron. —Pero si algún día tengo dinero, los publicaré para que los lea todo el mundo. Quiero que mi hijo esté orgulloso de él.

—¿Por qué no iba a estarlo?

Se sonrojó ligeramente. —No, por nada. ¿Regresamos? Parece que va a llover.

Se pusieron en camino y miró de reojo a Rosalba que ahora no abría la boca. Le daba la sensación de que le ocultaba algo importante, pero es que en realidad no la conocía de nada. Bah, estaba buscando excusas para su propio comportamiento. Era una mujer que solo quería lo mejor para su hijo que era el heredero legítimo del Marquesado. Tenía la sensación de que no podría mantener su mentira mucho tiempo. Los remordimientos no la dejarían vivir. Se conocía bien y lo sabía. Pero como de verdad estuviera en estado sí que estaría en un lío de primera.

Sus amigas la miraron con los ojos como platos. —¿Estás loca?

—Shusss... está en la habitación de al lado aseándose.

—No puedes confesar —dijo Dalia más bajo—. Te quedarás en la calle. Nos quedaremos en la calle.

—Ahora estoy viuda. Orwell...

—¡Deja de pensar en ese hombre! —Dalia la cogió por el antebrazo para que la mirara a los ojos. —Nadie te va a ayudar. Y puede que si haya suerte no tengas que preocuparte más por el futuro, Eathelyn.

—Mi hija tiene razón. Siempre te he dicho lo que está bien y está mal... Reconozco que esto no está bien, pero si dices la verdad quedarás desamparada. E incluso si no estás en estado nos quedaremos en la calle, así que al menos durante este mes debes callarte. Tenemos que encontrar en este periodo una solución a tu destino.

Se mordió el labio inferior sabiendo que tenían razón. —Es que ella lo necesita.

—Y tú también —replicó Dalia.

—Ella tiene un hijo.

—Y puede que tú también. Piensa en lo que ocurrirá si dices la verdad y estás en estado de ese libertino. —Perdió todo el color de la cara pensando en ello. —¿Sabes lo dura que es la vida cuando ni tienes que llevarte a la boca?

—Dios mío.

—Eathelyn no tienes opción. Mantente en silencio que es lo que tienes que hacer —dijo Nona con firmeza—. He pensado que si no hay resultados podrías ser dama de compañía.

—¡Es inaudito que siendo Marquesa tenga que ser dama de compañía! —protestó Dalia.

—El Marqués no le ha dejado nada. Ya oíste al administrador.

—¿Le oíste? —preguntó sorprendida.

—Yo lo oigo todo. —Dalia se cruzó de brazos. —Y aquí hay algo que no me huele nada bien.

—¿A qué te refieres?

Ella hizo un gesto hacia la habitación del Marqués donde en ese momento Rosalba debía estar a punto de llamar a la puerta. —No te entiendo.

—¿Quién sabe todo lo que ocurre en una casa?

—El servicio.

—Exacto. Conocen al señor mejor que a ellos mismos. Escuchan todo lo que ocurre y oyen conversaciones que no deberían porque los señores apenas se dan cuenta de que estamos presentes. ¿Crees de verdad que el mayordomo del Marqués no sabía si tenía herederos? Lo sabía muy bien, por eso esa no encaja aquí. Porque él fue muy claro. No había herederos conocidos.

Puede que hubiera un primo que era mayor que el Marqués y probablemente no estaba vivo. Eso dijo. ¿Crees que el Marqués no había buscado a su heredero? ¿Qué dice el testamento? Seguro que buscó a su sucesor. El testamento es la clave.

Se llevó la mano al pecho de la impresión. —Crees que es una impostora.

—Exacto. Y que está compinchada con el administrador para quedarse con todo.

Jadeó sin poder creérselo. —Pero habrá documentos... Algo... Dijo que su marido era el tercer hijo del tercer hijo del Marqués.

Nona frunció el ceño. —Pero eso no puede ser. Porque sería el primo de tu marido y el mayordomo fue claro. Era mayor que él. Debería ser el hijo del tercer hijo del tercer hijo del Marqués.

—Mamá, qué lío.

—¡Es muy sencillo! El abuelo de nuestro Marqués tuvo tres hijos. El que sería tu suegro — dijo señalando a Eathelyn —, sería el heredero. —Las dos asintieron. —Ese heredero tuvo dos hijos. Tu marido y otro.

—Que vivió con él en esta casa.

—Exacto. Pero es que antes de eso, el tío de tu marido tuvo tres hijos. Y el tercer hijo sería el marido de esa mujer, pero eso no puede ser porque sería mayor que tu marido. Y no es por nada, pero lo de tu marido era muy raro. ¿Cuántos hombres conocéis de esa edad? Esa mujer no se casó con el tercer hijo del tercer hijo. ¡O se casó con el nieto o a mí no me cuadran las cuentas!

Se quedó sin aliento. —Y Martin dijo que los abogados no habían encontrado descendientes... Nos ha mentado.

—Y no solo eso. ¿Dónde está el niño? ¿En el colegio? ¿Crees que una mujer tan desesperada por cobrar una herencia no se presentaría con la prueba palpable de que tiene derecho a ella? ¡Vamos, yo voy a recoger al niño al colegio y bien deprisa para decirles a todos aquí tienen al

nuevo Marqués! A no ser que oculte algo. —Nona dio un paso hacia ella. —¡Es más! Si tenía un heredero, el Marqués tenía que haberse hecho cargo de su educación y su manutención y esa mujer tiene los botines con un agujero enorme en la suela.

Dejó caer la mandíbula de la impresión. —¿Y cómo descubrimos el engaño?

Dalia sonrió. —¿Cómo? Yo voy a hablar con el mayordomo. Desde que llegaste a esta casa le has caído en gracia y estoy segura de que tiene mucho que contar.

Eathelyn entrecerró los ojos. —Sí... Ve a enterarte de lo que ocurre, amiga. Y yo con remordimientos.

Nona negó con la cabeza. —Pues no los tengas. Has llegado a Londres, niña, y aquí hay pillos por todos lados. Así que mantén los ojos abiertos.

## Capítulo 6

Después de no haber pegado ojo porque sorprendentemente Rosalba roncaba como un oso, cogió la tostada y la untó de mermelada de grosella sin ganas.

—¿Te encuentras mal? —preguntó su obligada invitada con preocupación—. ¿Tienes náuseas?

—¿Náuseas? No. ¡Lo que tengo es un sueño que me caigo por tu culpa! —La mujer se sonrojó. —Roncas.

Jadeó indignada. —Menuda mentira.

—¿Mentira? ¡Puedes tirar la casa abajo! —exclamó con asombro—. ¿Nunca te lo ha dicho nadie?

Levantó la barbilla. —Pues no.

Entrecerró los ojos. —¿Hace cuánto que enviudaste?

—Hace mucho. Diez años. —Lo dijo como si nada, así que le dio la sensación de que era cierto.

—¿Y tu marido nunca te dijo que roncabas?

—¡No! Si es una estrategia para que duerma en otra habitación...

—Pobrecita, enviudaste muy joven. —Rosalba entrecerró los ojos. —¿Tu hijo cuántos años

tenía?

—Dos.

—Vaya. ¿Y cómo se llama? No me lo has dicho.

—Andrew. Como su padre.

—Ese nombre siempre me ha gustado. —Dio un mordisco a la tostada. —Pues chica, el problema de roncar...

—¡Yo no ronco! —El mayordomo carraspeó y Rosalba le miró asombrada. Él negó con la cabeza. —¿Ronco?

—Yo mismo la he oído, milady. Esta mañana. Y la Marquesa no ronca.

Se puso como un tomate. —Oh...

—Deberías hablar con el médico de ese problema.

—No me lo habían dicho —dijo mirando su plato de lo más preocupada.

Eathelyn sonrió. —¿Y cómo te lo iban a decir si llevas diez años viuda?

Rosalba se puso como un tomate. —Claro.

—A no ser que tengas un amante, por supuesto —dijo maliciosa haciendo que el mayordomo reprimiera una sonrisa.

—Yo soy muy decente.

Chasqueó la lengua cogiendo la taza de té para ver que estaba vacía.

—Chico, la taza de la Marquesa —dijo el mayordomo de inmediato.

Ella le sonrió en agradecimiento antes de morder la tostada de nuevo provocando que el mayordomo la mirara con adoración.

—Gracias —le dijo al lacayo que llenó su taza. Masticando miró a Rosalba—. ¿Cómo te

enteraste del fallecimiento de mi esposo?

—La noticia corrió por todo Londres. Además, salió en el periódico.

—Oh, por supuesto. Pero salió en el periódico del día anterior. Por la tarde. Lo recuerdo muy bien porque me lo trajo Martin.

El mayordomo asintió. —Exacto, milady. Usted estaba en el velatorio del señor rodeada de matronas.

—Sí. —Miró a Rosalba. —¿Cómo no viniste esa tarde? ¿O al funeral de la mañana siguiente?

Rosalba se sonrojó. —Me enteré cuando se estaba celebrando el funeral. Fui al mercado y vi el periódico de la tarde anterior. Yo no compro el periódico todos los días. Eso es un lujo que no puedo permitirme.

—Oh. —Se preguntó si era una actriz de primera o ella y sus amigas estaban metiendo la pata hasta la ingle en lugar de buscar una solución a su situación para cuando en un mes tuvieran que irse de esa casa. —¿Entonces el señor Amstrong no se puso en contacto contigo?

Ella levantó la vista sorprendida. —¿El señor Amstrong?

—Él sabía de tu existencia. ¿Cómo no te avisó para el funeral?

Martin entrecerró los ojos mientras ella respondió —Pues no lo sé. Se le olvidaría.

Rio incrédula. —¿Olvidarse de avisar al futuro Marqués de que debe presentarse aquí? Eso es inaudito. Trabaja para ti si es que tu hijo hereda.

—¡Pues no lo sé! ¡A mí no me avisó!

Ella levantó la vista hacia el mayordomo que estaba muy tenso. —Es extraño que no hayas estado nunca aquí. En esta casa, siendo la futura propietaria.

—Nunca se me invitó —farfulló antes de beber—. Y el Marqués no quería que mi hijo

heredara. De hecho se casó contigo.

—Cierto... Pero aunque conocía muy poco a mi marido, para él las apariencias lo eran todo.  
—El mayordomo asintió dándole la razón. —Y aunque solo fuera por las habladurías, hubiera mantenido a su heredero como si se tratara de un rey hasta que llegara otro.

El mayordomo asintió convencido antes de hacer un gesto al lacayo que abandonó el comedor de inmediato. Entonces Martin dijo —No lo dude, Marquesa. Y yo lo sabría. Sé todo lo que ha ocurrido en esta casa desde hace seis años que puse un pie en ella.

Eso la intrigó. —Después del fallecimiento de la última Marquesa.

—Exacto, milady. Se cayó por las escaleras y el Marqués despidió de inmediato al anterior mayordomo porque no arregló la alfombra como se había ordenado —dijo algo incómodo. Así que él sabía que la culpa no había sido del mayordomo. De buena se había librado. Aunque cuando ella le había conocido el hombre ya no estaba para pegar a nadie, debió haber sido una pieza de primera como le había dicho su querida hermana. Bueno, ese era otro tema. Miró a Rosalba que había dejado de comer, pero seguía mirando el plato.

—¿No comes más, querida? —preguntó con burla.

—No come porque miente más que habla —dijo Dalia entrando en el comedor, cerrando de un portazo y poniendo los brazos en jarras—. ¡He hablado con la cocinera que es la que más tiempo lleva aquí y el Marqués no tenía herederos! De hecho todo el servicio está sorprendido con la llegada de esta mujer a la casa.

—Uhhh, interesante... Rosalba, ¿no tienes nada que decir?

—Mi hijo es el heredero del Marqués. —Levantó la vista hacia ella. —¡Lo es! ¡Y tengo pruebas!

Esos ojos castaños la pusieron alerta. —Dios mío... Abusó de ti como de tantas otras, ¿verdad?

—¡Cállate! —Se levantó tirando la silla mientras todos se tensaban.

—¡Abusó de la hermana de su valet, era algo que hacía a menudo! Seguro que hay más personas de servicio que pueden decir lo mismo antes de que estuviera demasiado enfermo como para abusar de nadie, ¿no es cierto, Martin?

—Dos doncellas que yo sepa. Una incluso tiene un hijo del Marqués, milady —dijo muy tenso.

—¡Cállate! —gritó Rosalba desesperada.

—Y su administrador... —Dalia abrió los ojos como platos. —¡Eres hija de Armstrong! ¡Por eso él da la cara por ti!

Los ojos de Rosalba se llenaron de lágrimas. —Yo no quería...

Eathelyn se levantó furiosa. —¡Querías quedarte con lo que no es tuyo!

—¡Es su hijo! ¡Me destrozó la vida! Iba a casarme y mi padre me invitó a una merienda que daba el Marqués. Ni sé lo que ocurrió. Cuando me di cuenta me había acorralado bajo la escalera.

—Oh, Dios mío. —Se tapó la boca de la impresión.

Martin dio un paso hacia ellas. —¿Llamo al alguacil, Marquesa?

—¡Claro que no! —Se pasó la mano por la frente y miró a Dalia que preocupada apretó los labios. —Martin, tengo que pensar.

El mayordomo apretó los labios mirando a Rosalba fijamente y los tres vieron como esta se derrumbaba echándose a llorar. —Yo no quería, lo juro. Mi padre me obligó. Dijo que se lo iba a quedar todo ese club de mierda que frecuentaba. Que era una vergüenza que ni repartiera el dinero entre sus conocidos. Que era imposible que hubiera conseguido dejarla en estado.

—¿Club? —Helada miró a Martin. —¿Qué club?

—Un club de caballeros, milady. Él lo fundó con otros que ya murieron. Iba todas las tardes. Decía que si los abogados no encontraban alguien que heredara su fortuna porque hacía años que no sabía nada de ese primo suyo, todo iría a parar al club. Al menos lo que no pertenecía al Marquesado, que volvería a manos de la Reina para otorgar el título a uno de sus súbditos como se ha hecho en el pasado.

Dalia y ella se miraron a los ojos. —Así que si no tengo un hijo del Marqués... Todo se perderá.

—Sí, Marquesa. Usted se quedará en la calle y todo irá a otras manos.

Apretó los puños de la impotencia. —Gracias, Martin. Puedes retirarte.

Él inclinó la cabeza antes de salir del comedor dejándolas a las tres solas. —¿Qué vas a hacer conmigo? —preguntó Rosalba sin dejar de llorar—. Por favor, no me denuncies.

Se sentó en la silla agotada. —Dios mío...

—Eathelyn no te precipites. Llamaré a mi madre. Ella... —La miró a los ojos y Dalia sonrió con tristeza. —Esto no es cosa tuya. Están locos para pretender hacer una cosa así y creer que no se descubriría. Tarde o temprano los mismos abogados les hubieran descubierto.

Rosalba se echó a llorar más fuerte y sintió pena por ella. No tenía culpa de nada. Su marido había destrozado su vida y solo había querido una recompensa por todos los sufrimientos que debió pasar.

—No te preocupes. No voy a denunciarte. —Rosalba la miró sorprendida. —Mi marido era un cerdo y puede que yo hubiera hecho lo mismo que tú.

—Gracias, gracias...

—Pero ahora tendrás que seguir fingiendo.

Se le cortó el aliento. —¿Qué?

—¡Sí, porque no pienso dejar que ese club se quede con todo! O heredo yo o heredas tú,

¿pero ese club? ¡Ni hablar!

—Pero lo sabe el mayordomo, lo sabe... —Señaló a Dalia. —¡Ella dice que los abogados nos descubrirían!

Sonrió divertida. —¿Y quién me va a llevar la contraria a mí?

—No te entiendo.

—Si no me quedo en estado, que seamos francas es lo más probable, y yo digo que tu hijo es el heredero porque mi propio marido me habló de él en la noche de bodas ¿quién me va a discutir? ¡Yo me quedaría sin nada si tú heredaras!

Dalia sonrió maliciosa. —Tiene sentido.

—Si no heredas tú, lo haré yo y nos repartimos las ganancias.

A Rosalba se le cortó el aliento. —¿Puede ser?

—Te necesito tanto como tú me necesitas a mí para conseguir heredar.

—Podrías heredar sin mí si estás en estado.

—Pero es una mínima probabilidad. Y si no estoy en cinta la mitad será mío cuando heredes tú. Y ninguna podrá delatar a la otra porque habrá cometido el mismo delito.

—¿Y si Martin...?

Las tres se miraron. —Hablaré con él. Le diré que me has dado pena y que seguiremos adelante porque si no estoy embarazada me importará muy poco donde termine la herencia y si puedes heredar tú mucho mejor.

—¿Crees que lo admitirá? —preguntó Rosalba preocupada.

—Creo que sí. Hasta ahora ha mantenido la boca cerrada y solo ha hablado cuando se le han hecho las preguntas correctas. Veremos qué ocurre.

Sentada ante el mayordomo en el despacho de su marido apoyó los codos sobre la mesa y unió los dedos. —Siéntate Martin, tenemos que hablar.

—Estoy bien de pie, Marquesa —dijo incómodo—. Si es por lo que se habló antes en el comedor no debe preocuparse. Siempre he sido una tumba sobre mis superiores y lo seguiré siendo hasta la muerte.

Suspiró mirando sus ojos grises. —Y te lo agradezco porque lo que te voy a contar puede ponerte en un compromiso.

—Estoy para servirla, Marquesa —dijo como si fuera la mismísima Reina de Inglaterra.

—No voy a denunciar a Rosalba. De hecho continuará aquí y para siempre como Lady Flatley. —Martin la miró sin comprender. —Sabes los términos del testamento. Si no tengo un hijo no heredaré nada y no voy a dejar que esa inmensa fortuna caiga en manos de un club o de la Reina que ya tiene mucho en sus arcas.

El mayordomo entrecerró los ojos. —Creo que voy entendiendo.

—Te llevarás tu parte, por supuesto —dijo queriendo ligarle a ella con un soborno que le obligaría a cerrar la boca en el futuro.

—Gracias, milady. Seré una tumba.

Le miró fijamente. —¿Tendremos problemas con alguien de la casa?

—No, milady. En este momento piensan que hay una confusión con los herederos. Desconfían de ella, pero cuando vean que usted la cree, sus dudas se disiparán. Yo también colaboraré, por supuesto.

—Perfecto. Avísame si escuchas algo extraño.

—Por supuesto, milady.

—Puedes retirarte. Martin...

Se volvió antes de abrir la puerta. —Averigua cuántos hijos tiene el Marqués por ahí.

El hombre sonrió. —Entendido, milady. —Iba a cerrar la puerta cuando dijo —Usted sí que es una Marquesa como Dios manda.

Se sonrojó de gusto. —Pues acabo de empezar.

—Pues lo está haciendo estupendamente. —Le guiñó un ojo antes de cerrar la puerta y ella apoyó la espalda en el respaldo de su sillón suspirando. Igual acababa en Newgate, pero había que intentarlo.

—Marquesa...

—No me fastidies con los gastos, Amstrong —dijo sentada en su sofá mientras su hija reía por lo bajo bordando—. A pagar, a pagar.

Amstrong sonrió. —Muy bien, Marquesa.

—Por cierto, ¿cuándo llegará Andrew? —Padre e hija se miraron. —Hace casi un mes que enviudé. ¿No creéis que es hora de sacarle del colegio?

—Iré a recogerle cuando termine el curso —dijo su madre preocupada.

Ella cogió su mano. —No va a pasar nada —susurró.

—En el colegio está rodeado de amigos. No quiero sacarle a estas alturas y más en estas circunstancias.

Lo entendía. Quería protegerle todo lo posible y ella haría lo mismo. —Como digas.

Dalia entró en el salón. —Marquesa...

Miró hacia ella y sonrió al verla vestida de paseo. —¿Si, Dalia?

—Tengo que hablar con usted, Marquesa. —Le hizo un gesto con la cabeza y sus amigos rieron.

Eathelyn se levantó porque era evidente para todos que quería hablar con ella en privado. —Martin, un té para mi invitado.

—Enseguida, milady.

Salieron del salón y fueron hacia el despacho. —¿Qué ocurre, Dalia?

Ella miró a su alrededor desconfiada y eso la puso en guardia. Al entrar en el despacho Dalia cerró la puerta de inmediato. —Me estás asustando.

—He estado en la modista. Le he llevado el vestido morado para cambiarle los botones que no te gustaban.

—¿Se ha ofendido Madame Blanchard? Me han dicho que tiene carácter....

—No, no es eso. La modista se dio cuenta enseguida del problema y pide disculpas.

—Tampoco es para tanto. Los botones eran demasiado llamativos, pero tanto como para pedir...

—He visto a Orwell.

Se quedó de piedra. —¿En la modista? —preguntó intentando aparentar desinterés.

—Al salir. —Sacó una nota y se la mostró. —Creo que me seguía. —Sintió que su corazón temblaba en su pecho. —Ni salió del carruaje. Un lacayo me mandó subir y te aseguro que si no me hubiera dicho de quien era el coche no hubiera subido, pero tuve curiosidad.

—¿Qué te dijo? —preguntó ansiosa por tener noticias suyas.

—Me preguntó cómo estabas. Le dije que habías enviudado. Lo sabía, por supuesto. Lo sabe todo Londres, me dijo. El cochero empezó a andar y él me dijo que no me preocupara, que me acercaría a la casa. Después me preguntó si tu futuro estaba asegurado. —Le dio un vuelco al

corazón. —Que si salías en algún momento de la casa. Le dije que no, por supuesto. Pero que no aguantarías mucho de luto riguroso con el breve matrimonio que habías tenido. Que si no lo entiende la buena sociedad a ti te importaba poco. Eso le hizo sonreír. Entonces sacó esto de la chaqueta y me lo dio. —Eathelyn volvió a mirar la carta. —¿No vas a abrirla?

Se la arrebató ansiosa y abrió el lacre para abrir el pliego. Al ver su hermosa letra se emocionó y leyó a toda prisa:

*Mi preciosa Eathelyn*

*He pensado mucho en si escribir estas letras, pero he considerado mi deber avisarte. —*Eathelyn entrecerró los ojos. *—Se han hecho apuestas en el Whist sobre si estás en cinta del Marqués. No sé si conoces ese sitio, pero los caballeros suelen apostar por casi cualquier cosa y tú ocupas unas cuantas apuestas. —*Palideció al escucharle. *—La del bebé es la que más apuestas tiene, pero también hay sobre si tendrás un amante antes de final de año o si elegirás marido qué título tendrá. Quiero advertirte que en estas apuestas a veces se juegan auténticas fortunas y pueden abordarte hombres para provocar ciertos resultados que les beneficien. Espero que estés atenta y no te dejes engañar por ningún sinvergüenza. —*Sonrió divertida. *—Si tienes algún problema no dudes en ponerte en contacto conmigo.*

*Un saludo*

*Orwell.*

Las amigas se miraron a los ojos antes de echarse a reír. —¿Crees que está metido en las apuestas? —preguntó Dalia que no tenía un pelo de tonta.

—Seguramente. —Sonrió sin poder evitarlo. —Él sí que es un sinvergüenza.

—¿Y qué vas a hacer, milady? —Maliciosa le guiñó un ojo. —Porque eso es un cebo para

que te pongas en contacto con él.

—Ah, no.

—Eres viuda.

—Con él no es únicamente una aventura. Podría enamorarme.

—¡Estás enamorada de él!

Se sonrojó con fuerza. —Bueno, pues eso. Nunca llegaríamos a nada, así que cuanto más lejos mejor.

—Eres libre para hacer lo que quieras. ¿No lo entiendes? Ya no tienes que dar explicaciones a nadie sobre tu proceder. Eres una de las pocas mujeres de la alta sociedad que puede hacer lo que le venga en gana con su vida.

—Sí, pero sería como darme cabezazos contra la pared porque Orwell no me quiere. Podía haberme tenido y no quiso.

—No os conocíais. Si pasaras tiempo a su lado...

Se volvió y fue hasta la ventana. —Es que no creo que pueda perdonarle nunca que me haya dado la espalda. Le pedí que no me dejara y lo hizo. —Dalia apretó los labios al ver la tristeza en su rostro. —Y yo quiero que me amen, amiga. Necesito que me amen.

Dalia la abrazó. —Yo te quiero.

Sonrió acariciando sus brazos. —Lo sé.

—¿Entonces no le digo nada?

Se volvió asombrada. —¿Está fuera?

—Sí.

Se mordió el labio inferior yendo hacia el escritorio y se sentó cogiendo una hoja. Cogió una pluma y supo que esas líneas serían las más difíciles que iba a escribir en la vida.

*“Mi muy estimado Lord Hoswell*

*Agradezco enormemente las advertencias que me ha transmitido y no debe preocuparse.  
Como bien sabe no soy tan ingenua, pues a usted le vi venir enseguida.”*

Dalia soltó una risita sobre su hombro y exasperada la miró. —¿Me das intimidad?

—¡No!

Bufó antes de continuar:

*“Así que no debe temer por mi bienestar. Espero que le vaya muy bien en la vida. Adiós.*

*Lady Eathelyn Flatley. Marquesa de Elridge”*

—¿No estás siendo muy dura?

—¡Me dejó! ¡Soy muy educada para lo que podría decirle! El muy... —Gruñó antes de continuar —¡Dejó que me casara con un viejo!

—Bueno, es que os acababais de conocer.

—Yo me hubiera ido con él.

—Qué romántico. Pero no sé si recuerdas que aquella noche tú ibas a tenderle una pequeña trampa. —La fulminó con la mirada. —Ah, que eso hay que olvidarlo.

—¡Sí!

—Vale, si hay que olvidarlo, se olvida. —Cogió la nota y fue hasta la puerta. —Qué pena que nos fallara el Pastor. Tus padres se hubieran quedado con una cara...

Apretó los labios porque desde aquella noche se había acordado del dichoso Pastor muchísimas veces. Ya se cobraría la revancha porque la vida era muy larga. Algo se le ocurriría, pero ese traidor no se iba a ir de rositas.

Impaciente salió del despacho y fue hasta el comedor que en ese momento estaba vacío y apartó ligeramente la cortina para ver como su doncella pasaba la mano por la ventanilla del carruaje antes de regresar a la casa corriendo.

—Tenga cuidado, milady —dijo Martin tras ella—. Ese hombre puede meterla en un lío en su situación actual.

—Tranquilo, amigo. —Le miró sobre su hombro. —¿De qué le conoces?

—El señor habló de él en bastantes ocasiones en los últimos dos años. Ha protagonizado varios escándalos siempre relacionados con líos de faldas. Duelos, fiestas... Es un disoluto, Marquesa. De la peor clase.

Apretó los labios, aunque todo lo que le estaba diciendo ya lo sabía. —¿Conocías a mis padres?

—Desgraciadamente sí. Rectifico. Ellos son de la peor clase.

—¿Se organizaban fiestas en esta casa?

—Sí, milady. Orgías las llaman.

—Oh, Dios mío... Ninguna dama decente querrá venir aquí, ¿verdad?

—Eran fiestas clandestinas. No eran de dominio público, pero corrían rumores. Su marido nunca fue muy apreciado por la buena sociedad. Si acudieron a su entierro fue por cotillear, estoy seguro.

Dalia llegó hasta ellos y preocupada miró a Martin. —¿Todo bien?

Eathelyn asintió antes de decirle a Martin —Conocí a Lord Hoswell en la finca de mis padres el día de la boda —mintió con descaro—. Me ha enviado una nota advirtiéndome que soy objeto

de apuestas en el Whist.

Martin pareció entender. —Eso es un problema, milady. ¿Cómo no me he enterado de eso?  
—Se estiró la chaqueta molesto. —Lo siento, milady. Mi deber es advertirla de esas cosas.

—No pasa nada. Ahora tenemos un espía en ese club.

—¿Lord Hoswell querrá algo a cambio?

—Pues aquí pincha en hueso, amigo. Ya le esquivé una vez y puedo volver a hacerlo.

—No se convierta en su objetivo, Marquesa. Ese hombre donde pone el ojo pone la bala. Y se obsesiona con las conquistas difíciles.

Se le cortó el aliento mientras su mayordomo se alejaba y las amigas se miraron con los ojos como platos. —¿No creará que le estoy provocando? Eso se terminó.

—Todavía estás a tiempo. Puedes ser feliz, aunque solo sea siendo su amante —susurró.

—Eso se acabó —dijo con firmeza antes de salir del comedor.

Dalia apretó los labios y apartó la cortina viendo la calle vacía. —Es una pena, me cae bien.

## Capítulo 7

El médico apretó los labios. —Entonces no ha tenido el periodo.

Se sonrojó con fuerza porque le daba vergüenza hablar de esas cosas.

—No, doctor Curtis. Milady no ha tenido el periodo. —Nona le miró ilusionada. —¿Cree que puede ser que está...?

—Pueden ser los nervios con todo lo que ha ocurrido. ¿Es regular?

—Como un reloj suizo. A mitad de mes, doctor.

—¿De veras? —preguntó ella intrigadísima—. Pues estamos a treinta, ¿no?

—Sí, Marquesa. —El doctor sonrió. —Todavía es algo pronto, pero le duelen algo los pechos y no ha tenido el periodo. Creo que está en estado, pero esperemos otro mes.

Chilló de la alegría y se levantó de un salto de la cama para abrazar a las chicas. Nona se echó a llorar de la emoción. —Mi niña va a ser madre.

—Voy a tener un hijo —dijo sintiéndose inmensamente feliz. Se apartó y se volvió hacia Rosalba que lloraba de la alegría.

—Felicidades.

Se abrazó a ella. —Gracias, gracias. —Se sentía tan dichosa.

—Marquesa...

—Lo sé, lo sé... pero es tan emocionante.

El doctor sonrió. —Sí que lo es. Volveré en un mes. Ahí confirmaremos del todo que está en cinta. Pasee por las mañanas y descanse después de las comidas.

—Sí, doctor —dijeron las demás muy serias.

—Coma lo que le apetezca. Debe comer por dos.

—Sí, doctor —dijeron siguiéndole.

—Y nada de corsés.

—Lo que usted diga, doctor Curtis —dijo Nona a lo lejos.

Emocionada fue hasta la ventana y se sentó. Se sentía tan pletórica. Un hijo... Iba a tener un hijo... Un hijo de Orwell.

Dalia entró en la habitación sonriendo de oreja a oreja. —Lo conseguiste.

—Como si hubiera hecho algo.

—Bueno, algo has hecho. —Se echó a reír. —Me encantaría ver la cara de tus padres cuando se enteren.

—Espero que se les indigeste la noticia.

Nona y Rosalba entraron en la habitación y chillaron de la alegría haciéndola reír. —Es una noticia maravillosa.

—Nona trae el vestido violeta.

Su doncella asombrada dio un paso hacia ella. —¿Vas a dejar el luto?

—Tengo un hijo en mis entrañas y eso es vida no muerte. No quiero luto o algo que recuerde a la muerte a su alrededor, ¿me habéis entendido?

Todas asintieron. —A partir de ahora solo quiero felicidad a mi alrededor. Y lo primero que vamos a hacer es cambiarnos de casa. Quiero desterrar al Marqués y a mis padres de nuestras

vidas.

Sentada en su cabriolé suspiró al ver pasar a dos damas montadas a caballo recorriendo el parque a galope. —Todavía te quedan cinco meses para eso —dijo Rosalba divertida mientras Dalia asentía dándole la razón.

Un caballero pasó a su lado y saludó con descaro tocándose su sombrero.

—Qué desfachatez —dijo Rosalba en voz bien alta—. Eso te pasa porque no vas de luto riguroso.

—Eso me pasa por las apuestas en el Whist. Ahora apuestan sobre si será niño o niña y si tendré amante antes de parir —dijo divertida.

—Shusss... ¿quieres que te oiga alguien?

Otro caballero pasó en ese momento y sonrió.

—Qué pesados están —dijo incómoda—. James, detente quiero caminar.

—Pero... —protestó Dalia.

—El médico ha dicho que camine.

El lacayo bajó del coche y abrió la portezuela extendiendo la mano. Sujetó su vestido azul pavo real y posó el pie en el escalón. Al levantar la vista vio un precioso caballo de brillante pelo negro ante ella y sin esperar a sus amigas caminó hacia él. Tenía las riendas sueltas y estaba solo. Eathelyn alargó la mano y acarició su cuello. —Hola bonito. ¿Dónde está tu dueño? —Pasó la mano por su cuello de nuevo. —Me encantaría tener un caballo como tú. ¿Sabes que eres muy hermoso?

—Lo sabe.

Se le cortó el aliento y miró sobre su hombro para encontrarse con Orwell. Y ver esos ojos que había procurado olvidar hizo que su corazón saltara en su pecho, demostrando que no le había olvidado en absoluto. —¿Es tuyo?

—Sí, preciosa. —La miró de arriba abajo intensamente. —Te veo realmente hermosa. El embarazo te sienta bien.

Se sonrojó de gusto. —Veo que te has enterado.

—¿Hay alguien que no lo sepa? Perdí quinientas libras con esa apuesta. Aposté que no.

Sonrió sin poder evitarlo acariciando el caballo porque lo había supuesto. Estaba claro que le conocía mucho mejor de lo que él pensaba.

—Marquesa... —La voz de Dalia la hizo volverse a sus amigas que miraban a su alrededor inquietas. No querían que la viera nadie hablando con él.

—Tengo que irme.

—Eathelyn, te he enviado varias notas.

—Las recibí, pero es que no tenía nada que decirte.

Orwell apretó los labios. —Así que las cosas están así.

—Así las dejaste tú —dijo muy tensa—. Tienes una memoria algo selectiva, milord.

—Vizconde.

—Felicidades.

—No hay motivo de celebración —dijo molesto—. Le apreciaba de veras.

—Lo siento. —Dio un paso hacia sus amigas. —Tengo que irme.

—¿Es mío?

Se detuvo en seco mientras su corazón se detenía y se giró para mirar sus ojos. —No tienes derecho a preguntar eso. Te fuiste dejándome en muy mala situación. ¿O no lo recuerdas?

Orwell apretó los labios agachando la mirada. —Lo recuerdo muy bien, preciosa. Siento haber preguntado. —Se subió a su caballo de un salto e hizo una inclinación de cabeza. —Me he alegrado mucho de verla, Marquesa. Mucho. —Hincó los talones en su caballo antes de salir a galope y sin aire vio cómo se alejaba hacia el puente.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó Rosalba emocionada—. Es un hombre con una reputación malísima. ¿Te ha propuesto un idilio?

Sintiendo unas ganas de llorar horribles viendo cómo se alejaba negó con la cabeza. —No, solo ha sido amable. Me ha hablado de su caballo. Los cría él.

—Es muy apuesto —dijo Rosalba mientras Dalia preocupada la miraba de reojo. —. Dicen que es un conquistador nato. Cualquier dama que se proponga cae rendida a sus pies.

Asintió caminando hacia el lago mientras su amiga no dejaba de parlotear. Unas damas que estaban merendando la observaron y se pusieron a cotillear con descaro. Sus amigas se tensaron mientras ella seguía sumida en sus pensamientos. ¿Parecía arrepentido? Sí, parecía que sí, pero no debía fiarse. Como decía Rosalba era un conquistador nato. Pero nunca le había mentido. Nunca le había prometido nada. Ella se había hecho ilusiones y había intentado engañarle. Pero que se fuera aquel día le había dolido tanto...

Varias risitas llamaron su atención y al mirar hacia el grupo de mujeres estas se callaron en el acto, así que era evidente que estaban chismorreando sobre ella. Nada extraño porque muchos no habían aceptado que no estuviera de luto. Al parecer tenía que estar llorando por las esquinas cuando había sido obligada a ese matrimonio y solo había estado a su lado un día. Unas cínicas, eso es lo que eran, porque seguro que la mayoría de esas mujeres estaban casadas y tenían amantes. Levantó la barbilla con orgullo antes de mirar hacia el puente. Su corazón saltó en su pecho al ver a Orwell observándola desde su caballo. Vio como apretaba los labios porque él también se había dado cuenta de las burlas de esas mujeres. Él negó con la cabeza indicándole que no le diera importancia y ella sonrió. Orwell sonrió antes de tirar de las riendas y volver su

caballo para alejarse. De todos los momentos que habían compartido, increíblemente ese fue el instante en que más unida se había sentido a él.

—Te aprecia —susurró Dalia colocándose a su lado para observar cómo se alejaba.

—No lo suficiente y es una pena.

—Bueno... —Rosalba se puso al otro lado. —¿Cuándo me vais a hablar de ese hombre? Porque no me chupo el dedo. Aquí hay mucho más detrás. —Las dos miraron a Rosalba. —¿Es que no confiáis en mí?

—No es eso.

—Bueno, un poco sí —replicó Dalia—. Nos mentiste.

—Pero sabéis por qué lo hice —dijo preocupada—. Os juro que yo jamás os fallaría. Me estoy jugando terminar en la cárcel, ¿sabéis? —susurró—. Hacerse pasar por dama es un delito muy grave. Me estáis ocultando algo, ¿verdad? Estoy dispuesta a lo que sea. Ya de perdidos al río. —Se encogió de hombros como si le diera igual. —Nunca he sido más feliz que en estos meses a vuestro lado.

Eathelyn sonrió. —Volvamos a casa, empieza a refrescar.

—Uy, uy... que es muy gordo —dijo con los ojos como platos.

—Todavía no ha decidido si te lo va a contar.

—Pero lo está pensando. Y no me fastidies. Yo también soy su amiga. Si Eathelyn tiene algún problema, quiero ayudar.

Un hombre les bloqueó el paso y miró a Eathelyn directamente sonriendo como un bobo. —Marquesa quería presentar...

—¡Qué descarado! —gritó Rosalba sobresaltándola—. ¡Está de luto! ¡Y preñada además! ¿Es que no tiene vergüenza?

Las damas se volvieron asombradas mientras el hombre se sonrojaba hasta la raíz del cabello. Eathelyn levantó una ceja con ironía. —Apártese de mi camino.

El hombre dio varios pasos a un lado y se inclinó mientras las tres pasaban ante él con la barbilla alta.

—¿Pero qué haces, Rosalba? —preguntó Dalia por lo bajo—. ¿Estás loca?

—Eso hará que esos sinvergüenzas no se acerquen más con malas intenciones. Se acabaron las apuestas sobre amantes.

—Gracias, amiga.

—A mandar.

Rieron por lo bajo hasta llegar al cabriolé y subieron con ayuda del lacayo. Medio parque las miraba. —A casa.

—Sí, Marquesa —dijo el lacayo orgulloso antes de cerrar la puerta.

Nona le estaba cepillando el cabello antes de dormir y sonrió mirándola a través del reflejo del espejo. —¿Se lo vas a contar?

—Tarde o temprano se enterará. Hemos iniciado una vida juntas y debemos apoyarnos la una a la otra. Yo sé secretos suyos muy graves.

—Cierto. Pero tienes que pensar en la seguridad de tu hijo.

Agachó la mirada. —Me siento mal ocultándoselo.

—Ella hizo lo que hizo por su hijo. Y tú debes hacer lo necesario por el tuyo.

—No estás de acuerdo.

—Hay secretos que no deben revelarse. Y ella no te contó nada. No confió en ti. Intentó

engañarte, que es muy distinto.

Se volvió para mirarla a los ojos. —Crees que confío demasiado en ellos.

Nona suspiró y se sentó a su lado en el banquito. —Niña, te quiero como una hija, por eso cualquier consejo que puedo darte jamás dudes que lo hago por tu bien. Sé que estás a gusto a su lado, pero esta situación es muy delicada. Pendéis de un hilo. Los abogados dieron por buenos los papeles falsos que presentó Amstrong sobre ella y su hijo, porque tú misma les dijiste que tu marido te lo había comentado. Esa mentira le ha dado poder a ella.

—¿Por qué crees eso?

—Porque si se descubriera que tu bebé no es del Marqués quedarías como una mentirosa ante todos y ella se quedaría con todo. ¿Quién te dice a ti que no te descubriría sin dar la cara solo para que su hijo lo herede todo?

—La única baza que tengo es el bebé.

—Exacto. Y que no hay ninguna duda de que es del Marqués. Nadie duda de ello por todos los testimonios, como el del médico y de todos los demás, incluido un valet que en este momento no sabemos dónde está. No crees dudas sobre tu bebé, porque un mal paso puede hacer que tires tu vida por la borda. Tienes que ser lista.

Miró sus ojos. —Me siento un fraude.

—Es que lo eres.

—No soy feliz así.

—Mira a tu alrededor. Mira el lujo que te rodea. Eres Marquesa. Una viuda que puede tener la vida que quiera en cuanto dé a luz si tiene la suerte de que sea un varón. Ya nada te arrebatará tu vida en ese momento. No permitas que los remordimientos te hagan dar un paso en falso. Ciertas cosas debes guardártelas para ti.

—Orwell me ha preguntado si es suyo.

Nona apretó los labios. —¿Y qué le has dicho?

—Que no tiene derecho a preguntar nada. Que me abandonó. Ahora ya es Vizconde. —Se miró las manos. —Si es varón sería su heredero.

—¿No te das cuenta? Jamás podríais decir la verdad, niña. —La cogió por la barbilla para que la mirara. —Sería reconocer que tuviste una aventura con él y que has mentido todo este tiempo por conseguir una herencia que no te correspondería. Acabarías en prisión. Y si no fuera así, tu reputación estaría totalmente destrozada y el Vizconde no te aceptaría como esposa. No podría si no quiere caer en el ostracismo social.

Sus preciosos ojos se llenaron de lágrimas. —Ya no hay vuelta atrás.

—No. Lo único que puedes hacer si le amas es seguir adelante e intentar conquistarle cuando ya lo hayas conseguido todo. Cuando tú estés a salvo.

—¿Y bien? —preguntó Rosalba acercándose para sentarse a su lado en el sofá—. Soy todo oídos.

Forzó una sonrisa. —Le conocí en casa de mis padres, era un invitado.

—Y os enamorasteis.

—Yo de él sí, pero él no. Es un libertino que solo quería bajarme los calzones.

Rosalba abrió los ojos como platos. —¿Y lo consiguió?

—Claro que no. —Soltó una risita tonta. —Pero hablamos mucho y el muy atrevido me robó un par de besos. —Perdió la sonrisa poco a poco. —Eso fue el día antes de casarme. Ni sabía que mi destino ya estaba decidido.

Rosalba la miró con pena. —¿Le amas?

—Vio cómo me casaba con un viejo y ni movió el gesto.

—No te he preguntado eso —susurró—. Se te ha empañado la mirada.

—El día de mi boda me rompió el corazón —dijo sinceramente—. Esperaba que mi amado Lord me liberara de ese compromiso y descubrí que sus pies eran de barro.

—Lo siento.

—Eso ya es pasado.

—No es pasado. Te sigue importando.

Suspiró levantándose y fue hasta la ventana para mirar al exterior. Parpadeó sin poder creérselo al ver que su lord pasaba ante su ventana. Parpadeó de nuevo estirando el cuello hasta que su frente pegó contra el cristal viendo que iba vestido de negro porque él también estaba de luto. ¡Estaba subiendo las escaleras! El sonido de la campanilla casi detiene su corazón. —¡Oh, Dios! ¡Es él!

—¿Quién? —preguntó Rosalba levantándose de un salto.

—El Vizconde.

Escuchó como Martin abría la puerta. —Rosalba no estoy. No estoy.

Martin apareció sobresaltándola. —El Vizconde de Burbidge.

—No está —dijo Rosalba antes de fruncir el ceño—. ¿Seguro que no estás?

—No, no estoy. —Muy nerviosa estiró el cuello hacia el hall. —¿Está ahí?

—Sí, milady. Usted está aquí y él está ahí.

—Muy gracioso, Martin.

—Marquesa ya sabe lo que opino de esto.

Levantó la barbilla. —Tienes razón.

—¿Estáis locos? Es el hombre que ama —dijo Rosalba—. Deben hablar.

—Ah, que le ama, milady...

—¡No! —Fulminó con la mirada a su amiga. —Gracias por la discreción.

Se sonrojó con fuerza. —Yo era por ayudar.

—¡Pues no me ayudas nada! A ti no te cuento nada más.

Dalia entró corriendo en el salón casi chocándose con Martin y dijo con los ojos como platos —¿Sabéis que nuestro galán está en el hall con el sombrero en la mano?

—¡Sí! —respondieron los tres a la vez.

—Milady, ¿pero no me había dicho que con usted pinchaba en hueso? —preguntó Martin sin entender nada.

—Y no pincha. ¡Ese no me toca un pelo!

—Pero le amas.

Dalia entrecerró los ojos mirando a sus compinches y Eathelyn le advirtió con la mirada que no lo sabían. Su mejor amiga chasqueó la lengua. —Es que es difícil no enamorarse de ese hombre. Es hermoso como un príncipe.

Rosalba suspiró. —Sí que lo es.

Martin fulminó a Rosalba con la mirada. —¿De veras?

—Y tiene una labia... No me extraña que las mujeres caigan como moscas.

—No caen como moscas —replicó Eathelyn molesta—. Yo no caí.

Dalia levantó una ceja y ella se sonrojó por su mentira.

—Pero no te faltaron ganas, reconócelo —dijo Rosalba—. Si se te ve en la cara que estás loquita por él.

—¡No estoy loquita por él!

—Milady, yo esto no lo veo —dijo Martin muy serio—. Tiene muy mala reputación.

—Déjate de historias, Martin —protestó Rosalba—. El amor lo puede todo.

—¿De veras?

Lo preguntó de una manera que Dalia y Eathelyn se quedaron de piedra. —Madre mía, estáis... —Señaló a uno y después a otro. —¡Estáis locos! —gritó cuando se sonrojaron.

—No hemos podido evitarlo. —Rosalba la miró arrepentida. —¿Crees que está mal?

Alguien carraspeó tras Martin y éste se volvió de golpe mostrando a su Vizconde que parecía de lo más divertido. —Preciosa, ¿crees que puedo unirme a la conversación?

—¡No! —respondieron todos a la vez.

—Muy bien. —Se cruzó de brazos, pero todos como tomates no dijeron una palabra más. —  
Creo que esta conversación se ha terminado, Eathelyn.

Gruñó yendo hasta el sofá y sentándose. —¿Qué haces aquí?

—Preciosa, te veo de lo más entusiasmada por verme.

Nadie se movió de su sitio mientras Orwell se sentaba en el sofá a su lado. Dalia carraspeó y cuando el Vizconde la miró inclinó la cabeza a un lado dos veces. Él gruñendo se alejó de ella un poco y Martin asintió.

—¿Podemos hablar a solas?

Su pregunta por un lado la excitó, pero por otro la aterrorizó. —¿Dalia?

—¿La eliges a ella? —preguntó Rosalba molesta.

—La conoce desde hace mucho más tiempo —replicó Martin—. Y ella si le ha dado un toque de atención mientras tú le mirabas embobada.

—¿Yo embobada? —preguntó saliendo del comedor con él—. Lo que pasa es que estás

celoso.

—¿Yo? Mujer...

—Aquí hay más tomate de lo que parece. Te lo digo yo. Un tomate bien gordo.

Dalia cerró la puerta y se quedó ante ella uniendo las manos como una niña buena. Eathelyn suspiró volviéndose para encontrar esos ojos grises que la torturaban día y noche. Se sonrojó ligeramente. —¿Querías algo? ¿Hay más apuestas?

—Nada interesante.

—Oh, y venías...

—Para verte.

Esa respuesta la dejó sin palabras. —¿Por qué?

—¿Para saber cómo estás?

—¿Y por qué quieres saberlo?

—¡Será porque cuando te lo pregunto por carta nunca me respondes!

—¡Cómo te dije no tengo nada que decirte!

Él miró sus labios y su estómago se encogió de anticipación. Dalia carraspeó y él gruñó dejando el sombrero a un lado. —Preciosa...

—Marquesa —rectificó Dalia.

Orwell la fulminó con la mirada y ella sonrió angelicalmente. —No hace falta que me lo recuerdes.

—Es que parece que se le olvida, Vizconde. Y mejor mantener las distancias, que luego hay confusiones.

Miró Eathelyn como si fuera la causante de todos sus males. —Veo que lo sabe.

—Como su madre. No tenemos secretos.

—¿Y saben quién es el padre de ese niño? Porque habría que ser muy listo para saberlo.

Se puso como un tomate y Dalia asustada dio un paso adelante. —Como te dije ayer no tienes derecho a preguntarlo.

—Sé que te dejé sola.

—Exacto. Yo no podría haberlo expresado mejor.

—¿Qué querías que hiciera? ¿Que siguiera siendo tu amante?

—Shusss. ¿Qué te ocurre? ¿Quieres hundirme? ¿Que acabe en prisión o que toda la buena sociedad me dé la espalda?

Los ojos de Orwell brillaron. —Parece que no dudas que sea mío, preciosa.

—No intentes liarme. Dudaría todo el mundo si se enteran de que compartí tu lecho. —Se miraron fijamente a los ojos. —¿Por qué te importa?

—Porque no puedo quitármelo de la cabeza. Dímelo.

—Si él estuviera vivo no estarías aquí.

Él apretó los labios antes de levantarse y se pasó la mano por la nuca. —No puedo responder a esa pregunta porque eso no ha pasado.

—Te fuiste antes de la cena del día de mi boda. No te importó dejarme atrás.

La miró impotente. —¡No podía hacer nada!

Esa frase le demostró que no merecía la pena. —Vete de mi casa.

—¿Qué querías que hiciera, Eathelyn?

—¡Pudiste hacer mil cosas! —gritó rota de dolor—. Pudiste llevarme de allí. ¡Sacarme de la casa de mi padre antes de que fuera tarde! ¡Pero decidiste mantenerte impasible mientras destrozaban mi vida! ¡No te importaba lo que me sucediera porque tú conocías a mi marido y su

reputación mucho mejor que yo!

—Eathelyn...

—¿Qué buscas aquí? ¿Es otra de esas apuestas? ¿Cuánto te has jugado ahora?

—No es eso. No quiero...

—Lo que tú quieras me trae sin cuidado. —Se levantó alejándose de él. —Dalia, el Vizconde se marcha.

Orwell se acercó a su espalda y la cogió por los hombros. —Preciosa, lo siento. No lo hice bien, pero si pudieras perdonarme...

Se volvió furiosa. —¿Perdonarte? Mírame. Tú me has convertido en esto. Tú tienes la culpa de que mi hijo lleve el nombre de otro hombre.

Él palideció dando un paso atrás. Dalia vio el dolor de ambos e impresionada se llevó la mano al cuello. Orwell apretó los puños y asintió. —No volveré a molestarte, pero si necesitas algo no dudes en avisarme.

Apretó los labios escuchando como se acercaba a la puerta. Se volvió para ver como la abría. —Orwell... —Él se detuvo mirándola sobre su hombro. —¿Si me ocurre algo serás su tutor? No conozco a nadie con título que pueda criar a un Marqués y si es niña tendrá una fortuna que administrar. ¿Serás capaz de hacerlo o busco a otra persona?

La miró fijamente antes de salir del salón y ella apretó los labios. —Está clara su respuesta. —Sonrió con tristeza y se pasó la mano por las mejillas para borrar sus lágrimas.

Dalia la abrazó y ella lloró sobre su hombro. Rosalba entró en el salón y apretó sus manos. —¿Llamo al médico?

—No, está bien. —La cogió por la cintura. —Pero ahora se va a acostar un rato.

—Sí, estoy cansada —dijo como si fuera una niña.

—Una buena siesta es lo que necesitas.

## Capítulo 8

El médico gritó pidiendo agua y Martin se acercó a la barandilla para ordenar que llevaran más. Andrew asustado estaba sentado en el último peldaño de la escalera. —No deberías estar aquí —dijo el mayordomo.

—¿Se va a morir?

—Ruego a Dios porque no.

Él apretó los labios y Martin se sentó a su lado. —¿Qué ocurre?

—No quiero ser Marqués. No quiero nada de él. Mi abuelo dice que es mi oportunidad de ocupar mi lugar, pero no quiero nada de él. Me da asco —dijo con desprecio.

Martin apretó los labios y acarició su hombro. —Te entiendo. Pero no debes pensar en eso. Debes pensar en lo que esas mujeres están haciendo para que tú tengas todo lo que puedas necesitar. Piensa que a tu madre no le faltará de nada nunca.

Le miró arrepentido. —Nunca ha sido más feliz. Pero esto no va a salir bien.

—¿Por qué lo dices?

—Porque me descubrirán mis amigos del colegio o alguien que me haya conocido. ¿De repente soy hijo de una mujer con otro nombre? ¿Una Lady nada menos y me apellido Flatley?

Martin apretó los labios. —Tu madre ya se ha encargado de eso con el director de tu colegio.

El Marqués no quería que dieras tu verdadero nombre para que nadie intentara secuestrarte. Era muy excéntrico. Y de eso nadie puede dudar. Todo está atado y no quiero que hables de esto nunca más. —Le miró fijamente. —Con nadie, ¿me has entendido?

—Pero...

—Hijo, una palabra mal dicha en un mal momento implicaría que todos terminemos en prisión. —Andrew palideció mirándole asustado con sus grandes ojos azules. Acarició su cabello rubio con cariño. —Solo buscamos un futuro mejor para todos. No debes ni pensar en ello.

La puerta se abrió de golpe y Rosalba pálida salió de la habitación con el mandil manchado de sangre. —Martin...

—Dios mío, ¿ha fallecido?

Sollozó acercándose. —El médico dice que viene de nalgas. Sangra mucho y ya está agotada. Pide que vayas a buscar al Vizconde para que le haga caso y el doctor Curtis la abra. Quiere que vayas tú. No envíes a nadie.

Él asintió antes de salir corriendo mientras gritaba que prepararan el coche. Rosalba miró a su hijo y forzó una sonrisa. —Todo irá bien.

Andrew levantó la barbilla. —Lo sé, madre. No te preocupes por nada.

Martin fue hasta la casa del Vizconde y tardaron varios minutos en abrirle. Al preguntar por él su mayordomo medio vestido le dijo que estaba en una fiesta. Que había enviado el cochero de regreso a su residencia después de quedarse en una casa en Kensington. Le pidió la dirección diciendo que era urgente y el mayordomo tuvo que ir a buscar al cochero.

El hombre le miró medio dormido. —Estaba borracho. Si es para una emergencia, milord no le servirá para mucho.

Esas palabras le preocuparon, pero aun así pidió la dirección. Este se la dio después de que su mayordomo asintiera dándole permiso y Martin corrió hasta su coche gritando —¡Al veintitrés en Lexham! —Esos minutos hasta llegar sintió que estaba haciendo el viaje en balde porque si estaba borracho no les serviría para nada y puede que complicara mucho las cosas. Llegó a la puerta roja donde se oían las risas y cuando un hombre enorme abrió no había que ser muy listo para saber que era una casa de mala reputación. —Es una emergencia. ¿El Vizconde de Burbidge está aquí?

El hombre asintió haciéndole un gesto con la cabeza para que pasara. Apretó los labios cuando dos mujeres en ropa interior pasaron ante él. No le extrañaba porque las fiestas de su anterior señor iban incluso más desnudas. Hizo una mueca cuando una prostituta en cueros bajó por la escalera riendo agarrada a un viejo que reía con un cigarro en la mano.

—Ven conmigo. —Le siguió hasta un salón lleno de hombres y mujeres. Había una timba, pero su Vizconde estaba en una esquina con una mujer sobre sus rodillas. Martin apretó los puños al ver que bebía de su copa de coñac totalmente borracho. Pero su señora era lo primero. Se acercó a la mesa y se puso ante él.

Orwell con una sonrisa bobalicona en la cara levantó la vista hasta él y perdió la sonrisa de golpe. —¿Qué haces aquí? —preguntó mostrando que no estaba tan borracho como parecía.

—Se muere. Quiere verle.

Orwell se levantó dejando caer la mujer que tenía sobre las rodillas y tiró la mesa a un lado de la rabia. Apretó las mandíbulas llevándose las manos a la cabeza impotente mientras las risas del local se disipaban. Después de unos segundos Orwell asintió bajando las manos. —Vamos.

Salieron de la casa tan aprisa que Martin casi tuvo que correr tras él. Le gritó al cochero que se apurara antes de subirse y Martin se sentó ante él. Le miró fijamente.

—¿Qué coño miras? —preguntó agresivo.

—Un hombre que acaba de darse cuenta de que ha perdido algo muy importante para él.

—¡Me di cuenta hace tiempo!

—No movió un dedo por ella. Se distrae con putas y alcohol cuando está pasando por todo sola.

—No me quiere en su vida. —Miró por la ventanilla. —Y no me extraña, soy escoria. — Sonrió con tristeza. —Estaba tan llena de vida. Inteligente y hermosa... Tan inocente. Vivía entre lobos y no fui capaz de ayudarla. ¿Qué clase de hombre soy?

Martin no pudo decir palabra y Orwell sonrió sin ganas antes de mirar hacia la ventanilla de nuevo. —Esta tarde estaba de parto. ¿Qué ha ocurrido?

El mayordomo se tensó. —¿Cómo sabe que estaba de parto?

—Porque el médico entró en la casa a las cinco de la tarde y la había visto dos días antes. Y no salió antes de que yo me fuera de casa. Así que creo que está de parto.

—La espía.

—Me preocupa.

—¡Ahora!

—¡Sí, ahora! ¿Qué le pasa?

—El bebé viene de nalgas. Pierde mucha sangre y el médico no quiere abrirla.

Orwell palideció. —¿Abrirla?

—He entendido que es para sacárselo.

—¡No va a hacer eso!

—Pueden morir los dos. Piénselo, Vizconde. Porque ella quiere su apoyo. Piense si va a ayudarla de una maldita vez o va a quedarse impasible como hasta ahora. Si elige la segunda opción, vale más que no salga de este carruaje porque sino me voy a cabrear. Y yo tengo muy buena puntería, no como esos estúpidos con los que se reta.

—Al parecer tú también me sigues, amigo.

—No hace falta, sus correrías son de dominio público.

Él se tensó. —¿Ella lo sabe?

—¿Lo de la amante francesa que le declaró su amor en ese teatro o lo de la duquesa que loca de amor quiso dejar a su marido? Se le rompía el corazón cada vez que leía una de esas noticias, pero aparentaba que no pasaba nada.

—No me quiere a su lado.

—Y tiene que castigarla.

—No entiendes nada —dijo con desprecio.

—Entiendo que le está demostrando como es en realidad para que confirme que no merece la pena estar a su lado. Eso es lo que entiendo.

Entrecerró los ojos. —Eres muy inteligente.

—Sí. Como sé que el hijo que espera es suyo. Aunque intenta ocultarlo, el día que fue a verla a su casa fue evidente para mí que ha sido su amante. —Al ver su cara de sorpresa sonrió. —¿No sabía que el bebé era suyo? Mi señor no podía tener relaciones desde hace años. Solo se casó con ella para aparentar que podía ser viril.

—Como digas algo que la dañe de alguna manera, te voy a matar con mis propias manos.

—Tranquilo, milord. He mantenido la boca cerrada desde el principio a pesar de las certezas. Es una mujer increíble y la admiro mucho más que usted.

—¿La amas?

—Soy mayordomo.

—¿La amas? ¡También eres un hombre! —gritó furioso.

—Amo a otra mujer y cuando emprendí este viaje sabía que jamás podría llamarla esposa.

Pero yo estoy ahí.

Orwell apretó los labios y en ese momento se detuvo el coche. Bajó de él rápidamente y Martin sonrió descendiendo tras él. Solo esperaba que tuvieran algo de suerte.

En cuanto un lacayo abrió la puerta, el Vizconde subió las escaleras corriendo y Andrew señaló una habitación. La abrió sin llamar y la imagen era tan dantesca que palideció de la impresión. Pálida gemía sin fuerzas con las piernas abiertas sobre la sangre que manchaba las sábanas, mientras el médico dándole la espalda gritaba que no se diera por vencida. Demasiada sangre para que alguien sobreviviera.

Nona al verle se levantó sin dejar de sujetar la mano de su protegida. —Milord...

El doctor miró sobre su hombro. —¿Qué hace este hombre aquí?

—¿Orwell?

Ignorando a todos se acercó a ella y cogió su mano. —Hola, preciosa.

Sonrió sin fuerzas sintiendo una felicidad inmensa. —Has venido.

—Te dije que cuando me necesitaras...

—Lo sé. —Una lágrima corrió por su mejilla. —Doctor Curtis, él es el tutor del bebé.

—No vas a necesitar tutor, Eathelyn. ¡Empuja! —ordenó el doctor impotente.

—No puedo más —dijo mirando sus ojos.

Orwell besó su mano desesperado. —Claro que sí, preciosa. Vas a empujar.

Negó con la cabeza antes de cerrar los ojos tensándose de dolor y él apretó su mano. Cuando el dolor cesó susurró —Dile que me abra. Por favor...

—No voy a hacer eso. —Eathelyn abrió los ojos. —Así que si quieres que viva tendrás que vivir tú.

—No puedes hacerme eso. —Angustiada negó con la cabeza. —Ahora no me falles.

—Puede que me odies el resto de tu vida, pero no voy a dejar que mueras. —Miró al doctor desesperado. —Puede hacerlo, ¿verdad?

—Tiene que empujar. ¡Consiga que empuje!

—No tengo fuerzas —sollozó agotada.

—¡Deja de decir eso! —le gritó a la cara. La decepción en sus ojos hizo que quisiera soltar su mano, pero no se lo permitió. —Piensa que va a crecer sin ti.

—¿Crees que no lo he pensado ya? Pero al menos vivirá.

Negó con la cabeza. —No te lo permitiré.

—Por favor...

Nona y Dalia sollozaron a su lado y ella las miró casi sin fuerzas para hablar. —No lloréis. Nona no llores, por favor. No quiero que nadie llore en el momento de su nacimiento. Quiero que su vida sea feliz. —Su cabeza cayó a un lado y Nona gritó de miedo.

—¡No, no! —gritó Orwell cogiéndola por la barbilla—. ¿Preciosa? Vamos preciosa, despierta.

El médico cogió un bisturí y sin perder el tiempo abrió su vientre ante ellos. Sacó al bebé y su llanto hizo que Nona y Dalia sollozaran. —¡No lloréis! —gritó Orwell—. ¿No la habéis oído?

—¡Cojan a la niña!

Nona sin poder dejar de llorar cogió al bebé en brazos y el médico siguió trabajando. Orwell sin soltar su mano puso el oído sobre sus labios y sintió su débil respiración, pero dio gracias a Dios porque aún estaba viva. Estaba allí. A su lado. Acarició su frente con la mano libre y apartó sus húmedos rizos rojizos. —Es una niña, preciosa. —Se acercó a su oído y susurró —Una niña. —Miró sobre su hombro y se echó a reír. —Cielo, es pelirroja. Pelirroja. Te aseguro que en las apuestas ninguno había dicho ese color de cabello. Acabas de provocar un problema. —Besó su mano. —Ya verás como te recuperas pronto. No me has dicho su nombre. Y quiero que se lo

pongas tú.

—Sí se lo había puesto, milord. —Se volvió hacia Nona que se acercaba con la niña. —Le presento a Lady Kimberley Orwell Flatley.

Se le cortó el aliento cogiéndola entre sus brazos. —Le ha puesto mi nombre.

—Milady dijo que ha sido la única persona que merecía ese puesto.

—Mi pequeña pelirroja es tan bonita que roba el aliento. —Sonrió a Nona reteniendo las lágrimas y esta se tapó la boca intentando sofocar un sollozo.

—Sí que lo es, milord.

Miró hacia Eathelyn y se la acercó. —Abre los ojos, preciosa. Mírala. —Al mirar su pálido rostro susurró —¿Eathelyn? Vamos preciosa, abre los ojos. —Nona cogió a la niña de sus brazos. —¿Eathelyn?

—No se esfuerce, milord. No le oye. —El médico apretó los labios incorporándose. —He hecho lo que he podido. He detenido la hemorragia y he cerrado la herida. Ahora está en manos de Dios.

Lo dijo de una manera que a todos se les pusieron los pelos de punta y las mujeres reprimieron sus lágrimas.

Orwell sin dejar de mirarla ordenó —Nona, encárguese de la niña.

—Sí, milord.

Dalia se puso a su lado dispuesta a recibir órdenes. —Cámbiale las sábanas. Yo te ayudaré. Quiero que esté cómoda.

La doncella asintió y sorbió por la nariz. Orwell miró al doctor que empezó a lavarse las manos. —Dígame que hay esperanzas.

—Como le he dicho está en manos de Dios. Debemos esperar. Si la infección no la mata

puede que lo haga la pérdida de sangre. Lo que sí es casi seguro si sobrevive, es que no podrá tener más hijos.

A Dalia se le cortó el aliento y miró a Orwell de reojo que tenía el rostro tallado en piedra, pero sin decir palabra volvió su rostro hacia Eathelyn y acarició su mano. —Te pondrás bien. Y cuando te repongas te llevaré a disfrutar del verdadero Londres. Casi no has salido de casa en meses. Tienes derecho a disfrutar un poco.

El médico sonrió. —Eso es, milord. Dígale todo lo bueno que le espera cuando vuelva. —Se volvió hacia Rosalba que en silencio les observaba con la boca abierta. —¿Me indica dónde comer algo?

Le miró como si se acabara de dar cuenta de su presencia allí. —Sí, por supuesto doctor. Venga conmigo.

Cuando los tres se quedaron solos su amiga la puso cómoda cambiándole las sábanas mientras él la sostenía en brazos con delicadeza antes de cambiarle el camisón con cuidado de no hacerle daño. Cuando estuvo lista se sentó a su lado. —¿Sabes, preciosa? Cuando te levantes de esta cama pienso hacer lo que sea para que aceptes ser mi esposa.

Dalia abrió los ojos como platos.

—Y lo conseguiré. Pienso utilizar todas las tretas conocidas y desconocidas para que me aceptes. Sé que seguramente nunca seré apropiado para ti. Que soy un golfo de la peor clase, pero lograré que me aceptes. —Orwell sonrió. —Y me sentiré muy orgulloso de ser tu marido. —Rio por lo bajo. —¿Te imaginas yo casado? Cuando se entere mi familia ni se lo creerá. Ya me daban por un caso perdido. —Sonrió con tristeza y le acarició la mejilla. —Ya tienes mejor color. En unos días te repondrás, ya verás.

Su amiga reprimiendo las lágrimas salió de la habitación porque rompía el corazón escucharle. Tenía la esperanza de que sobreviviera cuando era evidente para todos que no sería así. Rota de dolor por perder a su mejor amiga sollozó mirando la sangre de las sábanas y alguien

le quitó las sábanas de las manos antes de abrazarla por la cintura. Al ver a Andrew le pegó a ella. El niño también lloraba. Pasados unos minutos ella le cogió por la barbilla y se la levantó. —Eh...que los Marqueses no lloran.

—¿Ves? Ya no me gusta ser Marqués. ¿Y si me quedo como estaba?

Se echó a reír sin poder evitarlo y le dio un beso en la frente. —Desgraciadamente eso no puede ser. Tienes que protegernos a todos. Ese es tu deber. —Sonrió limpiando su mejilla al ver como se enderezaba. —Y además no hay nadie que se merezca más el puesto que tú. Es tuyo por nacimiento y estaré muy orgullosa de servirte porque has sido una alegría desde que has llegado a esta casa.

Tres días después Eathelyn todavía no se había despertado y todos en la casa vagaban esperando la triste noticia de su muerte. El médico ya no sabía qué hacer porque aunque había intentado bajarle la fiebre esta no remitía y Eathelyn se estaba consumiendo. Orwell no se separó ni un minuto de su lado. De vez en cuando le llevaba a la niña para que escuchara su llanto cuando pedía comer a ver si así reaccionaba, pero parecía que no servía de nada.

La noche del cuarto día él mojaba sus labios agrietados y sonrió. —Tienes los labios más bonitos que he visto nunca. Y los más sabrosos, ¿sabes?

—Y milord ha visto y catado muchos, Eathelyn —dijo Dalia divertida mientras ponía toallas limpias.

—Cierto, sé de lo que hablo.

—Es un experto. —Se acercó a coger su bandeja de la cena que casi no había tocado. Vio un movimiento a su derecha y miró hacia Eathelyn, pero estaba dormida. Frunciendo el ceño se inclinó hacia la cama. —¿Se ha movido? —El vaso se deslizó de la bandeja cayendo al suelo y

rompiéndose en mil pedazos. —Vaya, no se mueva milord. Ahora lo recojo.

Dejó la bandeja sobre la mesilla y al volverse vio que él ya se había agachado. —Tenga cuidado no se corte. —Se agachó y empezó a recoger los pedazos.

—¿Qué hacéis?

Ambos se miraron con los ojos como platos antes de levantar la cabeza con asombro. Eathelyn les miró con desconfianza. —¿Qué estabais haciendo? ¿Por qué tenéis esa cara?

Ambos levantaron la mano mostrando los cristales y ella sonrió más tranquila. —Tengo hambre. ¿Mi niña ya ha comido? —Miró a su alrededor como si cada movimiento le costara un triunfo. —¿Dónde está?

—¿Cómo sabes que es una niña? —preguntó él incorporándose.

—La he oído.

Dalia chilló de la felicidad antes de abrazar a su lord y este sin dejar de mirarla también sonrió. Eathelyn carraspeó. —Tengo sed.

—Oh sí, claro —dijo su amiga apartándose de él para correr a la puerta. Orwell divertido dejó los cristales sobre la bandeja mientras su amiga gritaba —¡Se ha despertado! ¡Mamá, tiene hambre!

Él se sentó a su lado. —Casi, preciosa.

—¿Casi qué?

—Casi perdí la esperanza.

Se miraron a los ojos y dejó que cogiera su mano. —Yo la había perdido.

—Lo sé, no vuelvas a hacerlo.

Incómoda intentó incorporarse y sintió un tirón en su vientre que la hizo perder el poco color que tenía en la cara. Él la ayudó a recostarse sobre las almohadas. —Me la ha sacado, ¿no?

—Estabas sin sentido. Os ha salvado a las dos.

Se abrió la puerta y Nona emocionada entró con un bultito en brazos. —Mi niña...

—Lo he conseguido, Nona.

—Sí. —Rodeó la cama por el otro lado y le mostró a la niña.

—Oh, es preciosa. —Sus ojos se llenaron de lágrimas alargando las manos.

Nona dudó. —No deberías. Si fueras la herida...

—Por favor...

—Nona, deja que la coja.

Nona miró a su lord de reajo antes de inclinarse para que la cogiera en brazos. Casi no tenía fuerzas y él sujetó sus brazos a su alrededor. —Qué bonita.

—Tanto como tú. —La besó en la sien.

Le miró de reajo. —No se parece a ti.

Orwell se echó a reír. —No, es igualita a ti. Pero es tan mía como tuya, aunque no lleve mi apellido —susurró en su oído cortándole el aliento.

Le miró a los ojos. —Te veo muy seguro.

—Sí, estoy seguro.

Se volvió hacia Nona. —¿Te has chivado?

—¿Yo? Válgame Dios, ni se me ocurriría.

—Pues alguien se ha chivado.

En ese momento entró Dalia con una jarra de agua y un vaso. Él se levantó de inmediato para llenar el vaso y acercárselo a sus labios. —Bebe, preciosa.

Ella lo hizo ansiosa y en su prisa le cayó algo de agua en el camisón. Asustada miró hacia

abajo por si había mojado a la niña, pero cuando se dio cuenta que no sonrió.

—Enseguida suben la comida.

—¿Te has chivado tú? —preguntó apartando la ropita de la niña para mirarle las manitas—. Oh, mira esto... —dijo fascinada con sus deditos.

—¿De qué habla?

—¿Te has chivado tú de que es hija suya?

—¿Yo? Antes me coso la boca.

Con desconfianza miraron al Vizconde. —No voy a delatar a mi confidente. Aunque ya me lo imaginaba.

Las tres chasquearon la lengua. —¿Dalia? ¿Quién crees que ha sido?

—Martin. No puede ser nadie más porque Rosalba se enteró el día del parto. Aunque se imaginaba cosas, ese día tuvo la certeza porque él llamó a la niña mi pequeña pelirroja. Eso me dijo intentando que se lo confirmara del todo. Yo voto por Martin. Ese es perro viejo. —Entrecerró los ojos. —Bueno, no es tan viejo, pero yo apuesto por él.

—¿Y cómo pudo enterarse, hija?

—Porque él convivió con el Marqués. Solo el servicio sabía cómo funcionaba su señor. Rosalba no tenía ni idea. Apuesto que Martin habló con el Vizconde en el carruaje antes de llegar. Pediría explicaciones porque es muy protector. Siempre he tenido la sensación de que sabía que el bebé no era del cabrón del Marqués.

—Hija, ¿cuántas veces tengo que decirte que cuides tu lenguaje?

Orwell se la quedó mirando. —Eres buena.

—Gracias. —Sonrió radiante. —Esto se me da bien. Tranquilas, Martin está tan metido en esto como nosotros y no dirá nada. Y Rosalba tampoco. Estoy segura.

—Sigue sin parecerse a ti.

Orwell rio y besó sus labios. —Es preciosa. Tanto como tú.

—No me beses —dijo entre dientes sonrojándose.

—Pienso hacerlo mucho.

—Claro que no, milord.

—Ya lo hablaremos.

—No hay nada que hablar.

Él la miró con desconfianza. —¿No creerás que ahora que has vuelto a la vida me vas a apartar de nuevo?

—¿No tienes cosas que hacer? —preguntó algo avergonzada.

—Sí, tengo que hacer. ¡Cuidar de mi mujer y mi hija!

—Shusss... —Asustada le miró a los ojos. —Orwell, ¿estás loco?

Él apretó los labios. —Nos casamos en cuanto te recuperes.

Jadeó del asombro. —Ah, no.

—¿Cómo que no? —Se levantó indignado.

—No me fío —dijo por lo bajo cubriéndole las manos a la niña.

—¿Que no qué?

—No me fío de ti. —Le miró a los ojos dejándole de piedra. —¿Crees que porque me pidas matrimonio te voy a decir que sí?

—Pues sí.

—¡Pues no! Soy una mujer independiente. No tengo por qué casarme.

—Me cago en... ¿Qué has dicho?

—Pues eso. Solo me casaré por amor. Eso si me caso, porque puedo tener amante... o amantes...

—¿Qué has dicho? —preguntó más alto.

—Nona, estoy cansada. ¿Y la comida?

La puerta se abrió en ese momento y Rosalba entró con una bandeja. Sonrió de oreja a oreja.  
—¡Por fin! Qué alegría verte, amiga.

Sonrió encantada. —Gracias. ¿Dónde está el Marqués?

Andrew sacó la cabeza tras su madre y sonrió. —Ven aquí, pillo. Ven a ver a tu prometida.

Orwell dejó caer la mandíbula del asombro mientras el niño pasaba ante él para acercarse a la cama. Besó a Eathelyn en la mejilla y miró a la niña. —Ya la conocía, Eathelyn.

—Oh, es cierto. ¿Y qué te parece?

—Bueno... Es bonita.

—¿La querrás?

—Siempre.

—¿La protegerás?

—Con mi vida.

—¿Serás un buen marido?

—El mejor.

—No puedo pedir más para mi niña.

—Lo sé.

Todos se echaron a reír menos Orwell que carraspeó. Las mujeres le miraron. —¿No tengo nada que decir? —preguntó entre dientes.

—No —respondieron todas a la vez como si fuera lo más obvio del mundo.

—Nona coge a la niña que tiene que comer —dijo Rosalba sentándose con la bandeja sobre los muslos—. ¿Sabes? Ya han venido los abogados.

—¿Ya está arreglado? —Miró a Orwell de reojo antes de abrir la boca para que le metiera la cuchara con la sopa.

—Sí, todo arreglado.

—Bien.

—Vamos a ver... —dijo Orwell sin poder dejar de mirar al niño—. ¿La has comprometido con él?

—Sí —respondieron todos a la vez como si fuera muy pesado.

—¿Por qué?

—Porque es dulce, buena persona, la cuidará siempre y jamás le fallará.

—¿Y cómo sabes todo eso? ¡Aún es un crío!

—Porque aunque es un niño, tiene más palabra en su dedo meñique que muchas personas que conozco —dijo agotada.

Él apretó los labios. —Entiendo. —Salió de la habitación dando un portazo y la niña se echó a llorar del susto.

—¡Orwell!

La puerta se abrió de golpe. —¡Yo nunca te prometí nada!

Ella agachó la mirada y apretó los labios antes de suspirar. —Dejadnos solos.

Todos preocupados salieron de la habitación y Rosalba dejó el tazón en manos de Orwell. Eathelyn le miró a los ojos con tristeza. —No todo fue culpa tuya, todo lo contrario. Llevo meses sabiendo que toda la culpa fue solo mía, pero no he tenido el valor de reconocérmelo a mí

misma.

Orwell la miró sin comprender. —¿Qué dices, preciosa? —Se acercó a ella y se sentó a su lado. —¿Tienes fiebre otra vez? —Preocupado le pasó la mano por la frente.

—Iba a tenderte una trampa. Iba a obligarte a un matrimonio que no querías cuando fui a tu habitación. Pero me falló el Pastor. Esa rata me traicionó y no se presentó. —Apoyó la cabeza en sus almohadas. —Me dejó plantada.

Orwell parpadeó sin salir de su asombro. —Ibas a hacerme una encerrona.

—Sí.

—Y te salió mal.

—Sí. —Se sonrojó. —Lo siento, yo tuve la culpa de todo.

Para su sorpresa Orwell sonrió y miró su tazón antes de coger la cuchara para acercarla a su boca. —¿Estás enfadado?

—No.

—¿Por qué? —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Yo te metí en este embrollo.

—Yo te dejé allí —dijo cortándole el aliento—. Y no tenía que haberlo hecho. Ahora come que no tienes fuerzas. —Comió en silencio y cuando terminó se miraron a los ojos. —Muy bien, preciosa. —Dejó el tazón sobre la mesilla y sonrió.

—Nunca podrás ponerle tu apellido.

—Tiene mi nombre y yo sé que es mía. Sí será mi hija, porque en cuanto te repongas nos casaremos. Crecerá a mi lado.

Mil cosas en su interior le impidieron darle la razón. Le gustaría amarle sin reparos y decir que sí, pero no podía. —Estoy cansada, quiero dormir.

Él apretó los labios. —Hablares cuando te encuentres mejor.

—Sí, cuando me encuentre mejor. Mucho mejor.

La arropó y se acercó a ella para susurrar —No voy a ceder. —La besó en la sien. —Dulces sueños, milady.

## Capítulo 9

Escuchó unos susurros que la despertaron y somnolienta abrió los ojos para ver a su doctor.  
—Me alegro de verle.

—Nos ha tenido muy preocupados, milady —dijo con una sonrisa—. Siento molestarla tan tarde, pero he tenido una urgencia y solo he podido acercarme a esta hora. —Dejó el maletín sobre la mesilla.

—No se disculpe. Espero que todo haya salido bien.

—Bastante bien. Dos niñas muy hermosas.

—Una bendición para sus padres.

—No sé qué decirle —dijo reteniendo la risa—. Sus padres ya tenían seis. El varón se les resiste. Dalia, ayúdame mientras me lavo las manos. Descubre la herida. Quiero revisarla.

—Enseguida, doctor Curtis. —Su amiga apartó las sábanas.

—¿Ya la ha visto, Marquesa?

Sonrió. —Es preciosa.

—Sí que lo es. Mi primera pelirroja.

Le miró asombrada y él se echó a reír. —Sí, con todos los que he traído al mundo es mi primera pelirroja. —Se secó las manos viendo la herida. —Esto está muy bien. —La palpó con

delicadeza. —Afortunadamente está muy bien.

—Gracias. —La miró a los ojos. —Me ha salvado la vida.

—Le aseguro que ha sido un auténtico placer. —Miró a Dalia interrogante y esta negó con la cabeza preocupada. Eathelyn se dio cuenta enseguida de que estaban ocultando algo. —Ya puedes cubrirla. No quiero que coja frío.

—No podré tener más hijos, ¿verdad?

El médico apretó los labios y cuando Dalia la cubrió se sentó a su lado. —Eso, como que usted esté aquí, está en manos de Dios.

Sonrió con tristeza. —¿No es estúpido? Debería dar las gracias por seguir con vida y ver crecer a mi niña.

—No es estúpido. Y en su estatus aún menos. He visto la desesperación de una mujer hace tan solo una hora porque tenía a su séptima hija. Aunque su padre y ella estaban encantados porque las amarán con locura, sé que buscaban un varón con desesperación y ella ya está agotada de tanto parto. Sé que si se casa de nuevo y con un hombre sin hijos además, la presionará para tener un heredero.

—Usted no me lo aconseja.

—No soy Dios. Eso no está en mi mano. He escuchado de mujeres que han podido, pero desafortunadamente muchas no después de un caso como el suyo. Esa duda es lo peor, milady.

Ella agachó los párpados sabiendo que eso la incapacitaba del todo para ser la esposa de Orwell que en el futuro necesitaba un heredero. Ya le había quitado una hija, no podía permitir que arruinara la vida a su lado. Él suspiró. —Veo que el Vizconde no está.

—Se ha ido a descansar, doctor —dijo Dalia preocupada—. Llevaba días sin ir a su casa.

La miró sorprendida. —¿De veras?

—El Vizconde no se ha separado de su lado. —El médico sonrió. —No le conocía en

persona. Me ha sorprendido para bien.

Eathelyn sonrió con tristeza. —Desafortunadamente como ha dicho en la clase alta se necesitan varones y el Vizconde necesitará un heredero.

Dalia separó los labios impresionada. —Milady, le ha pedido matrimonio sabiendo esto.

—No se precipite, Marquesa. Veremos lo que ocurre más adelante. Cómo es su periodo, si tiene dolores, malestar... Debemos esperar.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Es lo mismo. —Apartó la mirada y se giró dando la espalda al doctor para que no viera sus lágrimas. —Estoy cansada, ¿puedo dormir?

—Por supuesto que sí, milady —dijo el doctor apenado. Se levantó y cogió su maletín—. No hace falta que me acompañes, Dalia. Sé el camino.

—Gracias, doctor.

En cuanto el hombre salió, su amiga se sentó a su lado. —Ve a dormir.

—Ni hablar. Tu Vizconde no permitía que me quedara porque lo hacía él, pero ahora que no está no hay nadie que me impida quedarme a tu lado. —Cogió su mano. —No tienes que hacerte esto. Él quiere...

—Lo que él quiera es irrelevante. Todo ha sido culpa mía. No voy a destrozarle la vida porque ahora tenga remordimientos por una decisión. Yo tomé las mías, puedo asumirlas.

—Tú solo querías...

—Quería salirme con la mía y atrapar a un hombre que no quería ser atrapado. Le eché la culpa de dejarme allí cuando no tenía culpa de nada. No me amaba, yo le tenté sabiendo que no me rechazaría. Fui muy injusta con él. Estos meses me han hecho darme cuenta de que era una niña caprichosa.

—Gracias a eso tienes a tu preciosa hija.

—Y la situación que disfruto, no lo olvides —dijo cínica.

—Tú nunca buscaste eso.

—Pero me vino muy bien para no quedarme en la calle. Critico su honor cuando yo no he tenido ninguno para robarle a su hija y hacerla pasar por hija de otro hombre. —Una lágrima cayó por su sien. —Y no me lo echa en cara.

—Te entiende. Entiende que no tuviste otra salida.

Miró al vacío. —Tenía que haberme escapado.

Dalia acarició su cabello. —¿Y a dónde hubieras ido?

Cerró los ojos. —¿Recuerdas cuando éramos niñas y soñábamos con nuestra vida en Londres?

—Sí, te asistiría para los lujosos bailes y te casarías con un duque. Y yo con un mayordomo bien hermoso. —Hizo una mueca. —Se lo ha quedado Rosalba.

Rio sin poder evitarlo. —Hay que ser pillina.

—Se aman.

—Sí. —Apretó la mano de su amiga. —Nada ha salido como queríamos, ¿verdad?

—No. Pero seguimos juntas. Mamá dice que hemos tenido mucha suerte. Puede que las cosas no siempre salgan como una quiere, como ha soñado de niña, pero puedes ser feliz.

La miró a los ojos. —Yo solo quería alguien que me amara.

Dalia apretó los labios reprimiendo las lágrimas. —Nosotras te amamos y el Vizconde también.

Sonrió con tristeza. —No, Dalia. Jamás me amó y no pienso dejar que en el futuro me ame porque ahora tenga remordimientos y quiera casarse. Remordimientos que también en parte son culpa mía por echarle en cara cómo debía comportarse.

—Estabas dolida. Sentiste que te rechazaba y más después de lo que sucedió con tus padres. Esos cabrones provocaron todo esto. No tienes que seguir sufriendo por su causa. Tienes la oportunidad de ser feliz.

—Mi deber es proteger a mi hija y protegerle a él, como ha intentado hacer conmigo cuando le he necesitado. Y si le tengo que proteger de una mala decisión, lo haré. No voy a casarme con él, Dalia. Y no pienso cambiar de opinión.

Su amiga suspiró. —Pues no sabes cómo lo siento, amiga. Porque yo te quiero a ti y también te protegeré de una mala decisión. Y esta es una decisión pésima. —Soltó su mano sorprendiéndola y se levantó. —Así que no pienso apoyarte en esto. Sé que le amas y estás boicoteando ser feliz para que no te defraude más adelante como ya hizo en el pasado.

—¡Me harás caso! —Le hizo una pedorreta dejándola de piedra. —¡Dalia!

Se sentó en una silla y cogió el libro que estaba sobre la mesilla. —¿Por qué no te duermes?

—¡Dalia, hablo en serio! ¡Me harás caso!

Chasqueó la lengua volviendo la hoja. —Como no te duermas, pienso hacer que avisen al Vizconde. Ya verás cómo está aquí enseguida. Entonces podrás decirle todo eso de que quieres protegerle y todas esas tonterías.

—¡No son tonterías! ¡Debe tener un hijo y yo no podré dárselo! —Se sentó con esfuerzo. —Me harás caso.

—¡No te muevas! ¿Estás loca?

—Dime que me harás caso. —Dalia apretó los labios porque parecía desesperada. Se levantó y fue hasta la puerta mientras Eathelyn la observaba atónita. —¿Dalia?

Dalia salió de la habitación y ella gimió dejándose caer sobre las almohadas. Gimió de nuevo de dolor llevándose la mano al vientre mientras las lágrimas de la impotencia corrían por sus mejillas. Debían apoyarla, debían ayudarla. Sollozó girándose.

Nona vestida con una bata entró en la habitación. —Niña, ¿qué ocurre?

Sorprendida miró sobre su hombro y vio a Dalia entrar tras ella. —¡Me harás caso!

—¡Y una mierda!

—¡Dalia! —Nona no salía de su asombro.

—¡Va a rechazarle, madre! ¡No puedo consentirlo! ¡Va a rendirse! ¡Ha luchado contra todos esos cabrones y hemos llegado hasta aquí y ahora va a rendirse cuando tiene la felicidad al alcance de la mano! ¡Porque le amas! ¡Sé que le amas por mucho que lo niegues! ¡No has podido olvidarle!

—Eso no significa nada.

—¡Es lo único que importa, Eathelyn! Lo único que queríamos cuando éramos niñas era un hombre que nos amara ya fuera príncipe o duque y tú tienes la posibilidad de vivir con el hombre que amas. ¿Quién te dice que no morirás mañana como pudo ocurrir hace unos días? ¿Quién te dice que no morirá él? ¡Lo único importante es que vivas el tiempo que estés aquí siendo feliz y tu obligación es hacer lo que sea para conseguirlo!

—Su deber...

—Su deber es cuidar de ti y de su hija. Ese es su único y auténtico deber. ¡De lo que está aquí, no de un heredero que pueda llegar o no en el futuro! ¡Y él se ha dado cuenta! ¡Solo le rechazas por miedo! ¡Te comportas como una cobarde creyendo que va a hacerte daño de nuevo!

La miró con rabia mientras las lágrimas corrían por sus mejillas. —Sal de mi habitación.

Dalia palideció. —Eathelyn...

—¡Ahora! —ordenó con firmeza.

Su amiga dio un paso atrás dolida y Nona angustiada dijo —Hija sal de la habitación.

—Jamás me has tratado como una sirvienta —dijo pálida—. Hasta este momento. Y eso no

te lo perdonaré nunca.

Sintiendo que su corazón se rompía vio como su amiga salía de la habitación furiosa. Nona se volvió hacia ella angustiada. —¿Qué os estáis haciendo?

Eathelyn se echó a llorar desgarrada y se tapó el rostro sin querer escuchar a nadie más.

—Marquesa, es su turno —dijo Lord Harrison mirándola como si quisiera devorarla.

Divertida tiró cien libras al centro de la mesa mientras los que la rodeaban asentían impresionados antes de que murmurara —Este juego es de lo más divertido.

—Pues yo no me divierto tanto —dijo Lord Eason haciendo reír a los que estaban en la mesa.

—Puede retirarse cuando quiera. —Dejó las cartas sobre la mesa. —Póker de reinas. —Rio divertida mientras sus contrincantes tiraban las cartas.

—No solo hermosa sino con suerte —dijo Lord Harrison intentando halagarla.

Forzó una sonrisa recogiendo las ganancias. —Gracias, Conde. —Se levantó dejándoles con la boca abierta. —Es hora de retirarse.

—¿Cómo retirarse? —preguntó Lord Eason atónito—. ¡Quiero recuperarme!

—Amigo, como continúe en esta mesa dejará en ella hasta los calzones. —Sus compañeros se partían de la risa. —Encima que me apiado. —Suspiró como si el hombre fuera un desastre. —Seguro que su esposa me lo agradece. —La mujer que estaba tras él asintió con vehemencia. —¿Ve? —Sonrió radiante. —Buenas noches.

—Buenas noches, milady.

Al volverse se tensó al ver a Orwell observándola desde la chimenea con una copa en la mano y estaba furioso. Ella sintiendo un nudo en la garganta quiso huir hacia la puerta, pero le

cortó el paso. —En la terraza, ahora.

—No...

—Si no quieres un escándalo, te aconsejo que vayas a la terraza ahora mismo —dijo helándole la sangre.

Apretó los labios y caminó ante él yendo hacia el salón de baile. Temiendo que escapara como en las últimas dos ocasiones, la cogió del brazo con fuerza y tiró de ella hacia la terraza. Eathelyn reprimió un gesto de dolor caminando a su lado porque no tenía más remedio. Sonrió a varias conocidas de la que pasaba. —Al parecer has sabido hacerte un hueco en sociedad, preciosa.

—Nada como un par de donaciones para que se abran ciertas puertas de par en par —dijo cínica—. Mi hija va a tener lo mejor.

—Nuestra hija —dijo entre dientes haciéndola palidecer. Salieron a la terraza y él la obligó a bajar los escalones para alejarse de la casa.

—Orwell, nos van a ver.

—¡Me importa un bledo! —exclamó furioso volviéndola de golpe—. ¿Qué te propones?

—Vivir mi vida.

—¿Dejándome a un lado?

—Puedes ver a la niña cuando quieras, eso no te lo he quitado.

—Impides que entre en la casa. Tengo que verla en una casa de alquiler como si cometiera un delito.

—Si vas mucho a la casa se enterarán. —Levantó la barbilla. —Me pareció lo mejor.

—Lo mejor. Lo mejor es que nos casáramos y de repente me encuentro con que Martin me impide la entrada y no puedo verte. Y para no montar un escándalo ante tu casa, tengo que

seguirte por la ciudad como si fuera un cualquiera. ¡En tres meses no te has dignado a dirigirme la palabra! ¿Qué he hecho para que me trates así, preciosa? —Intentó tocarla, pero ella dio un paso atrás. Orwell apretó los labios. —Así que quieres seguir con esta actitud.

—No te quiero cerca. No me fío de ti —dijo mientras su interior se retorció de dolor porque parecía realmente afectado.

—Sé que no hice las cosas bien y tú tampoco, como reconociste. Podemos arreglarlo.

—No, no podemos. Además, jamás volveré a parir y eso ya no tiene arreglo. —A Orwell se le cortó el aliento. —Así que aléjate de mí y disfruta del tiempo que puedas pasar con la niña. ¿Te ha quedado claro?

—No me importa que no puedas tener más hijos. Sabía que eso podía pasar y te pedí matrimonio.

Sonrió irónica. —¿No te importa? ¿Criarás a la hija de otro hombre y te quedarás sin descendencia por ese remordimiento absurdo que sientes en este momento? Orwell sigue con tu vida —Dio un paso hacia la casa pasando a su lado, pero él la agarró por el brazo deteniéndola.

—Escúchame bien... —siseó—. Como no cambies de opinión, van a temblar los cimientos de esta ciudad. —A Eathelyn se le cortó el aliento por la amenaza y giró la cabeza para mirarle a los ojos. Orwell sonrió. —¿Crees que voy a vivir separado de ella? No, preciosa. Estás muy equivocada. Os quiero a las dos en mi casa y como no des tu brazo a torcer, pienso arrasarlo con todo. Iré a la Reina a reclamar su paternidad y contaré la verdad. —Palideció intentando soltarse. —No me provoques, preciosa. Llevo unas semanas realmente horribles. Mañana me presentaré en tu casa con el Pastor. Espero que estés dispuesta a decir que sí.

El corazón de Eathelyn tembló en su pecho. —¿Por qué te empeñas?

—Porque me importas.

—¡Ahora!

—¡Sí, ahora! ¡Vamos a hacer las cosas bien de una maldita vez! —le gritó a la cara. Él miró sus labios y se le retorció el corazón por el deseo en su mirada—. Estás tan hermosa...

—No voy a casarme contigo. —Soltó su brazo con fuerza. —Tú solo quieres que sea tu amante y después seguirás llevando tu disoluta vida. Y mi hija no va a crecer como yo.

Sonrió como si lo que hubiera dicho fuera un disparate. —¿Por qué piensas que voy a seguir con esa vida, preciosa?

—Será por la zorra con la que te acostaste ayer mismo —dijo con rabia.

Orwell perdió parte del color de la cara. —¿Qué has dicho?

Sonrió con burla. —¿Creías que no me enteraría acostándote con una de las damas de la Reina? Al parecer gozaste muchísimo o eso me comentó ella misma esta mañana en la modista. Lady Crewes no es precisamente discreta, se enteró todo el mundo. —Orwell palideció y le miró con desprecio. —¿Ahora entiendes mis palabras cuando te dije que no me fiaba de ti? No eras de fiar hace un año y sigues igual. —Le miró amenazante. —Di algo por ahí de mi hija o de mí y me aseguraré de destrozarte la vida. Conmigo no vas a jugar. ¿Crees que la Reina va a creerte? Solo quedarás en ridículo. Nadie puede decir que ha compartido mi cama. Diré que estás despechado porque te he rechazado muchas veces. La ley me ampara y como se te ocurra hacerle daño a mi niña, te juro que lo vas a pagar. —Se echó a reír viendo su rostro tallado en piedra. —Debes creerme estúpida para no enterarme de tus correrías. Sería imposible no hacerlo incluso viviendo en una cueva.

—No lo entiendes. Estaba borracho y no p...

Le escupió a la cara y dijo con rabia —Me das asco. Durante días sentí remordimientos por mi decisión. De separarte de la niña. De no darnos una oportunidad. De no poder darte hijos. Y tú te acuestas con esa zorra y sabe Dios con cuantas más mientras la mujer que tú decías que querías por esposa estaba tirada en una cama. Pues sigue disfrutando, pero a mí déjame en paz. —Se agarró las faldas yendo furiosa hacia la casa mientras él se pasaba un pañuelo por el rostro

sin dejar de observarla antes de jurar por lo bajo.

Eathelyn entró en casa y suspiró al escuchar hablar a alguien en el salón. Miró a Martin levantando una ceja. —La están esperando, milady.

Se acercó al salón con él detrás y en cuanto entró su mayordomo cerró la puerta. Rosalba, Nona y Dalia que no le hablaba desde hacía semanas estaban allí.

—¿Y bien? ¿Qué ocurre? —Dejó el bolsito sobre una de las mesillas y esperó mirándolas una por una.

Rosalba forzó una sonrisa mientras Nona de pie ante ella se apretaba las manos. —Niña, siéntate.

—No me apetece sentarme, gracias. —Se pasó la mano por la frente. —No he tenido muy buena noche, así que os agradecería brevedad. Me duele la cabeza.

—Llevamos días queriendo hablar contigo, pero últimamente no pasas mucho tiempo en casa y cuando estás aquí estás con la niña —dijo Rosalba.

Tensó la espalda. —Soy Marquesa. Se supone que tengo que relacionarme, ¿no? Además estoy divirtiéndome un poco. Tú no quisiste salir después del primer baile. ¿Es malo que me divierta?

Nona sonrió. —No, cielo. No es malo que te diviertas un poco. Pero es que estamos preocupados por ti.

—Pues no entiendo por qué. Estoy haciendo amistades.

Rosalba apretó los labios. —He visto lo que buscan de ti y no me gusta. Los hombres solo quieren llevarte al lecho y esas cotillas conocer mejor tu historia. Temo que acabes volviéndote como ellos y tú no eres así.

—No todos son así. Esta noche he conocido a la Baronesa de Coldwater y es una mujer encantadora. Y me ha presentado a sus amigas que también han sido muy agradables. —Frunció el entrecejo. —¿Qué está pasando aquí?

—Te estás separando de nosotros y nos preocupa —dijo Martin tras ella.

Le miró sobre su hombro sorprendida. —¿Será porque en esta casa no se me habla!

—No es así, Eathelyn —dijo Nona angustiada.

—¿No? Pues yo creo que es así. ¡Desde que he alejado a Orwell de mi vida parezco una apestada en mi propia casa! ¡Dalia os ha puesto a todos en mi contra! —Miró dolida a la que había sido su amiga del alma. —¡Es mi vida! ¡No tienes derecho a decirme cómo debo vivirla! ¡Incluso le dices a Orwell donde voy si te enteras! ¡Y esta noche he vuelto a comprobarlo! ¡Así que no me lo niegues!

Dalia levantó la barbilla. —No pienso negarlo. Estás cometiendo un error, ese hombre te ama.

Se echó a reír sorprendiéndoles sin darse cuenta de que sus preciosos ojos azules estaban llenos de lágrimas. —Me ama. Pobrecito...

—Tú no eras consciente pero cuando tuviste a la niña...

—¡Fingió! —exclamó mirando a Nona—. ¿Queréis saber cuánto me ama? Me ama tanto que ha tenido amantes desde que nació la niña. Muchas amantes. ¡Eso por no contar las de antes!

Nona jadeó tapándose la boca, pero Dalia entrecerró los ojos como si no se lo creyera. —¿No me crees? Una dama de la Reina ayer, una viuda que es la amante de uno de sus amigos de correrías, una Condesa rusa... Hay de todo.

—Pero eso no puede ser —dijo Rosalba impresionada—. Parecía tan enamorado...

—¡Quiere a la niña! —gritó perdiendo los nervios—. Y hoy mismo me lo ha confirmado amenazándome con revelar mi secreto como mañana no me case con él.

Dalia palideció. —No puede ser. No puede habernos engañado tanto.

—¡Despierta Dalia! ¡Nunca me quiso! ¡Dejó que me casara con un viejo repulsivo después de una noche juntos! ¡Lo observó todo y después de hacerme el amor de nuevo con mi marido a unos metros, se fue para no volver a verme jamás! Pero todo le estalló en la cara. Estaba embarazada. Y cuando nació todo cambió para él. Todos me lo decís. Sintió amor a primera vista. ¡Por eso su empeño en casarnos, pero os aseguro que él quiere seguir manteniendo su vida! ¡Y no pienso vivir con un hombre como mi padre! —Cogió los bajos de su vestido. —¡Me importa poco lo que penséis! —Se volvió y apartó a Martin para salir del salón cerrando de un portazo.

Los cuatro se miraron pálidos. —Dios mío, es increíble—dijo Dalia impresionada.

—¿No te lo crees? —preguntó Rosalba—. Últimamente está muy rara.

—No, por supuesto que la creo —dijo sentándose aún en shock—. Siempre es sincera.

—Mi niña nunca nos ha mentado. Si nos ha dicho eso es porque se ha enterado de alguna manera.

—Si es así no será difícil averiguarlo —dijo Martin muy tenso—. Sobre todo lo de la dama de la Reina.

—Dios mío —Dalia miró a su madre angustiada—. Nos ha engañado a todas. Le he llevado la niña cada día y parecía desesperado por la situación como si deseara muchísimo que fuera su esposa.

—¡Quería sonsacarte! —le gritó Nona—. ¡Te has puesto en contra de ella cuando debías estar de su lado!

Agachó la mirada avergonzada. —Creía que se rendía por no poder tener más hijos. Jamás me imaginé que ese cabrón solo quisiera casarse por la niña.

—No discutáis. Tenemos un problema mucho mayor entre manos. —Todas miraron a

Martin. —Ha amenazado con contar el origen de la niña y eso no podemos consentirlo. No voy a dejar que les pase nada a Rosalba ni al niño y si la descubren a ella no tardarán en descubrirnos a nosotros. —Rosalba emocionada alargó la mano y este se la cogió. —Debo protegerles.

—Dios mío, esto no está pasando —dijo Nona angustiada sentándose en el sofá. —. ¿Qué vamos a hacer?

Dalia se levantó y corrió fuera del salón dejándoles con la palabra en la boca. —¿A dónde va?

Martin salió para ver como subía las escaleras de dos en dos. Dalia se acercó a la puerta de Eathelyn y entró sin llamar para no encontrarla. Se volvió y escuchó un llanto que provenía de la habitación de la niña que estaba justo al lado. Se acercó lentamente y pudo ver a través de la puerta entreabierta como su amiga del alma sentada en la mecedora lloraba con su niña en brazos. Dalia se emocionó al ver como apartaba uno de sus ricitos pelirrojos de la frente intentando reprimir sus lágrimas. —Hoy he visto a papá. Y ha preguntado por ti. Te quiere mucho, ¿sabes? Mañana Dalia te llevará para que le veas de nuevo. —Rio sin dejar de llorar. — Seguro que te llevará otro juguete que no usarás en cinco años por lo menos.

Dalia abrió la puerta lentamente y Eathelyn la miró. Se levantó con cuidado y tumbó al bebé en su enorme cuna antes de colocar el dosel. Se volvió de espaldas a ella para secarse las lágrimas.

—Lo siento —susurró Dalia sintiéndose muy culpable porque estaba sufriendo y no había estado a su lado. Eathelyn asintió rodeando la cuna por el otro lado y yendo hacia la puerta. Dalia apretó los labios consciente de la grieta que se había abierto entre ellas. Salió del cuarto de la niña tras ella y susurró —¿Qué le dijiste?

—¿Qué? —Se volvió con su mano ya en el pomo de la puerta.

—Cuando te amenazó, ¿qué le dijiste?

—Le dije que como se le ocurriera hacer daño a la niña o a mí le iba a destrozar. Que nadie le

creería. Que diría que le había rechazado muchas veces.

Dalia asintió. —¿Crees que hará algo?

—Creía que no sabía que se acostaba con otras. Así que no. No creo que haga nada ahora. De todas maneras, a partir de mañana quiero que te lleves a Martin a la casa.

—No te fías de él.

—¿Eso no ha quedado claro ya?

—Eathelyn yo...

—Estoy cansada.

—¿Te ayudo a cambiarte?

—No. —Dalia apretó los labios viéndola abrir la puerta. —Envíame a otra doncella.

Cuando cerró Dalia agachó la mirada decepcionada, pero no podía culparla por estar dolida. Al levantar la vista para ir hacia la escalera se encontró con su madre que sonrió con ternura. —Vete a la cama, cielo. Yo me encargo.

—Sí, madre.

Nona la cogió por el brazo deteniéndola. —Está triste, decepcionada y dolida. Se le pasará porque sois almas gemelas.

—No, madre. Estás equivocada. Esto no me lo perdonará nunca.

—Eso mismo dijiste tú aquella noche, ¿recuerdas?

—Y ahí rompí nuestra amistad.

Nona observó como su hija triste se alejaba hasta la escalera de servicio y suspirando entró en la habitación para encontrarse a Eathelyn sentada en la cama mirando al vacío. Cuando se dio cuenta de su presencia dijo sorprendida —Oh, estás aquí. —Se levantó volviéndose para que le desabrochara el vestido de baile.

—¿Has bailado mucho?

—No, con nadie —respondió tensa.

Nona apretó los labios porque ahora no confiaba en nadie ni siquiera para un baile. —¿Lo has pasado bien?

—En realidad los bailes son muy aburridos. Solo voy por mi hija. Necesito amistades influyentes y ahora todavía más. —Se desató ella misma los faldones y los dejó caer sobre el vestido antes de salir de él dando un paso a un lado. —Puedes irte, estarás cansada.

—¿No quieres que hablemos?

La miró de reojo y negó con la cabeza antes de empezar a desabrochar el corsé que llevaba, que afortunadamente se abrochaba por delante.

—¿No vas a decirme cómo te sientes? Siempre me lo cuentas todo —dijo con pena.

La miró intentando reprimir las lágrimas. —¿Cómo me siento? Como si lo hubiera perdido todo. Así me siento. Durante días en esa cama Dalia ni se acercó para que pudiera hablar con ella y tú solo me hablabas con monosílabos como si fuera una desconocida.

Nona arrepentida apretó el vestido contra su pecho. —Lo siento mucho.

—¡Me sentí culpable y sola! ¡Y cuando al fin me repongo, cuando al fin consigo salir de la casa para intentar escapar de este ambiente que me asfixia, descubro que el hombre que he rechazado, que es el padre de mi hija, resulta que comparte lecho con otras mujeres! ¿Y sabes lo peor? Que ahí me di cuenta realmente de que le amo. Que a pesar de las decepciones, a pesar de saber cómo era, consiguió de alguna manera que le amara. ¿Cómo me siento? ¡Cómo una estúpida! ¡Así me siento! Incluso esta noche cuando me tocó, deseé irme con él. Decirle que le aceptaba a pesar de saber que es igual que mi padre. —Se echó a reír mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas. —Mi padre... Esa palabra le queda muy grande a la persona que me acogió en su casa. —Se quedó con la mirada perdida. —A veces creo que me voy a volver loca

de tanto dar vueltas a la vida que he tenido.

Nona tiró el vestido a un lado y la abrazó. —No te vas a volver loca. Yo no lo consentiría. —  
La cogió por los hombros y la apartó. —Vámonos.

—¿Qué dices?

Se alejó dos pasos para meter la mano en el bolsillo del mandil y sacó una hoja que desdobló.  
—Tenemos el dinero y a la niña. Podemos irnos. —Le mostró un panfleto de la compañía  
Sherman anunciando pasajes a América. —Una doncella que conocí trabaja para ellos. Me la  
encontré haciendo un recado para ti y charlamos. Me ha dicho que hay billetes cada tres días y  
me ha dado esto.

Cogió el panfleto leyéndolo por encima. —¿Estás loca? ¿Cómo nos vamos a ir?

—¿Qué nos retiene? En Boston también hay alta sociedad, me he enterado. La niña podrá  
codearse con gente de alcurnia. Y es un nuevo mundo. Una aventura para dejar el pasado atrás,  
para olvidarnos de todo.

Los ojos de Eathelyn brillaron. —Una nueva vida.

—Exacto. Allí no tendremos que fingir. No son tan encorsetados como aquí. Me lo ha dicho  
la doncella. Podemos empezar de nuevo dejando atrás a tus padres, al Marqués y a Orwell. Solas  
las cuatro.

—¿Y Rosalba? ¿Y Andrew?

—Eso depende de ellos. Si quieren continuar con esta vida están en su derecho.

—Sí, se lo han ganado. ¿Y dices que hay barcos cada poco?

Varios golpes en la puerta principal las tensaron y más aún al escuchar como volvían a  
golpear con fuerza. —La policía —susurró su amiga muerta de miedo.

—¿La policía? —Se acercó a la ventana para apartar las cortinas, pero no veía a nadie así que  
abrió la ventana para sacar la cabeza, pero Martin ya había abierto. Al escuchar los gritos metió

la cabeza dándose un buen golpe en la coronilla para ver a Nona con los ojos como platos.

—Es el Vizconde.

—¡Aparta! —gritó Orwell.

Sin aliento vio como se abría la puerta de golpe. —¡Cómo se atreve! —Nona indignada se acercó a él. —¡Salga de aquí!

—¡Fuera! —ordenó él dejándoles de piedra.

—¿Quién te crees que eres? ¡Fuera de mi casa!

—Milord... —Martin no sabía qué hacer. —Por favor, salga de la alcoba de milady.

Orwell cogió del brazo a Nona y la forzó a salir de la habitación. Jadeó furiosa al ver como les cerraba la puerta con fuerza casi en la cara. —¡Cómo no te vayas llamo a la policía!

Él se pasó la mano por su cabello negro. —Sé que...

—¡Tú no sabes nada! ¡Fuera de mi vida!

Pareció sorprendido por esas palabras. —Tenemos una hija y...

—¡Tú no eres su padre! —gritó haciéndole palidecer.

—¿Qué estás diciendo?

Algo se removió en su interior, pero se dijo que tenía una salida. Levantó la barbilla fríamente. —No es hija tuya. —Sonrió con cinismo. —¿Qué querías que hiciera? Me encontraba en una situación muy difícil. Tenía que convencerte de que era tuya y tuve mucha ayuda. Y al ponerle tu nombre te convenciste.

—¡Mientes! —Con rabia se acercó y la cogió por el brazo pegándola a él. —¡Me estás mintiendo para que desaparezca de tu vida!

Viendo la decepción en sus ojos grises su corazón lloró, pero aun así dijo sabiendo que era lo mejor para todos —No miento. El viejo no fue capaz de preñarme y tenía que asegurar el

embarazo para no quedarme en la calle. Para eso sirven los lacayos, querido. Son muy útiles en estos casos.

—¡Serás zorra! —gritó furibundo antes de pegarle un bofetón que la tiró al suelo. Medio atontada por el golpe se apoyó en su antebrazo antes de levantar la vista hacia él mientras la sangre corría por la comisura de su boca y Orwell apretó los puños—. Confié en ti. ¡Te creí! — La señaló con el dedo. —¡Te voy a destruir, puta!

Sonrió con burla. —¿Tú vas a destruirme? Querido, para eso hay que tener reputación y la tuya está por los suelos. ¿Quién te creería? Tengo testigos de que me has acosado en mi casa por no consentir en ser tu amante. Hasta esta noche varios invitados han visto como me has forzado a salir a la terraza porque no soportas mi rechazo. Lo he dejado todo muy bien atado. Mi hija tendrá la vida que yo no tuve y si para ello tengo que dejarme la piel lo voy a hacer. Ni tú ni nadie podrá impedírmelo.

Apretó los puños impotente. —¡Es mi hija!

—¿Acaso yo he dicho esas palabras alguna vez? —Se echó a reír. —Eres tan estúpido como los demás.

Él levantó el brazo con intención de golpearla de nuevo y ella chilló cubriéndose. Cuando el golpe no llegó bajó el brazo lentamente para mirarle asustada y Orwell muy tenso dejó caer el suyo. —Preciosa, casi te había creído... —Se le cortó el aliento. —Estás decepcionada por lo que te han contado que he hecho e intentas que me aleje de ti cortando nuestro nexo de unión, pero eso no pasará nunca.

—¡Vete! —gritó desgarrada mientras sus ojos se llenaban de lágrimas.

—Jamás te librarás de mí. Serás mi esposa. Ponte como quieras. —Se agachó y la cogió por la nuca para acercarla a su rostro y él vio como sus lágrimas rodaban por sus mejillas. Miró su sangre arrepentido. —Lo siento, preciosa. —Pasó la lengua por la comisura de su boca borrando su sangre y besó su mejilla con suavidad estremeciéndola de placer antes de llegar de nuevo a

sus labios y susurrar —Tenía que haberme dado cuenta antes, tenía...

Ella gritó empujándole por los hombros y se levantó a toda prisa, pero Orwell la sujetó por la cintura tirándola sobre la cama. Le golpeó con los puños y él se los agarró colocando sus manos por encima de su cabeza. Sintió su deseo presionando su pelvis. —¡Serás cabrón!

—No preciosa, jamás me serás infiel porque eres mía —dijo con pasión antes de atrapar sus labios como si le perteneciera. Intentó revolversse, pero lo que sentía era tan maravilloso que no podía resistirse y gimió en su boca sin poder evitarlo. Él apartó sus labios y besó su cuello—. Tu olor... No podría olvidarlo. Sueño con él, preciosa.

De repente todo el peso de su cuerpo cayó sobre ella y sintió que no presionaba sus muñecas. Sorprendida miró hacia abajo para ver a Dalia tras Orwell con el calentador de camas en la mano con un buen abollón. Jadeó mirando a Orwell que estaba sin sentido sobre su pecho y al ver la sangre que corría por su sien entró en pánico. —¿Qué has hecho? —gritó histérica.

Tiró el calentador a un lado con estruendo y se palmeó las manos. —Tranquila, que a este lo dejo en una cuneta y no se entera nadie.

—¿Estás loca? ¡Si te denuncia acabarás en la cárcel! —Le empujó por los hombros, pero pesaba mucho y Dalia le cogió por la cinturilla del pantalón provocando que cayera al suelo con otro buen golpe en la cabeza. Gimió sentándose y viéndole en el suelo. —¡Llama al médico!

En ese momento se abrió la puerta y Martin entró con toda la familia. —Tranquila, esto lo arreglamos nosotros —dijo Nona arremangándose—. Martin los pies.

—¿Qué vais a hacer?

—Tirarlo en cualquier parte.

—¿Y si está malherido? —Angustiada se apretó las manos. —¡Llamad al médico!

—No podemos hacer eso, milady —dijo Martin muy serio—. Tenemos que deshacernos de él.

Sin color en la cara miró sus rostros uno por uno. Incluso Rosalba asintió. —Si le dejamos en el puerto...

—¡Pueden matarle para robarle!

Martin se agachó para coger el reloj de oro que colgaba del chaleco del traje de noche. Lo tiró sobre la cama. —Solucionado.

—¿Y el servicio? Le habrán oído.

—Nadie dirá nada. No se atreverían —dijo convencido. Martin entrecerró los ojos—. ¿Está muerto?

—No —dijo Dalia frunciendo el entrecejo antes de agacharse y poner el oído sobre su boca. Con el corazón a mil vio como levantaba la cabeza asustada.

—¡No! —Se llevó la mano al vientre y gritó muerta de miedo —¡No!

—Dios mío... —dijo Nona pálida—. ¡Tenemos que sacarle de aquí! Acabaremos todos con la soga al cuello.

Eathelyn miraba incrédula a Orwell sintiendo que su corazón se desgarraba. Muy asustada se arrodilló a su lado para tocar su cara. —No puede estar muerto. No puede dejarme. Dijo que no lo haría.

Nona la cogió por los brazos volviéndola hacia ella. —¡Tenemos que librarnos de él o la que dices que es tu hermana irá a la cárcel!

—Y nosotros también —dijo Rosalba asustada.

Empujó a Nona desgarrada. —¡Déjame!

—¡Entra en razón! Todos nos jugamos la vida. ¡Piensa en tu hija!

Temblando del shock miró de nuevo a Orwell. Su niña. Todos terminarían en prisión, ¿qué sería de su niña? Pero saber que no volvería a verle nunca más... Se tiró sobre él besando su

rostro y Nona se tapó la boca impresionada por su dolor.

Pasados unos minutos la cogió por los hombros. —Vamos, niña. Tenemos que llevármolo.

A pesar del dolor de su corazón asintió. —Martin...

—Enseguida, milady. —Miró a Rosalba. —Vigila que no haya nadie en el pasillo.

Nona también fue hasta la puerta. —Dalia, los pies del Vizconde. Sujétale por ahí.

Su doncella pálida asintió antes de agacharse y cogerle por los tobillos. Cuando le elevaron Eathelyn vio como su mano caía de su cuerpo y angustiada se volvió sin poder soportarlo llevándose la mano a la boca para reprimir un sollozo. —Vamos, vamos. Está despejado —dijo Rosalba apremiándolos.

Cuando salieron de la habitación sintió que las piernas no la sostenían y tuvo que sentarse en la cama temiendo desplomarse. Sus dedos tocaron la cadena del reloj y lo cogió entre sus manos acariciando la esfera de oro labrada con un bonito pájaro con las alas extendidas y con las iniciales del padre de su hija. Se echó a llorar desgarrada abriendo la tapa para ver la dedicatoria: “Hubiera deseado pasar más tiempo a tu lado. Recuérdame. O”.

Sollozó porque esas palabras eran exactamente lo que sentía en ese momento. Qué bonita dedicatoria le había escrito su tío. Recordó cuando ella le había felicitado y él le había dicho que no se alegraba de ser Vizconde. Eso le llevó a miles de instantes que habían compartido juntos. Sobre todo aquella noche en que se había entregado a él. Caricias, palabras susurradas al oído... Gimió abrazándose el vientre intentando controlar su dolor. Consciente de que jamás volvería a verle, lloró mientras su alma se partía en dos y se dejó caer sobre la cama llevándose el reloj al pecho.

## Capítulo 10

Durante los dos días siguientes la noticia de la desaparición del Vizconde corrió por todo Londres. La policía le buscaba y se especulaba con que había sido asesinado por el marido de alguna de sus amantes. Contemplando la ciudad mientras el barco se alejaba, las lágrimas corrieron por sus mejillas por la vida que dejaba atrás. Nona se puso a su lado mirando hacia el puerto. —Es lo correcto, cielo.

Sorbió por la nariz y la miró de reojo. —La niña...

—Está abajo con Dalia que ya ha empezado a acomodar tus cosas. —Acarició su espalda. —No te preocupes. Martin y Rosalba estarán pendientes por si hay alguna noticia que pueda ponerlos en riesgo. Se reunirán con nosotros si eso ocurre.

—Sí, deben poner a Andrew a salvo.

—Deberían haber venido. Están cometiendo un error. Demasiados cabos sueltos.

—Rosalba no quería dejar a su padre. Es lógico. Además, se sienten seguros por las noticias. Nadie se imagina... —Su voz se quebró al recordar esa noche.

—No te tortures.

Cerró los ojos intentando no llorar. —Le dije que no era hija suya.

—No te creyó. Le escuché. Tú no has tenido la culpa de nada.

La miró a los ojos y a Nona se le cortó el aliento porque en ellos se veía un vacío desde hacía dos días que ponía los pelos de punta. —Tú no has tenido la culpa, cielo.

—Sí que la he tenido. Debí casarme con él. Cumplir con mi deber. Darle un padre a mi hija.  
—Miró el horizonte y sonrió con tristeza. —Pero ahora ya no se puede hacer nada, ¿no es cierto?

—Iniciaremos una nueva vida. Todo eso ha quedado atrás para siempre.

—Sí, debemos dejarlo atrás. Jamás pronunciaremos su nombre de nuevo, ¿me has entendido?

—Sí, cielo.

Asintió sintiendo que lo que le quedaba de corazón se endurecía. —Bajemos, tenemos mucho que hacer.

—Milady, su administrador espera verla.

Levantó la vista hacia Sheldon. El anciano que había contratado cuando compró su casa de Boston porque ya trabajaba allí, se enderezó al ver que no le había gustado nada la interrupción porque cuando estaba con su hija nadie podía molestarla. —Lo siento, milady, pero me ha dicho que es muy urgente. Al parecer hay un problema con su fábrica de papel.

Apretó los labios y le hizo un gesto a Nona que cogió a Kimberly que ya había cumplido seis meses. Sonrió a su hija que chilló molesta por que la alejaran de su madre y sonrió aún más. —Enseguida vuelvo, nenita. —Se levantó mostrando su vestido de riguroso luto y salió del salón.

—La espera en el despacho, milady —dijo solícito tropezándose en su prisa por adelantarla.

Ella le sujetó por el brazo impidiéndole que cayera. —¿Está bien?

—Es la pierna, milady —dijo con dolor—. Lleva molestándome unos días, pero no es nada.

—Que venga el médico de inmediato.

—Gracias, milady.

Asintió fríamente antes de abrir ella misma la puerta de su despacho. El señor Atchison sonrió bajo su espeso bigote. —Milady... Cómo me alegro de verla.

—¿Qué ocurre, John? Sabe que a esta hora de la tarde siempre estoy con mi hija. —Extendió la mano y él la besó como siempre, como si quisiera seducirla. Una estupidez, por muy atractivo que fuera con ese cabello rubio repeinado hacia atrás y esos bonitos ojos castaños, pues algo en su contacto la repelía. Aunque últimamente le ocurría eso con todos los que no fueran de su familia, por eso se estaba labrando fama de viuda amargada por toda la ciudad.

—Y siento mucho molestarla, pero tenemos un pequeño problema que no puedo solucionar sin su consentimiento.

—¿Y ese problema es?

Su mayordomo cerró la puerta, aunque como siempre tenía la sensación de que se quedaría escuchando al otro lado.

—En la fábrica ha habido un fallecido.

—¿Qué?

—Le ha caído encima uno de los bultos que se iban a trasladar al puerto. Su familia pide justicia.

Fue hasta su silla y su ceño fruncido indicaba que aquello la había disgustado. El administrador perdió la sonrisa. —No debe disgustarse.

—¿Cómo no voy a disgustarme? —preguntó alterada—. ¿Tenía esposa? ¿Hijos?

—Sí, milady. Había pensado darle quinientos dólares de indemnización. Aunque eso sentaría un precedente.

—¿A qué se refiere?

—Si alguien busca dinero...

—¿Van a matarse por dinero? ¿Es lo que me está diciendo?

—Sí, milady.

—No diga tonterías.

—No son tonterías —dijo ofendido—. Cuando tus hijos pasan hambre eres capaz de todo.

Eso sí que la tensó. —¿Cómo hambre? —El administrador se sonrojó. —¿Acaso no se les paga un salario justo por su trabajo?

—Claro que sí, milady. Cobran más que en otras fábricas.

—Y aun así pasan hambre...

—No todos, milady —dijo apurado porque la había preocupado aún más—. Pero los que tienen muchos hijos...

—¿Cuántos hijos tenía el fallecido?

—Ocho, milady.

—Dios, ocho criaturas.

—Si me da permiso para darle los quinientos dólares...

—Que aumenten el salario diez dólares a cada trabajador. Y pague ese dinero a la viuda.

—¡Pero, milady...! ¡Eso es una fortuna! ¡Tiene trescientos trabajadores! ¡Casi les está doblando el sueldo!

Se levantó mirándole fríamente. —He dicho.

—Sí, milady.

—Estarán más contentos. Eso les hará más productivos y mirarán más por la empresa. ¿Algo más?

—Pues la verdad, no sé si decírselo porque como está la cosa... —Se pasó el pañuelo por el cuello porque había empezado a sudar.

—Al grano John, mi hija espera. Y es casi tan impaciente como yo.

—Creo que no se ha dado cuenta de lo que me acaba de decir...

—Me he dado cuenta perfectamente.

—Se pondrá en contra al resto de los empresarios. Habrá protestas porque los trabajadores querrán esas mismas condiciones.

—Eso no es mi problema.

—Milady, recapacite.

—¿Cuál es el otro asunto?

Su administrador gimió. —El hospital ha pedido fondos, milady. ¿Quiere que vuelva mañana y se lo piensa?

—No.

—Vaya —dijo él por lo bajo.

—¿Cuánto necesitan?

—Es para hacer un ala nueva, milady. Colaborará toda la clase alta. Pero el que más colabore puede ser premiado poniendo el nombre del donante al hospital.

Ella entrecerró los ojos. —¿Ah, si? —Se levantó y fue hasta la ventana para ver que Dalia había sacado a la niña al jardín y sentadas sobre una manta su amiga le mostraba un pájaro del árbol. —Averigüe cuanto da el mayor donante y suba esa cantidad mil dólares.

—Pero, milady...

Giró la cabeza como un resorte. —Irá a nombre de mi hija.

—Es mucho dinero. Con la compra de la fábrica, la casa y ahora el aumento de sueldo de sus

trabajadores su fortuna empieza a mermar considerablemente. Con la donación... ¡Milady, en estos tres meses solo ha salido dinero!

Chasqueó la lengua. —Es un problema que se solucionará enseguida. En cuanto recibamos los pagos de este cargamento que se enviará al sur. ¿Algo más?

Él gimió por lo bajo. —No, milady.

—¿No ha encontrado otra fábrica para comprar?

—De momento no, Marquesa. Nada que sea viable y que dé beneficios. Y esta daba beneficios, milady. Dentro de un mes ya no lo creo.

—Claro que dará dinero porque venderemos más. Busque compradores.

—Como si fuera tan fácil —dijo por lo bajo.

—¿Qué ha dicho?

—Lo intentaré, milady.

—Bien. —Salió de allí y el mayordomo metió la cabeza. —No pinta bien, ¿verdad?

—Esta acaba arruinada antes de un año, amigo.

—Vaya, es un poco seca, pero me caía bien.

John hizo una mueca. —¿Crees que tengo posibilidades? —La risa del mayordomo alejándose le hizo gruñir.

—¿Cómo ha ido la reunión? —preguntó Dalia desabrochando el corsé.

—He hecho muy buenos contactos. He conocido al señor Sherman.

Dalia abrió los ojos como platos. —¿El dueño de los barcos?

—El mismo. He conseguido que transporte mi mercancía mucho más barato. —Suspiró dejando que le quitara el corsé y fue hasta el tocador sentándose ante él. —Había oído hablar de mí y me preguntó por qué había vuelto al luto. Que había entendido perfectamente que no lo respetara en Londres.

Dalia se acercó a ella preocupada. —Te dije que aquí vivía gente relacionada con muchos de Londres. Que si te volvías a poner el luto habría especulaciones.

—¡Sé lo que me dijiste! —Empezó a quitarse las horquillas de mala manera y sintiendo que no podía más las tiró sobre el tocador antes de apoyar los codos sobre él para taparse la cara con las manos.

Dalia mirándola apenada se sentó a su lado y la abrazó a ella. —Siento lo que ocurrió. Lo sabes, ¿verdad?

Se levantó apartándose y su amiga apretó los labios de la impotencia. Desde el nacimiento de la niña su relación no había vuelto a ser igual.

—No pasa nada —dijo sin darle importancia quitándose la camisola interior—. Al señor Sherman le he dicho que me he dado cuenta de que el padre de mi hija merecía respeto y que había recapacitado. Que por eso había regresado al luto.

—¿Y lo ha entendido?

—Sí. Aunque si no lo entiende no me importa. Es mi decisión. Además, así me abordan menos hombres buscando mis atenciones y me dejan en paz.

—Eres joven, tienes derecho a rehacer tu vida.

Eathelyn la fulminó con la mirada como si hubiera dicho un sacrilegio y Dalia suspirando se levantó para recoger el vestido del suelo. —Cuando dijiste que querías vestir de negro no me lo quería creer. No eres su viuda. Era el padre de tu hija, de acuerdo, pero tú misma le alejaste de tu vida. —Se quitó los pantalones interiores en silencio y se puso el camisón que había sobre la

cama. —¡Bueno, ya está bien!

Asombrada dejó caer el camisón sobre su cuerpo volviéndose hacia ella para verla furiosa. —  
¿Qué?

—¡Gritame, pégame! ¡Pero no me ignores! —gritó molesta.

—No te ignoro. ¿A qué viene esto?

Su amiga se acercó mirándola arrepentida. —Sé que te hice daño. Que no estuve a tu lado y cuando estuve se me fue la mano. Sé que le amabas.

—Por favor, Dalia... Ahora no. —Se sentó en la cama agotada y vio la resolución en la mirada de su amiga. Al parecer no podía esperar. Sintiendo un nudo en la garganta susurró —  
Como dijiste le aparté de mi vida. El resultado hubiera sido el mismo. Alejados.

—Pero no estáis alejados. Él ha muerto.

Agachó la mirada hacia su regazo y vio cómo se apretaba las manos. —Lo sé. Sé que no volveré a verle jamás. Que ya no sentiré sus labios sobre mi piel y que no escucharé su risa. Sé que no me amaba. Que jamás me amó ni fui su mujer, pero nada de eso importa. Algo en mi interior me dice que yo sí que le amaba, yo sí quería estar a su lado. Yo soy la madre de su hija y si alguien tiene derecho a llorar su falta esa soy yo. —Levantó la vista hacia su amiga. —Soy su viuda. Y lloro cada día por dentro sabiendo que jamás estará a mi lado de nuevo. Por eso no me quitaré el luto hasta que esta maldita sensación se vaya de mis entrañas. Puede que no se vaya nunca. —Se encogió de hombros. —Y me da igual porque sé que nunca sentiré por otro hombre lo que sentía por él.

Dalia con los ojos llenos de lágrimas dio un paso hacia ella mientras Eathelyn sonreía con tristeza. —En estos meses he pensado miles de veces todo lo que tenía que haber hecho de manera distinta. Me fascinó desde que le vi bajarse de aquel carruaje en la casa de mis padres... —Rio sin darse cuenta de que las lágrimas corrían por sus mejillas. —Y me enfadó apenas unas horas después porque no me hizo ningún caso en la cena. Y me moría por su atención. —

Levantó la vista hacia su amiga. —No sabes cuánto.

Su amiga asintió. —¿Y qué hubieras hecho de manera distinta?

—Todo. Hubiera aprovechado cada maldito segundo a su lado, pero lo que más me tortura es haberle dicho que la niña no era suya. —Se tapó la cara con las manos. —Me odio a mí misma por ello.

—Él no te creyó. Le oí antes de...

Eathelyn apartó las manos para mirarla estupefacta. —Y se muere así. El calentacamas tampoco estaba tan abollado.

Dalia sorbió por la nariz. —Pues yo tampoco creía que había sido para tanto. Debí darle en un mal sitio. Lo siento.

—Solo querías ayudarme.

—Sí, se estaba poniendo un poco pesado.

Una lágrima corrió por su mejilla recordando ese instante. —Ahora ya no se puede hacer nada.

La puerta se abrió en ese momento y Nona se detuvo en seco al verlas llorar. —¿Qué ocurre? —Cerró la puerta de inmediato con cara de susto. —¡Yo no me mudo más!

Sin poder evitarlo Eathelyn sonrió y soltó la primera risa sincera desde hacía meses. Al ver las caras de pasmo de sus amigas no lo pudo evitar y se echó a reír a carcajadas. —Mamá, trae el láudano.

Eso la hizo reír aún más y se dejó caer sobre la cama agarrándose el vientre. Y al ver sus dos cabezas sobre ella mirándola con preocupación perdió la risa poco a poco y se dio cuenta de que ellas siempre habían estado a su lado. Se había sentido decepcionada porque se pusieran de parte de Orwell, pero habían tenido razón. Tenía que haberse casado con él y ahora todo sería muy distinto. Sonrió con tristeza. —Os quiero.

—Y nosotras a ti —dijeron a la vez sonriendo aliviadas—. Y será así siempre.

Dalia le guiñó un ojo a un hombre que pasó a su lado y Eathelyn sonrió divertida empujando el coche de la niña. —Amiga, empiezas a parecer un poco desesperada.

—Es que estoy un poco inquieta. Yo también quiero una niñita.

La miró de reajo porque parecía decidida. —Pero te casas.

—Claro. Lo que pasa es que lo tengo más difícil que tú. —Guiñó el ojo a otro hombre que se las quedó mirando y este se sonrojó trastabillándose. Dalia miró hacia atrás para ver que las seguía y soltó una risita. —Este ya está en el bote.

—Oh, por Dios. Es el tercero esta semana que nos sigue hasta casa.

—Tienen que averiguar donde vivo para conocerme.

—Deja de guiñar el ojo. Ya tienes al policía y a ese tendero...

—He pensado que quiero alguien con un poco más de dinero, que nunca se sabe. ¿Y si me quedo viuda como tú? ¿Como esa de la fábrica? Tengo que pensar en el futuro.

La miró de reajo. —A ti te agrada John.

—¿El administrador? —Levantó la barbilla con orgullo. —Ah, no.

—A mí no me mientas. Lo que pasa es que estás dolida porque me ha prestado más atención a mí.

Dalia gruñó y guiñó el ojo de nuevo haciendo que Eathelyn pusiera los ojos en blanco. Ese no le hizo caso. —A lo mejor si le guiñaras el ojo a él...

—¿A ese idiota? Ni hablar.

—Ese que nos sigue también puede ser idiota.

—Seguro que sí, pero tengo que ir picoteando a ver qué me gusta más.

—John es un buen hombre y gana dinero. Y es atractivo. Hace unos meses no confiaba en él, pero me he dado cuenta de que es un hombre cabal y de fiar.

—Pues cástate tú con él.

—¡Ja! Me tirarías de los pelos si le mirara dos veces.

—Menuda mentira.

—Se te cae la baba cada vez que viene a casa.

—¡No mientas! —exclamó sin darse cuenta de que estaba gritando a su señora en la calle.

Eathelyn sonrió. —¿Miento? Ayer se te cayó la bandeja de los canapés porque te rozó la mano al coger uno.

—Eso fue un accidente —dijo con rabia—. ¡No me gusta!

—¿Quién es la mentirosa? Si él te guiñara un ojo se te caerían los pololos.

Dalia jadeó abriendo los ojos como platos. —¡Retira eso!

Se echó a reír con ganas y echó a correr empujando el carrito. —¡No retiro nada!

—Espera que te coja.

Dio la vuelta a la esquina riendo y se detuvo en seco cuando casi atropella a un hombre que se encontró de frente. —Oh, disculpe.

—No se preocupe, no ha ocurrido nada. —Sonrió de manera encantadora mostrando una sonrisa preciosa. Sin darse cuenta miró sus ojos azules que la observaban con interés. —La he visto varias veces por la calle. Somos vecinos. Soy el propietario de la casa de al lado.

¿Ese hombre era vecino suyo? Estaba claro que había estado ciega esos seis meses que llevaba en Boston porque era guapísimo con ese cabello negro repeinado hacia atrás.

—Mi nombre es Mortimer Smith.

Ella alargó la mano. —Eathelyn Flatley.

—No sea modesta, Marquesa. —Se sonrojó mientras sin quitarle ojo besaba su mano como todo un caballero.

—Aquí los títulos no son importantes.

—Milady tiene toda la razón. —Retuvo su mano más tiempo del necesario mostrando su interés. —Espero que su estancia en nuestra ciudad no sea temporal. Echará de menos su país.

—No crea. —Su respuesta le hizo sonreír. —Me gusta esta ciudad.

—Eso es estupendo.

Hubo un momento algo incómodo y ella soltó su mano poniéndola en el carro de su hija. —Tengo que irme. Ha sido un placer conocerle, señor Smith.

—Milady... —Ella levantó una ceja interrogante. —¿Le gustaría salir de paseo conmigo mañana? Sé que sale a cabalgar todos los días y me gustaría acompañarla.

Se sonrojó por su obvio interés. Puede que fuera muy atractivo, pero algo en su interior hizo que diera un paso hacia atrás antes de decir —Cabalgo muy bien sola, caballero. —Dalia dejó caer la mandíbula del asombro al verla empujar su carrito hacia su casa como si la persiguiera el diablo.

El señor Smith sonrió observándola. —La he impresionado. —Dalia chasqueó la lengua llamando su atención. —¿No?

—Yo que usted no me hacía ilusiones.

Él perdió la sonrisa de golpe. —¿Aún ama a su marido?

—A mí no me meta. —Corrió tras su señora y al subir las escaleras vio que el hombre seguía allí mirándolas.

—Entra, entra —dijo Eathelyn desde dentro entregándole la niña a la niñera de día.

Entró en la casa cerrando la puerta y ambas miraron por la ventana apartando la cortina por cada extremo. —Tiene un interés sincero —dijo Dalia al ver que parecía algo decepcionado.

—¿Tú crees?

—Solo hay que verle la cara. ¿Por qué le has dicho que no?

—¡Porque no quiero líos! ¿No crees que ya he tenido bastantes?

—Es guapo.

—Uff, qué pereza. Déjame que...

Alguien carraspeó tras ellas sobresaltándolas y se volvieron de golpe para ver a su mayordomo ante ella con una bandejita de plata en la mano. —Marquesa, tiene correo.

—Oh... —Se acercó cogiendo la carta. —Gracias. Oh, es de Londres.

Su amiga vio como con impaciencia abría la carta como siempre que recibía noticias de Rosalba, esperando alguna noticia sobre su desaparecido amor. Vio como a medida que iba leyendo su mirada se ensombrecía y Dalia le hizo un gesto al mayordomo que sabiendo que a ella y a su madre nadie las tosía en esa casa se alejó de inmediato.

—¿Qué te dice?

—Lo de siempre. Que todo va bien y que Andrew está muy contento en su colegio nuevo. — Le dio la carta para que la leyera y se llevó las manos a la cabeza para quitar el alfiler de su sombrero. Dalia leyó la carta a toda prisa siguiéndola hasta el salón. —Sheldon, un té.

Su mayordomo dio la vuelta a la esquina y asintió. —Enseguida, Marquesa.

Dalia gruñó porque siempre estaba poniendo la oreja. Sería cotilla. Entró en el salón mientras Eathelyn sintiéndose muy triste se sentaba en el sofá. Su amiga apretó los labios y se sentó a su lado. —Nunca hablamos de esa noche.

Eathelyn se tensó. —Y no quiero hablar de eso.

—Es que tengo la sensación de que esperas una noticia que nunca va a llegar —susurró con delicadeza—. Le enterramos.

Se llevó una mano a la boca intentando reprimir las lágrimas. —Me lo imaginaba cuando no le encontraron —dijo con la voz congestionada.

—Lo siento. Lo siento muchísimo.

Su mano tembló ante su boca antes de negar con la cabeza. —No hablemos más de eso, por favor.

Dalia asintió viendo cómo se levantaba y salía del salón casi corriendo. Sintiéndolo muchísimo porque sabía que había destrozado a su amiga se quedó allí sentada pensando en ello. Sheldon llegó con la bandeja y se detuvo en seco al verla. —¿Y la Marquesa?

—En su habitación. Déjelo aquí, buen hombre. Se va a aprovechar.

Él gruñó acercándose y le puso la bandeja delante. —Te tomas demasiadas libertades. Un día te vas a pasar de la raya.

Cogiendo una pasta susurró —Desgraciadamente eso ya ha pasado.

## Capítulo 11

Otra noche sin dormir. Y encima hacía un calor de mil demonios. Se levantó para abrir la ventana y la brisa de la noche agitó sus rizos. Se sentó en el banco de la ventana y miró hacia la luna. Se sentía tan vacía. Sabía que su amiga lo había hecho por su bien para que no se torturara más, pero perder toda esperanza de que algo cambiara... Era devastador. Una lágrima cayó por su mejilla mirando la luna pensando en todo lo que había cambiado su vida en esos dos años. Parecían tan lejanos aquellos tiempos cuando cabalgaba por los prados sintiéndose libre de sus padres que estaban en Londres. Se dio cuenta de todo lo que había madurado en ese tiempo. Ahora era viuda y madre. Adoraba a su hija. La amaba por encima de todo, pero algo en su interior le hizo querer regresar a aquellos tiempos.

Distraída miró la calle vacía en ese momento. Eran casi las tres de la mañana y en un par de horas empezaría la actividad en la ciudad. Boston no era un mal lugar para vivir. Era una ciudad moderna y se había creado un hueco en sociedad. Era respetada. Pero echaba de menos Londres y no entendía la razón. Quizás porque allí había dejado muchas cuentas pendientes. Sus padres, por ejemplo. Sintió que la rabia la recorría por lo que habían hecho y ahora disfrutaban del dinero que les había dado el Marqués yendo de fiesta en fiesta. Aunque llamarles padres era ser demasiado generosa con ellos. Unos buitres, eso es lo que eran. Se preguntó cómo habría sido su madre. ¿Sería pelirroja como su niña? Su abuelo debía haberla amado mucho para hacerse cargo del fruto de esa relación. Ningún noble lo habría hecho, pero él se aseguró de que fuera criada en

una buena casa. Era una pena que hubiera fallecido y no haber podido hablar con él sobre eso. Pensó en el rencor que siempre le había tenido la que había considerado su abuela y se preguntó si ella se hubiera comportado igual. Seguramente no porque el niño no tendría culpa de nada. Suspiró y algo le llamó la atención mirando a su derecha. Se le cortó el aliento al ver una silueta en la ventana de la casa de al lado. Él dio un paso al frente y la luna le iluminó. Jadeó viendo su torso desnudo y el deseo en sus ojos. Se levantó cerrando la ventana de golpe. Llevándose la mano al pecho intentando retener su acelerado corazón le pareció escuchar una risa. Eathelyn parpadeó. ¡La estaba espiando! Furiosa se volvió regresando a la cama. Sería gañan. A pesar del calor que hacía se tapó hasta la barbilla y volvió a mirar hacia la ventana sin que su corazón se calmara en absoluto. ¡Lo que le faltaba! Como volviera a acercarse a ella le iba a dejar las cosas bien claritas.

Desayunando pasó la hoja del periódico y su mayordomo llegó a la sala de desayuno en ese momento. —¿Milady?

—¿Sí? —preguntó antes de morder su bollo de canela.

—¿Qué hago con esto?

Distraída levantó la vista y miró lo que tenía entre las manos. Parecía algo redondo en la parte superior e iba cubierto de papel de estraza. Era tan grande como su mayordomo que lo cogía con esfuerzo. —¿Qué es eso?

—No lo sé, milady. Lo han dejado en la puerta para usted. O al menos eso creo porque no tiene remitente.

—Ábrelo. ¿A qué esperas?

El hombre satisfecho por su confianza lo dejó sobre la mesa y empezó a arrancar el papel de

estraza para mostrar una jaula de oro. Se le cortó el aliento al ver un hermoso pajarito rojo. Se levantó lentamente viendo como el pajarito la observaba apoyado en la barrita del medio de la jaula. —¿Qué es esto?

—Un presente, Marquesa. Eso es evidente.

Le fulminó con la mirada. —Eso ya lo veo. Pregunto de quién es.

—Ah, eso no lo sé.

Miró la jaula de nuevo y sin poder evitarlo se sintió incómoda. Se vio a sí misma encerrada en su jaula de oro. Llena de secretos y mentiras. Prisionera de su propia vida.

—Deshazte de ella.

—Pero, milady... Es hermoso.

—¡Deshazte de ella!

Dalia llegó en ese momento y dejó caer la mandíbula al ver la jaula. —Qué hermosura. ¿Quién te la ha regalado?

—No lo sé ni me importa. Deshaceros de ella.

—Pero quedaría estupendamente en tu despacho.

—¡No quiero verla! —gritó alterada—. Me voy a cabalgar, cuando regrese no la quiero aquí. ¿Me habéis entendido?

Salió de la sala del comedor y ambos se miraron. —¡Me la quedo! —dijeron a la vez.

Dalia sonrió maliciosa. —De eso nada, viejo. Nos la jugamos.

—A la carta más alta.

Agitó las riendas intentando huir de lo que sentía y vio a alguien por el rabillo del ojo que se aproximaba. Giró la cabeza para jadear asombrada por el descaro de ese hombre que le guiñó un ojo adelantando su caballo. Su caballo era un ejemplar magnífico que le daba mil vueltas a su yegua, así que ni intentó sobrepasarle. Simplemente redujo el paso. El señor Smith se volvió divertido viendo cómo se acercaba a él. —Vamos, milady... Deme el gusto de una carrera.

—No tengo por qué darle el gusto en nada, caballero —dijo altanera—. Y le agradecería que no me abordara más.

—Preciosa, eso no va a pasar.

Esas palabras la hicieron palidecer recordando como Orwell la llamaba así y Mortimer frunció el ceño. —No quería ofenderte.

Sumida en sus pensamientos ni se dio cuenta de cómo se acercaba a ella y tocaba sus manos sobre sus riendas. —¿Eathelyn?

Se le cortó el aliento y asustada miró sus ojos. Mortimer sonrió. —Eso es, vuelve al presente.

Apartó sus manos tirando de las riendas de su caballo que se revolvió girándose. —Ni se le ocurra acercarse de nuevo.

—El pasado queda atrás. Yo soy tu futuro. Vete haciéndote a la idea.

Jadeó indignada. —¡Patán engreído! ¡Eso no va a pasar jamás!

Mortimer se echó a reír. —¿No me digas? Preciosa si me caracterizo por algo es porque siempre consigo lo que quiero. —La miró tan intensamente que parecía que la deseaba más que a nada. —Y tú vas a ser mi mujer.

Sin ser capaz de romper su contacto visual ni se dio cuenta de cómo él se acercaba hasta ponerse a su altura. La cogió por la barbilla elevando su rostro. —Tendremos unos hijos preciosos.

Eathelyn perdió todo el color de la cara antes de tirar de las riendas regresando a casa como

si la persiguiera el diablo. Asustada miró sobre su hombro para ver que solo la observaba muy serio y suspiró del alivio mirando al frente antes de azuzar sus riendas de nuevo.

—¿Cómo que nos mudamos? —preguntó Nona asombrada—. ¿Por qué?

—No quiero quedarme aquí. —Sin poder evitarlo miró por la ventana por enésima vez desde que había llegado. Estaba segura de que ese hombre no se daría por vencido. ¡Era lo que le faltaba! ¿Por qué se metía en esos líos?

—Pero si te encanta el barrio. Tienes amistades por los alrededores y un parque para cabalgar muy cerca que es muy seguro. —Nona se cruzó de brazos. —¿Qué ocurre, niña? ¡Me estás poniendo muy nerviosa!

—¡La culpa es suya! —Señaló la casa de al lado.

—Oh, el vecino. —Nona sonrió divertida. —Ya me ha dicho Dalia que te ha echado el ojo.

—¿Echado el ojo? ¡Me ha dicho que seré su mujer! ¡Menudo descaro!

En ese momento sonó la campanilla de la puerta y Sheldon fue a abrir. Inquieta fue hasta la puerta del salón para gruñir cuando vio entrar a John con una sonrisa en el rostro. —¡Búscame otra casa! —ordenó dejándole de piedra.

—¿Perdón?

Gruñó girándose y Nona le hizo un gesto sin darle importancia. —Olvidalo.

—¡No, que no lo olvide! —gritó desde el salón—. ¡Quiero mudarme!

John entró en la estancia siguiéndola. —Marquesa, ¿qué ocurre?

—¡Tengo un vecino muy pesado!

—Ah... —Sin entender palabra miró a Nona que se encogió de hombros. —¿Y esa es razón

para mudarse?

—¿Quiere casarse! —exclamó indignada.

—Mañana mismo me pongo a ello. Creo que hay una más en el campo...

—Eso, que tenga donde cabalgar.

—Va a tener campo de sobra. Déjemelo a mí. Allí no hay vecinos molestos —dijo fastidiado mientras Nona le miraba levantando una ceja—. Estoy a su servicio.

—Sí, ya. —Miró a Eathelyn. —Niña, no puedes mudarte cada vez que te fastidie un vecino. Plántele cara.

Caminando de un lado a otro del salón muy nerviosa exclamó —¡Ya lo he hecho! ¡No se da por aludido!

—¿Quiere que hable con él, milady? —John se estiró la chaqueta. —Déjemelo a mí.

—Te saca medio metro, listo —dijo Dalia entrando en el salón como si fuera la dueña.

Él gruñó fulminándola con la mirada. —Tres veces a la semana practico boxeo.

—Y él. —Todas la miraron. —¿Qué? Soy cotilla, ya lo sabéis. He ido a preguntar por ahí.

—¿Sí? —Eathelyn se acercó. —¿Y?

—Pues es viudo. Tiene dos hijos. Tiene un negocio de joyas y le va muy bien. Es respetado y desde que murió su esposa hace cinco años no ha mirado a otra mujer. Eso me lo ha dicho una de sus doncellas.

—Tiene dos hijos —dijo Nona interesada—. Es perfecto, cielo.

—¡No!

—¿Y qué tiene que ver que tenga dos hijos? —preguntó John indignado—. ¡A milady no le gusta!

—Eso. —Metió la mano en el bolsillo de su traje de montar y sus dedos rozaron el reloj de

Orwell que nunca se separaba de ella. —¡Quiero mudarme!

—Muy bien, milady. No será difícil vender...

—Cállate hombre —dijo Dalia exasperada—. ¡Eathelyn, es perfecto!

—¡Pero si no le conoces! ¡Además no quiero ninguno! ¿Cómo tengo que decirlo?

—Niña, eres muy joven. ¡Y la soledad a tu edad es muy mala!

—Milady es joven —dijo el mayordomo sonrojándose por haber metido baza.

—Exacto. ¡Soy joven! ¡Y no quiero un marido!

Llamaron a la puerta y Sheldon fue hacia la entrada de inmediato mientras ellos seguían discutiendo. —No te cierres, niña. ¿Por qué no le conoces un poco antes de negarte en redondo?

—¡Porque no quiero!

—Es guapo, rico y no hay impedimento para vuestra relación —dijo Dalia empecinada.

—Sí que lo hay —replicó John—. Ella no quiere. ¿Es que estás sorda?

—¡Sordo tú! ¡Y ciego!

—¿Ciego yo? ¡Ciega tú que solo te enteras de lo que te interesa!

Nona y Eathelyn miraron asombradas a Dalia que puso los brazos en jarras con ganas de pelea. —¿Y de qué debo enterarme según tú?

—No captas las indirectas —dijo molesto dejándolas de piedra—. ¡Me pones ojitos y no te enteras!

Vio como su amiga encajaba el golpe, pero aun así levantó la barbilla orgullosa. —¡Pues mira, entonces estamos igual porque tú no te enteras de que Eathelyn nunca tendrá nada contigo!

—Le agrado cuando antes no podía ni verme. ¡Eso es un avance!

—¡Avance hacia la nada!

—¡He avanzado más que tú!

—¡Serás engreído, no quiero verte ni en pintura!

—Oh, perdona... —dijo con burla—. ¡Entonces deja de seguirme por la casa!

Su amiga humillada apretó los puños. —Tranquilo que no volveré a hacerlo.

—¡Será un alivio!

—¡Pues muy bien! —Furiosa fue hasta la puerta del salón dejando el silencio tras ella y John la observó durante unos segundos. Cuando llegó al hall se escuchó un sollozo antes de que corriera desapareciendo de su vista.

El administrador apretó los labios antes de volverse y encontrarse con dos mujeres furiosas a punto de gritarle. Carraspeó incómodo. —¿Entonces busco casa?

Sheldon entró en el salón con una carta. —Milady... tiene algo fuera.

Señaló a John con el dedo. —No te muevas. —Miró al mayordomo. —¿De qué se trata?

—Véalo por usted misma, milady. Es un regalo que me ha dejado algo confuso.

Frunció el ceño acercándose a la ventana y dejó caer la mandíbula al ver un pony de color negro que era tan bonito que robaba el aliento. Miró al mayordomo. —¿Para mí?

El hombre extendió la carta. —Creo que sí. El lacayo que lo ha traído no sabe muy bien de qué se trata.

Caminó hasta él cogiendo su nota y la abrió a toda prisa mientras sus amigos se acercaban leyendo sobre su hombro.

*“Para mi pequeña pelirroja”*

Se quedó sin aliento dejando caer la carta al suelo y sintiendo que se mareaba se tambaleó hacia atrás pisando a Nona que la cogió por la cintura. —¡Niña!

John ayudó a sentarla en el sofá. —Milady, ¿qué ocurre?

—¿Eathelyn? —Nona se agachó ante ella y cogió sus manos. —¿Qué ocurre?

—Es suyo —dijo sin aliento—. Es de Orwell.

—¿Pero qué dices? —Nona asustada miró a los hombres. —Dejadnos solas.

—Pero milady...

—¡Ahora! —gritó con autoridad.

John se enderezó preocupado. —Esperaré en el despacho por si me necesita.

—Venga conmigo —dijo el mayordomo siguiendo sus instrucciones.

Cuando salieron del salón cerraron la puerta y Nona apartó sus rizos de la frente. —Han sido muchas emociones. Ese vecino te ha asustado e imaginas cosas.

—No imagino nada —dijo asustada—. Mi pequeña pelirroja. Es Orwell, estoy segura.

—Orwell está muerto, cielo.

Se echó a llorar. —Te digo que es suya. Esa carta la ha escrito él. La llamó así... —Entonces creyó que lo había soñado. En esos meses había soñado muchas veces con él. ¿Y si estaba equivocada?

Los ojos de Nona se llenaron de lágrimas por su dolor. —La llamó así una vez cuando estabas inconsciente, cielo. Fue el día de su nacimiento.

—Lo oí —susurró.

—Es una casualidad. —La abrazó con fuerza. —No te tortures así, él está muerto.

Sollozó sobre su hombro. —Lo oí —dijo antes de perder el sentido.

Un olor penetrante la hizo abrir los ojos asustada y al ver al doctor Doydy sonrió. —Está

aquí.

El hombre correspondió a su sonrisa bajo su espeso y cano bigote. —Milady, les ha dado un buen susto.

—Lo siento.

—Como le dije la última vez y se lo repito porque veo que no me ha hecho caso, debe descansar más. Al parecer el láudano que le di para dormir sigue en su sitio.

—No me gusta tomarlo. Me espesa la mente y he oído que es adictivo. —Suspiró sentándose.

—Ha adelgazado. No duerme desde que la conozco y esto va a más como ha demostrado el desmayo. Vive en un estado de tensión emocional que es lógico en su situación siendo viuda, pero estoy preocupado porque no lo controla. Como siga así en unos meses se habrá consumido, milady, y entonces no habrá vuelta atrás. La más mínima enfermedad puede ser mortal. Lo he visto antes y no me gustaría que le ocurriera a usted. Así que le pido encarecidamente que tome el láudano al menos durante una semana antes de dormir para que descanse. Y coma en condiciones.

—Muy bien, doctor. —Vio a Nona angustiada ante la cama y forzó una sonrisa. —Estoy bien.

El doctor miró a Nona. —Traiga una bandeja para la cena y que se tome una cucharadita después.

—Enseguida doctor.

El médico cerró el maletín y Eathelyn le observó de reojo porque parecía preocupado. —¿Ocurre algo, doctor? No me habrá ocultado nada, ¿no es cierto?

Él forzó una sonrisa. —No quería decirle nada porque no la he explorado en condiciones.

Sin comprender sonrió. —¿No me ha examinado? ¿No entiendo?

—Su doncella me ha dicho que tiene el periodo con regularidad. No me había dicho que le

había vuelto. —Se sonrojó con fuerza. —No se avergüence. Es algo totalmente natural, aunque esta maldita sociedad considere un tabú hablar de ello. Estúpidos ignorantes. Si supiera cuantas enfermedades no he podido atajar por la vergüenza de las mujeres a hablar de ello.

—¿Ocurre algo?

—Cuando llegó a Boston y tuvo aquel catarro, me contó lo de su operación y los resultados.

—Oh, es eso. Sí, el médico me dijo que seguramente no podría tener hijos en el futuro. —Suspiró mirando el dosel de la cama. —Aunque eso ya da igual.

—Su operación fue relativamente reciente cuando la conocí, milady. Me han dicho que su periodo es normal y puede...

Se le cortó el aliento mirándole. —¿Qué?

—Es probable que en el futuro pueda dar a luz. Dos de mis pacientes a quien les he sacado los bebés han vuelto a parir. No sé exactamente lo que hizo su doctor, pero tiene el periodo. Eso ya es un indicio. —Le miró asombrada. —No quiero que se haga ilusiones, pero creo que debería saberlo. Tengo la sensación de que ese tema tiene algo que ver con su situación.

—Lo dice para que me recupere.

—No, jamás haría eso. No le daría esperanzas en vano. Eso sería cruel. —Él apretó los labios y palmeó su brazo con ternura. —Ahora siga mis instrucciones. Volveré mañana para ver cómo ha dormido.

—Gracias, doctor.

Él fue hasta la puerta y salió sin hacer apenas ruido. Mirando el dosel de la cama ni sintió como una lágrima corría por su sien porque esa había sido la causa para alejar a Orwell. Para no casarse con él antes de saber que compartía lecho con otras mujeres. Se giró tapándose el rostro con las manos harta de pensar en ello una y otra vez. Él estaba muerto y como decían sus amigas debía dejar de torturarse.

Somnolienta abrió los ojos y vio una pila de leña al lado de la cama y paja en el suelo ante el fuego. Creyendo que estaba soñando se giró y escuchó algo que crujía bajo su peso. Asustada abrió los ojos de nuevo para ver una cortina y una pared de madera. Sintió que el colchón se hundía a su lado y se tensó con fuerza. Quien estaba tras ella se agachó sobre su oído y su aliento la estremeció. —¿Has tenido dulces sueños? Sé que estás despierta, preciosa.

Su corazón saltó en su pecho y sin poder creérselo miró sobre su hombro para ver la cara de Orwell que la miraba con un odio tan profundo que su rostro parecía transformado en un ser diabólico. —Querida, ¿me has echado de menos?

—¿Orwell?

—Tienes una memoria muy selectiva, ¿no es cierto? Olvidas a tus padres, a tu esposo y me olvidas a mí. —Su mano agarró su cuello con rudeza. —Y yo que creía que te había dejado huella —siseó furioso. Asustada cogió su muñeca porque apretaba con fuerza—. Jamás me hubiera imaginado que fueras tan zorra. ¡Me enterraste vivo!

Sintiendo que le faltaba el aire le golpeó en el torso. —¡No!

—¿No? Te aseguro que cuando me desperté casi sin aire yo tampoco me lo podía creer. Pero solo tú pudiste dar la orden, ¿no es cierto? —Soltó su cuello como si le diera asco. —Pero afortunadamente tus esbirros no me enterraron muy profundo y pude salir por mis propios medios. Debían tener prisa por largarse —dijo divertido antes de ir hacia una botella que había sobre una mesa ante su cama.

—Desapareciste.

—Será porque cuando salí del agujero no recordaba lo que había ocurrido. —Bebió un buen trago de la boquilla. —Vagué por Londres durante días. —Se pasó el dorso de la mano por la

boca mirándola como si le asqueara. —Y así hubiera seguido si no hubiera tenido la suerte de que una de las doncellas de mi casa me reconociera. Al parecer me buscaban por todo Londres. Pero claro, igual tú no lo sabes porque huiste como la rata que eres.

—Te has ocultado todo este tiempo.

—Sabía que tu gente estaría pendiente de lo que se dijera y afortunadamente mi servicio es muy discreto —dijo divertido—. Esperé meses a saber de ti y de pronto... llega esa doncella con un cotilleo buenísimo. El señor Sherman hablaba maravillas de la Marquesa viuda de Elridge. Sorpresa, sorpresa, estabas en Boston donando una cantidad ingente de dinero para que le pongan el nombre de nuestra hija a un hospital.

Ella se quedó en silencio observándole porque aún no se lo podía creer. Estaba vivo. Puede que la odiara, pero estaba tan feliz por verle de nuevo que ni sabía qué decir.

Orwell bebió otra vez sin dejar de observarla con odio. —Así que ahora le has echado el ojo a otro.

Le miró sin comprender. —¿Qué?

—Mortimer Smith. —Hizo una mueca. —Preciosa, al parecer nunca te detienes. ¿Qué pensabas hacer? ¿Matarle también para quedarte con su dinero? Aquí no es como en Inglaterra, ¿no es cierto? La viuda no queda a merced de los hijos del esposo. ¿Qué ibas a hacer? ¿Convencerle de que te dejara su dinero y después matarle como a los demás?

Se quedó de piedra. —Yo no he matado a nadie.

Orwell se echó a reír. —¿No me digas? Me mataste a mí, ¿recuerdas? Y al viejo.

—¿Pero qué dices? ¡Se murió solo y lo tuyo fue un accidente!

—¡Me enterrasteis vivo! —gritó furioso tirando la botella sobre su cabeza. Eathelyn se encogió ignorando que un cristal se clavaba sobre su hombro. Ahí empezó a darse cuenta de la situación en la que se encontraba y el terror la recorrió. La odiaba con todas sus fuerzas. Ahora

tenía la peor opinión que se podía tener de ella y no duraría en matarla. Intentó encoger las piernas y sintió un tirón en el tobillo. Asustada quitó la tosca manta que la cubría y Orwell se echó a reír cuando palideció al ver el grillete. —No te esfuerces en escapar porque solo saldrás de aquí cuando yo quiera y solo cuando esté satisfecho. En el estado en que salgas depende de ti.

Le miró a los ojos. —¿Qué quieres?

—Sí, ya sé que te gusta ir al grano. —Divertido cogió unos papeles que había sobre la mesa. —¿Qué quiero? Quiero a mi hija.

Se quedó sin aire viendo como le ponía los papeles sobre las piernas. Era un testamento. —Vas a morir. Te encontrarán en una cuneta como la puta que eres —dijo con frialdad mientras ella se estremecía de miedo—. Ahí me dejas a la niña como dijiste delante del doctor el día de su nacimiento. ¿Lo recuerdas, preciosa? Querías que fuera su tutor y eso es lo que voy a ser. Ahí me dejas toda su fortuna para que yo la administre y cuide de ella. Como debe ser porque soy su padre. Me la has quitado ya demasiado tiempo. —Cogió una pluma de la mesa que había al lado de la cama y la metió en el tintero antes de tendérsela. —Firma.

Sabía que en cuanto firmara la mataría. La odiaba con todas sus fuerzas. Solo había que ver sus ojos, pero si cedía y firmaba estaría sellando su sentencia de muerte.

Levantó la vista hasta su rostro. —No.

Él sonrió de una manera que le puso los pelos de punta antes de que un tortazo la tirara de la cama. Gimió de dolor porque la pierna atada había quedado colgando en una mala posición. Chilló cuando la agarró del pelo levantándola para colocarla sobre la cama. —¡Te juro que ahora te destriparía viva así que no me tientes y firma! ¡Me designaste su tutor! ¡Todo Londres lo sabe! Esto es solo un trámite, querida.

—Mientes. ¡Si no firmo no tendrás nada! ¡Ya he hecho testamento de nuevo y tú lo sabes! ¡Nona cuidará de Kim! —Otro tortazo la hizo golpearse contra el cabecero de la cama y sintió que su frente se cortaba. Una gota de sangre cayó sobre su ceja, pero medio mareada ni se dio

cuenta. Él furioso la cogió por los mofletes con una sola mano. —Escúchame bien. Puedes morir de dos maneras, sufriendo o de un tiro en la cabeza. Tú decides.

—No voy a firmar eso.

—¿No? —Cogió su mano izquierda y la arrastró sobre la cama hasta la mesilla. Cogió por un extremo un pedazo de madera ardiendo de la chimenea y giró su mano poniendo la palma hacia arriba. —¿No, preciosa? Ya lo veremos.

Al sentir el madero ardiendo sobre la palma gritó de dolor intentando soltarse, pero fue inflexible observando el resultado de su tortura. —¿Duele? —Tiró el leño a la chimenea y Eathelyn lloriqueando se llevó la mano al pecho sintiéndola en carne viva. Él se agachó ante ella y apartó sus rizos de su cara. —Ahora ya no eres tan perfecta, ¿verdad? Aunque nunca lo has sido. Cuando termine contigo vas a ser tan horrible por fuera como lo eres por dentro, zorra calculadora. ¡Firma!

Miró sus ojos grises sintiendo una pena infinita pero aun así susurró —No.

Orwell furioso se incorporó. —No me hagas esto, preciosa. ¡Firma!

Lloriqueó porque con esas palabras le estaba demostrando que no quería hacerlo. Sabía que si firmaba todo acabaría pronto, pero no pensaba rendirse. —No. —El puñetazo la tiró sobre la cama y antes de perder el sentido vio como gritaba llevándose las manos a la cabeza.

## Capítulo 12

Intentó abrir el ojo, pero lo tenía tan hinchado que no era capaz. Con el otro le vio sentado ante el fuego con la mirada perdida y con una botella vacía entre sus manos. Parecía torturado. Vio lo que había hecho con él y eso la destrozó por dentro. No se parecía en nada al hombre que había conocido en la finca de sus padres. No era el hombre feliz y despreocupado de entonces, y su aspecto era desastroso. Su cabello estaba mucho más largo y estaba más delgado. Y era evidente que ahora dependía del alcohol por cómo bebía.

—Nunca quise hacerte daño —susurró haciendo que se tensara—. Todo fue culpa mía. Tenía que haberme ido cuando supe que mis padres iban a casarme. Te metí en esto y no tenía derecho.

Él bebió de su botella. —Eso ya ha quedado muy atrás, ¿no crees?

—No ha quedado atrás porque estamos aquí —susurró ignorando el latente dolor de su mano.

—Eso es evidente. —La fulminó con la mirada. —Pero se te olvida decir que estamos aquí porque quisiste matarme, preciosa. Porque eres una zorra a la que le estorbaba mi insistencia en casarme contigo y quiso quitarme de su camino. ¡Ahora eres tú la que me estorbas, así que firma de una puta vez para que pueda llevarme a mi hija a casa!

—¡Nunca firmaré ese papel, así que si quieres matarme hazlo ya!

Él se echó a reír. —Claro que firmarás. ¡No vas a quitármela más tiempo!

Golpeó la botella contra la mesilla y Eathelyn chilló cuando la agarró por la melena elevando

su rostro. —Debería rajarte de arriba abajo —dijo con rabia poniendo la botella bajo su barbilla. Asustada sintió como el cristal se clavaba en su delicada piel y una gota de sangre recorrió su cuello. Tembló mirando sus fríos ojos grises—. ¿Ahora vas a llorar? —preguntó él con cinismo.

Una lágrima recorrió su mejilla hinchada hasta llegar al borde de su labio y él la vio desaparecer cuando cayó por su barbilla. Levantó la vista hasta sus ojos que asustados le observaban. —Te odio —dijo con rabia.

—Lo sé. —Él miró sus labios de nuevo y Eathelyn sintió que le daba un vuelco el corazón. Él tiró la botella a un lado sobresaltándola y llevó su mano libre hasta su labio inferior pasando su pulgar sobre él como si ansiara tocarlo. Separó los labios sin poder evitarlo y sintió como él se tensaba. La miró a los ojos y apretó la mano en su nuca tirando de su cabeza hacia atrás mostrando su cuello. Gritó de placer al sentir como rasgaba su camisón mostrando sus pechos. —Te han crecido, preciosa —dijo con voz ronca antes de agacharse y tirar de uno de sus pezones con los dientes. —¿Has alimentado a mi hija? —preguntó posesivo antes de amasar su pecho. Eathelyn arqueó la espalda sin darse cuenta y cuando él metió su pezón en su boca chupando con fuerza creyó que se moría. Él rudo amasó su pecho antes de arrodillarse entre sus piernas rasgando el resto de su camisón. —¿Quieres esto, preciosa? —Pasó la mano por su entrepierna y él sonrió con desprecio. —¿Crees que esto va a hacerme cambiar de opinión?

Deseando sentirle aunque solo fuera una vez susurró —Por favor.

Él se abrió el pantalón mostrando su miembro endurecido, pero ella no dejó de mirar sus ojos. Sabía que quería hacer de aquello algo sucio pero cualquier caricia por mínima que fuera para ella era un tesoro porque sabía que la odiaba y no podía soportarlo. Cuando se tumbó sobre ella gimió cerrando los ojos al sentir su miembro rozándola y llevó su mano a su cuello queriendo aferrarse a él, pero furioso cogió sus muñecas colocándolas sobre su cabeza. —No me toques —dijo con rabia antes de entrar en ella de un solo empujón.

Gritó de la sorpresa cerrando los ojos porque sintió algo de dolor, pero cuando se movió de

nuevo la recorrió un placer exquisito. Orwell fue rudo en cada uno de sus movimientos, pero con cada uno de ellos la fue elevando a un placer increíble. La hizo gritar de necesidad con cada empujón hasta que el placer les tensó de tal manera que solo buscaban liberación. Orwell besó sus labios como si la necesitara y aceleró el ritmo de manera desenfrenada hasta que entró en ella con tal fuerza que la hizo estremecerse de placer entre sus brazos.

Escuchó su respiración agitada en su oído y como su corazón latía al unísono con el suyo. Se sintió tan feliz en ese momento que ni se dio cuenta de que bajaba la mano para tocar su nuca. Se dio cuenta de su error cuando sintió como se tensaba al sentir su tacto, pero aun así le acarició de nuevo. Orwell sujetó su mano con fuerza apartándola de él como si le repugnara antes de mirarla a los ojos. El odio de su mirada le retorció el corazón. —Lo siento.

—Ya puedes sentirlo. —Se apartó de ella y se volvió cerrándose los pantalones antes de salir de la casa dando un portazo.

Reprimiendo un sollozo miró a su alrededor y vio un cristal sobre la mesilla encima de los papeles. Sabía que no saldría de allí con vida. Su orgullo le impediría no llevar a cabo sus planes y se negaba a que él siguiera sufriendo por su culpa. Se negaba que llevara su muerte sobre su conciencia. Amaba a su hija tanto como ella y se lo había demostrado. Sentía que de alguna manera se la había robado. No, no había futuro para ella, pero al menos su niña podría tener un futuro a su lado. Podría crecer con su padre. Sabía que ella le curaría. Rezaba por ello y por no estar cometiendo un error que le destrozara la vida, pero era injusto dejársela a Nona cuando sabía que él la quería.

Cogió los papeles y la pluma del tintero. Firmó donde estaba su nombre antes de poner debajo: *“Te deseo toda la felicidad del mundo. Cuídala y ámala, por favor. Espero que algún día puedas perdonarme. Jamás quise herirte.”*

Reprimiendo las lágrimas dejó los papeles sobre la mesilla para que se secara su firma y cogió el cristal. Sabiendo que no volvería a ver a su niña rezó por estar haciendo lo correcto.

Cortó su muñeca y sorprendentemente no sintió dolor. Cortó la otra y dejó caer el cristal al suelo tumbándose en la cama. Se preguntó si conocería a su madre. Si iría al cielo o al infierno por todo lo que había hecho. Pero sobre todo pensó en su niña y en Orwell. Sintió como le abandonaban las fuerzas y sonrió viendo a Orwell levantando a su niña. Ambos eran felices y se dijo que había hecho lo correcto.

Medio mareada vio como abría la puerta y su cara de sorpresa. —¡Eathelyn! —gritó antes de acercarse para cogerla entre sus brazos elevándola—. ¿Qué has hecho? —Desesperado cogió su mano para ver como la sangre manaba de sus venas. —¡No, no!

—Te amé desde el primer instante en que te vi.

Orwell gritó abrazándola con fuerza. —¡Eathelyn!

—Lo siento —dijo antes de perder el sentido sin escuchar su grito de dolor.

Una caricia en su mejilla la despertó y sintiendo sus labios agrietados abrió sus ojos muy dolorida. Nona estaba a su lado y susurró —¿Ha sido un sueño?

—No, cielo. Se te llevó de casa sin que nadie se diera cuenta. Niña, ¿qué has hecho?

Negó con la cabeza sin creerse que estaba allí. —¿Dónde está?

—Estoy aquí, preciosa.

Siguió el sonido de su voz para verle al lado de la chimenea mirando el fuego. —¿Qué has hecho? —preguntó agotada—. Podías haberte quedado con ella...

La fulminó con la mirada. —Así no.

Se le cortó el aliento. —Entiendo, quieres que sufra más.

—Niña... —Nona impresionada miró a Orwell. —¿De qué está hablando?

—Déjanos solos —dijo con autoridad levantándose de su sillón.

—¡No! Tú la has golpeado, ¿verdad? ¡Tú has forzado esa firma! ¡Tú hiciste que casi se matara!

—¡Fuera!

—¿Querías que sufriera? ¡Lleva sufriendo toda su vida! —gritó alterada—. ¡Los que decían que eran sus padres nunca la amaron, nunca la cuidaron! ¡Solo la utilizaron para conseguir dinero! ¡Qué querías que hiciera cuando se enteró de que iban a casarla con un viejo! ¡Te utilizó, sí! ¡Pero era su única salida!

—Nona... sal de la habitación.

—¡No! ¡A mí no vais a callarme! —Fulminó a Orwell con la mirada. —¡Hizo lo que había que hacer para sobrevivir! ¡No la culpes por defraudarla! ¡Te acostaste con otras! ¡Mientras la que decías que era tu mujer acababa de parir a tu hija tú retozabas con otras! ¡Cómo iba a confiar en ti! ¡No la culpes por protegerse después de todo el daño que le había hecho la gente que debía amarla!

—¡No me acosté con otras! —le gritó a la cara a Nona. A las dos se les cortó el aliento.

—¿Qué?

Orwell apretó los labios. —Eso ya no tiene importancia. —Miró a Eathelyn fríamente. —En cuanto te recuperes, nos casaremos y regresaremos a casa.

—¿Qué?

—¡Esto se acabó! —gritó sobresaltándola—. ¡A partir de ahora se hará lo que yo diga si no queréis acabar todos en la cárcel incluidos esos que se quedaron en Inglaterra! —Ambas asintieron. —Ahora voy a ver a la niña —dijo entre dientes antes de salir dando un portazo.

Asombradas se miraron. —¿No ha compartido lecho con ellas? —preguntó esperanzada.

—No lo sé, pero lo que sí sé es que tienes que recuperarte. —Nona le sirvió algo de agua y se

la acercó a la boca.

El doctor Doydy apretó los labios cerrando el vendaje de su muñeca izquierda bajo la atenta mirada de Orwell, que con los brazos cruzados no se movía de los pies de la cama. —Milady...

—¿Cómo se encuentra? —le cortó Orwell muy tenso.

Él suspiró volviéndose. —Vizconde, las heridas están cicatrizando bien.

—¿Cuándo podrá viajar? Me la llevo a casa. A Inglaterra.

El médico la miró de reojo, pero ella no abrió la boca por la cuenta que le traía. Nona estaba muy asustada y lo demostró apretándose las manos en la esquina donde esperaba.

—Milady, le había aconsejado descanso y que la atacaran no ha cambiado mi opinión. Todo lo contrario. Al menos dos semanas en cama. Esos golpes que ha recibido deben curar, así como las heridas de las muñecas. Ha perdido mucha sangre y no aconsejo que se vaya de momento por si enferma durante la travesía.

Ella miró a Orwell a los ojos y este apartó la vista como si le asqueara su presencia. —Entendido, doctor —dijo él—. No se preocupe, me ocuparé de que no se levante de la cama hasta que usted diga. —El médico sonrió. —Le acompaño a la puerta.

—Cómo me alegro de que haya venido de visita, Vizconde —dijo cogiendo el maletín dejándolas atónitas. ¡Se lo había ganado completamente! —. Así que es el padrino de la niña. Es una muñequita.

Orwell sonrió. —Sí que lo es. Hacía tiempo que no la veía y me ha sorprendido todo lo que ha crecido.

—Ahora debemos cuidar de su madre. Pobrecita, la mala suerte que tiene. Que la hayan secuestrado en su propia cama... Lo que me tiene confuso son las heridas en las muñecas —dijo

saliendo por la puerta.

—La pobrecita temió porque la pegaran más y quiso buscar una salida, doctor.

—Malditos hijos de perra. ¿Les han cogido? —preguntó el médico mientras él cerraba la puerta.

—¿Coger a quién? —preguntó asombrada a Nona.

—Ni idea. Hasta ha hablado con la policía... —Se acercó a la cama. —Se ha cubierto muy bien las espaldas. Es muy listo.

—Más que nosotras seguro. ¡Le enterramos vivo!

Nona se puso como un tomate. —Seguro que fueron los nervios. Mi niña nunca había matado a nadie.

Dalia pálida entró en la habitación como si la hubieran invocado. —La policía sigue buscando.

—¿A quién?

—A quien te atacó. Eso le ha dicho al doctor. —Descompuesta se acercó a la cama. —¿Le has dicho que he sido yo?

—Claro que no.

—Porque este me mata. Me mira de una manera... —Entrecerró los ojos. —Yo creo que lo sabe.

—No sabe nada. Me echa la culpa a mí. Fui yo la que tenía que haber llamado al médico. —Pensó en ello. —Lo que no entiendo es que quiera casarse. —Sus amigas se encogieron de hombros sin entender nada. —Si hubiera muerto se hubiera quedado con todo.

—Pero es que se ha quedado con todo, niña. Incluida tú.

Sus preciosos ojos brillaron. —Me ha salvado la vida.

—Después de molerte a golpes —replicó Dalia.

Hizo una mueca. —Estaba furioso.

—No, guapa... No estaba furioso. Está furioso. Parece que va a matar con sus propias manos a todos con los que se cruza. Si Sheldon tiembla cada vez que se acerca para servirle la cena, que por cierto tiene que probar porque no se fía de nadie. Cree que le despacharemos en cuanto podamos.

—¿De verdad?

—Hay que ser desconfiado —dijo Nona entre dientes.

—Bueno, teniendo en cuenta que cree que soy una matamaridos, no me extraña nada que piense así. —Preocupada se mordió el labio inferior y se hizo daño en la herida que tenía en él. —Lo que no entiendo es que quiera cargar conmigo.

Nona jadeó indignada. —¿Cargar contigo? Debería estar muy contento de ello. —Dalia y Eathelyn la miraron incrédulas. —Es un partido estupendo —dijo orgullosa—. Rica, guapa y la madre de su hija. ¿Qué más quiere?

—¿Que no intente matarle?

—Bah, esos son rocecillos tontos de las parejas.

La puerta se abrió de golpe sobresaltándolas y Orwell sonrió, pero de una manera que ponía los pelos de punta. —Reunión de brujas. ¿Qué tramáis ahora?

—Nada, milord —dijo Dalia apretándose las manos de los nervios.

—¡Fuera!

Asombrada vio como casi salían corriendo. Estaba claro quien mandaba ahora.

Sin saber qué decir le observó mientras se acercaba a la cama sin quitarle ojo. Sus ojos grises demostraban que estaba furioso. No le extrañaba nada que tuviera a toda la casa intimidada. —

Eathelyn...

—¿Si? —preguntó tímidamente.

—¿Has gastado casi la mitad de la fortuna de nuestra hija?

Gimió por dentro. —Tenía que comprar cosas. La casa...

—¡Ha costado una fortuna!

—La fábrica...

—¡No tienes ni idea de negocios!

—El hospital...

—¿Es que estás loca? —gritó furibundo—. ¡Tu administrador te advirtió!

—Qué sabrá ese hombre. —La miró asombrado. —Y además, ¿qué te importa? Era el dinero del Marqués. —Entrecerró los ojos. —¿Tienes problemas de dinero?

—¿Yo? ¡Y si los tuviera no me dedico a matar viejos para quedarme con su fortuna!

—¡Y dale! ¡Que yo no maté a nadie!

Él gruñó entrecerrando los ojos. —Mejor dejamos el tema. Ya he dado la orden para que se venda todo.

Jadeó indignada. —¿Con qué derecho?

—¡Con el que me da ser tu marido! ¡Y no me rechistes! ¿Acaso no te quedó claro cuando te dije que a partir de ahora se hará lo que yo diga? —La señaló con el dedo. —¡Que te quede claro si no quieres que esas dos a las que aprecias tanto no terminen tiradas en una cuneta o con la sogá al cuello!

Cerró la boca de inmediato y él sonrió malicioso. —Ahora que hemos aclarado este punto, tienes una semana para recoger. He comprado los billetes para el lunes que viene y... — Llamaron a la puerta y molesto por la interrupción gritó —¿Qué?

La puerta se abrió mostrando al mayordomo que inclinó la cabeza. —Vizconde, la Marquesa tiene visita.

—La Marquesa... —dijo entre dientes—. ¡La Marquesa no recibe a nadie!

Sheldon asintió antes de salir a toda prisa. Orwell la fulminó con la mirada como si fuera culpa suya. —Como iba diciendo, el lunes que viene nos vamos. Y no os llevaréis media casa, así que ya puedes ir organizándote.

—¿Y el servicio? Sheldon ya es muy mayor, no encontrará trabajo. Además la niñera no se si querrá venir. Tiene marido, familia...

—¡Pues que cuiden a la niña esas dos holgazanas que se creen las dueñas!

Escucharon un jadeo en la puerta de comunicación a la habitación de al lado y él gruñó —No puede ser... —Caminó con grandes zancadas atravesando la habitación.

—¡Corred! —gritó ella sin poder evitarlo.

Se escucharon pasos apresurados al otro lado mientras Orwell abría la puerta de golpe. Al no encontrarlas cerró de un portazo. —Me crisan los nervios.

—Querido, tengo la sensación de que últimamente todo te crispa los nervios.

—¡Sería el porrazo que me dio alguna de esas en la cabeza!

—¡No fueron ellas!

—¡Preciosa, no me tomes por tonto!

Volvieron a llamar a la puerta y abrió él mismo. —¿Qué? —gritó sobresaltando al mayordomo.

—No se va, milord. Dice que quiere asegurarse de que la Marquesa está bien —dijo intimidado.

—¿Quién es?

El mayordomo se acercó para decir en voz baja —El vecino. Mortimer Smith. Yo creo que quiere cortejar a la Marquesa, Vizconde.

—¿No me diga, buen hombre? —Giró la cabeza y ella gimió por dentro porque increíblemente estaba aún más enfadado. —Ahora bajo —dijo entre dientes.

—Sí, Vizconde —dijo antes de cerrar la puerta.

—No le he dado alas.

—No, claro que no.

—¡No! ¡No lo he hecho! ¡Si dice por ahí que voy a ser su mujer no es culpa mía! —gritó sin pensar de los nervios.

—¿Que ha dicho qué? —Lo preguntó de una manera tan suave que a ella se le pusieron los pelos de punta.

—¡Eso, ella quería mudarse para no verle más! —gritó Dalia desde la habitación de al lado.

—La madre que... —Salió de la habitación dando un portazo y su amiga abrió la puerta de comunicación.

—Corre, corre, que desde aquí no me entero.

—¡A ver si me llevo una tunda! —Al ver que iba a salir de la cama gritó —¡Ya voy yo, pesada!

Impaciente esperó sentada en la cama. Los gritos en el piso de abajo hicieron que dejara caer la mandíbula del asombro. —¿Pero qué está pasando?

Apartó las mantas para salir de la cama y dolorida salió de la habitación para ver como Orwell sacaba a empujones a Mortimer hasta el hall. —¡Largo de esta casa!

—¡No me voy hasta comprobar que esté bien! ¡No me fío de usted, Vizconde! ¡Ella huía de algo y veo una casualidad enorme que haya llegado usted justo en este momento que ha sido

atacada!

Algo debió llamarle la atención porque miró hacia arriba y Eathelyn se quedó sin aliento al ver que palidecía. —Dios mío, ¿qué te han hecho?

Sentir que un desconocido se preocupaba por ella más que el padre de su hija la emocionó y sus preciosos ojos azules se cuajaron de lágrimas. —Estoy bien.

Él dio un paso hacia la escalera, pero Orwell perdió la paciencia pegándole un puñetazo que tiró a Mortimer al suelo. Eathelyn jadeó tapándose la boca. —¡Fuera de esta casa! —gritó él furioso apretando los puños—. ¡No es suya!

Mortimer se pasó la mano por la boca antes de mirarle con rencor. —Tampoco suya. ¡Es libre para elegir!

—No —sentenció Orwell—. No es libre para elegir. Fue mía desde que ella me dio su corazón.

Todos se quedaron en silencio y Mortimer la miró. —¿Es cierto? ¿Amas a este hombre?

Angustiada miró a Orwell que tenso esperaba su respuesta. Y sabía que no podía dar un paso en falso porque todos se jugaban mucho. En otro momento lo negaría por su comportamiento, por puro orgullo, pero ahora estaba entre la espada y la pared así que decidió ser sincera. Miró a Mortimer a los ojos. —Sí, le amo. Y si sufría era porque él ya no estaba a mi lado.

Mortimer apretó los labios levantándose. —No te creo. —Separó los labios impresionada por su convencimiento. —No veo a una mujer feliz por el regreso de su amado. Sigues sufriendo y lo veo en tus ojos. Le temes. Y no pienso dejar que sigas sufriendo.

Salió de la casa dando un portazo y todos se quedaron en silencio durante unos segundos hasta que Orwell reaccionó y gritó —¡Vuelve a la cama!

Dalia corrió escaleras arriba mientras ella miraba sus ojos sin moverse de su sitio. Su amiga la cogió con cuidado por la cintura y susurró —Vamos a la cama.

Una lágrima cayó por su mejilla hinchada porque no parecía arrepentido de su comportamiento. La llegada de Mortimer le mostraba que había otra manera de amar. De querer proteger a la persona amada. De querer que fuera feliz. Orwell nunca le había mostrado ningún sentimiento excepto deseo.

Dejó que su amiga la guiara hasta su habitación recordando su mirada el día de su boda con el Marqués. Mortimer no lo hubiera consentido. Tenía la certeza que no lo hubiera hecho y todo hubiera sido muy distinto. Pero Orwell no la amaba, así que dejó que se casara con él y se fue abandonándola a su destino.

—No pienses más porque eso solo te va a hacer sufrir.

—Me ama —dijo impresionada.

—No te conoce. No puede amar lo que no conoce. Solo está fascinado y eso es peligroso —dijo ayudándola a tumbarse—. Ese tipo se juega el cuello.

—Yo me enamoré de Orwell desde que le vi.

Dalia se sentó a su lado. —No, amiga. Te fascinó. Luego vinieron las verdades. Como que era un disoluto y quisiste aprovecharte de eso para atraparlo.

—Maldito Pastor...

Dalia soltó una risita. —Ya recibirá su merecido. Ahora duerme un poco.

—Nos vamos.

Su amiga apretó los labios agachando la mirada. —Lo sé.

—John...

—Eso no iba a ningún sitio. Ya le oíste. Lo que me fastidia es despedirme del carnicero. Empezaba a caerme bien. El otro día me regaló una pata de cordero.

Sonrió sin poder evitarlo. —¿Estaba buena?

—Pues no lo sé porque desapareciste y no sé qué pasó con ella. —Acarició su mano con el pulgar. —Me asustaste.

—Lo siento. Y siento que por mi culpa estéis dando tumbos de un lado a otro.

—No fue tu culpa venir a América. Fue mía.

—¡Lo sabía!

Dalia se sobresaltó levantándose y ambas vieron a Orwell en la puerta. —¡Sabía que habías sido tú!

—No hizo nada —dijo ella asustada sentándose.

Él la señaló con el dedo. —¡Tumbate!

Lo hizo de golpe mientras Dalia pálida se apretaba las manos. —Solo quería que la soltara.

—Fue sin querer. Ella no quería.

—¿No quería? ¡Me enterró vivo!

—Es que no soy médico y creí... ¡Qué la había espichado! Se me fue la mano.

—¡Y tanto! ¡Debería denunciarte!

Asustada miró a Eathelyn que se tensó sentándose de nuevo. —Dalia sal de la habitación.

—De eso nada —dijo Orwell con ganas de sangre.

—¡Sal!

Su amiga salió corriendo y Eathelyn miró fijamente a Orwell—Querido estás perdiendo los nervios. Tienes tanto que callar como yo. Si la denuncias entonces yo te denunciaré a ti. Y aquí mi reputación es mucho mejor que en Londres.

Orwell apretó los labios. —¿Sí? ¿Tanto como para que con esa reputación ocultes un intento de asesinato?

—¿La tuya es tan buena como para librarte de la horca por secuestrarme y golpearme?

Él tensó la espalda. —¿Quieres tensar la cuerda, preciosa? —Se echó a reír con cinismo. — Eres increíble. Pasas a nuestra hija por hija del Marqués, a ese niño por el heredero del Marqués...

Se le cortó el aliento. —¿Cómo sabes eso?

—No me interrumpas. ¿Por dónde iba? Oh, sí. Intentas matarme para deshacerte de mí.

—No fue así.

—Díselo al tribunal. ¡Creo que la soga aprieta más en tu cuello que en el mío! ¡Si cuento la verdad, si mi abogado cuenta todo lo que sé, vas a sentir esa soga apretando ese delicioso cuello con mucha fuerza! ¡Así que no me retes! —Salió de la habitación dando un portazo mientras ella estaba con la boca abierta. La puerta se abrió de nuevo y Orwell fuera de sí la señaló. —Y ese... Ese... ¡No vuelvas a dirigirle la palabra! ¡Te lo ordeno! —Salió de nuevo golpeando con tanta fuerza que la niña se echó a llorar. —¿Dónde diablos está la niñera? ¿No oye a la niña? ¡Mi Kim no debe llorar! ¡Nunca!

De repente algo calentó su pecho y se llevó la mano a él. ¡No estaba enfadado porque sí! ¡Estaba celoso! Se tumbó con una sonrisa en el rostro. Estaba celoso y la había salvado. Puede que aún pudieran cumplirse sus sueños. Puede que hubiera esperanza para ellos.

## Capítulo 13

Acarició la barbilla de su hija que alargó la manita para coger un mechón de su cabello. Sonrió sin poder evitarlo. —Debes dormir, ya es muy tarde.

—Eso mismo pienso yo sobre ti.

Sorprendida levantó la vista para ver a Orwell en la puerta que comunicaba con la habitación de al lado. No le había visto en todo el día después de su discusión y parecía más calmado. Aunque estaba tenso. Vio como se acercaba a ella únicamente vestido con el pantalón negro que se había puesto para la cena y su camisa a medio abrochar. Estaba tan guapo que su corazón saltó en su pecho. Parecía el canalla que había conocido.

—La escuché y me levanté a por ella.

—Esa niñera no me gusta. No se entera de nada.

Parecía que quería mantener las distancias porque se inclinó para sonreír a su hija cuando hubiera estado más cómodo sentado a su lado.

—Mira, tiene una peca en el dedo del pie —dijo ella sin darle importancia.

Orwell frunció el ceño. —¿Eso es malo? Llamaré al doctor.

—No es malo, Orwell. —Sonrió a su hija. —Está muy sana.

—Por si acaso. —Miró a su alrededor. —No has mandado recoger nada.

—Porque no me llevo nada. Solo algo de ropa para el viaje. Madame Blanchard me hará un vestuario nuevo que pagará mi marido. —Reprimió la risa al ver como parpadeaba.

—Seguro que tienes muchos vestidos. —Fue hasta el armario y vio que estaba lleno de vestidos negros. —¿Y esto?

—Soy una viuda respetable.

—Eso será aquí porque... Bueno, da igual. Seguro que en Londres tienes.

—Esos los regalé. Cuando nació la niña ya no me valían.

—¡Pues recuerdo cierto baile en el que ibas muy bien vestida! ¡Rectifico porque solo se te veía el pecho!

Jadeó indignada. —Menuda mentira. Solo iba a la moda.

—A partir de ahora quiero que te pongas esos encajes que cubren hasta el cuello.

Chasqueó la lengua mirando a Kim. —No entiende nada de moda. Pero tranquila, que yo estoy aquí para cuando haya que elegir telas, encajes... —Abrió los ojos como platos. —Y lazos. Los lazos son muy importantes. —Orwell sonrió acercándose de nuevo. —Y cuando seas una señorita tendrás muchos pretendientes. —Él gruñó sentándose a su lado lo que fue un pequeño triunfo. Orwell cogió la manita de la niña mientras ella reía por lo bajo. —A papá no le gustan los pretendientes, pero vas a tener la presentación más increíble que se haya visto en Londres y tendrás muchos hombres que pedirán tu mano.

—Preciosa no le digas eso. Además, ¿no está comprometida con Andrew?

—Rosalba y yo hemos decidido que se casen por amor. Así que habrá presentación. Coqueteará, irá a bailes maravillosos y todos se pelearán por estar a su lado.

Él sonrió mirándola. —¿Eso querías tú?

Levantó la vista sorprendida. —¿Yo? —Apretó los labios. —No, en el fondo sabía que no tendría nada de eso. Jamás movieron un dedo por mí, pero es lógico, supongo.

—¿Lógico? No creo que sea lógico. Lo lógico es que una madre desee la vida que tú acabas de decir a tu niña.

Se sonrojó ligeramente porque él no sabía nada. Solo lo sabían Nona y Dalia. Agachó la mirada y acarició la mejilla de su hija. —Es que no eran mis padres de verdad. Me enteré el día de mi boda. —Escuchó como se le cortaba el aliento. —Soy la hermana ilegítima de la que consideraba mi madre. —Hizo una mueca. —Así que soy un fraude de principio a fin. —Acarició la mejilla de su hija de nuevo. —Y he convertido a mi hija en otro fraude. Debe ser cierto eso de que la historia se repite.

—¿Eres hija de tu abuelo?

Le miró de reojo. —Y de su amante. ¿Te preocupa?

—Me sorprende. Aunque casi es un alivio que no seas hija de esa zorra. —Para ella sí que fue un alivio escuchar esas palabras. —Joder, preciosa... No dejas de sorprenderme.

—¿Y eso es malo?

—Te aseguro que vivía mucho más tranquilo cuando no te conocía.

Intentó encajar esas palabras, aunque era lógico que pensara así. —Lo siento.

Para su sorpresa él sonrió. —Pues yo no. Si no te hubieras comportado así ella no estaría aquí. No vuelvas a negármela, preciosa. No volveré a perdonarte.

Se le cortó el aliento cuando se levantó cogiendo a la niña de entre sus brazos y se estremeció cuando su mano rozó su pecho. Él la miró intensamente alejándose. —Voy a llevarla a su cuna, debes dormir.

—Sí —susurró sintiendo la boca seca. Cuando él se volvió sus ojos fueron a parar a su duro trasero y sin poder evitarlo recordó cuando aquella primera noche se lo arañó en un momento de pasión. Se sonrojó con fuerza y él se volvió antes de salir sorprendiéndola, lo que la sonrojó aún más—. Buenas noches —dijo mirándola con desconfianza.

—Buenas noches. —Como un tomate se tumbó tapándose hasta la barbilla. Vio que él salía de la habitación sin quitarle ojo y suspiró apartando las sábanas. Menudo calor que hacía allí. Se levantó y fue hasta la ventana levantándola para que entrara la brisa. Regresó a la cama y apagó la luz de la lámpara antes de suspirar de nuevo llevándose la mano al vientre. Su índice recorrió la cicatriz de su vientre y pensó que igual si tenía suerte podría darle un hijo. Escuchó un golpe en la ventana que la sobresaltó y se sentó como un resorte para ver un saliente de madera en el alfeizar. Asustada se levantó y cogió el jarrón que había sobre el aparador escondiéndose tras la cortina. Escuchó que alguien bufaba como si le costara subir y Eathelyn asustada vio una cabeza. Chilló levantando el jarrón sobre su cabeza antes de estrellárselo en la coronilla. El hombre gimió antes de perder el sentido cayendo ante sus pies.

La puerta se abrió de golpe y Orwell entró ya sin camisa en la habitación. —¿Qué ocurre? —Miró hacia la cama. —¿Eathelyn?

Salió de la penumbra. —Estoy aquí.

Él miró hacia ella y entrecerró los ojos al ver la ventana abierta mientras la puerta principal se abría de golpe mostrando a Nona en camisón. —¿Qué pasa?

—Han intentado asaltar la casa. Pero le he detenido. —Miró hacia abajo y ellos estiraron el cuello porque la cama estaba en medio.

Orwell rodeó la cama y juró por lo bajo agachándose y dándole la vuelta. La luz de la luna mostró su rostro antes de que se acercara Nona con la lámpara de aceite. —¡Mortimer!

Su prometido la fulminó con la mirada. —¿Qué hacía este aquí?

—Y yo qué sé.

—¿Seguro que no lo sabes? —preguntó molesto.

—¡Pues no! Sino no le hubiera arreado, ¿no crees? —Jadeó ofendidísima. —¡Yo no tengo encuentros nocturnos con hombres, milord!

—¿Te recuerdo cómo engendramos a la niña?

—Shusss. ¡Tienes que ser más discreto! —Miró a su asaltante y sonrió. —Debía querer rescatarme. ¿No es un cielo?

Él gruñó agachándose de nuevo y le cogió por los sobacos tirando de su cuerpo hacia la ventana. —¿Qué haces? ¿No irás a tirarle por la ventana? ¿Estás loco?

—¡A mí me enterraste vivo y no te preocupaste tanto!

—¿Vas a estar recordándomelo siempre? Mira que eres rencoroso.

—Vizconde no quiero meterme donde no me importa... —dijo Nona—. ¿Pero no es mejor bajarle por la escalera? Para no meternos en más líos que ya tenemos bastantes.

—¡Este cabrón venía a llevarse a mi mujer! ¡Así cerramos este asunto! —Tiró de él hacia la ventana.

—¡No! —chillaron las dos a la vez deteniéndole.

—Este imbécil cada vez me cae peor. —Las fulminó con la mirada. —¿Voy a dejar que se vaya de rositas?

—Bueno, igual se queda tonto del golpe. Ya le he arreado yo.

—¡Sí, pero yo no le he tocado un pelo! —dijo con ganas de sangre.

Ambas se miraron. —Bueno, si le da un par de golpes... —dijo Nona—. De todas maneras no se va a enterar.

—No, que igual lo mata con un mal golpe —dijo por lo bajo—. Y eso sería otro lío. Pobrecito, está enamorado. Se hacen muchas tonterías por amor.

Dalia entró en la habitación con el atizador de una chimenea y ellas pusieron los ojos en blanco. Su amiga frunció el ceño. —¿Qué hacéis?

—Deshacernos de una sanguijuela. —Orwell se acercó más a la ventana y preocupada le

agarró por la cinturilla del pantalón. —Preciosa, no voy a cambiar de opinión.

—¡Suéltale! —Tiró de él con fuerza para impedir que le tirara. —¡Ay! —Soltó su cinturilla mirándose la mano y Orwell tiró a Mortimer al suelo para cogérsela con delicadeza.

—¿Qué tienes? ¿Te has hecho daño?

Sorprendida vio como revisaba la venda de su muñeca preocupado. Sentir como la tocaba con tanto cuidado hizo que algo subiera por su vientre excitándola como nunca. —No es nada —dijo con la voz enronquecida.

Él levantó la vista hacia ella mirándola intensamente. —No sangra.

Atontada por su mirada susurró —Estoy bien.

Se tiraron el uno sobre el otro besándose como posesos y Nona y Dalia abrieron los ojos como platos. Eathelyn gimió en su boca abrazando su cuello respondiendo a su besó con ansias mientras él la abrazaba por la cintura para pegarla a su cuerpo. Casi se mareó de la impresión cuando sintió como se excitaba por su proximidad y gimió en su boca mostrando su deseo.

—A estos los enfados se les pasan pronto —dijo Dalia inclinando la cabeza para no perder detalle.

—Shusss.

—Amiga, ¿qué hacemos con éste?

Un gemido desde el suelo hizo que miraran al vecino que en ese momento abrió los ojos encontrándose con que su amada besaba con pasión al hombre del que quería rescatarla. Dalia apareció sobre él. —¡Caballero, ha entrado en la casa equivocada!

—Eso ya lo veo.

—¿Por la ventana o por la escalera de la casa? Rápido antes de que el Vizconde reaccione y lo decida por usted. Y se decidirá por la ventana, se lo aseguro.

Mortimer se levantó tan aprisa que se tropezó con sus propias piernas golpeándose en la cabeza con la esquina de la cama. El golpe hizo reaccionar a la pareja que separaron sus labios. Sorprendidos miraron a Mortimer y Eathelyn preguntó —¿Qué hacéis? ¿Le habéis matado?

—Esta vez vamos a llamar a un médico para asegurarnos, no vaya a ser que no la haya espichado.

Su madre apretó los labios. —Pues tiene toda la pinta.

Jadeó llevándose la mano a la boca. —¿Mortimer?

—¿Te preocupa este hombre?

—No, amor. A mí solo me importas tú —dijo altanera.

Él gruñó de nuevo. —Más te vale.

—¡Y más te vale a ti que solo te preocupe yo!

—¡No me acosté con ellas!

—Chicos, ¿nos centramos un poco? Creo que vamos a tener que ir a por la pala.

Viendo como se acercaban a Londres sintió algo de temor. Temor porque todo su pasado volvía de nuevo. Unos brazos la rodearon por la cintura y sonriendo se dejó abrazar. Orwell la besó en la mejilla. —Vizcondesa, bienvenida a casa.

—¿Qué casa? —preguntó inquieta.

Él la volvió para mirarla a los ojos y vio sus dudas. —No va a pasar nada.

—Nuestro matrimonio será una sorpresa. Y tú reaparición más.

—Diré que estaba tan enamorado que te seguí a América.

Le miró incrédula. —¿Y te creerán?

Orwell reprimió la risa. —Sí, creo que sí.

—Pues yo lo dudo mucho.

Su marido rio por lo bajo y la abrazó a él. —¿Qué te preocupa?

—¿Qué me preocupa? Déjame pensar. Que alguien recuerde que asististe a mi primera boda. Que recuerden el segundo nombre de la niña y aten cabos... Que duden de la muerte del Marqués... Que crean que lo hicimos a propósito... Que...

—¿Qué te preocupa de verdad?

Miró sus ojos grises. —No lo sé. En Boston me sentía más segura.

—Tengo que estar aquí. Tengo una hacienda, varias tierras y un título que proteger.

—Yo tenía una fábrica...

—Que el señor Sherman sabrá llevar mejor que tú. —Gruñó haciéndole reír. —¿Todavía estás molesta por eso? Cuando dijo que su administración era un desastre le echaba la culpa a John.

—Pobre, se quedó hecho polvo con ese comentario cuando toda la culpa fue mía.

—Exacto. Los negocios no son lo tuyo. Déjamelos a mí.

Le pellizcó en el costado haciéndole reír y se le cortó el aliento porque parecía muy feliz.

—¡Qué no! —gritó Dalia siguiendo a John que exasperado cruzó la cubierta—. ¡A mí no me dejes con la palabra en la boca, chupatintas!

—Eres insoportable.

—El equipaje es cosa mía. ¡Tú a tus papeles!

Orwell puso los ojos en blanco. —Empiezo a dudar que haya sido buena idea traer a tu administrador.

—¿Y dejarle allí? A Dalia se le rompería el corazón.

—¡Qué harta me tienes! —gritó su amiga.

—Se la ve muy contenta con su presencia.

—Bah, disimula. Está loquita por él.

—¿Cómo tú por mí?

Le miró a los ojos. —¿Qué?

Se tensó entrecerrando los ojos. —¿Cómo tú por mí? —preguntó más alto.

—Sí, por supuesto. Te adoro.

Él gruñó mirándola con desconfianza y ella sonrió por dentro. Había aprendido que si le ponía celoso de vez en cuando captaba totalmente su atención, así que pensaba practicarlo mucho. Muchísimo para que no mirara a otras lagartas. Entonces se dio cuenta de que eso era lo que más la preocupaba. Que esos días en los que habían llegado a entenderse terminaran porque volviera a su antigua vida.

John se acercó pasándose el pañuelo por el cuello. —Vizconde, el equipaje está preparado.

—Eso lo digo yo —dijo Dalia tras él—. Ya está todo listo.

—Muy bien. ¿La niña?

Nona salió en ese momento con la niña en brazos y esta chilló alargando el bracito y señalando la ciudad. —Qué lista es —dijo Orwell orgulloso.

—Cariño, señala a una mosca que pase volando.

—Menuda mentira. Mi niña es la más lista de todas. Solo hay que verla. —La cogió en brazos y Kim chilló de nuevo.

Reprimiendo una risa miró a Nona que no llevaba nada bien lo de ir en barco. —Enseguida bajamos.

—Sí, niña porque... —Corrió hasta la borda y vomitó por tercera vez en el día.

Ella gimió llevándose la mano al vientre y Orwell vio que palidecía. —¿Preciosa?

—Estoy bien. Hoy tengo el estómago algo revuelto. Serán los nervios.

Dalia la miró de reojo, pero no dijo ni pío. No tardaron en atracar, lo que era una auténtica suerte ya que normalmente había que esperar porque el puerto estaba saturado de barcos.

Orwell con su niña en brazos bajó la pasarela asegurándose de que ella que iba delante no daba un mal pie. Entregó la niña a Dalia y cogió su mano para ayudarla como todo un caballero. Ese era otro comportamiento que la sorprendía. Desde que habían llamado al médico para el pobre de su vecino que tenía dos chichones en la cabeza considerables la había tratado de otra manera. Todavía no le había hecho el amor, pero la besaba y la trataba con ternura. Aunque a veces como unos instantes antes la miraba con desconfianza como si no se creyera del todo que le amara. Se habían casado un día antes de su partida y aunque ella se moría por compartir su lecho habían dormido en camas separadas como durante toda la travesía y conociéndole aquello le parecía raro. Se había encontrado en varias ocasiones fulminando con la mirada a otras mujeres que viajaban con ellos por si compartían su lecho. Hasta había ido a espiarle pegando la oreja a la puerta de su camarote. Suspiró pensando en ello. Estaba claro que necesitaban tiempo para confiar el uno en el otro plenamente.

—Enseguida llegamos, preciosa.

—Estoy bien.

Dalia se sentó frente a ellos como Nona y John iba a entrar, pero al ver que irían apretados carraspeó. —Iré en el carro, milord.

—Eso —dijo Dalia molesta.

John cerró la portezuela mirándola como si quisiera sacarle los ojos y cuando se alejó Nona se echó a reír. —Hija, no vas por buen camino.

—Me importa un pito. —Levantó la barbilla orgullosa.

—Tu madre tiene razón, no es la mejor manera de conquistar el corazón de un hombre —dijo Orwell divertido.

—¿Y cómo se hace, milord? —preguntó su amiga aparentando interés cuando lo que quería era soltar cuatro gritos. Ignoró a su madre que le dio un discreto codazo—. Con la experiencia que tiene, seguro que me será de mucha ayuda.

Orwell no se dio cuenta de su ironía. —Nos gustan las mujeres complacientes. Que nos sonrían. Que estén pendientes de nosotros. —Eathelyn dejó caer la mandíbula del asombro. — Que sean bellas, que cuiden su aspecto y sus modales, que sean cultas.

—¿Qué haces casado conmigo? —preguntó asombrada.

La miró como si se acabara de dar cuenta de que estaba allí. —¿Perdón?

—¡Yo no soy nada de eso! —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —¡No fui complaciente ni te sonreí nada cuando te conocí! ¡No estaba pendiente de ti! ¡Y no soy culta!

Orwell parecía asombrado. —¡Claro que estuviste pendiente de mí! ¡Me comías con los ojos! ¡Y eres culta! ¡No llores, me pones nervioso!

La niña soltó un gorgoteo sobre el regazo de Dalia y ella la miró sabiendo exactamente por que se había casado con ella. —¿Preciosa?

—¡Déjame!

Dalia carraspeó. —Este no tiene ni idea de lo que habla —dijo por lo bajo.

—No, hija —dijo Nona dándole la razón.

—¡Perdonen señoras, pero sé perfectamente de lo que hablo!

Le miraron como si fuera idiota y Eathelyn sorbió por la nariz llamando su atención. —Cielo, tú conquistas como nadie. ¿No ves ese idiota de tu vecino? Ni le miraste y casi te secuestra. —El

Vizconde pensó en ello y se mosqueó. —¡Así que deja de mirar así!

—¿Así cómo?

—¡Cómo sea!

—Sí Eathelyn, tú conquistas muy bien —dijo Dalia maliciosa—. A John le tenías comiendo de tu mano. Se le caía la baba cada vez que te veía y eso que le pegabas unos gritos de primera.

Orwell se tensó. —¿No me digas?

—Oh, sí. Estaba loquito por ella, milord —dijo con ganas de fastidiar.

—Es cierto —dijo Eathelyn echando más leña al fuego.

Su marido gruñó a su lado revolviéndose incómodo en su asiento. —De lo que se entera uno.

—Oh, y eso no es todo. —Nona sonrió orgullosa. —En la ciudad pululaban a su alrededor como moscas a la miel. Menos mal que iba de viuda y usted volvió a la vida milord, porque sabe Dios lo que hubiera sido de ella.

—Sí, menos mal que volví a la vida. —La fulminó con la mirada y ella se sonrojó.

—Y Sheldon la adoraba. —Hala, su amiga se había pasado. —Porque le dolía demasiado la pierna para cruzar el océano y le gustaba su nuevo señor, que sino aquí estaba.

Orwell entrecerró los ojos como si se lo hubiera tragado completamente.

—Todo Boston estaba deseando que se quitara el luto para ver con quien se casaba —dijo Nona apoyando a su hija.

Cuando su marido la miró como si fuera a soltarle cuatro gritos forzó una sonrisa. —Exageran.

—No —sentenció Nona—. Pero el Vizconde tiene razón, hija. Debes ser más delicada con John si quieres conquistarle.

—Si no puede ni verme.

—¿Será que le hablas como una arpía? —preguntó Orwell con ironía haciendo jaderar a las tres—. Solo era una sugerencia.

—Mi amiga no es una arpía.

—Me dio con un calentador de camas en la cabeza, no creo que cambie de opinión respecto a ella en mucho tiempo. ¡Sobre todo después de enterrarme vivo!

—De verdad, qué rencoroso... ¡A ella le quemó la mano y no se lo echa en cara continuamente!

Orwell perdió parte del color de la cara y Eathelyn se mordió el labio inferior por si se había enfadado. Su marido sin mirarla cogió su mano ya curada como si necesitara sentirla y ella miró su perfil preocupada. No podía mirarla a la cara y eso le indicó que se arrepentía de ello, aunque no pudiera verbalizarlo porque jamás le había pedido disculpas por lo ocurrido. Ambos se habían hecho daño mutuamente y temía que no pudieran superar todo lo que había pasado. —No se lo echo en cara porque entendí su postura. Creía que quería matarle para librarme de él y cualquiera se habría vengado. No quiero que habléis más de ello, ¿me habéis entendido?

Su amiga arrepentida asintió al igual que su madre. —Lo siento, milord.

Él apretó los labios mirando por la ventanilla. —Preciosa, ¿ves cómo es una arpía?

Sonrió sin poder evitarlo mientras su amiga jadeaba de la indignación. —Serás provocador.

Se detuvieron ante la casa de Orwell y con curiosidad miró la fachada. Era mucho más modesta que su casa de Londres y se quedó helada. ¿Por qué si tenían la otra casa tenían que vivir allí? Sus amigas pensaron lo mismo, solo había que verlas. Su marido salió del carruaje y alargó la mano para coger la suya. —Cariño, ¿esta es tu casa?

—Es mi casa de soltero. La casa de mi tío necesita obras. Será temporal.

—¿Cuántas habitaciones tiene?

—Tres.

—¿Tres? —preguntó Nona asombrada.

—Así os daréis prisa en organizar la otra casa.

La puerta se abrió y una doncella muy mona sonrió desde la entrada. —¡Señor! ¡Ya ha llegado! ¿Cómo no ha avisado para enviar al cochero?

Se tensó por su familiaridad al hablar con su señor. —Cielo, ¿esta es la doncella? —preguntó por lo bajo.

—Sí, ella es Dorinne. Dorinne no pude avisaros antes.

—Dorinne. Que nombre más encantador —dijo cogiendo su brazo. Subieron los tres escalones y sonrió a la doncella con ganas de sacarle los ojos porque se estaba comiendo a su señor con la mirada.

—Dorinne, la Vizcondesa de Burbidge.

—Oh, ¿se ha casado?

La cara de decepción de la chica era para echarse a reír y Dalia carraspeó. —¿Te quitas del medio, guapa? Estamos cansados.

—Oh sí, por supuesto. —Se hizo a un lado y Orwell la guió hasta el interior de la casa. Había una decoración muy masculina y le llamó la atención el cuadro de un hombre en la escalera. Sonreía con una copa en la mano y parecía un hombre agradable. Sus ojos recorrieron el resto de la estancia, pero no había mucho que mirar, la verdad. Entendía que su marido quisiera ser el pilar de la familia y no tocar el dinero del Marqués, pero aquello era ridículo. Ese hall era una décima parte del de su casa. Pero aun así por no ofenderle dijo —Cariño, es encantadora.

Orwell sonrió. —Tendremos que arreglarnos una temporada. La niña puede dormir con nosotros y los demás se pueden distribuir las habitaciones.

—No te preocupes, nosotras nos arreglamos.

John entró en ese momento con dos maletas. —Milord, ¿no hay lacayo? El cochero dice que tiene prisa.

Miró interrogante a Dorinne que dijo de inmediato —Se ha ido a la compra con el mayordomo.

Eso la extrañó y se quitó la aguja del sombrero. —¿Tanto tenían que comprar?

La chica se sonrojó. —Sí, milady... casi no había provisiones.

—Algo extraño cuando tu señor no estaba en la casa, ¿no? Para qué queríais provisiones si no sabíais de nuestra llegada.

—Están de parranda, ¿vale? ¡No han venido por aquí en tres días!

Nona jadeó indignada. —Menuda cara. —Pasó la mano por la superficie del aparador de al lado de la puerta mostrando el polvo en sus dedos. —¡Y tú tampoco limpias!

—¡Para qué si nunca viene nadie!

—¿Cómo has dicho? —preguntó ella tensándose.

Dorinne miró de reojo a Orwell que apretaba los labios. Asustada dijo —Si me echan me chivo.

—¿Te chivas de qué? —preguntó Dalia con ganas de guerra.

—¡Aquí hay algo muy raro! ¡Primero va a ver a esa niña a una casa alquilada durante semanas! ¡Después desaparece y cuando le encuentro tenía un golpazo en la cabeza! El señor no salió de casa en meses sin dejar de beber y por lo que decía cuando estaba bebido no hace falta ser muy lista para saber que la odiaba. ¡Y de repente una noche en la cama le comento donde está usted y sale pitando! ¡Y ahora aparecen casados! ¡Aquí algo huele muy mal!

—¿Has dicho en la cama? —Se volvió furiosa hacia su marido que hizo una mueca. —

Dijiste...

—Eso fueron las otras, las de antes del golpazo. En ese momento...

—¡Estás despedida! —le gritó a la chica a la cara—. ¡Fuera de mi casa!

—Espera amiga, que esto lo arreglo yo —dijo Dalia dándole la niña a su madre y remangándose.

La chica chilló antes de correr por un pasillo y Dalia corrió tras ella. —¡Asegúrate que se va de mi casa!

—Sí, amiga. No te preocupes.

Miró a su marido furiosa y él dio un paso hacia ella. —Preciosa...

—¡No me hables! —Se cogió el bajo del vestido y empezó a subir las escaleras. —Y yo de luto porque creía que estaba muerto —dijo por lo bajo.

—¿Qué has dicho?

Se volvió sujetándose en la barandilla. —¡Marido, me has decepcionado! —gritó medio histérica.

Él hizo una mueca. —Preciosa, ¿necesitas un baño para relajarte?

—Vizconde...

—¿Si, cielo?

—¡En este momento no me importaría que te traspasara un rayo para quedarme viuda de nuevo!

—Vizconde no diga nada —susurró John—. Se ponen más histéricas.

Ella le fulminó con la mirada sonrojándole antes de subir las escaleras y meterse en la primera habitación que pilló dando un portazo. Al escuchar un fuerte estruendo los tres se encogieron. —Querida, ¿estás bien?

—¡Perro infiel!

—Sí, está bien —dijo con alivio. Nona le miró como si quisiera matarle—. ¡Estaba soltero y se había ido!

—¡Hombres!

## Capítulo 14

Tumbada en la cama miró hacia la puerta. ¿Dónde estaba? ¿No estaría bebiendo? Preocupada se levantó y se puso las zapatillas. Salió del cuarto sin molestarse en ponerse la bata y vio luz en el despacho que tenía la puerta abierta. Bajó los escalones en silencio y al acercarse a la puerta suspiró del alivio al verle ante un montón de papeles. Sonrió cruzándose de brazos. —¿Eso no puede esperar hasta mañana?

Él sonrió antes de levantar la vista. —¿Se te ha pasado el enfado?

—No. —Se apoyó en el marco de la puerta. —No se me pasará nunca.

Orwell suspiró apoyando la espalda en su asiento. —No fue importante para mí.

—¿Cómo las otras?

—No hubo otras. No salía de casa, ¿recuerdas?

Llena de dudas se acercó al escritorio rodeándolo. —Hablo de las de antes.

Cogió su camión y tiró de ella hasta colocarla ante él. Acarició sus caderas por encima de su delicada tela mirándola a los ojos. —¿Sabes por qué te busqué cuando llegaste a Londres?

Ella negó con la cabeza acariciando el cabello de su nuca. —¿Por la apuesta?

Él sonrió. —No, preciosa. Solo era una excusa.

—Para verme.

—No pude olvidarte. Es cierto que tuve remordimientos por no haberte ayudado y no salías de mis pensamientos.

—Yo tampoco te olvidé.

Orwell sonrió. —¿Cuándo piensas devolverme el reloj?

Se sonrojó con fuerza. —Me hablabas de las mujeres, no cambies de tema.

Rio por lo bajo. —Solía pasarme, ¿sabes? Yo era el cazador, pero algunas veces ciertas mujeres quieren presumir de que me han conquistado.

—¿Qué quieres decir? ¿Dicen que han estado en tu cama para presumir?

—Es que soy muy guapo.

Jadeó indignada. —¡Serán lagartas!

—Y buen amante.

—¡Orwell, no tienen vergüenza! Cuando las pille...

—No harás nada porque en ese momento no estábamos juntos, ¿recuerdas? Y eso debe seguir pensando la gente. Que tú y yo nos conocíamos por una casualidad del destino y que no profundizamos nuestra relación hasta después del nacimiento de la niña.

Gruñó molesta. —Pero como lo haga alguien más la despellejo.

—Hecho. —Sus manos pasaron de su cintura a la parte de atrás y a ella se le cortó el aliento cuando acarició su trasero. —Estás tan hermosa...

—No me has tocado en este tiempo. —Cerró los ojos cuando amasó su trasero.

—Esperaba que olvidaras la última vez.

Le miró sorprendida. —¿Por qué?

—No me siento orgulloso de lo que ocurrió ese día. Te hice daño. —Desvió la mirada y ella le cogió por la barbilla para que la mirara.

—Yo agradezco ese día. —Vio la sorpresa en su rostro. —Porque volviste a mí, puede que buscando venganza, pero te creía muerto y verte de nuevo fue maravilloso. Entendí tu furia y lo que ocurrió. Pero no te arrepientas de hacerme el amor porque ahí me di cuenta de que seguías deseándome y para mí fue una alegría. No te arrepientas de lo que ocurrió porque ese día engendramos un hijo, mi amor.

—¿Que dices?

Sonrió emocionada. —Me has dado otro hijo y no puede haber nada más maravilloso que eso. El doctor Doydy me dijo que existía la posibilidad y no le creí, pero al parecer tenía razón.

Él la abrazó con fuerza enterrando su cara en su vientre y ella acarició su cabello con dulzura. —¿Estás segura?

—Tenía que haber tenido el periodo cuando estaba en cama. Y durante la travesía tampoco lo he tenido. Creía que las náuseas por las mañanas eran por el viaje, pero esta tarde me di cuenta de que no. ¿Estás contento?

—Pues no mucho, la verdad. —Se quedó de piedra y él levantó la vista. —La última vez no pudiste.

—Cielo... —Acarició su rostro porque estaba algo pálido.

—He oído que algunas mujeres toman unas hierbas.

Se apartó con horror. —¿Qué dices?

—¡No quiero que vuelvas a pasar por eso!

—Estás loco. —Salió del despacho sin querer escuchar una palabra más.

—Eathelyn, ven aquí. —Corrió escaleras arriba y su marido la siguió. —Habla con el doctor mañana.

—¡No!

—¡No pienso consentir que pases de nuevo por eso! ¡Casi te mueres! —La puerta de al lado se abrió mostrando a una Dalia somnolienta. —¡Vuelve a la cama!

—Es que sino no me entero.

Entró en la habitación de su mujer que estaba llorando sobre la cama abrazando su almohada. —Eathelyn tienes que entenderlo.

—¡Cómo voy a entender que no quieras a nuestro hijo!

—¡No puedes parirlo! ¡No voy a dejar que arriesgues tu vida! ¿Y Kimberly?

Se volvió para mirarle con los ojos llenos de lágrimas. —El doctor Doydy ha dicho que otras mujeres han parido después de lo que me ocurrió a mí! ¡Y esto pasará más veces porque siempre atinas!

Él se sonrojó. —Pues te aseguro que no me ha pasado nunca.

Le miró con los ojos como platos. —Eso es imposible. ¿Y por qué conmigo sí?

Orwell se sonrojó. —Bueno, es que normalmente me salgo antes de terminar.

Frunció el ceño. —¿Por qué?

—¡Para no culminar dentro, Eathelyn!

—¿Y eso influye?

—¡Sí, mucho!

—¿Y por qué conmigo no lo hiciste?

Él se pasó la mano por la nuca. —¡Joder, no lo sé!

—Pues me da igual. Lo voy a tener.

—Ah, no. ¡A partir de ahora harás lo que yo te diga! —La resolución de su mirada le puso muy nervioso. —¡Hablo en serio, mujer! ¡Eres mi esposa y me harás caso!

Ella señaló la puerta. —¡Fuera!

—¡Es mi habitación!

—Pues me voy yo. —Se levantó muy digna y pasó ante él que la observaba sin poder creérselo, pero antes de que abriera la puerta la había cogido en brazos. Se miraron a los ojos y ella vio el temor en los suyos. Su corazón casi estalla de la alegría por su preocupación, porque le importaba. Acarició su mejilla y susurró —Vamos a tener un bebé precioso.

Él besó sus labios ansioso y Eathelyn se abrazó a su cuello queriendo sentirle. Disfrutando del placer de sus besos ni se dio cuenta de que la llevaba hasta la cama para tumbarla. Ansiosa no soltó su cuello cuando se alejó quitándose la chaqueta de malas maneras. Ella tiró de su pañuelo impaciente poniéndose de rodillas mientras Orwell tiraba de su camisón hacia arriba. Tuvo que apartar su boca para que se lo quitara, pero atrapó sus labios de nuevo con impaciencia poniéndose de pie sobre la cama para abrazar su cuello. Cuando sintió que acariciaba sus nalgas gimió en su boca y él se apartó para besar su cuello. Incluyó la cabeza hacia atrás mientras todo su cuerpo temblaba de placer y sus labios descendieron poco a poco hasta el centro de sus pechos. Pero no se detuvo ahí y ella frunció el ceño al ver que seguía bajando. Cuando sus labios llegaron al ombligo sonrió antes de que su mano pasara entre sus piernas y el placer que la recorrió la hizo gritar de la sorpresa aferrándose a sus hombros. Pero la acarició de nuevo y sus piernas se aflojaron de placer haciendo que cayera de rodillas sobre la cama. Su marido mirándola como si quisiera devorarla la cogió por el interior de las rodillas abriendo sus piernas totalmente para dejarla expuesta. —¿Te he dicho ya que tu sabor me vuelve loco?

Con los ojos cerrados sonrió medio mareada. —No cielo, es mi olor. —Al sentir sus labios en su sexo gritó sobresaltándose y levantando las caderas sin darse cuenta. Él la sujetó por las nalgas reteniéndola antes de pasar la lengua de nuevo por sus delicados pliegues. Eathelyn creyó que su cuerpo no resistiría tanto placer, pero los labios de su marido no le daban tregua. Lamió de nuevo hasta llegar a su clítoris y entonces chupó con fuerza. Ella gritó arqueando su espalda y cuando lo hizo de nuevo todo en ella estalló dejándola sin aire.

Él sonrió enderezándose. —Ahora podré desvestirme. Eres muy ansiosa, esposa. Eso vamos a tener que controlarlo.

Sin enterarse de nada se giró sobre la cama poniéndose de costado con una sonrisa en el rostro. Aquello había sido maravilloso tanto que todo su cuerpo se estremecía aún de placer. Ni se dio cuenta de como él se tumbaba tras ella y la abrazaba pegándola a su cuerpo. —Vamos a ver si ahora estás más relajada. —Entró en ella lentamente haciéndola gemir y su mano se aferró a la colcha de seda mientras la llenaba del todo. —Dios... eres perfecta. Tan caliente que me quemas. —Ella miró hacia atrás y la besó ansioso saliendo de su interior para empujar de nuevo. Gimió de placer. Todo su ser se tensó con fuerza de nuevo al sentir su roce en su interior y gritó cuando la embistió con fuerza. Ni se dio cuenta de cómo la ponía boca abajo y levantaba sus caderas. Incapaz de sostenerse mientras él entraba en ella una y otra vez gimió sobre la sábana sintiendo que su vientre se tensaba con fuerza aprisionando su miembro de necesidad por liberarse. Orwell la sujetó por el hombro sintiendo sus ansias y la embistió de nuevo con contundencia provocando que todo estallara en su interior de una manera arrolladora.

Ni se dio cuenta de como la colocaba bien en la cama y la abrazaba a él. Agotada sintió su corazón agitado bajo su mano y se acurrucó a su lado. Él acarició la mano sobre su pecho y dijo —Dulces sueños, milady.

—Ni hablar, este color es inaceptable —le dijo a Nona mirando una seda borgoña.

—Pero están muy de moda en las casas con posibles.

—Es demasiado oscura y yo quiero luz.

Dalia bufó. —Pero las claras se ensucian muchísimo.

Orwell que acababa de llegar en ese momento, sonrió al verlas arrodilladas ante la mesa de

café con gran cantidad de muestras sobre la impecable madera. —Mi esposa tiene razón. Nada de colores oscuros en nuestra casa.

Ella sonrió radiante levantándose y mostrando su pequeño vientre bajo su hermoso vestido azul que resaltaba el color de sus ojos. —Estás aquí. ¿No ibas a ir al club?

Divertido la cogió por la cintura para pegarla a él. —El lacayo que enviaste para espiarme se ha caído del caballo y se ha torcido un tobillo.

Se puso como un tomate. —¿Qué lacayo?

Él se echó a reír a carcajadas. —Preciosa mientes muy mal.

—Qué mentira —dijeron las tres antes de que Nona añadiera —Aprendió de pequeña.

—Uhhh... mi hermosa farsante está perdiendo su toque, entonces. —La besó en los labios. —¿Te estoy reformando?

—No.

Él rio por lo bajo separándose cuando en ese momento sonó la campanilla de la puerta. Morton, su nuevo y eficiente mayordomo fue hasta allí. Rosalba y Martin entraron en la casa como si nada y el mayordomo puso los ojos en blanco mientras el Vizconde levantaba las cejas interrogante. Rosalba le miró. —Todavía no me acostumbro a verle la cara, Vizconde.

—Al menos ya no te desmayas. —Eathelyn sonrió. —Qué sorpresa vuestra visita.

—¿A qué se debe? —preguntó Orwell entre dientes porque sabía que Martin había participado en su entierro y aún le guardaba algo de rencor.

Rosalba preocupada miró a Martin de reojo y éste apretó los labios. —Será mejor que hablemos en privado.

—Sí, por supuesto.

Entraron en el salón y Morton cerró las puertas. —¿Una copa, Martin? —preguntó Orwell

acercándose al mueble de las bebidas—. Parece que la necesitas.

—Sí, te veo un poco pálido —dijo Nona poniéndose en guardia.

Rosalba dejó una carta sobre la mesa. —Hemos recibido esto hace una hora.

Orwell entregó una copa de coñac a Martin que casi se la bebió de golpe. Eathelyn cogió la carta para abrirla.

*“Sé lo que habéis hecho. Mañana al anochecer dejaréis diez mil libras bajo el templete de música que hay el High Park. Sino hacéis lo que pido, iré a la policía.”*

Impresionada levantó la vista hacia su marido. —Orwell...

—Tranquila. —Se acercó y cogió la carta para leerla él mismo.

—Dios mío, ¿qué vamos a hacer? —preguntó Rosalba angustiada.

—Ir allí mañana por la noche y dejarle a esa sanguiuella las cosas bien claras —dijo Martin muy serio.

Orwell entrecerró los ojos. —Martin tiene razón. Si cedemos al chantaje, estaremos confirmando sus sospechas si es que son eso. Y si son certezas, tendremos que librarnos de quien sea.

—¿Pero qué decís? Estáis hablando de asesinato —susurró impresionada.

—Yo no voy a ir a la cárcel —dijo Dalia—. Os acompañaré.

—¿Y si esa persona se lo ha contado a alguien más? ¿Y si tiene cómplices? —Todos se quedaron en silencio y ella angustiada se llevó la mano a la frente para sentarse. —Debemos pensar bien lo que hacemos.

—Muy bien, primero digamos candidatos —dijo Nona muy seria—. El antiguo valet del

Marqués.

—Ese no sabe lo que hicimos nosotros —dijo Martin—. Y la carta fue a parar a nuestra casa.

—Pero vivía con el Marqués —dijo Orwell—. No debemos descartarle porque se puede imaginar que Andrew no es quien dice ser.

Eso la hizo levantar la vista. —Cariño, ¿tú cómo averiguaste lo de Andrew?

—¿No se lo habías contado tú? —preguntó Rosalba pálida como la cera.

—No, durante los meses que estuve en mi casa encerrado pensé en la situación mil veces y eso me llevó a que era extraño que siguierais viviendo juntas en la misma casa después de que naciera la niña. Además, era evidente que después de su nacimiento sabíais que era mía. Pensé en una amistad forjada por esos meses, ¿pero repartir la herencia con una hija que no es del Marqués? Me pareció demasiado. Solo por la herencia cualquier otra madre hubiera denunciado que Eathelyn había engañado a todo el mundo diciendo que Kim era hija del Marqués. Ahí supe que habíais llegado a un acuerdo. Si era niño heredaría el Marquesado y vosotros os quedaríais con la mitad de la herencia. Y si era niña las cosas quedarían como sucedió. Para confirmar mis sospechas solo tuve que pedir a un detective que me consiguiera los datos de Andrew. Y no fue difícil. No existían datos de su nacimiento como un Flatley. De hecho no existía el que se suponía que era tu marido. Ya no necesité más.

—Dios mío... Mi padre falsificó esos datos para dárselos a los abogados. —Se llevó la mano al pecho. —Creo que me estoy mareando.

Martin se acercó de inmediato a ella y cogió su mano. —Debes tener valor.

—Deduzco que tu padre es Amstrong. —Orwell bebió de su copa. —También me imaginé que os había ayudado alguien allegado al Marqués. Desgraciadamente hay muchos sospechosos.

—¿Como quién? —preguntó Eathelyn asustada.

—Cualquiera del servicio de la casa del Marqués. Cualquiera de la casa que compraste

después que haya escuchado algo...

Martin negó con la cabeza. —No creo que sea del servicio. Siempre hemos sido discretos. Además no se atreverían a hacer algo así. Todos son buena gente.

Dalia tenía la carta en la mano y la leía otra vez con el ceño fruncido. —Tu madre.

Sorprendida la miró. —¿Qué?

Volvió la carta. —Esto lo ha escrito tu madre.

—¿Pero qué locuras dices? Mi madre no sabe nada de esto y esa no es su letra. La reconocería, ¿no crees?

Dalia señaló la última letra de High Park. Entrecerró los ojos porque el que había escrito eso había hecho una especie de lacito al final de la letra. Exactamente como lo hacía su madre. Se levantó y le arrebató la carta sintiendo que la rabia la recorría. —Cómo... ¡Cómo lo ha averiguado!

—Como tu marido. Especulando y rascando un poco. Y no te ha enviado a ti la carta para que no sospecharas de ella.

—Vaya con mis suegros... —Divertido bebió de su copa. —Qué familia más interesante.

Le fulminó con la mirada. —¡No tiene gracia!

—Preciosa, tranquilízate. Ahora sabemos mucho más que hace cinco minutos. —Se acercó y la besó en la sien. —No quiero que esto te altere.

—Sabía que esto no tenía visos de salir bien —dijo Rosalba al borde de las lágrimas—. ¿Hacer pasar a un hijo ilegítimo por heredero? Era una locura.

—Mira eso no lo sabía —dijo Orwell a punto de reírse—. ¿Andrew es hijo del Marqués? Cielo, no me cuentas nada. Voy a empezar a pensar que no confías en mí.

Ella gruñó sentándose de nuevo. —Era cosa suya. No nuestra. ¡Nosotros ya tenemos

bastante!

Su marido hizo una mueca. —Eso también es cierto.

—Bueno, al grano. Yo propongo ir al punto de encuentro y despellejar a la Condesa—dijo Dalia tan campante—. ¿Quién se apunta? Iría a su casa, pero seguro que habrá muchos testigos y eso. A veces el servicio puede ser una lata.

Orwell se echó a reír y todos le miraron asombrados. —Me acabo de dar cuenta de que habéis tenido una suerte enorme de que no os pillaran antes.

—Muy gracioso, marido. Pero no conoces a mis padres. ¡Son capaces de todo con tal de conseguir dinero! ¡Me vendieron a mí! Aunque no es que yo les importara demasiado.

Su marido sonrió malicioso dejando la copa sobre la mesa y abrochándose la chaqueta. —No te preocupes, cielo. —Se acercó a ella y la besó en la mejilla. —Te veo para la cena.

Asustada cogió su mano. —¿A dónde vas?

—No va a pasar nada. —Besó sus labios suavemente. —¿Por qué no duermes una siesta?

Sus ojos azules mostraron su pánico. —¿Tendrás cuidado?

—Tendré cuidado y seré muy discreto, no te preocupes. —Besó de nuevo su labio inferior y se incorporó. —Nona, encárgate de mi esposa.

—Sí, Vizconde.

Mientras salía del salón se miraron los unos a los otros. —¿Qué va a hacer? —preguntó Rosalba—. ¿Lo arreglará?

—Eso espero.

Por mucho que Nona le insistió no fue capaz de pegar ojo e inquieta esperó en el salón como

los demás. Martin fue el único que regresó a la casa para evitar los rumores entre el servicio. Habían dicho que acompañaba a su señora a un recado y ya no podía retrasarse más. Rosalba le informaría de lo ocurrido. Tomando un té esta susurró —Teníamos que habernos ido a América. Allí hubiéramos iniciado una nueva vida. No tenía que haberle hecho caso a mi padre.

Dalia la miró con pena. —Martin y tú podríais haberos casado. Teníais el dinero... el niño podría regresar en el futuro como Marqués y nada hubiera pasado después de tantos años.

Se quedaron en silencio porque no había mayor verdad. Rosalba agachó la mirada. —Padre tenía miedo por si el niño no era reconocido entre los suyos en el futuro. Quiere que se gane su hueco en sociedad, que tenga amigos entre los suyos. Pero...

—Andrew no se encuentra en el colegio.

Las miró arrepentida. —Sufre. Teme decir algo que nos delate y casi no tiene amigos. Se ha vuelto retraído. ¿Qué le he hecho a mi niño?

—Es lógico que tema por vosotros. Es un niño muy responsable. Pero en el futuro asumirá su puesto y su identidad. —Eathelyn sonrió. —Aunque tú también tienes derecho a ser feliz. Y Martin es un buen hombre.

Sonrió con tristeza. —Sí que lo es, ¿verdad? Y me ama. Me lo ha demostrado miles de veces. Nunca me exige nada.

—Se nota que solo tiene ojos para ti —dijo Dalia con cariño—. No te preocupes tanto por esto. Es solo un pequeño contratiempo. El Vizconde lo solucionará.

Se sonrojó ligeramente mirándose las manos y Eathelyn sentada a su lado acarició su espalda. —¿Qué te inquieta?

—No... —Negó con la cabeza. —Nada.

—No digas eso. Es obvio que te inquieta algo.

La miró de reojo. —No quiero ser grosera. Te considero mi amiga.

Sonrió. —Claro que somos amigas. Por eso si algo te molesta o te inquieta quiero que me lo cuen...

—No me fío de tu marido.

Se le cortó el aliento apartando su mano. —¿Perdón?

Dalia y Nona se pusieron en guardia y Rosalba gimió. —Lo siento, pero intentamos matarle y ningún hombre puede perdonar algo así. ¿Y encima nos cubre en nuestras mentiras? —Negó con la cabeza. —Cuando me dijisteis que os habíais casado nada me encajaba. ¿Por qué? Nunca te amó —dijo haciéndola palidecer—. Si te hubiera querido jamás hubiera estado con otras mujeres cuando le necesitabas.

Sonrió con alivio. —Oh, es eso. Me lo explicó. Esas mujeres mintieron. Ya le había ocurrido antes. —Las tres la miraron incrédulas. —¿No os lo había dicho?

—No.

—Es un galán y muchas mujeres quieren aparentar ante los demás que le han conquistado. No tienen vergüenza, pero no puedo decir ni pío porque se supone que no estábamos juntos ante la galería. Pero como llegue a mis oídos que otra dice algo así.... Que se vaya preparando.

—¿Así que esas mujeres mintieron? —preguntó Rosalba más relajada.

Ella sonrió. —Sí. Y que en ese tiempo separados no hubiera estado con otra mujer me demuestra que le importaba.

—Claro que le importabas —dijo Nona indignada—. Mira lo que tardó en perdonar que casi la espichara por nuestra culpa. Tu marido te quiere, cielo.

—Bueno, tú tampoco te fías mucho de él —dijo Dalia insegura—. Haces que le sigan.

—¡Porque hay mucha lagarta suelta!

Nona rio por lo bajo. —El Vizconde también es muy celoso —le explicó a Rosalba que miraba a Eathelyn con la boca abierta—. El otro día salimos de paseo con la niña y casi reta a

duelo a un hombre que recogió su abanico del suelo. El pobre casi sale corriendo.

—¿Y tú lo soportas?

Sonrió maliciosa. —Tiré el abanico a propósito.

—Fomentas sus celos.

—Así no mira a otras.

—Entonces Dalia tiene razón. No te fías de él.

—¡Sí que me fío! —Levantó la barbilla. —¡Es mi marido!

Llamaron a la puerta del salón y Eathelyn dijo —Pase, Morton.

El mayordomo abrió la puerta. —Vizcondesa, la cocinera me pregunta a qué hora sirve la cena.

Sorprendida miró el reloj. —Oh, sí. Son pasadas las ocho, ¿no es cierto? Mi marido aún no ha llegado, pero nosotras iremos... —En ese momento escucharon un carruaje y se acercó a toda prisa a la ventana para ver el coche de caballos de su marido. Sonrió. —Aquí está. Enseguida nos sentamos.

El mayordomo fue a abrir y ella impaciente por noticias se acercó a la puerta. Su marido entregó su sombrero a Morton y sonrió. —Preciosa, ¿no has dormido?

—¿Qué ha pasado?

Él besó sus labios y al ver sobre su cabeza a su invitada que de pie esperaba noticias dijo —Todo arreglado. Morton, en diez minutos la cena.

—Sí, milord.

Entraron en el salón y él mismo cerró la puerta. —¿Qué ha pasado, Orwell? —preguntó su esposa preocupada.

—He ido al club y como suponía me encontré con tu padre. —Vio como palidecía y él la

llevó hasta el sofá para sentarla. —No te preocupes, ¿me oyes? No se esperaba tener que enfrentarse a mí. No se esperaba ser descubierto y afortunadamente tus padres tienen mucho que ocultar. Hemos hablado, hemos discutido y hemos llegado a un acuerdo.

—¿Acuerdo? —preguntó asustada.

—Se irán al campo y no volverán.

Se le cortó el aliento. —Les has desterrado.

Sonrió divertido. —Más les vale que cierren la boca porque yo también sé cosas de ellos. Cosas que les conviene ocultar. Es lo que tiene haber ido de correrías con ellos cuando era soltero.

—¿Qué cosas? —preguntó Dalia—. Si ellos saben algo de nosotros, nosotras tenemos derecho a saber que ocultan.

Su marido hizo una mueca. —Si mi esposa me da permiso para contarlo no tengo ningún problema.

Todas la miraron y esta asintió. —Cuenta lo que sepas.

—Estaríamos aquí toda la noche. Solo diré algo lo suficientemente escabroso como para que os tranquilicéis. Los Condes en una de sus fiestas ofrecieron opio a sus invitados.

—¿Opio? ¿Qué es eso?

—Es una droga, querida. Querían que sus invitados se desinhibieran y vaya si lo consiguieron. Uno de sus invitados se pasó fumando y le dio un colapso en plena fiesta. Murió en medio del salón de su casa de Londres. Por supuesto todos creímos que estaba borracho y ni se molestaron en recogerle ni llamar al médico. Solo le arrastraron hasta detrás del sofá para que no estorbara, así que imagínate la sorpresa de la doncella a la mañana siguiente al encontrarse un hombre desnudo y muerto tras el sofá. —Las mujeres se taparon la boca con los ojos como platos. —A esa muchacha la echaron de inmediato y asustada por las amenazas de tu padre no

abrió la boca, como es lógico. ¿Qué hicieron los Condes? Sacar al muerto de su casa y tirarlo en High Park vestido de nuevo, por supuesto. Jamás se habló de las causas de la muerte de cierto primo de la Reina del que nadie quería hablar. —Sus caras de sorpresa fueron evidentes. —Imagínate si ella se enterara de lo que le ocurrió a su querido primo segundo. Ese que tanto la hacía reír con sus tonterías cuando eran niños.

—Dios mío.

—Y hay muchas más historias, pero no voy a entrar en detalles. Esa simple amenaza de revelar lo que yo sabía de ellos como se les ocurriera abrir la boca alguna vez sobre cualquier cosa relacionada con mi esposa o sus amigos, ha sido suficiente.

—¿Y se van sin revelarse? —Ella negó con la cabeza. —No les conoces. Son serpientes. Intentarán mordernos, hacernos daño.

—Oh, Irwin intentó revelarse. Pero da la casualidad que sé algo más que bajo ningún concepto debe saberse.

—¿Más grave que lo del primo de la Reina?

—Sí, algo que les destruiría socialmente. No es que tengan muy buena reputación, pero si esto se supiera tendrían que irse del país y por lo que tengo entendido sin dinero. Así que fui tajante. O se retiran a Hainsworth Hall para siempre y se apañaban con las rentas que esta puede proporcionarles o tendrían que enfrentarse a muchas cosas y por mucho que hablaran nadie les creería.

—¿Y si hablan antes? —preguntó Rosalba—. ¿Y si se adelantan?

Sonrió divertido. —No conoces a los Condes, pero si precisamente no dieron la cara para el chantaje es porque en realidad son unos cobardes. Y no quieren enfrentarse a mí. Puede que respecto a nosotros haya dudas, pero con ellos tengo certezas y lo que es peor, tengo pruebas. Así que no van a arriesgarse a un escándalo de tal magnitud.

—¿Entonces está arreglado? —preguntó Rosalba esperanzada.

—Sí, no te preocupes más por ellos. Olvida el asunto porque esto no irá a más. Mañana se irán de la ciudad para no regresar nunca.

—Te veo muy seguro —dijo Dalia.

—Estoy tan seguro como que mañana va a amanecer.

Sentada en el banco de la ventana vio como salía el sol. Escuchó como su marido se levantaba de la cama y se sentaba tras ella abrazándola por la espalda. —Preciosa, no has dormido nada. Eso no es bueno ni para ti ni para el bebé —susurró antes de besarla en la sien—. Ya te he dicho que está arreglado.

—¿Si a mí me ocurriera algo volverías a esa vida?

Sintió como se tensaba tras ella. —Eso quedó atrás cuando conocí a una preciosa mujer de ojos azules que volvió mi vida del revés. Pero me prometiste que no te pasaría nada. —Sus manos bajaron hasta su vientre acariciándola posesivo. —Me lo prometiste.

Ella acarició sus manos. —Y cumpliré mi promesa. Ahora quiero que tú me hagas otra.

—Jamás volvería a esa vida. Era divertida pero ahora tengo otras responsabilidades. Jamás miraría a otra mujer porque te tengo a ti. Y si algún día el destino nos separara de nuevo, me gustaría que mis hijos se sintieran orgullosos de mí. —Su corazón saltó en su pecho de la alegría y sonriente miró hacia atrás. —Pero no te irás a ningún sitio.

—No, porque te amo y no puedo estar sin ti.

Él besó sus labios con ternura y acarició su nariz con la suya. —Tú y los niños sois lo primero para mí.

Le miró a los ojos tímidamente. —¿Me amas?

—Más de lo que nunca creí amar a nadie.

Su corazón casi estalla de la alegría y sus ojos se empañaron de la emoción. —Me haces muy feliz.

Orwell sonrió cogiéndola en brazos. —No, preciosa. Ahora voy a hacerte muy feliz.

Rio abrazando su cuello. —Vizconde, es un pillastre.

—No lo sabe bien, milady.

El doctor observaba al Vizconde con una taza de té en la mano. El hombre se subía por las paredes. Caminaba de un lado a otro sobre la alfombra de su nuevo salón y le miraba como si fuera un desalmado mientras su esposa aguantaba los dolores en el piso de arriba. —Hombre, debe tranquilizarse un poco.

—¿Tranquilizarme? ¡Morton! ¡Busca otro médico!

El doctor Curtis rio por lo bajo. —Debe tener paciencia.

—¡Mi mujer por poco se muere la última vez! ¡Le veo a usted muy tranquilo!

John entró en el salón a toda prisa. —Milord, ¿podemos hablar un momento?

—¿De qué? —vociferó sobresaltándole.

—¿Es un mal momento?

—¡Mi mujer está a punto de dar a luz! ¿Usted qué cree, buen hombre?

John se sonrojó. —Oh, entonces espero.

—¡Vaya, gracias! —Fulminó al médico con la mirada que suspiró dejando la taza sobre el

platillo para levantarse. —Ya era hora. ¡Lo que tarda usted en tomarse un té!

—Milord, como no se calme tendré que medicarle.

Dalia llegó corriendo y le guiñó un ojo a John que se sonrojó de gusto. —¿Vizconde? Su esposa le llama.

Orwell salió corriendo y a mitad de la escalera gritó —¡Doctor! ¿Viene o no?

—Hay que ver que impaciente —dijo este siguiéndole.

Dalia miró de reojo a John y sonrió. —Buenos días, señor Atchison.

—Buenos días, Dalia —dijo tímidamente.

Ella se acercó a él y susurró —Yo también quiero un hijo, ¿sabes?

La miró posesivo y la cogió por la cintura metiéndola en el salón para pegarla a la pared. Dalia soltó una risita.

—Repite eso.

La besó apasionadamente y cuando se apartó Dalia suspiró de gusto —¿Ya se lo has dicho?

—No he podido. Hoy no está de buen humor.

—Estará de un humor estupendo cuando Eathelyn dé a luz. Aprovecha en ese momento.

Él besó sus labios de nuevo.

—¡Dalia! ¿Dónde te has metido? ¡Mi mujer tiene hambre! Mujer, ¿cómo puedes tener hambre con esos dolores? ¡Me estás poniendo muy nervioso!

Dalia soltó una risita antes de salir corriendo y John sonriendo suspiró. Un movimiento a su derecha llamó su atención y vio a su futura suegra con unas toallas en las manos mirándole fijamente. John carraspeó enderezándose. —Nos vamos a casar.

—¡Más te vale! ¡Y yo me voy con vosotros!

—Sí, por supuesto. Ya estoy buscando una casa más grande —dijo intimidado.

—¡Eso! ¡Y cerca de aquí que mi Eathelyn me necesita!

—Sí, suegra.

La mujer levantó la barbilla empezando a subir las escaleras. Al ir hacia la habitación le miró fijamente y John carraspeó. Al entrar en su habitación sonrió de oreja a oreja. —Está muy nervioso.

Todos sonrieron. —Pobrecito —dijo Eathelyn desde la cama con la boca llena de sándwich de pepino—. ¿Cuánto más vais a torturarlo?

—¡Seis meses me ha hecho esperar! Que sufra un poco —dijo Dalia tendiéndole un vaso de agua.

Ella bebió ansiosa y por encima del vaso vio que su marido se estiraba el pañuelo del cuello como si se estuviera ahogando. Bajó el vaso y sonrió. —Esta vez es muy distinto.

—Eso es porque está en buena posición, milady —dijo el doctor como si nada sentándose en una butaca y cogiendo un libro.

Orwell le miró a punto de estallar y reprimiendo una risita alargó la mano hacia su marido. —Ya queda menos.

Él suspiró del alivio cogiendo su mano y sentándose a su lado. —¿Eso crees? Porque han pasado tres horas y...

—Cómo se nota que la última vez se lo perdió casi todo —dijo Dalia haciendo que el Vizconde la mirara con ganas de estrangularla—. Mejor recojo la bandeja.

En ese momento llamaron a la puerta y Orwell gritó —¿Ahora qué?

Dalia abrió la puerta y mostró a Morton con una bandeja en la mano. —Vizconde, carta.

Exasperado se levantó y la cogió de la bandeja. —Ya puede ser importante.

—Es para la Vizcondesa —dijo el mayordomo sonrojado.

Leyó la carta a toda prisa y apretando los labios miró a su mujer. —Cielo, ¿de quién es?

—No es nada importante. Te invitan a una merienda esta tarde, por eso las prisas. ¿Es que no saben que estás en estado y no puedes asistir? Es que hay gente que no se entera de nada. — Exasperado metió la carta en el bolsillo del pantalón y se acercó de nuevo justo cuando ella sintió un dolor que atravesó su vientre. Se asustó de veras porque su mujer se puso roja como un tomate.

El doctor se levantó de inmediato. —Esa ha sido fuerte. Veamos cómo va el asunto. — Destapó sus piernas para mirar entre ellas y sonrió. —Bien, Vizcondesa. Ha llegado la hora. ¿Está lista?

Agarró la mano de su marido. —Sí.

Se despertó dolorida y vio como su marido sonreía a su precioso bebé. Acariciaba su pelito negro mientras paseaba en silencio ante la cama. Orwell Harrison Hoswell Segundo era la viva imagen de su padre. Un bebé hermoso y bien grande que durante un momento pareció que iba a dar problemas. Pero afortunadamente Eathelyn había sido capaz de traerlo al mundo por sus propios medios.

—¿Estás contento?

Sonrió mirando la cama y se acercó de inmediato. —Estoy muy contento, preciosa. ¿Cómo te encuentras?

—Dolorida. Tus hijos son difíciles de parir.

Él rio por lo bajo. —El siguiente será más fácil. Lo ha dicho el doctor.

—Ah, ¿que ahora quieres más?

—Solo si tú quieres. —Se acercó poniéndole al niño en brazos y besó sus labios. —¿Tienes hambre?

—Sí.

Se incorporó para tirar del llamador mientras ella miraba de nuevo a su precioso bebé. —No se parece en nada a Kim.

Su marido rio por lo bajo. —Empezando porque es chico.

Cogió su manita y vio que movía sus labios como si tuviera hambre. Se abrió el camisón y acercó su pecho. Su hijo lo atrapó con ansias y a su marido se le cortó el aliento. Levantó la vista hacia él para ver que estaba fascinado. —¿Envidia Vizconde?

Se echó a reír. —No, porque solo se los presto. —La observó mientras ella se reía. —Esposa, nunca has estado más hermosa que en este instante.

Enamorada se sonrojó de gusto. —Se nota que me amas.

—Sí, preciosa. Muchísimo.

La puerta se abrió en ese momento y Dalia entró en la habitación. —Oh, te has despertado... Enseguida te traigo algo de comer.

—Gracias Dalia.

—Vizconde, mi John ya ha esperado mucho. No vaya a ser que se arrepienta... Espera en el despacho.

Orwell divertido preguntó —¿Y qué debo decirle?

—¿Que le sube el sueldo ya que va a casarse y que le da su bendición?

Su marido se echó a reír por su descaro. —Has elegido el momento justo.

Dalia sonrió satisfecha. —Lo sé. Un heredero no se tiene todos los días.

Cuando Orwell salió de la habitación su amiga perdió algo la sonrisa. —Es precioso,

felicidades.

—¿Qué ocurre?

—¿Por qué crees que ocurre algo?

—Porque te conozco muy bien. —Cambió a su hijo de pecho y la miró a los ojos —¿Ocurre algo con John? ¿No estás convencida?

Negó con la cabeza y se acercó a la cama. —No es eso. Esto me pasa por ser tan cotilla.

La miró sin entender. —¿De qué hablas?

—Mientras tú estabas descansando tu marido se cambió de ropa porque al ayudar a cambiarte después del parto se ensució los pantalones. Yo recogí del suelo la ropa para lavar. Su valet estaba guardando sus cosas de aseo y aproveché.

—¿Y?

—Que leí la carta —susurró.

—¿Carta? —Pensó en ello. —¿La invitación?

—No es una invitación, es una carta de tu madre.

Se quedó de piedra. —¿De mi madre?

—Al parecer se están muriendo —dijo haciéndola palidecer—. Dicen que es una enfermedad causada por su modo de vida. No da detalles, pero dice que necesita hablar contigo con urgencia. Que es muy importante y que no le digas nada a tu marido.

—¿Dónde está la carta?

—La he dejado en el pantalón como estaba. Sabes que es su valet quien se encarga de su limpieza. No quería que me pillaran si tu marido preguntaba por ella.

Se quedó en silencio mirando a su niño. No entendía por qué no se lo había dicho. Creía que ya no se ocultaban nada y eso era muy importante, pero aun así dijo —Solo quiere protegerme.

—Claro que sí. Pero quería decírtelo. —Preocupada porque le había quitado toda la alegría dijo —Voy a por tu bandeja, estarás hambrienta.

—Sí.

Su amiga se fue y su niño dejó de mamar. Lo puso sobre el hombro y sonrió cuando escuchó un eructo en condiciones. —Muy bien, cielo.

Su marido entró en ese momento y sonrió. —¿Ha terminado?

Disimulando cogió al niño en brazos y sonrió. —Sí, come más que Kim.

—Es que es más grande —dijo orgulloso.

—¿Cómo se lo ha tomado John?

—Está loco de la alegría. No se esperaba el aumento de sueldo. —Ella colocó la ropita del niño. —Cielo, ¿qué pasa? —Su marido se sentó a su lado. —¿Temes perder a tu amiga? Vendrá a menudo, ya la conoces. Estará más aquí que en su casa.

Le miró a los ojos y forzó una sonrisa. —Ya lo sé, pero tampoco estará Nona y eso me da un poco de tristeza. Siempre han estado a mi lado.

Él sonrió. —He pensado que hay una casita en la calle de atrás que es perfecta para ellos. ¿Y si se la compro? Ellas no ganaron nada con todo lo ocurrido, aunque les das todos sus caprichos que lo sé yo, pero creo que al menos merecen una casa.

Se emocionó porque quería hacerla feliz. —Nunca quisieron nada, pero creo que eso lo aceptarán.

—Entonces mañana iniciaré los trámites. —Una lágrima corrió por su mejilla. —Eh... no llores.

—Es por el parto, tengo el cuerpo alterado.

—Ahora entiendo que me negaras la entrada a tu casa la última vez.

—¿En serio estás bromeando con eso? —Él sonriendo besó su mejilla borrando su lágrima.  
—Como te amo...

Orwell cerró los ojos como si fueran las palabras más maravillosas del mundo. —Yo también a ti, preciosa.

## Capítulo 15

Dalia sentada ante ella se apretó las manos. —¿Estás segura de esto?

El traqueteo del camino la hizo suspirar incómoda porque solo hacía tres días que había dado a luz y aún estaba dolorida. Además, los pechos le dolían llenos de leche. —Se están muriendo, es lo menos que puedo hacer. Podían haberme tirado en una cuneta cuando murió el abuelo y aun así siguieron manteniéndome. Me dieron un nombre.

—¿Y si es contagioso? —Su amiga preocupada volvió a apretarse las manos.

—Antes hablaremos con el señor Breen. Pero cuando vino el doctor Curtis le pregunté y me dijo que probablemente era sífilis. Que por Londres hay una epidemia y solo se transmite por contacto íntimo o tocando las póstulas.

—Oh, por Dios —dijo su amiga con asco—. Póstulas.

—Sí, al parecer es desagradable.

Dalia la observó. —No pareces alterada.

—Ya no son nada para mí. Dejaron de importarme el día de mi boda con el Marqués.

—¿Entonces para qué venimos?

—¡Para saber, Dalia! ¡Quiero saber! ¡Saber quién era mi madre, saber qué ocurrió con mi nacimiento! ¡Necesito saber y ya no tendré más oportunidades porque mi abuela solo me

escupiría en la cara!

—Muy bien, pues a ver si nos enteramos. Pero cuando se entere tu marido de nuestra aventura, se va a poner hecho un basilisco. Aunque seguro que ya se ha enterado. —Sacó la cabeza por la ventanilla.

—No nos va a alcanzar.

—Por si acaso.

—Lo he calculado muy bien. Cuando él se entere yo ya estaré allí. Eso si tu novio es capaz de seguir mis instrucciones.

—¡Oye, que mi John sabe mentir muy bien! ¡Engañada me tuvo durante meses haciendo que no le importaba nada! —Entrecerró los ojos. —Y para engañarme a mí hay que ser muy listo.

Eathelyn puso los ojos en blanco. —Pues esperemos que siga igual de listo unas horas más. —Al mirar por la ventanilla vio la fachada de Hainsworth Hall y se le cortó el aliento emocionada recorriendo con la mirada su impresionante fachada. Sentía que volvía a casa. — Hemos llegado.

Dalia sacó la cabeza por la ventanilla y sonrió a John que esperaba en la escalinata. —¡Hola John!

El hombre sonrió y cuando el carruaje se detuvo ante él abrió la puerta. —Dalia, al parecer no has cambiado nada.

—Claro que sí. Ahora estoy comprometida y se llama como tú. Perdiste tu oportunidad.

—¡Qué me dices! —Miró a Eathelyn y dejó caer la mandíbula del asombro al verla tan hermosa y elegante con su traje de viaje en terciopelo azul. —Milady... Está tan...

—Ahora es Vizcondesa. Se libró del viejo. ¿Lo sabías? Se murió. Una suerte, la verdad — dijo Dalia bajando del carruaje.

—Permítame, milady —dijo John alargando la mano.

—Gracias John. —Bajó del carruaje y miró hacia la puerta para ver al señor Breen. —¿Cómo estás, amigo?

—Impresionado de verla, milady. Está tan hermosa que quita el aliento.

—Es que acaba de dar a luz —dijo Dalia orgullosa—. Un varón bien grande y bien hermoso como sus padres.

—Felicidades, Vizcondesa. —Su mayordomo inclinó la cabeza en señal de respeto.

—Gracias, señor Breen. —Miró al hombre a los ojos. —¿Es seguro estar aquí? ¿Qué tienen?

—Sífilis, milady.

—Como suponías —dijo Dalia por lo bajo.

—Si no les toca no habrá ningún problema. Sobre todo las póstulas.

—Como te dijo el doctor —apostilló su amiga muy interesada.

—Mi abuela...

—No ha venido por aquí, milady. Dice que tienen su merecido por su licenciosa vida. Que es un castigo de nuestro Dios. Eso dijo en la carta. La Condesa rompió a llorar. Me dio mucha pena.

Apretó los labios. —Esa bruja...

—La Condesa creía que usted tampoco vendría.

—¿Están muy mal?

—Prepárese, milady. No es agradable de ver.

Asintió y entró en la casa. Dalia no se separó de su lado mientras se quitaba el sombrero y el abrigo mostrando el vestido que llevaba debajo que hacía juego. —Milady, ¿no tiene equipaje?

Miró al hombre a los ojos. —No puedo quedarme, señor Breen.

—Lo entiendo, milady. Nadie la juzgaría en un caso así. Ya ha hecho mucho al venir hasta

aquí.

—Acabemos con esto —dijo Dalia molesta.

Cogió el bajo de sus faldas y empezó a subir las escaleras. Fue directamente a la habitación de la que todos suponían su madre y abrió sin llamar para verla postrada en la cama medio dormida. La imagen la impactó tanto que se detuvo en seco. Su rostro estaba ceniciento y lleno de heridas espeluznantes. Entró en la habitación y Dalia entró tras ella cerrando la puerta para quedarse allí mirando a la Condesa fríamente. Eathelyn caminó hasta la cama apretándose las manos. —¿Madre?

La Condesa abrió los ojos y al principio no pareció reconocerla, pero de repente sonrió. — Eres tan hermosa como tu madre.

—Creía que me parecía a ti.

—Tu madre tenía un porte y una distinción que yo jamás tuve —dijo dejándola de piedra porque jamás tuvo una palabra amable. Sonrió con tristeza—. Veo que te sorprende mi halago y no es de extrañar. Me porte muy mal contigo.

No queriendo recordar los momentos que había pasado a su lado dijo —En tu carta decías que tenías algo que decirme.

—Nunca quise ser madre. Mi padre no me dejó elección.

—En eso fuiste muy clara el día de mi boda, pero bien que cogiste su dinero.

—Mi madre dijo que te matara. —A Eathelyn no le extrañó nada. —Tenías un año y medio cuando mi padre murió y quiso que te matara. Y lo hubiera hecho sin sentir ningún tipo de arrepentimiento, pero el testamento de mi padre me lo impedía.

Se le heló la sangre por su frialdad, pero pensando en sus palabras entrecerró los ojos. — ¿Qué quieres decir? Deja de dar rodeos. He dejado a mi marido y a mis hijos en Londres por venir hasta aquí.

Sonrió irónica. —Oh, el apuesto Vizconde. Llegaremos a él. Pero antes debes saber algo que es clave en esta historia. —Eathelyn apretó los puños de la impotencia. —Tú eres la dueña de todo lo que abarca a la vista.

Dalia dejó caer la mandíbula del asombro mientras Eathelyn no se lo podía creer. —Cada acre, cada oveja, cada libra que fructifica de estas tierras son tuyas.

—Eso es imposible. Hainsworth Hall pertenece a tu marido. Lleva su apellido. Se la compró a una viuda... —Empezó a hilar y se llevó la mano al pecho. —Mi madre.

—Tu madre. Una viuda muy respetable que conoció a mi padre en Londres durante la temporada. Imagínate. Se enamoró perdidamente de ella. Tenía treinta y cinco años cuando la conoció y estuvo con ella casi diez años. Viví casi toda mi vida sabiendo que todo su amor lo volcaba en otra persona. Y después vi cómo se consumía de dolor. Perdió al amor de su vida al traerte al mundo en la casa que había comprado para ella en Londres y murió amándola más que a su propia vida. —Rio por lo bajo. —Estúpido. Imagínate nuestra sorpresa cuando descubrimos que ella se lo había dejado todo. Tú no habías nacido cuando tu madre hizo el testamento y todo le pertenecía por ley. Tu padre quería lo mejor para ti, que tuvieras una buena educación. Pero él estaba casado. Un escándalo.

—No podía hacerse cargo de mí sin hundir la reputación de mi madre.

—Exacto, así que hizo lo que creía correcto. Que yo me encargara de ti haciéndote pasar por hija mía. Y para tentarme me ofreció dinero. Mucho dinero y aun así me negué. Pero las deudas del inútil de mi marido nos obligó a ello. —Sonrió irónica retorciéndole el corazón. —Y no nos fue nada mal porque cuando mi padre murió, como tus padres teníamos que administrar la fortuna que había sido de tu madre y que le había sido legada a él previamente. Y esta era enorme.

Dio un paso atrás de la impresión porque era evidente que no sentía ningún remordimiento. Es más, parecía satisfecha y lo confirmó su sonrisa. Eathelyn levantó la barbilla para no

mostrarle que le hacía daño y dijo con rabia —Al parecer la serpiente siempre quiere envenenar con su mordisco. Incluso cuando sabe que se muere.

—Ya me conoces. No soy dada a los sentimentalismos. —La miró maliciosa. —Pero el dinero se acabó... —dijo con pena.

—Y me vendisteis.

—No fue difícil. El Marqués era bien conocido por su interés por las jovencitas. Cuando le hablamos de ti, una virgen tierna y pura, dijo que sí casi de inmediato. Pero claro, ese dinero no cubriría nuestros gastos mucho tiempo.

—Sois unos cerdos —dijo con asco.

Lindsey se echó a reír. —No solo nosotros, querida. Tu marido formó parte de esto activamente.

Perdió todo el color de la cara. —Mientes, solo lo dices para torturarme.

—¿De veras? Claro, es que no sabes la historia. Cuando tu marido llegó de Europa no tenía un chelín. Sobrevivía gracias a los regalos de sus amantes y a la asignación de su tío.

—Mientes —dijo con rabia—. ¡Mi marido tiene dinero!

—Eso será ahora, querida. Las mujeres agradecidas suelen ser generosas.

—Oh, Dios...—dijo Dalia sin poder evitarlo—. ¿Pero qué dice esta loca?

—¡Eso es mentira!

—¿Mentira? Cierta dama le regaló un reloj de oro. Jamás se lo quita. —Eathelyn palideció. —Tienes que habérselo visto. Tiene un pájaro grabado en la tapa. ¿Se lo has visto? —Sonrió al ver que daba un paso atrás. —Ya veo que sí. ¿Qué dice la dedicatoria, mi hija querida?

—¡Eres peor que un demonio! —gritó Dalia.

Lindsey se echó a reír con malicia. —Estoy sincerándome. Por eso estás aquí, ¿no es cierto?

Para escuchar la verdad.

—¡La verdad! ¡Ya es hora de la verdad!

—Pues la verdad es que le conocimos en una fiesta y me atrajo enormemente. Irwin lo sabía y siempre quiere darme lo que se me antoja. Así que nos acercamos a él. Labramos amistad y una noche jugando a las cartas salió el tema de tu boda y nuestra falta de fondos. —Sonrió divertida. —Fue él quien sugirió al Marqués. —Se le cortó el aliento. —Es viejo. Cuando muera será libre. Que viva un poco. ¿Es hermosa? Puede que me interese en el futuro. Y a continuación se echó a reír. —Sintiendo ganas de vomitar por sus palabras no movió el gesto. —Entonces sabiendo que nos faltaría el dinero en el futuro Irwin y yo pensamos. Orwell no tenía escrúpulos, le gustaba divertirse y seducirte lo consideraría un juego más. Sabíamos que el Marqués no te preñaría y no podíamos consentirlo si tenías que heredar para facilitarnos la vida más adelante, así que le invitamos a la casa.

—Sabía que no encajaba —dijo Dalia—. Él no encajaba en el grupo.

—Claro que no. Queríamos que se sintiera atraído por la lozana y tierna Eathelyn, pero no mostró interés en un principio. Entonces tuve que hablar con él. Le dije que le daríamos diez mil libras si te seducía. —Los ojos de Eathelyn se llenaron de lágrimas sintiendo que su corazón se rompía. —Teníamos que conseguir que te preñara antes de la boda. —La miró satisfecha. —Y lo consiguió.

—Mientes.

—¿Miento? Sabíamos que llamaste al Pastor para sorprenderle. Teníamos que impedir que os interrumpieran y garantizar esa boda. Y por lo que tengo entendido se empleó a fondo esa noche, ¿no es cierto, querida? —Se echó a reír por el dolor que reflejaba su rostro. —Incluso al día siguiente. Él mismo me habló entre risas de vuestro último encuentro y como le rogaste que no te dejara. —Eathelyn recordó como su marido le había dicho que nunca se derramaba en el interior de sus amantes, pero con ella sí que lo hizo. Su madre sonrió maliciosa al ver las dudas en sus

ojos. — Le di yo misma las diez mil libras en cuanto llegamos a Londres. Justo un mes después de su regreso cuando ya toda la ciudad sabía que estabas en estado de buena esperanza. Pero tuviste que tener una niña —dijo con desprecio. Chasqueó la lengua—. Al menos la niña heredó algo. Justo después de su nacimiento hablando en nuestro salón de Londres en una de nuestras fiestas dijo que era muy extraña la relación que tenías con la familia del nuevo Marqués y ahí atamos cabos. —Tembló por dentro porque había sido él quien les había delatado y una lágrima corrió por su mejilla. —¡Oh por Dios, no llores! ¿Acaso prefieres vivir en la ignorancia?

—Continúa.

—Ahí todo cambió. De repente se volvió distante y nos enteramos que le prohibías la entrada a tu casa. Irwin intentó enterarse de lo que ocurría y de repente el Vizconde desapareció. Imagínate nuestra sorpresa cuando regresó de América casado contigo. La heredera de todo lo que tienes a tu alcance, la que administra la fortuna de su hija... Un diamante en bruto. Qué hombre se resistiría. —Eathelyn cerró los ojos sin soportarlo más. —Pero se había quedado con todo dejándonos aparte. Hicimos la estupidez del chantaje y nos salió mal. Tenías que haberle visto. Entró en nuestra casa como si fuera suya y nos echó de la ciudad. Nos amenazó con destruirnos. —Rio por lo bajo. —Pero ahora ya no tengo nada que perder. Ese cabrón nos traicionó para quedarse con todo. Espero que se pudra. —La miró con odio. —Y tú de paso.

Abrió los ojos para mirarla fríamente. —¡Fuera de mi casa, zorra! —gritó sorprendiéndola.

Dalia sonrió y Lindsey se sentó en la cama. —¿Pero qué dices? Me estoy muriendo.

—¡Espero que te pudras! —Agarrándose las faldas se volvió y Dalia abrió la puerta. Eathelyn se acercó a la barandilla sin darse cuenta de que lloraba. —¡Señor Breen!

Apareció en el hall —Sí, milady.

—¡Saque a esta escoria de mi casa! —gritó fuera de sí.

El mayordomo se enderezó sorprendido. —¿Cómo dice?

Dalia levantó la barbilla. —Al parecer la Vizcondesa es la dueña real de la casa como todo lo que le rodea. Se han aprovechado de ella toda la vida y quiere que esas personas se vayan de su casa.

—Prepare el carruaje. ¡Que se mueran en Londres, pero no van a manchar más la casa de mi madre!

El hombre no salía de su asombro sin entender nada. —Pero milady... Qué dirá la gente.

—¡Me importa poco! ¡Sácalos de mi casa!

Sin poder resistirlo más se volvió cubriéndose el rostro con las manos echándose a llorar desgarrada. Dalia la abrazó. —No la creas, amiga. No te creas una palabra. Solo es una zorra que quiere hacerte daño.

Negó con la cabeza apartándose y metió la mano en el bolsillo de su vestido. Cuando sacó el reloj de oro su amiga lo miró impresionada. —Oh, Dios mío.

Todo había sido mentira de principio a fin. Jamás la había amado. Nunca había estado arrepentido por su comportamiento el día de su boda. Él mismo lo había sugerido. Él mismo quiso dejarla en estado. Viendo el reloj en la palma de su amiga no pudo soportar su cara de pena y corrió hasta su antigua habitación encerrándose dentro. —¡Eathelyn! ¡Abre! ¡Te ha mentido! ¡Estoy segura! ¡Su maldad es infinita y solo quiere hacerte daño porque sabe que lo tienes todo! ¡El amor del hombre que quería para ella y fortuna! No puede soportarlo, ¿no lo entiendes?

—¡Déjame sola! —gritó desgarrada. Se llevó las manos a la cabeza y al ver una muñeca sobre la cama gritó de dolor por la niña que había sido. Con rabia la cogió y la tiró contra la pared rompiéndola en mil pedazos. Al ver los pedazos de porcelana sobre el suelo de madera sollozó cayendo de rodillas. Su vida se había acabado. Ya no se creía ni una sola palabra que él hubiera dicho. ¿Amarla? No la había amado jamás. Todo formaba parte de un papel. Y no se podía ni imaginar con la clase de monstruo con el que se había casado.

No escuchó como sacaban a sus padres de la casa. Seguramente no lo habían hecho por miedo a expulsar a los Condes y tirada sobre su cama sin poder dejar de sollozar había llegado a un punto en que le daba absolutamente igual. Al escuchar como un caballo se acercaba a la casa se tensó y pudo ver a través de las cortinas que ya era noche cerrada. Se imaginó que sería su marido que acudía en su busca intentando que no se enterara de la verdad. Por eso no le había dado la carta. No por protegerla. Escuchó gritos en el hall. Reconoció perfectamente la voz de Dalia, pero no se volvió y cuando minutos después alguien abrió la puerta de golpe ni se inmutó mirando hacia la ventana mientras una lágrima corría por su sien.

—¿Preciosa? —preguntó preocupado con voz suave. Se acercó a la cama y se tumbó a su lado abrazándola—. Preciosa no llores.

Se levantó de un salto incrédula. —¡No me toques! ¡Me das asco!

Él perdió el color de la cara sentándose en la cama. —¿Qué dices?

—¿Qué digo? ¡Eres un farsante! —gritó fuera de sí con los nervios destrozados—. ¿Sabías que todo esto era mío?

—¿Tuyo?

Eathelyn se echó a reír sin ganas. —Que bien mientes. ¿Sabías que me iban a casar con el Marqués antes de llegar a la finca? Vamos, miénteme otra vez.

Orwell se tensó. —No te conocía. Para mí era un matrimonio como otro cualquiera. ¡Un matrimonio de conveniencia!

—¡Tú lo sugeriste!

Arrepentido la miró a los ojos. —Cuando dijeron que buscaban candidato di su nombre. ¡Era una broma! ¡No me podía imaginar que lo harían! ¡Creía que vuestra relación era distinta! ¿Qué padres casarían a su hija con un viejo así? —gritó levantándose e intentando tocarla, pero ella se

apartó—. Preciosa...

—Dios mío... —Se llevó las manos a la cabeza sin darse cuenta de que se había deshecho su recogido. Gimió angustiada. —Todo es cierto.

—Lo han retorcido a su conveniencia.

Se volvió para mirarle furiosa. —¿Recibías regalos de mujeres?

Orwell se tensó. —¿Cómo has dicho? No me gusta lo que estás insinuando.

—¡Me importa poco! ¿Te acostabas con mujeres por dinero? ¿Recibiste dinero para embarazarme?

Se le cortó el aliento. —Veo que tu madre ha tenido tiempo para envenenar nuestra relación.

—¡Por eso querías recuperar el reloj! ¡Te lo regaló una amante!

Él apretó los labios. —Sí, me lo regaló una de mis amantes.

Se llevó la mano al vientre. —¡Y has dejado que yo lo tuviera todo este tiempo! ¡Un recuerdo de otra mujer!

—¡No sabía cómo decírtelo!

—¿Cobraste dinero por acostarte conmigo?

—¡No! ¿Pero qué locuras dices?

Algo en su mirada hizo que no le creyera y dio un paso atrás. —Mientes.

—¡Me debían dinero! ¡Solo me pagaron lo que me debían!

—Tú les creaste las dudas respecto a la identidad de Andrew. ¡Tú se lo dijiste!

—Preciosa, he cometido errores, pero... ¡Estaba enfadado porque me habías echado de tu vida después del nacimiento de la niña y bebí demasiado!

Gritó de dolor y él cerró los ojos como si no soportara verla así. Furiosa se acercó a él y le

golpeó en el pecho. —¡Maldito mentiroso!

La abrazó contra él con fuerza y sin poder evitarlo lloró contra su pecho. —Me di cuenta de las intenciones de tu madre en cuanto te vi en aquella cena. En cómo te presentó. Me sorprendió teniendo en cuenta que en unos días te casabas. Intenté mantener las distancias para evitar problemas. ¿No es irónico, preciosa? Pero algo en mí se revolvió por dentro. Tu orgullo a pesar de cómo te trataban me atrajo a ti. Quise protegerte, te lo juro por Dios, pero cuando llegó tu prometido no tuve el valor. Y es algo de lo que me arrepentiré siempre. No salías de mi cabeza y quise volver a verte. Eras libre y me moría por estar contigo de nuevo. Pero te quedaste embarazada y todo se complicó. Te quería a mi lado, te juro que sí. —Acarició su espalda con ternura. —Por eso me dolió tanto tu rechazo después de nacer la niña. Creía que lo había conseguido y de pronto no quieres verme. Durante meses, después de ese entierro tan delicado que me hicieron tus amigos, creí odiarte. Pero fue ver de nuevo como casi te mueres cuando todo lo que sentía por ti me hizo ver la luz, preciosa. —Él suspiró aferrándose a ella como si no quisiera que se separara de él jamás. —Otra cosa de la que me arrepentiré siempre, sé que te hice daño. Llevarás cicatrices el resto de tu vida por lo que te hice y sé que dudarás de mis sentimientos siempre, pero por favor no me dejes porque eres lo que más me importa en esta vida. —La abrazó a él con fuerza. —Dices que me amas, pero no confías en mí. Nunca lo has hecho desde que me conociste. Y lo entiendo. Pero no soy como ellos, te juro que no. Haré lo que sea para que te des cuenta.

Sollozó sobre su pecho. —¿No me quieres por mi dinero?

—¿Acaso he cogido de ti un solo penique? —Acarició su cuello para apartar su rostro y mirarla a los ojos. —¿Acaso no me habría quedado con todo si no te hubieras desangrado en aquella casa? —Una lágrima cayó por su mejilla. —Has caído en la trampa, preciosa. Han retorcido lo que ocurrió para hacerte daño de nuevo. Por eso no quería que vinieras.

—¿Tenías dinero antes de heredar?

Él hizo una mueca. —Tenía lo suficiente como para hacerles un préstamo a tus padres. Mi tío me consentía bastante y confiaba en mi criterio. Que te hayan insinuado que me vendía a mujeres... —dijo entre dientes—. Malditos canallas. Recibía regalos no voy a negarlo. Y yo también he regalado alguna cosa.

—¿Si? ¿Como qué? —preguntó ofendida.

Él sonrió acariciando su espalda. —El terciopelo que llevas puesto, preciosa. —Se sonrojó sin poder evitarlo. —Sabía que era perfecto para ti.

Agachó la mirada avergonzada. —Creía que eras un monstruo. Que me habías mentido desde el principio. —Sollozó haciéndole apretar los labios por como sufría. —Creía que no me querías.

La cogió por la barbilla y se la elevó con ternura. —Debería haberte dicho la verdad. Debería haber hecho muchas cosas de otra manera, pero te amo, preciosa.

—No confío en ti.

Él apretó los labios. —Lo sé y me lo merezco después de todo lo que ha pasado.

Pensando en ello asintió antes de abrazarle de nuevo y Orwell cerró los ojos del alivio pegándola a él. —Pero lo de aquellas mujeres...

—No les toqué ni un pelo.

Sonrió satisfecha. —Lo de la doncella no te lo perdono.

—Preciosa, que me habías enterrado.

—Me da igual. Yo estaba de luto.

Sonrió divertido. —Muy bien, haré penitencia.

—Te lo voy a hacer pagar. —Ella levantó la vista hacia su marido. —Todo esto es mío. —Él acarició su mejilla limpiando sus lágrimas. —Era de mi madre. La de verdad. —Apoyó la mejilla sobre su pecho. —Me gustaría haberla conocido.

Su marido viéndola totalmente agotada la cogió en brazos y la tumbó sobre la cama. Se tumbó a su lado y acarició su sien apartando sus rizos. —Seguro que era tan preciosa como tú.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Tengo miedo.

—¿De qué, preciosa?

—De perderte.

—Eso no pasará nunca. Siempre estaré a tu lado. —Cerró los ojos agotada y el siguió acariciando su sien. —Eso es, preciosa... Duerme. Estaré aquí cuando despiertes y todo será muy distinto. Te lo juro. Ya no volverán a hacerte daño de nuevo.

Esas palabras hicieron que poco a poco el sueño la venciera y Orwell la observó durante varias horas. Cuando estuvo profundamente dormida él se levantó y salió de la habitación. Dalia que estaba sentada ante la puerta se levantó y al ver la mirada de furia del Vizconde se acercó. —¿Qué hacemos?

—Cuéntame cada palabra que ha salido de la boca de esa puta para alterar así a mi mujer.

Eathelyn abrió los ojos somnolienta y al ver a su marido a su lado simplemente le miró a los ojos. Estuvieron así unos minutos y ella acarició su mejilla haciendo que cerrara los ojos como si su contacto fuera lo mejor del mundo. Cuando los abrió de nuevo Orwell susurró —¿Cómo creciendo con esos desalmados eres capaz de amarme tanto?

—Tenía a Nona y a Dalia.

Él sonrió. —Pues ahora les estoy mucho más agradecido. —Se acercó y le dio un suave beso en los labios. —Tengo una sorpresa para ti, preciosa.

—¿Si? —Le miró ilusionada y él giró la cabeza hacia los pies de la cama. Ella se volvió de golpe quedándose sin aliento al ver un retrato. Era una mujer bellísima de intenso pelo rojo que

llevaba un vestido verde esmeralda y sujetaba un abanico de nácar mirando al pintor con sus pícaros ojos castaños. Sin aliento se sentó sobre la cama. —¿Es ella?

—Te presento a Lady Venetta Katherina Ellinston, Baronesa viuda de Shellis. Tu madre, cielo.

Sus ojos se llenaron de lágrimas mirando fascinada sus rasgos. Sí que se parecían, aunque tenían el cabello de distinto color. Su marido se sentó a su lado. —¿Crees que nuestra Kim se parecerá a ella? Porque estamos en un lío, mujer.

Sonrió sin poder evitarlo y le abrazó con fuerza. —Gracias.

—¿Por qué, preciosa? Solo hablé con el mayordomo y me dijo que había cosas tuyas en el desván.

—Gracias por buscarlo. Eso indica cuanto te importo.

Él se apartó para mirar sus ojos. —Claro que me importas, como a muchos de los que te conocen porque tienes un corazón enorme. El propio señor Breen, por ejemplo. El pobre no sabía que eras la dueña. Se encontró un día con que llegaron unos nuevos propietarios con una niña en brazos. Ni se imaginaban que tú eras la heredera. Está claro que nuestra vida está rodeada de secretos. Pero ya no habrá más secretos entre nosotros, te lo juro, preciosa.

—Se han ido, ¿verdad?

—Van camino a Londres a la casa de tu abuela porque la casa de Londres que ocupaban antes también te pertenece. He escrito a John y le he ordenado que se ponga en contacto con los abogados. Les he prohibido la entrada allí, así que no tienen más remedio que irse con la bruja. Espero que también se la lleven por delante.

—No quiero recordarlos más.

—¿Quieres que lo vendamos todo?

Ella miró hacia el cuadro y después la habitación durante varios segundos. Se levantó

cogiendo la vara y levantó la pierna rompiéndola en dos. Orwell sonrió. —Eso es, preciosa... No volverán a hacerte daño.

—Vende la casa de Londres y todo lo que haya heredado excepto esta casa y sus tierras.

Orwell vio asombrado que iba hacia la puerta. —Preciosa, ¿a dónde vas?

—Milord, ¿quiere cabalgar conmigo? —preguntó mirándole con picardía—. ¿Acaso no quería que le enseñara los alrededores?

Detuvo su caballo en medio del camino y miró hacia atrás para ver como su marido molesto gritaba —¡Preciosa vas muy deprisa cuando prácticamente acabas de parir!

Escucharon el sonido de lo que parecía un coche de caballos y ella miró el camino para ver que se acercaba un cabriolé con el Pastor Higgins conduciéndolo. Su cara de pasmo al reconocerla casi fue de risa. Casi.

—Milady, qué sorpresa. —Detuvo su coche al lado de su caballo. —Y que hermosa está.

Miró de reojo a su marido que levantó las cejas reteniendo la risa. —Pastor, qué sorpresa, ¿conoce a mi marido el Vizconde de Burbidge? —El Pastor miró hacia él y entrecerró los ojos como si le costara reconocerle. —Antes era Lord Hoswell. Se negó a casarnos en su momento.

El Pastor abrió los ojos como platos. —Oh...

—Sí, oh... Afortunadamente pudimos casarnos más adelante y tenemos unos hijos hermosos.

—Oh...

—Sí, oh.

El hombre se pasó la mano por el cuello sonrojado hasta la raíz del cabello. —¿Han venido a ver a sus padres?

—Mis padres se han ido a Londres para recibir mejor tratamiento. Yo me he quedado aquí porque ya es hora de que me encargue de lo que ha sido mío desde mi nacimiento. —Le miró maliciosa. —Como estas tierras.

—Oh...

—Sí, oh. Así que le aconsejo que se busque una nueva parroquia, Pastor. Sus servicios en mis tierras ya no serán necesarios. —Adelantó su caballo. —Mi alma estará mucho más a salvo sin usted cerca de mí.

Orwell se acercó a su esposa y le guiñó un ojo. —Vamos mi amor, tienes mucho que enseñarme.

Mirando sus ojos grises su rostro resplandeció de alegría. —A partir de aquí todo lo descubriremos juntos.

—No puede haber vida más interesante.

## Epílogo

—¿Pero qué haces? ¡Agáchate!

Dalia gimió con las manos en los riñones. Se inclinó hacia atrás mostrando su enorme vientre y Eathelyn la cogió de la muñeca tirando de ella hasta detrás del carro.

—Es que de verdad... ¡Tenía que haberte dejado en casa!

—¡Es que este niño pesa mucho y estoy molida! ¡No sabía que me ibas a arrastrar por todo Londres! —Su amiga agachada a su lado levantó lentamente la cabeza. —¿Esto de que no te fíes de tu marido te va a durar mucho más?

—Años —dijo entre dientes.

Dalia puso los ojos en blanco. —Pues menudo aburrimiento. Hasta ahora ha ido a ver a los abogados, al relojero, al zapatero y ha ido al club... Esto es agotador.

—¡Ya sale!

Su marido sonrió al lacayo del club y bajó los tres escalones que daban a la acera. Las dos vieron como llevándose la mano al ala del sombrero saludaba a unas damas que pasaban y Eathelyn gruñó con fuerza.

—¿Acaso esperas que sea grosero?

—¿Acaso las conoce de algo?

Su marido caminó calle abajo y de repente abrió los ojos de la sorpresa antes de echarse a reír al ver a una mujer más o menos de su edad que sonrió radiante al darse cuenta de quien era. Orwell sorprendiendo a su esposa se acercó como si estuviera ansioso. —Uy, este... —Sin perderles de vista caminó hasta el carruaje que se había detenido tras el carro y llegando al final sacó la cabeza. Dalia chasqueó la lengua siguiéndola sin ocultarse sacando la cabeza a su lado. Eathelyn la miró exasperada. —¡Te va a ver!

—¡Me tiene muy vista! ¡La está abrazando!

Giró la cabeza como un resorte para ver como su marido abrazaba con cariño a esa mujer que sonrojada hasta la raíz del pelo le dijo algo que le hizo reír a carcajadas. Lo vio todo rojo y salió de detrás del carruaje sorprendiendo a su amiga. Cruzó la calle sin mirar provocando que un hombre que llevaba un carro tuviera que esquivarla casi entrando en la acera de enfrente. La mujer chilló del susto y Orwell la cogió por los brazos apartándola como si quisiera protegerla. Lo que le faltaba por ver. Cuando su marido se dio cuenta de quien era levantó las cejas. —Querida, estás aquí.

—¡Sí! ¡Aquí estoy! —Fulminó a la mujer con la mirada y esta se sonrojó haciendo que la cicatriz de su mejilla se notara más, pero eso no significaba nada porque era realmente hermosa. —¿Y tú? ¿Qué haces aquí? —preguntó agresiva.

—Como bien sabes aquí está mi club.

—Oh sí, el club —dijo sin dejar de mirar a la mujer que empezaba a parecer realmente incómoda—. ¿Y usted es?

—Cielo... —Su marido reprimió la risa. —Te presento a Lady Elyse Grafham, la Condesa de Houghton. La Condesa es la mejor amiga de mi prima Lia. ¿Recuerdas a Lia?

—Así que amiga de Lia... —dijo entre dientes.

—Perdona a mi esposa. Debido a mi pasado, Eathelyn desconfía un poco de nuestra relación.

—¿Pero no lleváis casados tres años? —preguntó Elyse asombrada.

—Sí, ¿y qué? Y tenemos dos hijos preciosos, pero eso no significa que no tenga que vigilarle. —Dio un paso hacia ella. —Y usted no debería descuidar a su marido, milady... Luego la relación se resiente.

Elyse jadeó. —Yo cuido mucho a mi marido.

—¡Pues eso! —Cogió a Orwell del brazo. —Buenos días.

La Condesa les miró con los ojos como platos mientras se alejaban. Orwell la miró sobre su hombro y le guiñó un ojo haciéndola sonreír. Seguía siendo un provocador. Su esposa iba a estar muy entretenida.

Eathelyn tiró de su brazo llamando su atención y le miró con rencor. —Preciosa, solo tengo ojos para ti.

—¿No me digas...? —Al ver la picardía de su mirada sonrió. —¿Cuándo me has pillado?

—Saliendo del zapatero. Preciosa estás perdiendo tu toque.

—Es este vientre que no me deja moverme a gusto.

Orwell rio por lo bajo. —¿No te había dicho el médico que no salieras de casa?

—Ya, es que si sabes que no salgo de casa puedes caer en la tentación. Prefiero que siempre estés alerta.

—Bien pensado, preciosa. No se te escapa nada.

—Como debe ser.

Dalia llegó corriendo y sujetándose el vientre con los ojos como platos. —¿Has arrastrado a Dalia hasta aquí?

—¡Ja! ¡A ella no la habías visto!

—¡Mujer, debes empezar a controlarte un poco!

—Más quisieras... —dijo por lo bajo.

Dalia llegó hasta ellos y sonrió. —Menuda sorpresa. Londres es un pañuelo.

—Nos pilló hace tiempo. No hace falta que disimules.

—Estupendo. Vizconde, ¿nos llevas a casa? Tengo los pies molidos.

Su marido la fulminó con la mirada y ella se hizo la loca. —Es que no está tan acostumbrada como yo. —Inocente añadió —El ejercicio le viene muy bien para el parto. Es un poco quejica.

—Menos mal que vas a parir y vas a estar un poco tranquila en cama.

Eathelyn entrecerró los ojos. —¿Me quieres decir algo?

—¡Sí! ¡Que te amo demasiado como para poner en riesgo lo que tenemos! ¡A ver si te entra en la cabeza!

Sonrió radiante abrazándole y él acarició su espalda. —Yo también te amo.

—Vale, ¿nos vamos? —Ambos miraron a Dalia que se sonrojó. —Creo que he roto aguas. No lo sé fijo, no me veo los pies.

Ambos miraron sus pies y Eathelyn chilló de la alegría al ver sus botines mojados. —Vas a ser madre.

—Por fin. No sé por qué repites esto todos los años. Yo no lo hago más por muy guapo que me salga el niño.

Después de asegurarse de que sus niños estaban dormiditos entró en la habitación donde su marido ya estaba sentado en la cama leyendo un libro. Orwell reprimió la risa. —No tiene gracia.

—Ahora sí que no tiene más hijos.

—No es tan feo.

—¿Feo? No he visto un niño más feo en la vida. Tiene pelo por todo el cuerpo.

—El médico dice que se le va a caer. —Se quitó la bata dejándola sobre la butaca ante la chimenea y se subió a la cama. —Seguro que será muy guapo en unos días.

Él dejó el libro sobre la mesilla y pasó su brazo por sus hombros pegándola a él. Suspiró a su lado. —¿Agotada?

—Sí. —Levantó la vista hacia él. —Pero feliz. Y me alegro mucho por Dalia. A pesar de su cara cuando le vio, sé que le ama con locura.

—Lógico, es suyo y todo ha salido bien. —Acarició su vientre con la otra mano. —Y esta vez también saldrá bien.

Eathelyn se mordió el labio inferior antes de decir —Claro que sí, da igual que sean dos.

Él se detuvo en seco para mirarla como si le acabara de dar la sorpresa de su vida. Forzó una sonrisa. —El doctor Curtis no se atrevía a decírtelo. Dijo que casi era mejor que fuera sorpresa. Pero yo creí necesario decirte algo, por si te asustas más cuando salga el segundo. Por si crees que va a salir otra cosa.

—¿Dos?

—Mi amor qué bien lo haces —dijo orgullosa—. Me embarazas solo con mirarme. Eres todo un hombre.

—¿Dos? —preguntó más alto.

—Por donde salen dos salen cuatro.

—¡Uno no salió por ahí!

—Bah, estos son más pequeñitos. Ni me enteraré. —Le dio un suave beso en los labios. —Te amo.

La abrazó a él con pasión y la besó de una manera que le temblaron hasta los dedos de los

pies. Orwell se apartó para mirarla a los ojos. —Te amaré siempre.

—Ajá...—dijo medio atontada.

Su marido le dio la espalda tumbándose y Eathelyn parpadeó asombrada porque lo dejara ahí, porque a su marido no había quien le detuviera. —Cariño... —Acarició su espalda desnuda. — ¿Tan cansado estás?

—Mucho. Además, es mejor no apretarles mucho por si se revelan.

Reprimió la risa tumbándose tras él. Bueno, ella también estaba molida. A la mañana siguiente ya le convencería de que no pasaba nada. Orwell se volvió y la abrazó a él. Sonrió sobre su pecho. —Yo también te amo. —Su mano se movió sobre su pecho y él se sobresaltó cogiéndosela para detenerla.

—Dulces sueños, milady.

Divertida cerró los ojos. —Los tendré. Siempre los tengo a tu lado, amor.

FIN

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que lleva varios años publicando en Amazon. Todos sus libros han sido Best Sellers en su categoría y tiene entre sus éxitos:

- 1- Vilox (Fantasía)
- 2- Brujas Valerie (Fantasía)
- 3- Brujas Tessa (Fantasía)

- 4- Elizabeth Bilford (Serie época)
- 5- Planes de Boda (Serie oficina)
- 6- Que gane el mejor (Serie Australia)
- 7- La consentida de la reina (Serie época)
- 8- Inseguro amor (Serie oficina)
- 9- Hasta mi último aliento
- 10- Demándame si puedes
- 11- Condenada por tu amor (Serie época)
- 12- El amor no se compra
- 13- Peligroso amor
- 14- Una bala al corazón
- 15- Haz que te ame (Fantasía escocesa) Viaje en el tiempo.
- 16- Te casarás conmigo
- 17- Huir del amor (Serie oficina)
- 18- Insufrible amor
- 19- A tu lado puedo ser feliz
- 20- No puede ser para mí. (Serie oficina)
- 21- No me amas como quiero (Serie época)
- 22- Amor por destino (Serie Texas)
- 23- Para siempre, mi amor.
- 24- No me hagas daño, amor (Serie oficina)

- 25- Mi mariposa (Fantasía)
- 26- Esa no soy yo
- 27- Confía en el amor
- 28- Te odiaré toda la vida
- 29- Juramento de amor (Serie época)
- 30- Otra vida contigo
- 31- Dejaré de esconderme
- 32- La culpa es tuya
- 33- Mi torturador (Serie oficina)
- 34- Me faltabas tú
- 35- Negociemos (Serie oficina)
- 36- El heredero (Serie época)
- 37- Un amor que sorprende
- 38- La caza (Fantasía)
- 39- A tres pasos de ti (Serie Vecinos)
- 40- No busco marido
- 41- Diseña mi amor
- 42- Tú eres mi estrella
- 43- No te dejaría escapar
- 44- No puedo alejarme de ti (Serie época)
- 45- ¿Nunca? Jamás

- 46- Busca la felicidad
- 47- Cuéntame más (Serie Australia)
- 48- La joya del Yukón
- 49- Confía en mí (Serie época)
- 50- Mi matrioska
- 51- Nadie nos separará jamás
- 52- Mi princesa vikinga (Serie Vikingos)
- 53- Mi acosadora
- 54- La portavoz
- 55- Mi refugio
- 56- Todo por la familia
- 57- Te avergüenzas de mí
- 58- Te necesito en mi vida (Serie época)
- 59- ¿Qué haría sin ti?
- 60- Sólo mía
- 61- Madre de mentira
- 62- Entrega certificada
- 63- Tú me haces feliz (Serie época)
- 64- Lo nuestro es único
- 65- La ayudante perfecta (Serie oficina)
- 66- Dueña de tu sangre (Fantasía)

- 67- Por una mentira
- 68- Vuelve
- 69- La Reina de mi corazón
- 70- No soy de nadie (Serie escocesa)
- 71- Estaré ahí
- 72- Dime que me perdonas
- 73- Me das la felicidad
- 74- Firma aquí
- 75- Vilox II (Fantasía)
- 76- Una moneda por tu corazón (Serie época)
- 77- Una noticia estupenda.
- 78- Lucharé por los dos.
- 79- Lady Johanna. (Serie Época)
- 80- Podrías hacerlo mejor.
- 81- Un lugar al que escapar (Serie Australia)
- 82- Todo por ti.
- 83- Soy lo que necesita. (Serie oficina)
- 84- Sin mentiras
- 85- No más secretos (Serie fantasía)
- 86- El hombre perfecto
- 87- Mi sombra (Serie medieval)

- 88- Vuelves loco mi corazón
- 89- Me lo has dado todo
- 90- Por encima de todo
- 91- Lady Corianne (Serie época)
- 92- Déjame compartir tu vida (Series vecinos)
- 93- Róbame el corazón
- 94- Lo sé, mi amor
- 95- Barreras del pasado
- 96- Cada día más
- 97- Miedo a perderte
- 98- No te merezco (Serie época)
- 99- Protégeme (Serie oficina)
- 100- No puedo fiarme de ti.
- 101- Las pruebas del amor
- 102- Vilox III (Fantasía)
- 103- Vilox (Recopilatorio) (Fantasía)
- 104- Retráctate (Serie Texas)
- 105- Por orgullo
- 106- Lady Emily (Serie época)
- 107- A sus órdenes
- 108- Un buen negocio (Serie oficina)

- 109- Mi alfa (Serie Fantasía)
- 110- Lecciones del amor (Serie Texas)
- 111- Yo lo quiero todo
- 112- La elegida (Fantasía medieval)
- 113- Dudo si te quiero (Serie oficina)
- 114- Con solo una mirada (Serie época)
- 115- La aventura de mi vida
- 116- Tú eres mi sueño
- 117- Has cambiado mi vida (Serie Australia)
- 118- Hija de la luna (Serie Brujas Medieval)
- 119- Sólo con estar a mi lado
- 120- Tienes que entenderlo
- 121- No puedo pedir más (Serie oficina)
- 122- Desterrada (Serie vikingos)
- 123- Tu corazón te lo dirá
- 124- Brujas III (Mara) (Fantasía)
- 125- Tenías que ser tú (Serie Montana)
- 126- Dragón Dorado (Serie época)
- 127- No cambies por mí, amor
- 128- Ódiame mañana
- 129- Demuéstrame que me quieres (Serie oficina)

- 130-     Demuéstrame que me quieres 2 (Serie oficina)
- 131-     No quiero amarte (Serie época)
- 132-     El juego del amor.
- 133-     Yo también tengo mi orgullo (Serie Texas)
- 134-     Una segunda oportunidad a tu lado (Serie Montana)
- 135-     Deja de huir, mi amor (Serie época)
- 136-     Por nuestro bien.
- 137-     Eres parte de mí (Serie oficina)
- 138-     Fue una suerte encontrarte (Serie escocesa)
- 139-     Renunciaré a ti.
- 140-     Nunca creí ser tan feliz (Serie Texas)
- 141-     Eres lo mejor que me ha regalado la vida.
- 142-     Era el destino, jefe (Serie oficina)
- 143-     Lady Elyse (Serie época)
- 144-     Nada me importa más que tú.
- 145-     Jamás me olvidarás (Serie oficina)
- 146-     Me entregarás tu corazón (Serie Texas)
- 147-     Lo que tú desees de mí (Serie Vikingos)
- 148-     ¿Cómo te atreves a volver?
- 149-     Prometido indeseado. Hermanas Laurens 1 (Serie época)
- 150-     Prometido deseado. Hermanas Laurens 2 (Serie época)

- 151- Me has enseñado lo que es el amor (Serie Montana)
- 152- Tú no eres para mí
- 153- Lo supe en cuanto le vi
- 154- Sígueme, amor (Serie escocesa)
- 155- Hasta que entres en razón (Serie Texas)
- 156- Hasta que entres en razón 2 (Serie Texas)
- 157- Me has dado la vida
- 158- Por una casualidad del destino (Serie Las Vegas)
- 159- Amor por destino 2 (Serie Texas)
- 160- Más de lo que me esperaba (Serie oficina)
- 161- Lo que fuera por ti (Serie Vecinos)
- 162- Dulces sueños, milady (Serie Época)

#### Novelas Eli Jane Foster

- 1. Gold and Diamonds 1
- 2. Gold and Diamonds 2
- 3. Gold and Diamonds 3
- 4. Gold and Diamonds 4
- 5. No cambiaría nunca

## 6. Lo que me haces sentir

Orden de serie época de los amigos de los Stradford, aunque se pueden leer de manera independiente

1. Elizabeth Bilford
2. Lady Johanna
3. Con solo una mirada
4. Dragón Dorado
5. No te merezco
6. Deja de huir, mi amor
7. La consentida de la Reina
8. Lady Emily
9. Condenada por tu amor
10. Juramento de amor
11. Una moneda por tu corazón
12. Lady Corianne
13. No quiero amarte

También puedes seguirla en Facebook y conocer todas las novedades sobre próximas publicaciones.

